
ROMANCE
HISTÓRICO
Serpiente
NEGRA
ÁMBAR MONTENEGRO

ROMANCE HISTÓRICO

Serpiente NEGRA

ÁMBAR MONTENEGRO

A quienes esperan pacientemente
la llegada de la magia del amor.
Y a quienes, durante años,
han sentido que no encajan en ninguna parte.

«¿Qué importa que seas un demonio? Hay mucha gente mala que no es un demonio.»

Xu Xuan a Xiao Bai en Serpiente Blanca

Sinopsis

A finales del siglo XVII, Isobel es una joven criolla neogranadina, inteligente, lista y pícara; ostenta un título de derecho propio y ha llegado a Inglaterra a reunirse con el hermano de su madre para cumplir con las desagradables disposiciones del testamento de su padre.

Michael, en cambio, es un *donnadie*, tiene fama de bandido y se rumora que solía dedicarse a la piratería, lo llaman Serpiente Negra, y es conocido entre la nobleza como un cazafortunas que persigue y se entrega sin renuencia a las viudas viejas.

Un escándalo obliga a Isobel a casarse y Michael necesita su fortuna. Los azares del destino los presentan como la salvación del otro.

Pero Michael tiene un secreto desconocido incluso para él, lo único que sabe es que comparte con sus hermanos la inusual habilidad de hablar con las serpientes.

Alguien quiere matarlo y él no entiende por qué, en ocasiones, aparece desnudo luego de una pelea y sin que pueda recordar. Isobel escribe una revista clandestina con sus hermanas e investigan un misterioso y sobrenatural caso de asesinato, pero ¿por qué todas las pistas apuntan a su esposo? y ¿por qué ahora los sueños de Isobel no le pertenecen?

Déjate envolver por la intrigante historia de Serpiente Negra.



Prólogo

Londres, marzo de 1795

La sangre brotaba a borbotones de su boca, cualquiera podría haber pensado que le tumbaron un par de dientes, pero el joven, de espeso cabello negro y ojos claros como agua de mar, quien a simple vista rondaba los veinticinco años, no mostraba el mayor malestar ante lo que acababa de pasarle. Era fácil reconocerlo, pertenecía a una familia aristocrática, ¿su nombre? Michael Watson, tercer hijo varón del barón Darien Watson. Michael se limitó a mirar hacia un lado mientras con el dedo pulgar se limpiaba estoicamente la sangre que manaba de su labio. La expresión en sus ojos y su sonrisa indiferente sin duda hubo de helar la sangre del hombre que tuvo la osadía de tocarlo. Luego de eso, el joven noble, moviendo su cuello como si quisiera ajustarse las vértebras tras la pelea, tomó a su pobre contrincante por las solapas de su camisa elevándolo algunos centímetros del suelo.

—¿Quién te ha enviado? —se limitó a preguntar.

El mercenario no contestó y Michael no fue capaz de leer en sus ojos ninguna señal, algo sucedía más allá de sus deudas de juego y él no tenía la más remota idea.

No obstante, poco dispuesto a quedarse con la duda, el misterioso joven apodado Serpiente Negra posó sus fríos ojos azules en el único que no había huido de aquel lamentable grupo de malandros. Repitió la pregunta y nuevamente no obtuvo respuesta. El hombre sangraba casi al borde de la muerte y, sin embargo, logró clavar su navaja en el vientre del legendario Michael Watson.

—¿No responderás? —preguntó la severa voz de Serpiente Negra, puesto que en ese momento no era el simple sir Michael Watson de siempre.

El otro hombre no contestó. Serpiente negra lo soltó y dio media vuelta para irse, pero en lugar de tranquilizarse, el mercenario tragó saliva asustado cuando escuchó el aterrador sonido del cascabel de la serpiente y asumió que, definitivamente sus días habían terminado, Michael pudo sentirlo, como podía sentir muchas cosas que los demás no. También percibió el suspiro del hombre cuando, al alejarse dejando la serpiente tras de sí, tiró también el antídoto. Era una advertencia.

El joven Watson mantuvo su imagen severa hasta comprobar que nadie lo seguía, fue entonces que con preocupación se concentró en la herida en su costado, las cosas se le estaban saliendo de las manos y no tenía modo concreto de solucionarlas. Podía ser que sus días estuvieran por terminar. Cuando la serpiente regresó a él, hizo su mejor esfuerzo por volver a casa mientras sentía cómo la vida se le iba junto con los litros de sangre que derramaba. La verdad poco le importaba a él y poco le importaría a cualquiera.

Sin embargo, sentía auténtica curiosidad por la identidad de la persona que había enviado hombres para matarlo dos veces seguidas en una misma semana. De la vez anterior solo recordaba haberse sentido asustado como pocas veces en su vida, luego nada más, cuando se dio cuenta estaba desnudo en su cama, era la primera vez que le pasaba algo similar, ni siquiera estaba borracho, ¿cómo era posible?

Él se dio cuenta de que resultaría imposible regresar a casa, moriría allí, en una solitaria calle de

Londres poco después del amanecer, ni en el impetuoso mar, ni en el campo, sería en una calle triste y sucia con la visión del vapor de las incipientes fábricas. Moriría también con las palabras de aquella mujer en su memoria, la visión de aquellos hermosos ojos castaños y el rubio cabello acariciado por el viento, era consuelo suficiente para un moribundo que a nadie importaría, que a nadie había importado nunca. Salvo a las personas que intentaron matarlo.

La serpiente lo miraba, realmente parecía hablarle, parecía preguntarle cómo ayudarlo. Era una serpiente pequeña, una bebé en entrenamiento que todavía cabía en su bolsillo, ella lo rodeó. Y no supo si temer o sentirse agradecido al notar sus intenciones. Cuando criaba su primera serpiente, su madre le dijo que las personas no las tenían por mascotas porque incluso los perros mordían a veces la mano de sus dueños, salvo que el perro no tenía veneno.

Sus párpados cayeron pesados cubriendo la escasa visibilidad de la fría madrugada londinense, creyendo que se precipitaba su final.

Sin embargo, sin saber cuánto tiempo después lo hizo, volvió a abrir los ojos. Despertó dolorido y confundido y se halló desnudo en su cama, se tocó el rostro para confirmar que seguía con vida y al moverse notó el dolor de su abdomen, miró hacia allí y pudo ver la herida abierta.

Estaba solo, no tenía dinero para un médico, sus intentos de obtener fortuna jamás surtían efecto. Volvió el recuerdo de aquella mujer y prometió que si quería verla una vez más, lo haría solo.

Se armó de valor para levantarse y afrontar la situación. A falta de recursos, el hombre mordió un trozo de tela de una toalla y cosió su propia herida con la aguja, no esperaba nada de la vida, tampoco tenía razón para aferrarse a ella, hacía mucho que no albergaba un sueño o alguna esperanza. Pero esa mujer hacía la excepción. Lo que sentía por ella lo mantenía cuerdo y de algún modo humano, lo apartaba de caer tan bajo como para convertirse en asesino a sueldo o en mendigo. Como su propia sangre manchaba sus manos mientras cosía su herida, así se habían humedecido muchas veces con la sangre de otros hombres, pero nunca había matado sin motivo. En medio del dolor volvió a pensar en ella, en verse en aquellos ojos de avellana que lo rechazaban, siquiera una vez, porque soñar con morir entre sus brazos era una esperanza vana.

Pero él soñó que lo hacía, que acomodaba su cabeza en su regazo y besaba sus delicadas manos sin guante mientras sentía que la vida se esfumaba de su cuerpo. Aunque no esperaba un cielo, y ya había vivido un infierno, morir en sus brazos podía valer la pena solo por estar cerca de ella.

Definitivamente era una muerte patética, el hombre más temido en las calles marginales de Londres e incluso por algunos de sus nobles, y temido a en el mar durante su juventud por su habilidad de domar a las serpientes y la forma en que cultivaba su veneno; moría pensando en una mujer para la que valía menos que el estiércol que pisaban sus zapatos.

Por momentos, el delirio le permitió creer que era real y en otros, la lucidez le mostró que no era el regazo de la mujer amada sino una almohada húmeda por su sudor. La vida pasó ante sus ojos realmente, y él, más joven de lo que decían las leyendas en torno a su figura, casi lloró por lo que le recordó su agonía, que incluso el más cruel de los villanos habría tenido alguna vez a alguien que lo quisiera o se preocupara por él.

Él solo tenía a sus serpientes, ellas eran padres, hermanos, amigos y mujer amada. Ellas eran todo, y morirían en sus jaulas tiempo después de que él lo hiciera.

Recordó también el día en que trató de empujar al vacío a su propio hermano. Con un cuchillo afilado en una mano y una piedra grande y filosa en otra, él había empujado hasta el borde del precipicio bajo el que esperaba el agua. Extendió el brazo para dar con el cuchillo en el corazón de su hermano y de la nada una niña apareció torciendo su muñeca y clavando en él sus ojos

castaños.

—Si quieres muerte, puedes matarte —le dijo.

Pero él no quería muerte, quería vida, y tenía la loca idea de reemplazarlo. Aquella vez, luego de que se hubieran ido, se sentó en el mismo borde de la muerte y miró en su pecho el único obstáculo a su plan, el lunar que le impidió conseguir el abrazo de su madre, aunque fuera para su hermano. Un día debió contemplar un beso que quería dar, se dispuso realmente a matarlo y luego a arrancar el lunar de su piel. Pero, con doce años, acabó en la calle incluso más miserable que en ese momento de su muerte. Su hermano sangrando por la boca, sus manos manchadas de sangre y su madre, como siempre, otra vez llamándolo monstruo.

Recordó el carruaje que lo llevó muy lejos de su casa y lo abandonó al borde de un bosque sin una moneda en el bolsillo, solo con sus serpientes. Todo lo que tenía. El cuchillo que buscó la muerte de su hermano todavía estaba en su mano.

—¿Por qué debería aceptarte en mi barco? —había preguntado el capitán del Galeón Fantasma cuando tiempo después solicitó unirse a su tripulación.

—Quiero ser rico.

—¿Para qué?

— Quiero ser rico para casarme con la muchacha que quiero.

—¿Y ella te quiere?

—Jamás lo hará, pero bastará con ser tan rico como ella.

—¿Y por qué quieres hacer esto para casarte con alguien que no te querrá jamás?

—Porque algo debo decirme cada mañana y hora del día para seguir respirando, señor… no tengo la fuerza para tomar mi propia vida, a menos que me haga usted el favor.

—¿Tienes la fuerza para matar a otros?

—Si es necesario puedo hacerlo, si no, mis serpientes lo harán por mí.

Entonces le explicó que las serpientes lo obedecían por una razón que desconocía. El hombre lo aceptó en su tripulación, pero le advirtió que para alcanzar la riqueza de esa muchacha necesitaría o mucha suerte o toda una vida.

Y suerte era lo que él menos tenía.



Capítulo I

Días antes, también en Londres.

—Es que la verdad no entiendo qué clase de enfermedad has cogido para que decidieras venir a este lugar —escuchó Doña Isobel María Fernanda Saavedra que le decía su hermana al pisar tierra en el puerto de Londres, la queja de María de los Santos Ángeles no se debía al hecho de encontrarse en la capital británica sino a la decisión de su hermana, la marquesa, de tomar aquel lugar por residencia. Desde que las dos hermanas escaparon del yugo de sus tíos, diez años antes, se habían dedicado a viajar por el mundo, asumiendo, en cuanto podían, la dirección de las diversas propiedades de su familia, es decir, las tierras en Nueva Granada y La Española, extensos ingenios de azúcar, tierras destinadas a la ganadería, el algodón y hasta una mina de oro; y las propiedades coloniales de su herencia inglesa, consistentes también en ingenios de azúcar y otras tierras de cultivo, así como una estrafalaria cantidad de esclavos. A la muchacha, dos años menor, le molestaba la idea de establecerse en aquel país y odiaba la lengua inglesa a extremos innombrables, tenía especial aprecio por su propia lengua castellana y gustaba del latín, el italiano y el francés, incluso hacía coqueteos con el alemán y hasta con el romaní, pero le desagradaba el inglés, aunque lo dominaba con suficiente competencia.

Isobel sospechaba que el reparo de su hermana consistía más bien en los hombres ingleses, a sus ojos no más que afeminados, no tenían eso que tenía el hombre hispano de la península y de ultramar que a ella tanto le gustaba. Aunque todavía vírgenes, Isobel y su hermana habían tenido amoríos con hombres de distintos orígenes, de adolescentes incluso, aunque en distintos momentos, habían visto tambalear sus voluntades ante apuestos, fuertes e indomables mulatos de preciosa piel canela. María casi había cedido a los encantos de un mestizo de condición humilde e Isobel llegó a prometer su mano en matrimonio a un noble criollo. Sin embargo, se dio cuenta de que el matrimonio, al menos con ese hombre en concreto, no era algo para lo que estaba hecha. No era ella la mujer que aguantaría a un millar de amantes y tampoco la que cedería su fortuna para la traición de la patria en las búsquedas de independencia. Así que, sabiendo que lo lastimaba, decidió seguir su camino aumentando su conocimiento de otras tierras.

—Sir William Watson —le dijo a su hermana por toda respuesta recordando al hombre alto, guapo, de espalda ancha y cintura estrecha con quien había coincidido dos meses antes. El mismo hombre que once años atrás había dado a Isobel su primer beso.

—¿De verdad has decidido venir a donde mi tío nos dominará y solo por un hombre?

—Bueno, cuando éramos niños, Will ni me miraba, pero ya he crecido —contestó—, ¿acaso no soy más bonita que antes?

—Aun así, no eres lo que se dice bonita —le recordó su hermana—, y si le interesaras se habría acercado hace dos meses… no podemos hacer este tipo de cosas solo por un hombre

—Claro que podemos, ¿no lo hicimos hace un año persiguiendo a Giovani? —le recordó—, estuvimos tres meses en Malta solo porque estabas encaprichada con él.

—Y casi acabo perjudicada, debería servirnos de lección —insistió su hermana—, es que la única tonta que deja a un verdadero macho por un mequetrefe inglés eres tú.

—Pero William es realmente un hombre —murmuró, extendiendo sus manos enguantadas

dramáticamente y pretendiendo ilustrar su descripción—, cuando hace esgrima y el sudor le corre por la cara y le moja la camisa resulta tan atractivo como el brioso obrero de las indias.

En Nueva Granada y en La Española, donde pasaban más tiempo en el campo, solían sentarse en mecedoras al mediodía observando, mientras se abanicaban, a los jóvenes esclavos, libertos y campesinos que se dedicaban a las labores de campo. Con descaro les coqueteaban y se atrevían a tocarlos. Pero no iba más allá, no a eso que apenas intuían.

—Ciertamente es apuesto —corroboró su hermana—, pero aun así esto es demasiado por un hombre al que no pasarás de besar y acariciar el pecho, nos has traído a la boca del lobo.

—De todas formas es hora de que arreglen nuestros matrimonios —le recordó—, si no queremos quedar pobres y apenas con un título.

—O preñadas con el hijo de algún mestizo —convino su excelentísima hermana con voz burlona—, tenemos lujuria de mulatas.

Cubriendo los rostros de ambas con el abanico, Isobel se dispuso a secretear:

—No exageres, las mulatas son más castas que nosotras.

—No quiero tener un sobrino inglés —insistió ella.

—Pero tenemos sangre inglesa —le recordó.

—Con las mujeres no hay mayor problema, el problema de Inglaterra es su varón.

—Simplemente busca entre la burguesía —desestimó.

—Mi tío nos acabará casando con algún vejestorio —le recordó su hermana—, no somos tan bonitas como para conseguir maridos guapos, jóvenes y nobles, y tampoco nos entregaría al que quisiéramos, se asegurará de recibir una mayor porción de nuestras herencias.

—Sí, seremos vendidas como prostitutas —aceptó—, pero es algo que puede hacer estemos donde estemos, así que mejor tomar el toro por los cuernos ¿quién sabe? podríamos conseguir caballeros dispuestos a complacer a nuestro tío, aunque hiera su propio orgullo… quizá William pueda hacerlo.

—Dudo que William Watson sea capaz de agarrar un toro por los cuernos —insistió ella llamando la atención de la gente del puerto, no solo por la ostentosidad de su vestimenta, sino por el sonoro castellano que empleaba para comunicarse—, prométeme que realmente dejaremos a los bastardos con los que tío nos case en cuanto tengamos un hijo.

—Confiemos en que no haga elecciones tan horrendas, a fin de que es nuestro tío y en el fondo nos quiere —la tranquilizó—, además, basta cuidar la reputación, no forzarlo a adelantar los acontecimientos.

—Bueno, entre los ingleses no hay mucho para ver, resultará fácil, al menos para mí.

—Bueno, si William Watson la arruina mejor para mí —murmuró.

Junto con su hermana esperó a su tío que parecía estarse demorando, a fin de que el barco arribó puerto poco antes de lo esperado. Estaban acostumbradas al ritmo de los puertos, habían atracado en muchos como para incomodarse con esos ajetreos, aunque los olores y la vista en ellos no era lo más agradable de todo, disfrutaban del cruce de miradas y hasta del abierto coqueteo cuando debían esperar en aquellos lugares, además, en esos espacios tenían un mayor acercamiento con la plebe. Ellas escribían literatura de viajes y les parecía que en la descripción no podía hacer falta algo tan importante como el hombre común. De modo que, aunque amaban sus comodidades era habitual que se mezclaran en las festividades del vulgo y gozaban ciertamente de sus carnavales. Ello hacía sumamente interesante la revista femenina que publicaban en los idiomas que dominaban y que hacían viajar hasta sus socias, quienes colaboraban activamente con sus propios artículos.

Las excelentísimas jóvenes que ostentaban por derecho propio el título de grandes de España, si bien no eran las mujeres más hermosas, eran cultas, valientes y curiosas, lo que las hacía bastante interesantes a los hombres una vez las conocían. Sin embargo, esas mismas características, la casi indomable voluntad de ambas y su carácter insumiso, tenían la desventaja de apartar a los verdaderos pretendientes. Sobre todo, cuando eran cazafortunas que sabían que no estaban ante tontas que no pedirían cuentas de sus propiedades. Además, aquel amor por los hombres, transformado en un amor por ninguno, a menos que fuera platónico, también resultaba espantoso y hasta ofensivo para quienes las conocían. Y el resto de las mujeres, salvo aquellas que compartían algunas de sus características, solían verlas como criaturas excéntricas, demasiado excéntricas para la edad que tenían.

Por ejemplo, el traje imperio comenzaba a imponerse, las delicadas y claras telas más parecidas a la ropa interior se hacían la regla, pero ellas seguían aferradas a los peinados exuberantes, las amplias faldas y las telas lujosas. Aunque eliminando de aquellos trajes lo que según los hombres resultaba menos atractivo. No se empolvaban el rostro de blanco y muy pocas veces usaban pelucas, pero pintaban sus labios y enrojecían sus mejillas, y, al menos para sí mismas, a veces usaban kohl para sus ojos.

Así pues, no les extrañó la mirada de su tío y su tía al aparecer por ellas minutos después. Y, aunque en ambas afloró cierto cariño al verlos, no les extrañó tampoco que ellos no parecieran compartir el sentimiento. Diez años atrás se habían escabullido en la noche junto con la nana india que les sirvió de nodriza en el virreinato, ellas prácticamente la habían obligado, ansiosas de una libertad que su tío no les permitía. Tenían solo doce y diez años, pero sabían que querían estar lejos de aquel hombre que ya las hacía desfilar ante viejos decrépitos buscando un socio para compartir sus fortunas. Entonces, durante dos años se movieron entre su hacienda y el caserío de aquella nana india que vio la muerte, igual que sus padres, demasiado pronto a los ojos de ambas.

—Al menos no hemos tenido que contratar corsarios para traerlas de vuelta —criticó su tía echándoles una mirada despectiva.

—Mis excelentísimas señoras —se esforzó en decir su tío en castellano con una leve inclinación —, es un placer tenerlas de vuelta.

—Es un placer verlo, *milord* —saludaron las dos al tiempo, él ofreció sus brazos a ambas y ellas lo siguieron hasta el carruaje

La castiza, de nombre Marcela, que las acompañaba y había esperado guardando moderada distancia, las siguió luego de asegurarse de que los hombres de su tío se ocuparan del equipaje. Marcela era también hija de su padre, merecedora igualmente de considerable herencia por lo que desde que lo supieron iban con ella a todo sitio. Como ellas, la muchacha conoció la orfandad temprano, aunque con mayor edad. Era menor que ambas, tenía apenas diecinueve años y era bastante más inocente que sus hermanas, aunque igual de osada en el aspecto intelectual, era bastante tímida en el personal; la muchacha sí que echaba sus buenas miradas a los hombres y disfrutaba hablar de ellos con sus dos hermanas, pero contrario a ellas temía acercárseles. En el fondo, una de las razones por las que Isobel había decidido ir tras William, aunque implicara pisar Inglaterra, era porque sin el apoyo de su tío difícilmente conseguiría un buen marido para su hermana y quería un buen marido para ella, estaba segura de que era lo que a su padre hubiera gustado. Marcela no era hija del adulterio, aunque ciertamente era una hija natural concebida en la viudez de su padre y antes de su enfermedad.

—¿Hay algo interesante para saber de esta ciudad? —preguntó María a su tío.

—Tenemos algunos cotilleos para compartir, pero habría que actualizarlas sobre las

identidades de la alta sociedad —dijo su tía.

—Qué interesante labor —se lamentó Marcela a sus espaldas.

—Pero necesaria —se lamentó también María.

Cuando llegaron al carruaje, Isobel estuvo a punto de molestarse por primera vez al notar que sus tíos pretendían que Marcela viajara junto al cochero. Ella podía aislarse, temiendo algún rechazo por su casta, pero Isobel no podía permitir que alguien distinto a su misma persona la segregara, ilegítima y enrazada como era, se trataba a su pequeña hermana. Recordaba haber explicitado en su carta que viajaban con su hermana menor y exigía para ella el trato de una dama, ella también ostentaba el título de doña.

—Es mi hermanita, no una criada —le dijo a su tío, aunque Marcela hubiera insistido en actuar como tal.

—¿Han viajado sin criados? —preguntó su tía, incrédula.

—Sí —contestó—, simplemente lo decidimos así ¿carecen de personal para atendernos? Quiero dos doncellas para cada una de nosotras y las mejores habitaciones, todas con ventanas.

—Ya nos lo has dicho en tu carta —sentenció su tío—, sin embargo, *milady*, estás en Inglaterra y yo soy el *páter familia*, eres menor de edad y, por tanto, a pesar de tu posición has de guardarme obediencia. Las dejé hacer su voluntad estos años, son jóvenes y comprendo que desearan una vida más plácida por algún tiempo, pero, se han ido los años propicios de su debut y nos han dificultado la labor de hallarles marido.

—Todavía somos jóvenes casaderas —le recordó María—, y vírgenes, sabíamos que tarde o temprano tendríamos que volver.

Porque si Isobel no tenía un hijo antes de los veinticuatro años, la producción de sus tierras sería donada totalmente a diversas órdenes religiosas, de caballería, escuelas y universidades de forma vitalicia. Y, además, según la disposición de su padre, si no se casaban antes de la mayoría de edad debían ingresar a un convento. Al parecer, aquel había sido el único modo en que su padre se aseguró el matrimonio de sus hijas sabiendo que no podría ocuparse personalmente del asunto.

—Eso tendrá que comprobarse.

Durante esos años, las hermanas vivieron holgadamente de la cuantiosa asignación mensual que recibían, pero ciertamente no tenían la posibilidad de tomar decisiones sobre su propia vida o sus propiedades. Por ejemplo, cuando Isobel prometió casarse con el criollo recibió una respuesta negativa por parte de su tío, y aunque hubiera querido el matrimonio, no se hubiera podido realizar legalmente.

A pesar de haber hecho su voluntad durante esos doce años, en el fondo siempre había sido su tío quien mandaba. Así que si el tío llevaba una comadrona a comprobar sus virginidades no podían negarse a ser revisadas. Lo cierto era que su tío había enviado varias comadronas a lo largo de aquella década, lo que en parte les sirvió para reprimirse, la promesa de ser enclaustradas asustaba a cualquiera, especialmente si quien formulaba dicha amenaza tenía poder para llevarlo a cabo en todas las legislaciones que conocían.

—Sin embargo, en efecto les procuraré las mejores habitaciones y las comodidades que exigen —dijo su tío antes de que entraran a dicho carruaje—, prepararé el debut apropiado para su hermana, de todas formas, tiene una magnífica dote.

—No nos cases con viejos —rogó María—, te pediría que no lo hicieras con ingleses, pero sé que pido demasiado.

—Entren ya —interrumpió su tía—, tenemos mucho que hacer antes de su primer baile.

Las tres entraron al carruaje, Isobel se sentó en medio de sus hermanas con sus tíos enfrente.

—Bueno —dijo Marcela al rato abrazándola y poniendo la cabeza en su hombro—, al menos habrá algunas historias interesantes para contar.

—Seguro que sí —quiso animar a su hermana.

Se preguntó si tal vez debía haber esperado un poco más, pero su destino era definitivamente el matrimonio, así que ver de nuevo a William en Francia le había parecido que era una suerte de señal divina, quizás podía tener un matrimonio por amor. Ojalá todas pudieran tenerlo .

Cuando llegaron a la mansión, advirtieron que la servidumbre murmuraba, al principio pensaron que podría referirse a chismes sobre ellas, quizá la excentricidad de las dos mayores o la piel menos clara y el cabello indio de la más pequeña, pero comprobaron que no era eso luego de comunicarse los resultados de sus jornadas de espionaje. Queriendo comprobar hicieron que les consiguieran los números de los periódicos anteriores.

Según los periódicos y los rumores, fueron encontrados dos hombres, que luego murieron, con claros signos de envenenamiento. Uno, todavía consciente, al aparecer la ayuda afirmó que “el desconocido” se había convertido en una serpiente blanca y enorme y los había atacado.

La primera en notar los murmullos fue Marcela, acababa de bajar luego del desayuno pretendiendo cabalgar un rato como habituaba hacer desde pequeña, cuando al pasar por las escaleras camino a la sala de estar en que se encontraba Lord Fitz, su tutor, a quien pediría permiso para tal fin; notó que dos sirvientas de trajes oscuros murmuraban a los oídos de una y otra alguna cosa que no se escuchaba, con evidente excitación. Marcela pensó que se trataba de ella, cosa habitual; ya que era la hija ilegítima de un marqués español con una mestiza bastarda hija del antiguo administrador de sus tierras. Pero, aunque su inglés no era perfecto porque lo había aprendido de sus hermanas, no le pareció escuchar nada que sirviera para acusarlas.

La segunda fue la propia Isobel, ella lo hizo a dos días de su llegada; acostumbrada a levantarse temprano fue a la cocina en busca de algo comestible producto directo de la naturaleza o que ya estuviera preparado y se encontró con algunos de los sirvientes reunidos conversando animosamente sobre algún tema que se terminó en cuanto ella pisó la cocina todavía vestida con el camisón, era uno bonito de tirantes y encaje que le cubría la mitad de los muslos pero recordó pronto que quizás era algo un tanto escandalizante ya que no estaban solo las tres con sirvientas mujeres que se quedaban calladas.

La tercera vez fue de nuevo Isobel, esta vez en los establos y vestida correctamente, mucho más modesta que con el traje imperio pues no mostraba ni un solo pedazo de piel, pero, aun así, lo mozos de cuadra, bastante feos para su gusto, se quedaron en silencio. Luego María tuvo su propia experiencia al respecto, al notar que sus dos doncellas murmuraban algo referente al castigo de Dios y ella, claro, pensó que hablaban de su persona pues desnuda en su cama se había lamentado de no estar en los brazos de un hombre, aunque solo se refería a la calidez y lo deliciosos que le resultaban al tacto el vello de sus pechos y el beso de sus labios.

Así pues, lo conversaron entre todas decidiendo que, tal vez, no se trataba de ellas, lo que no sería raro, pero en esa ocasión era otra la razón de los murmullos y resolvieron que debían investigar. Así descubrieron aquello muy útil para alimentar sus fértiles imaginaciones. Pues, las muchachas eran amantes del sexo masculino como las sirenas y otras criaturas del mismo estilo, pero también eran amantes de las fantasías de todo tipo. Sabido era que un hombre con conocimientos del tema, por más feo que fuera, podía tenerlas sentadas a sus pies durante horas, aunque sin obtener más que aquella admiración intelectual. Así pues, todo lo que refería a duendes, hadas, brujas y vampiros, espantos de cualquier tipo, conseguía mantenerlas

interesadas, aunque en el fondo no las consideraban más que simples historias. Por el momento estaban parcialmente interesadas en la literatura gótica y en los romances trágicos y la narrativa epistolar que tenía su auge en otros territorios. Aunque, lo cierto era que no habían leído ninguna de esas novelas francesas supuestamente acordes con sus temperamentos, intuían, pero jamás habían experimentado más que las miradas ansiosas y algunas veces las caricias de los hombres sobre la ropa. Preferían pasar sus tardes leyendo proezas de caballeros antiguos, para quienes María no tenía ningún reparo, aunque fueran ingleses.

—Bueno, supongo que vamos a investigar —les dijo a sus hermanas durante el té en su cuarto día allí, el día de su primer baile en sociedad en Londres—. Sería interesante publicarlo en la revista.

—Bien, ese será el artículo central —murmuró Marcela—, pero yo quiero preparar un artículo sobre la moda inglesa en los bailes de máscaras.

—Yo espero poder averiguar sobre las criaturas mágicas.

—Bueno, hemos de enviar la carta informando de la temática de este número.

—Yo me encargo de ello —se ofreció María refiriéndose al deber de ocuparse de la comunicación con las otras mujeres miembros de la revista.

A Isobel realmente le llamaba la atención la historia del hombre serpiente que contaban los criados. A pesar de que las serpientes eran de esas pocas criaturas a las que la marquesa temía.

No mucho después de aquello, interrumpiéndole la lectura de *El castillo de Otranto*, las doncellas irrumpieron recordándoles que era hora de que se ataviasen para la fiesta de aquella noche. Las hermanas Saavedra carecían de las virtudes perseguidas por el común de las doncellas, entre otras cosas, eran bastante vanidosas por lo que la perspectiva de lucir sus fantásticos vestidos no les molestaba en absoluto. Aunque sí que les molestaba tremendamente la exigencia de su tío de vestirlas según la moda londinense, es decir, el cabello recogido, aspecto de tuberculosa moribunda, un vestido de escote cuadrado que caía como una bata ocultando sus formas, joyas sencillas y zapatos también sencillos. Ellas, por supuesto, no estaban dispuestas a obedecerlo, al menos no Isobel y María, quienes no eran debutantes, aunque la sociedad londinense las desconociera.

Así pues se pusieron hermosos vestidos al puro estilo de la moda francesa, sus referentes en moda seguían siendo Madame Pompadour, María Antonieta y la duquesa de Devonshire; si usaban la vestimenta popularizada de Josefina Bonaparte era porque la reina francesa decapitada había sido retratada con un vestido de corte similar, aun así, aunque usaran el traje imperio ninguna de las tres pretendía usar los pálidos colores propuestos, los amarillos, rosados, violetas brillantes, azules y rojos; formarían parte de su guardarropa para cuando debieran verlas con aquellos trajes. Por ejemplo, aceptaban la comodidad de aquel sencillo vestido sin corsé, para el día a día y para cabalgar, también les gustaba la comodidad.

Su tío el vizconde, su primo y su tía reaccionaron a su presencia, bajaron las cabezas decepcionados cuando las vieron aparecer con el vestido a la francesa, Isobel rosado, su hermana María amarillo, y las tres con modestos *pufs* como peinado. Así también, aunque conforme a la norma del debut, Marcela no disimulaba su belleza; a veces Isobel temía ser eclipsada por ella, a sus ojos, los cabellos castaño casi chocolate y negro azabache de sus hermanas eran más atractivos que su pálido cabello rubio. Pero poco importaba, las tres tenían muy claro que no eran tan bellas como les habría gustado, en cambio, les había sido concedida riqueza e inteligencia, aunque el acceso a la riqueza implicara el matrimonio concertado con quien, a su tío inglés, le diera la gana de acordarlo.

—Eso ya ha pasado de moda, queridas —dijo su tía—. Estás bellísima, Marcela, aunque podrías haberte peinado de otra manera.

—Lo cierto es que será difícil que no se note su mestizaje, las tres se ven tan negras que parecen todas esclavas —se burló su primo, un mequetrefe que hacía comprender a Isobel el desinterés de su hermana por los hombres ingleses.

—*Al menos no tenemos tez de leche de vaca* —escupió Marcela en castellano de modo que ellos no pudieran comprenderlo.

—No sé qué hayas dicho, señorita —regañó su tío—, pero está prohibido el uso de una lengua desconocida en esta casa.

—¿Casi trece años ocupándote de nuestras tierras y todavía no eres capaz de hablar en sus lenguas? —preguntó burlona, adelantándose camino al carruaje seguida de sus hermanas.

Como esperaba, extranjeras como eran, llamaron la atención de inmediato, aunque las normas de cortesía exigían las presentaciones y su tío no parecía dispuesto a hacerlas por lo que ella y María debieron quedarse sentadas observando la velada mientras sabían que los demás hablaban de su forma de vestir.

—Me siento algo extraña —dijo María—, por un lado, siento que estoy envejeciendo y, por el otro, me siento orgullosísima de Marce… nadie nos invitó a bailar en el primer baile al que asistimos.

—¿Vieja por qué?

—Bueno, ya Marce está haciendo su debut.

—Y tú aún tienes veintiún años —le recordó—, no llegan a ser tres de diferencia… vieja yo con los cuatro que le llevo.

—Solo son tres y tres meses, si somos estrictas.

—Creo que no nos invitaron a bailar porque era una fiesta del pueblo y nosotras las terratenientes, no creo que se atrevieran.

—Pero se atrevieron al siguiente.

—Sí, se atrevieron —recordó.

Marcela estaba bailando con un noble medianamente guapo, de al menos veinticinco años y eso era bastante interesante a sus ojos. Pronto su tío empezó a presentarle a sus conocidos, entretanto, su otra hermana también comenzó a bailar al ser presentada a caballeros por las hijas de esos conocidos o sus hermanos, ella debió atender con sonrisas amables a hombres que podrían ser su padre y ni siquiera podrían ser sus maridos solo por el hecho de ostentar un título importante.

—¿Me concedería un baile con la señorita? —preguntó la sonora voz de un hombre a su espalda mientras hablaban con una pareja de vizcondes. Su tío dio media vuelta con el fin de identificar al extraño y ella, Isobel quien también se giró, se encontró de frente con el hombre que estaba buscando, William Watson; quien la ignoró en el continente, allí le estaba pidiendo un baile. Vestía totalmente de negro, un negro tan oscuro como el de su cabello, del mismo tono que el de su hermana, no había una sola prenda que fuera blanca o clara. Pero todo aquel negro hacía que destacaran su hermoso rostro y sus ojos azules brillantes y fríos. Le extrañó que llevara una barba de dos días, pues podía jurar que William era lampiño, claro que ella no lo había visto mucho realmente .

—¿Sir Watson?

—Así es —contestó él.

—¿Serpiente Negra? —preguntó su tío también.

—¿Acaso el remilgado de mi hermano querría bailar con la señorita más rica del lugar para que lo acusaran de ser igual a mí?

—¡Ah!, querida, ya conoces a sir Michael Watson, los dos han crecido mucho en estos doce años ¿no te parece?

—Sí, claro — contestó ella—, e igual que la última Navidad en su casa, no pienso bailar con él, tío, no le concederé un baile.

—¿Por qué no?

—La reputación de Michael Watson, el cazafortunas con más mala suerte de la historia se ha expandido como el fuego.

—Supongo que ha habido fuego —se burló el hermano pequeño, extrañamente idéntico, del único amor de Isobel—, *mi excelentísima señorita doña Isobel, como el que se expande cuando estás junto a mi* —le dijo él en perfecto castellano.

—*¿Desde cuándo ha surgido ese fuego si no te he visto en once años y poco más, sir?* —murmuró

—*Pero yo sí, mi señora, coqueteando con tus esclavos en Jamaica* —siguió él—, *y bañándote casi desnuda en la playa con tus sirvientas y hermanas.*

—*Imagino que mientras eras pirata.*

—*No esperes una confesión si eso estás buscando.*

Divertida y asombrada por su dominio de la lengua, Isobel estuvo a punto de decir algo más, pero no lo hizo al notar la mirada enojada de su tío que consideraba el hablar en otra lengua una descortesía de las más grandes. Quizás era cierto, podrían tramar matarlo ante sus propios ojos.

—De todas formas, Watson, la fortuna de mi sobrina no es algo accesible a tus manos.

—Probablemente tampoco a las tuyas, *milord* —dijo el hombre con fingida deferencia—. Si mal no recuerdo, todo se pierde si en su cumpleaños veinticuatro la marquesa no ha tenido un hijo, pronto tendrá veintidós y se dice por ahí que la *marquesa de San León* se ha quedado solterona, destinada a pervertir un convento.

—Deje en paz a mi muchacha, Watson —ordenó con afectación su tío—. Vaya a buscar las faldas de sus viudas ricas.

—Todos se asustan de mí, me ofenden —fingió Michael con una sonrisa—, no soy un pervertidor de vírgenes ni un ladrón de inocencias.

—Pero sí tu hermano, y nunca podremos estar seguros de ante cuál de los dos estamos.

—Su sobrina carece de encanto, está a salvo de sus garras y de las mías; su fortuna no tanto, esa sí es atractiva.

Isobel ya no era una niña y no podía golpearlo cuando la molestaba, ni tirarlo al suelo jalándole los cabellos mientras lo insultaba del modo que se le ocurriese, pero lo golpeó con su abanico y le dejó claro que nunca pondría sus manos sobre su dinero. Nada dijo de su cuerpo pues Isobel no podía negar que Michael Watson era tan atractivo que hacía temblar sus rodillas y seguro que hasta las de María. Recordó vagamente al niño que, dándole flores casi catorce años atrás, dijo que la quería y la querría por toda la eternidad. Las primeras semanas Michael se escondía a llorar cuando la veía, luego su supuesto amor eterno desapareció como el humo y concentró su interés en cosas diferentes.

Isobel era capaz de admitir que seis años atrás se asombró al escuchar que había un joven pirata llamado Serpiente Negra que la estaba buscando, le dijeron que su nombre real era Michael Watson y ella respondió que no se relacionaba con bandidos ni con terceros hijos desheredados de la *gentry* porque acababa de enterarse de ello por la carta ocasional de su hermana. En aquella ocasión, María le había reprochado su desatención y eso que Isobel era la única que sabía cómo se

había visto aquel chico confesando su supuesto amor. Entonces ella no estaba realmente interesada en los hombres, de haber sido entonces la que era ahora quizás habría jugado un rato con él, realmente era muy guapo.

—¿Con quienes bailaron? —preguntó a sus hermanas cuando estuvieron en el carruaje.

—No recuerdo sus nombres —dijo Marcela—, tampoco tengo interés en recordarlos, solo eran mequetrefes renuentes al mestizaje.

—Como todos los ingleses —murmuró María—, yo tampoco lo he hecho con gente interesante, creo que solo bailaban con el testamento de mi padre.

—¿Y tú? ¿Nadie te invitó? —preguntó Marcela bostezando, la habían llevado a pocos eventos, no estaba acostumbrada a dormir tan tarde.

—Me invitó Michael Watson —contestó

—¿Ese hombre muy guapo que se acercó a ti?

—¿Cómo puede ser tan idéntico a su hermano?

— No lo sé, ya eran bastante parecidos antes —murmuró.

—¿De quién más hablan?

—De William Watson —casi escupió María—, el canalla que sedujo a la hija de los Carabretelli ¿recuerdas?

—¡Oh, ya veo! Adoptó muy pronto la nueva moda inglesa, supongo que realmente para que no pensaran que su *guardainfantes* realmente ocultaba uno.

—¿Y ocultaba uno? Isa idolatra a ese hombre.

—Eso decían, realmente jamás lo sabré.

—Realmente quisiera tener un bebé —murmuró María mirando por la ventana hacia un Londres casi a oscuras, repleto del ruido de coches y caballos.

Ese también era el querer de las tres, pero Isobel jamás había dicho que era del mismo parecer, que también se daba cuenta que tenía veintidós años y todavía no se casaba ni tenía un bebé. Y que, hasta ese día, desde la muerte de sus padres nadie la había querido más que esas dos a las que la ataban la sangre y la costumbre. Aun así sabía que su padre realmente no las quería, a pesar de haber procurado lo mejor para las tres, en su lecho de muerte se lamentó de muchas cosas, entre esas no concretamente de haber tenido solo hijas mujeres y ni un solo varón sino de haberse casado con una persona que no amaba. Ella era una niña, pero recordaba con claridad las últimas confesiones de su padre. No se habría casado con la inglesa si no se hubiera quedado embarazada, si no hubiera resultado una muchacha de buena cuna y él no hubiera escuchado su conciencia. Así pues, aunque sin culparla directamente, su padre había dejado en ella la responsabilidad de su desdicha, también lo había hecho su madre que cerraba las puertas para que Isobel y María no interrumpieran su soledad, también ella, según dijo su padre, amó a alguien más; aunque el de su madre era un recuerdo sumamente borroso. Así que ella quería que alguien le mostrara que realmente había una buena razón para que viviera, pues el amor de sus hermanas no satisfacía aquella necesidad.

Aun así, cada día se reconocía más incapaz de esa clase de sentimientos, quizás era realmente la certeza de que los matrimonios por amor no eran posibles para ellas o se trataba de que podía amar al sexo masculino, pero no a un hombre concreto.

En la mañana ensilló su montura muy temprano y fue al lugar al que iban las muchachas para ser observadas por los caballeros, solo que aquella hora no esperaba encontrar un alma. Luego de cabalgar un rato se sentó sobre el césped solo a pensar, pronto empezaría su investigación sobre el supuesto asesino que se convertía en serpiente.

—¿Me concederás un baile en tu próxima fiesta? —preguntó uno de los Watson apareciendo ante ella, todo vestido de negro, ojos azules brillantes, sonrisa de ensueño, limpia, pulida, saludable y con cada diente en su lugar; y con una barba de tres días sin afeitar.

—No, *sir*, ni en la próxima ni en ninguna otra.

—Moriré si no baila conmigo, doña Isobel.

—Morirás entonces porque no bailaré contigo.

—No es como si pudiera embarazarte con un baile, no entiendo por qué me lo niegas.

—Ojalá pudiera embarazarme sin tener que casarme —se lamentó—, si aquello fuera opción seguro que aceptaría gustosa, tendríamos un lindo bebé… al menos por ti.

—¿Quieres ser madre? —preguntó él levantando una ceja y sentándose a su lado en el césped

—Sí, mucho —confesó—, en parte he vuelto a Inglaterra porque no soportaba ese anhelo… y el dolor, a mis hermanas y a mí nuestro padecimiento mensual nos inhabilita totalmente, somos incapaces incluso de leer.

—Lo sé.

—¿Qué tanto nos espiaste, *sir Watson*?

—Sus gritos se escuchaban a considerable distancia, los tres juntos.

Quería decir que él había estado cerca en los últimos años, no solo seis atrás porque entonces ni María ni Marcela habían tenido su primer sangrado.

—El hecho es que nos dijo el doctor que el dolor se iría cuando fuéramos madres… pero ¿por qué hay que casarse?

—Así funciona —se limitó a decir él—. Baila conmigo, *milady*… nos beneficiaría a ambos, serías vista y la gente pensaría que hago parte de tu círculo con lo que podría acercarme a una joven heredera con mayor sutileza.

—Todos me verían como una jovencita víctima de un cazafortunas y el papel de jovencita víctima no me agrada en absoluto… bailaré contigo el día que te hayas muerto, sabes que quiero la atención de tu hermano, no la tuya ¿cierto?

—Yo no quiero tu atención, *milady*, quiero tu fortuna, aunque implique poner las manos sobre tu cuerpo y algo más que eso —dijo él apartándose, no como el niño que gritó llorando que la quería mientras ella iba tras su hermano que no la quería a ella. Aquel niño ya había sido frío y misterioso, molestaba siempre a Isobel, importunando sus momentos con William, y un día le había confesado aquello con total seriedad. Ella tenía ocho, él casi diez, y lo había mirado seriamente incrédula. Había gritado hasta verla desaparecer, que la quería y la querría siempre, luego se había quedado sentado con las flores en sus manos durante muchas horas. Por piedad había vuelto por él.

—Solo debes decir que también me quieres —había dicho sin voz, en la oscuridad, con las flores todavía en la mano y él de pie en la misma posición.

—Pero no te quiero y nunca te voy a querer.

Él tiró las flores, se hizo un ovillo y sollozó como si alguien hubiera muerto, ella no comprendió que su rechazo pudiera causar tanto sufrimiento.

El joven de ahora, en cambio, no parecía herido en absoluto y ella se preguntó por qué se había dignado a conversar con él.

Horas después supo que era la última persona en haber visto con vida a Michael Watson, además del hombre que lo vio herido en una calle antes de que apareciera su cuerpo hinchado flotando en el Támesis.

Marcela entró como tromba en la habitación de Isobel mientras sus hermanas bordaban.

—Encontraron a tu pretendiente cazafortunas —entró gritando.

—¿Qué pretendiente cazafortunas? —preguntaron ambas pues ni siquiera sabían a quién se dirigía.

— Michael Watson.

—No es mi pretendiente.

—Lo encontraron muerto en el río —siguió gritando su hermana.

—No… —murmuró sintiéndose culpable—, le dije que bailaríamos juntos el día que se muriera.

—Pues si viene a pedírtelo tendrás que bailar con él —se burló su hermana menor con indiferencia. Isobel cubrió su boca queriendo sellarla, era la tercera vez que decía algo así y algo pasaba a la persona en cuestión, parecía tener cierto poder para atraer la mala suerte sobre otro.

—Espero que haya dejado algunos bastardos, era realmente guapo —dijo su hermana María e Isobel recordó también cómo imaginó que podría ser un bebé de los dos.

Sin embargo, aquella noche estuvo nuevamente de humor para ir de fiesta. Ni siquiera los Watson parecían alterados y nadie al parecer criticó su actitud. Debía ser muy triste que a nadie entristeciera su muerte.

Era difícil cargar y alimentar al niño mientras debía cocinar, ella se sentía cansada, dolorida en lugares que no pensaba que existieran, y su corazón se emocionaba siempre que tocaban la puerta, tal vez él había regresado por ellos, tal vez pediría perdón y los llevaría a casa.

Pero nunca era él.

—¿Por qué no has terminado la sopa? —preguntó una mujer gorda y robusta entrando en la cocina mientras ella cambiaba el bebé de su espalda a su pecho porque estaba llorando por hambre.

—Creo que el bebé está enfermo, ha sido difícil cocinar con él —se justificaba la mujer, incómoda con el mechón de cabello rojo que le obstruía la visión.

Jamie casi se despertó del sueño al sentir el ardor de la fusta en el brazo de la joven que consiguió resistir lo suficiente para no soltar a su bebé a pesar del dolor.

—No es una excusa, entiende que no eres más una noble y ese hombre del que hablas no va a regresar por ti. Si quieres seguir en esta casa deberías acceder al deseo del patrón de que lo montes como se dice que montabas a ese hombre.

Jamie sintió la humillación y la tristeza, la vergüenza, la necesidad de esconder la cabeza.

—Aunque supongo que en verdad abusaste de aquel incauto, porque careces del menor encanto.

La vergüenza acompañaba a la muchacha hasta que llegaba a su habitación y desnudaba el pecho para su pequeño. Jamie sintió el amor que la embargaba mientras le acariciaba el rostro.

—Todo estará bien, mi niño, cuando tu padre vuelva estaremos bien… Jamie no me quiere, pero es un hombre de palabra.

Y Jamie sentía el dolor infinito de la mujer al pensar que no la quería. Se despertó con lágrimas en los ojos y odió su existencia porque seguía soñando con esa mujer innombrable, porque en sus sueños la imaginaba sufriendo y amando a un niño que al parecer no existía en la realidad, mientras en verdad andaba gozando de la vida como a ella le gustaba. Aunque prefería pensar que era así, que ella estaba disfrutando, porque a Jamie le enloquecía la idea de que sufriera. Años atrás le mencionaron la locura de que Minerva estaba viviendo en las calles y él, quien en ese momento estaba en las costas de Florida, se las había arreglado para regresar a Inglaterra

preocupado por ella, su retorno había coincidido con la temporada social y había comprobado su bienestar al verla con su familia en una fiesta. Jamie se había sentido idiota, aunque había agradecido al cielo que estuviera bien. La odiaba, pero todavía se sentía capaz de morir por ella.

Por eso estaba harto de aquellos sueños. Esos sueños lo hacían despertar loco de dolor. Soñaba con ella desde aquella noche en que supuestamente engendró un niño, soñaba muchas cosas que no podían ser reales, porque una persona no podía soñar por otra, pero le parecía que soñaba por Minerva.

Las sirvientas de la mansión Ross, una casa burguesa, miraban un poco preocupadas a la nueva empleada, le habían asignado el deber de lavar los vestidos de la señorita, pero la mujer restregaba contra la loza de tal forma que parecía que fuera a destrozar los finos trajes, casi todos de seda. Ella era una pelirroja flacucha, sin mayor atractivo, había dicho su nombre una semana antes, pero desde el segundo día habían empezado a llamarla «por supuesto» porque nunca decía que no y nunca contrariaba nada. Ella lo sabía, pero poco le importaba lo que pudieran decir de ella esas personas, si no golpeaba con fuerza esos vestidos acabaría llorando por lo que había perdido, una vez había sido alguien que usaba trajes elegantes y lujosos, alguien a quien servían y que nunca debía humillarse ante nadie. Pero de eso ya no quedaba nada, ni siquiera una sombra.

El vestido de seda esmeralda se rompió y el llanto de Minerva casi lo hizo al mismo tiempo, pero consiguió contenerse.

Luego de escuchar los insultos de la señora de la casa, Minerva se acomodó su vestido marrón, compró algunas semillas y se dirigió a un parque, se sentó en la banca e imitó el sonido de las palomas para llamarlas. Jamie le había enseñado cómo hacerlo. Jamie a veces la llevaba al parque y no hacían más que alimentar a las aves.

Una vez Jamie la había llevado al campo, cerca al lugar en que se construía su futura casa, alimentaron a los patos y luego Jamie le propuso pasear en canoa por el lago, estando en medio del lago, él insistió en hacerla levantarse, y ella, como le habían enseñado dijo que sí. Pero se cayeron. Jamie, por supuesto, la salvó y ella lo insultó de todas las formas que se le ocurrieron. Aquel día cuando ella intentó regresar a la casa, él la retuvo por la cintura y se quedaron retozando el resto de la tarde. Como nunca ese día, Jamie pareció divertirse con ella y la abrazó varias veces, incluso le besó la nuca. Minerva nunca había experimentado esa clase de cosquilleo.

—Cariño, ¿puedo tocarte?

—¿A qué te refieres? —le preguntó confundida a su prometido.

—Estoy muy contento de estar contigo aquí hoy y no tenía esta clase de intenciones, pero si me dejaras me harías muy feliz.

—Entonces está bien —concedió aún confundida y su novio la instó a cerrar los ojos, pronto sintió que le desataba los nudos del corsé y el frío aire en sus pequeños y pálidos senos, pero también sintió las manos de su novio y abrió los ojos.

—¿Seguro está bien esto? —le preguntó buscando su mirada, parecía contento.

—No tienes por qué preocuparte, cariño —dijo él inclinándose para tomar en su boca uno de sus pequeños pezones.

Pronto se sintió bien y Minerva no dijo nada más, luego Jamie le levantó las faldas y Minerva sintió su beso en sus ingles y luego sus manos y su boca en esa parte de su anatomía que solo ella tocaba. Después de hacerla gritar y convulsionar con esa sensación, Jamie la sentó en sus piernas.

—Así que esto esconde mi tímida noviecita —susurró acariciando su nariz, con sus dedos

todavía húmedos. Minerva lo abrazó y Jamie buscó su boca para besarla, pero ella se apartó.

—Mi madre dijo que si dejaba que me besaras tendríamos que poner fecha a la boda.

Él rio pícaramente.

—¿Te dijo tu madre qué viene después de los besos, querida?

—No, pero dices que esperarás un poco y yo tampoco estoy lista para ser madre todavía, así que no nos besaremos por ahora.

—Tenía miedo de que no supieras decir no, querida, a veces es importante hacerlo… por ejemplo, a ningún otro hombre debes decirle que sí para hacer algo como lo de hoy.

—Está bien. Igual no creo que sea capaz de dejar que otro hombre me haga algo así —contestó sin disimular su sonrojo.

—¿No me vas a preguntar qué hicimos hoy?

—No es necesario, yo confío en ti, te amo, Jamie.

—¿Quieres que vuelva a hacer lo de antes? —preguntó él sin devolverle la frase de cariño y ella, emocionada en ese momento, le dijo que sí.

Luego, poco a poco, descubrió que los sentimientos no eran mutuos, que su novio no la hallaba interesante, que no era la única mujer en su vida. Y su madre reprimió sus reclamos y sus quejas, le prohibió sentir celos o sentirse posesiva. Y esa libertad, ese silencio, tal vez, decepcionó a Jamie.

—¿Realmente no te molesta ni un poco? —le preguntó una vez mientras tomaban el té y pareció decepcionado cuando ella le dijo que no.

—Un matrimonio de conveniencia no requiere de instintos de posesión femenina —contestó citando a su madre.

—Cierto, Minerva, no es más que un matrimonio de conveniencia.

Y luego, en su desesperación, Minerva había arruinado su vida. De aquella chica inocente ya no quedaba nada.

Pasó por un mostrador de una tienda de ropa, exhibían un hermoso vestido escarlata y tampoco le costó recordar las veces que Jamie la llevó de compras. Aunque ni Jamie, ni sus padres o hermanos eran ya personas dignas de ser recordadas por ella. Ni siquiera pensaba en el niño al que había dado la vida, no valía la pena hacerlo.

Al llegar a casa saludó secamente a la dueña de la pensión y se encerró en su habitación hasta que llegó su benefactor.

—Supe que te despidieron —dijo el hombre que, a veces, reemplazaba en sueños al que ella no terminaba de olvidar, al que odiaba más que quererlo. Pero a este lo quería, aunque lo resentía por hacerla permanecer con vida.

—Sí, no soy buena lavando ropa tampoco.

—No necesitas hacerlo, eres una muchacha de alcurnia.

—No encuentro rastro de mi alcurnia ahora mismo.

—Parece que lord Jamie estará en Londres por una larga temporada ¿no piensas acercarte a él?

—Si he de casarme será con otro hombre, no quiero volver a ver en mi vida a Jamie o a su familia —escupió con desprecio.

—Está bien —dijo el conde sonriéndole cálidamente y procedió a preguntarle sobre su semana y su precipitado despido. Aquel momento, cada vez menos frecuente, era lo único que mantenía con vida a Minerva, eso y las novelitas que conseguía comprar en las calles. A veces bordaba, pero pensaba que si dejaba algo suyo al mundo no podría desaparecer realmente sin rastro y eso quería hacer cuando por fin muriera.



Capítulo II

Isobel no era una muchacha realmente remilgada, conocía la pobreza y era capaz de disfrutar de los placeres de la gente humilde, había dormido en esteras y hamacas, desayunado yuca con carne y leche recién ordeñada de las ubres de la vaca. Conocía lo que era comer sin cubiertos, con las manos, y cómo se sentía la tierra entre las uñas. Había echado sus orines a su palo de mango y nublado sus sentidos con la chicha fermentada. Con sus hermanas había gozado de las fiestas de los negros, y de las noches en las celebraciones casi paganas de las fiestas de los santos en los pueblos. Pero no lograba acostumbrarse a la imagen de la pobreza en las grandes ciudades. A la imagen de aquellas gentes libres que vivían peor que los esclavos.

Pero ahí estaba, en uno de los peores barrios de Londres, donde una jovencita de clase alta, mucho menos una marquesa española, no debía pisar. Pero era joven, algo alocada, a veces incauta, había pocas cosas que no fuera capaz de hacer por una buena historia. Claro que, siempre cuidando de su reputación, al menos cuando no se trataba del círculo de sus íntimos, como era habitual. Pero averiguar sobre la historia del hombre que se convertía en serpiente era difícil, el inglés de las clases bajas le estaba resultando extraño o a los otros se les complicaba entender su acento y debía conseguir información antes de las nueve de la mañana, hora en que sus tíos y su primo se despertaban.

Logró interceptar a una mujer de rostro cansado con toda la pinta de ser una prostituta y le preguntó si sabía algo de eso.

—Aquí nada es gratis —dijo la mujer.

—Jamás pensé que tuviera que ser gratis —dijo, la mujer rio, seguramente por su acento, de niños William, Michael, James y Teodora Watson se burlaban de ella y de María por la forma áspera en que ellas hablaban, según ellos, peor que la del escocés inculto acostumbrado al gaélico. No siempre Isobel conseguía suavizar las “r” y muchísimas veces pronunciaba “es” cuando solo debía ser, según, una explosión de aire, y, había que sumar que, salvo los años en casa de su tío, donde ellas ni se esforzaban por hablar inglés cuando no estaban delante de él, había practicado su inglés en Jamaica, con los esclavos, no con los terratenientes, así que no tenía un inglés normativo y quizá jamás lo tendría. Pero no le parecía que aquella frase tuviera algún error de pronunciación.

La mujer extendió la mano y ella colocó un montoncito de monedas, para que luego esta las contara una a una.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que sabe del asesino que supuestamente se convierte en serpiente —repitió.

—Bueno, uno de mis clientes me dijo que una noche vio a un hombre desaparecer, luego solo estaba su ropa en su lugar y se escuchaba ese sonido que hacen las serpientes, pero multiplicado, como si fueran varias ¿me entiende?

—¿No sabe quién es? —preguntó.

—No sé quién es, pero… ¿quién es usted? No es un sitio para señoritas de sociedad y hay lugares que sus hombres no quieren que conozcan.

—Ah, ¿hay lupanares a los que vienen los nobles? —preguntó—, y más que lupanares, supongo.

—*Supone usted bien, señorita doña Isobel, es peligroso que ande por aquí* —dijo una voz a su

espalda.

Medio supersticiosa como era llegó a pensar que Michael regresaba de la tumba para obtener su baile. Cosa inútil, porque no podría acariciar su fortuna estando muerto y no era indio para ponérsela en la tumba.

—Me muevo por donde se me dé la gana —le contestó al fantasma que, vestido con levita azul oscuro, no negro, y sin barbas, se apareció ante ella con una sonrisa encantadora.

—Ya sé que haces bastante de lo que se te antoja, *milady*, pero este no es el sitio apropiado para una dama casadera.

—¿Y lo es para un noble?

—Soy un segundo hijo, no importa —confirmó que se trataba de William y se dio cuenta de que la prostituta había desaparecido sin contestar todas sus preguntas, pero era raro, aunque con otros colores una sonrisa espléndida y sin barbas, tenía la sensación de estar junto a Michael, no junto a su amor idealizado e imposible por el que jamás tomaría decisiones como las del joven Werther, pero cuyo desamor llegaba a hacerla miserable algunas horas del día, hasta que se distraía temporalmente con un hombre más interesante.

Durante esos días había pensado poco en William a pesar de verlo al otro lado de los salones de baile con mujeres distintas colgando de sus brazos; lord Devon James, hijo de un vizconde, suficientemente guapo, treinta y dos años y contando con la muda aprobación de su tío, había empezado a cortejarla, así que recibía sus visitas en las mañanas y compartía el baile y la conversación durante las noches, sus hermanas también parecían contentas con él. Y la perspectiva de convertirse en su mujer era mejor que hacerlo con cualquier otro que a su tío se le pudiera ocurrir.

—Estoy en medio de una investigación y has interrumpido mi conversación con un buen informante —reprochó—, que me gustes no significa que tengas derecho a interrumpir mi trabajo.

—¿Trabajo? ¿Una marquesita criolla como tú debe trabajar para vivir? —preguntó burlón

—Escribo una revista para mujeres con mis hermanas y algunas mujeres más.

—Muy interesante, pero no logro comprender por qué una revista para mujeres hace que una muchachita se adentre en lugares como este —dijo él tomándola por el codo, sin usar un pañuelo, con la clara intención de sacarla de allí, de hecho, la arrastró, con todo el poder de su voluntad fuera de aquel callejón.

Se quedó en silencio no sabiendo qué contestar, aquella era una actividad más bien clandestina, a cada sitio al que iba lo publicaban, pero a sus compañeras solían enviar los artículos en forma de carta, de modo que nadie pudiera restringir su actividad. Les ayudaba a publicar un pretendiente imposible de María, un burgués que regentaba una editorial y que estaba demasiado casado para su propio gusto.

—¿Acaso escriben una revista sobre política?

—No exactamente —contestó consciente de que la encaminaba en la busca de un carruaje, le molestaba la forma en que insistía en tomarla por el codo—. No nos interesa mucho la política y no hablamos de ella a menos que trate sobre algo muy puntual e interesante a nuestra condición femenina… hablamos de arte y de literatura, de temas sobre los que tenemos curiosidad, historia, leyendas, misterios, crímenes, costumbres ¿comprendes?

Liberando su codo, él la miró con una expresión indescifrable.

—Así que tratan temas de la cultura, es muy interesante ¿te gustaría enseñarme un número?

—¿De verdad te interesa leer una revista hecha por mujeres?

—¿Acaso el bello sexo femenino no es interesante? —le preguntó él—. Creo que puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

—Ah, ¿entonces puedo ser inmortal?

Él sonrió en respuesta, sus ojos brillaban como brasas de fuego azul, realmente era apuesto, pero aquel día le parecía un poco menos dandi, más bien salvaje, pero era William con toda seguridad, Michael estaba muerto.

—Supongo que no todo —convino él.

—A menos de que consiga ser mordida por un vampiro —aseguró con seriedad—, puede que existan, mi hermana cree que existen, está obsesionada con todas las criaturas mágicas.

—No creo que tengan tanta magia como la que hay en tus ojos.

Isobel estuvo a punto de golpearlo con su abanico, pero no lo llevaba con ella, estaba asombrada ¿William Watson la estaba cortejando? ¿De repente era interesante y visible para él?

Descarada como era según la apreciación de muchos y dada al contacto corporal según la menor restricción de su cultura, Isobel le puso las manos en los hombros y lo miró a los ojos.

—Mis ojos mágicos harán que te enamores de mí —murmuró—, si los miras un minuto caerás víctima de mi hechizo.

Él puso sus manos en su cintura e inclinó la cabeza para mirarla mejor, si ella recogía sus brazos y daba un par de pasos podrían estar demasiado cerca.

—O tu reputación sería víctima de mi libertinaje —se burló él, podía acercarla a su cuerpo con solo echar atrás sus codos.

Isobel se apartó sonriendo.

—Puedo prestarte un par de números, pero no están en inglés.

—Supongo que tardaré un tiempo considerable en leer.

—Eso ya no es mi problema, *sir* —contestó.

Luego de eso, él detuvo un coche abierto y la acompañó a su casa, era raro estar tan cerca de él, podía olerlo perfectamente y sentir su calor a pesar de no tratarse de la mañana más cálida. Luego, aunque iba contra muchas reglas, lo introdujo en la casa y le hizo esperar en el salón azul mientras buscaba los títulos impresos entre sus pertenencias. Cuando volvió a encontrarlo descubrió que hablaba apaciblemente con su primo, le intimidó la posibilidad de que su primo se enterara de sus actividades, podía informar a su tío y este lo prohibiría, Isobel sabía que podía ser peligroso si su revista se hacía pública, especialmente porque también hablaban de sexo y hasta de brujería.

—Así que, ciertamente, has salido de casa demasiado temprano —murmuró su primo mientras ella se acercaba a William y le entregaba las revistas. Su primo estaba solo en pantalón y camisa, era posible ver algunos vellos de su pecho y si él no fuera tan odioso y ella estuviera poco interesada en un hombre de su propia sangre, sería la clase de espécimen masculino a la que dedicaría sonrisas, comentarios y hasta ciertas licencias.

William, en cambio, esperaba sentado con las piernas cruzadas, la chaqueta entreabierta y el brazo derecho extendido sobre el borde del mueble. Ella era una criatura débil ante los hombres, allí había demasiada belleza y virilidad juntas. Pero antes de que pudiera contestar a su primo, el mayordomo apareció acompañado de un hombre de cabello castaño largo, elegantemente vestido, pero con el aspecto más rudo que ella había visto hasta entonces. Era tremendamente atractivo, incluso mucho más que los otros dos.

—¿Te has quedado muda, *milady*? ¿Tanto te gustan los hombres? —Se burló William, eso era demasiado parecido a Michael.

—¡Watson! —pareció regañarle su primo.

—Estás ante un típico escocés, mi querida marquesa —siguió William—, incluso tiene uno de los nombres más comunes.

—Donald Mackenzie tengo el placer de presentarte a mi prima doña Isobel, marquesa de San León —introdujo Jamie acallando las burlas o insinuaciones de sir William Watson.

Apartándose de William, ella se acercó al visitante e hizo una leve reverencia, él besó su mano devolviéndole el gesto acompañado de una sonrisa distinta, pero igual de perfecta y saludable que la de los otros.

—Donald se quedará con nosotros esta temporada —explicó Jamie—. Ahora ve a otra habitación y tienen prohibido tú y tus hermanas ir a la clase de sitios en que Watson te ha encontrado.

—¿Qué te has creído, Jamie Welsch? En esta casa solo mi tío puede darme órdenes y eso no garantiza que las obedezca.

—Solo confío en que ya no eres la niña que me pateaba —se burló él—, y que por más capacidad que tengas de escribir una revista cultural, has de respetar una conversación privada entre hombres.

Miró a William acusatoriamente.

—No, doña Isobel, no fue Watson, he leído cada uno de sus números y estoy ansioso por leer el próximo, pero planeo conversar con los caballeros y no pienso pelear por ti con esa clase de gente.

—¿Y tú cómo has podido leer cada número?

—Su padre lo ha enviado varias veces tras el rastro de sus primas —pareció burlarse Donald Mackenzie ¿por qué en las naciones del occidente no se practicaba la poliandria?—, fue el único modo de que este hombre intelectual se convirtiera en algo más que un petimetre, deberías verlo boxear, *milady*, es bastante bueno y sé de buena mano que usted y sus hermanas se colaban a veces para ver esa clase de luchas.

—Me fascinó el último número, especialmente tu artículo *Del placer femenino y otras brujerías*, aunque el de doña Marcela sobre los viajes y la formación intelectual y el de María sobre las ideas que hacen a los hombres morir pronto también fueron fascinantes.

Isobel no contestó, la indignación bullía en su interior, todo ese tiempo pensando que era libre y era observada por su primo, no solo enviaban comadronas a comprobar su virginidad, sino que tenía un maldito espía tras sus pasos. Lo peor era que no había nada de lo que pudiera quejarse ante su tío, él mandaba, y probablemente consideraba aquella una retorcida forma de cuidarlas o de cuidar su fortuna, aunque ella se negaba a creer que aquel hombre solo lo moviera la codicia, quería creer que, en el fondo, siquiera muy en el fondo, ese hombre las quería. De lo que no podría librarse su primo sería de tener que demostrarle que era tan bueno con los puños, aunque ella no era ya tan buena con las patadas, a falta de práctica.

Sin embargo, cuando entró en la habitación de María, donde acostumbraban a desayunar, no manifestó su queja sino su admiración.

—Casi desfallezco, William, Jamie y un escocés bellísimo se encuentran ahora mismo en el salón azul.

—¿Por qué desfallecerías por tres poco-hombres?

—Jamie es guapo —murmuró Marcela cubriendo su sonrojo con la taza de café.

—¿Te gusta ese malnacido? —preguntó María apartando su propio desayuno, Isobel se sentó junto a ellas en la silla vacía esperando atentamente la respuesta de su hermana.

—Solo he dicho que es apuesto —explicó—, pero… solo es apuesto, es un hermoso estuche con un horrible interior.

—Tampoco es así —lo defendió María—, Jamie es una buena persona, aunque se burla de que estamos quemadas y parece repudiar tu mestizaje… es mentira, o eso creo yo. Cuando éramos pequeñas era muy mandón, pero nos cuidaba mucho y nos defendía.

—Aunque creo que más bien lo hacía porque, en su opinión, solo él tenía derecho a meterse con nosotras —apuntó Isobel recordando al muchachito alto y flaco que osaba darles órdenes cuando eran pequeñas, pero también las cargaba sobre su espalda cuando se lastimaban de algún modo, no ocurría todo el tiempo, pero aquel hijo único parecía tratarlas como a hermanas.

Tras no conseguir sacar más información interesante a su hermana menor sobre su interés en su primo, María consideró que ya tenía el estómago lo suficientemente lleno y decidió bajar al salón en que se encontraban los hombres, no porque le llamaran la atención aquellos dandis, sino porque su hermana había dicho que uno de ellos era escocés y quizás tuviera historias que quisiera y pudiera contarle. Aunque ciertamente Isobel también había dicho que tal hombre se quedaría en aquella casa, a pesar de lo inconveniente que podía ser hospedar a un extraño en el hogar de tres muchachas en edad de merecer.

—Buen día, caballeros —saludó al entrar en el salón, tal como su hermana había dicho había demasiado allí para sus carnes débiles, ninguno de los tres parecía un afeminado, a pesar de que su primo fuera más bien un intelectual. Ese día, William parecía más macho y, por tanto, más atractivo. Sí, ella era muy dura en ese aspecto, pero realmente le desagradaban los hombres remilgados de rostro empolvado. Ella que desde niña era una buscapleitos a la que le había costado lágrimas aprender a comportarse como una dama y que se sentía perfectamente capaz de arrear el ganado según las enseñanzas del capataz de su hacienda, no podía soportar a un hombre débil. Esos que no eran capaces de remangarse las camisas y ensuciarse o esforzarse no conseguían despertar el más mínimo deseo en su interior.

Y era consciente de que ni amor ni deseo eran posibles para ella, y, aunque probablemente acabaría casada con un hombre de esos, no era tan poco tradicionalista como para considerar el adulterio, tendría que agradecer mucho si a pesar de lo remilgado o "citadino" que fuera su marido este fuera inteligente y, además, valorara la inteligencia de ella. De sus noches no esperaba nada, pero agradecería que al menos fueran buenas sus mañanas, que no tuviera que aburrirse y quedarse en silencio durante las comidas, que al hombre en cuestión pudiera contarle todo lo que se le ocurría y fuera posible discutir con él de las cosas del mundo. Pedía al menos eso, siquiera eso, aunque fuera viejo (que así moriría muy pronto).

—Creo que dejé claro a tu hermana que estábamos en una conversación de hombres, doña María —dijo su primo con tono molesto, los tres hombres estaban de pie junto a la ventana bebiendo a pesar de la hora temprana.

—Isobel me ha dicho que un escocés se encontraba en la casa y quisiera saber si conoce de criaturas mágicas, al menos una o dos historias… he oído que son muy buenos narradores.

—¿Y no podías esperar otro momento?

—No —contestó sonriendo—, quiero una respuesta ahora ya que debo seguir mi investigación y se me ha antojado un poco de lo que beben.

—No te daré nada, señorita —aseguró su primo apropiándose de la botella de whisky y consiguiendo que los otros dos hombres rieran, lo que le permitió darse cuenta de algo, a pesar de lo mucho que se parecían había una diferencia sutil entre William y Michael, ahora incluso más parecidos que en la infancia, a Michael se le formaban hoyuelos cuando sonreía, pero eso pocos debían saberlo ya que era un niño que muy poco ofrecía tal expresión facial.

—Tendrás que darme —sentenció—, y tendrán que explicarme por qué están hablando con un

muerto.

—¿Cuál muerto? —preguntó el excesivamente apuesto y masculino Donald Mackenzie que aún no era presentado.

Ella tocó las mejillas de Michael.

—Michael Watson.

—Te daré un poco de whisky y Donald te contará todas las historias que desees, pero no te explicaremos qué sucede y tú no abrirás la boca.

—¿Crees que información tan importante puedo reservarla por algo tan insignificante? —le preguntó cruzándose de brazos, como era moda aquel día llevaba un traje imperio, de un color rosado muy claro y cuando hizo aquello le pareció que se le bajaba un poco el escote alto.

—¿Qué quieres?

—No sé… garantizar que mi palabra sea tenida en cuenta en la elección de marido.

—Ni siquiera cuenta mi palabra respecto a mi propio matrimonio ¿cómo podría conseguir eso para ti?

—¿También acordarán tu matrimonio? ¿No eres ya un hombre hecho y derecho? Eres mayor de edad.

—Sí, pero mi padre decide. Yo también me someto intentando asegurarme fortuna, no quiero acabar como Michael.

—¿Pirateando?

—No exactamente —murmuraron su primo y el escocés mirándose con picardía, estaban hablando de otra cosa y pretendían excluirla de su comprensión.

Odiaba profundamente ser excluida de esa manera, pero sabía que era preferible no poner al tanto a los hombres de todas las cosas que sabía y que pasaban por su mente. Por otro lado, no pensaba hacer nada que pusiera en riesgo a Michael, por alguna razón fingía ser su hermano, aunque fuera por recibir un mejor trato. Era pequeña entonces y no recordaba mucho, pero sabía que la familia Watson trataba a ese hijo peor que a un criado, recordaba a Michael siempre solo y triste, así como recordaba con claridad la vez que su hermana lo lastimó. Solo lo comentó a su nana, lo triste que se veía el niño que susurraba a la nada "volverá y dirá que me quiere" mientras sostenía un ramillete de flores silvestres, no se lo había dicho a nadie más. Luego se enteró por chismes que aquel niño acabó siendo desheredado por su familia, según los rumores convirtiéndose en pirata, dedicándose a distintos tipos de pillaje, intentando de una y mil formas hacerse a una fortuna.

Se preguntaba qué movía a Michael a pedir un baile a su hermana, si lo movía la ambición, el deseo de hacerse con su riqueza como Isobel afirmaba, o si lo movía el mismo amor de infancia. En todo caso, ella no pensaba revelarlo.

—Sabes que no soy precisamente inocente, Jamie ¿por qué no me dices?

—¿Has visto desnudo a un hombre, *milady*? —le preguntó Donald con cierta picardía.

—Sí —contestó.

—Completo.

—Sí —confirmó.

—¿De verdad? La comadrona dijo que eras virgen —Jamie pareció preocuparse.

— Pero te he visto desnudo, cuando era pequeña y ya no eras tan pequeño así que tengo una clara idea de lo que esconden bajo las ropas, he visto y tocado muchos torsos ¿acaso *sir* Watson es algo así como un prostituto?

—Sí, pero no lo juzgues que si acabas casada con un anciano probablemente te conviertas en la

clase de mujer con la que él yace.

—Debería embaucar a un hombre para que arruine mi reputación obligándolo a convertirse en mi marido.

— Mi padre no irá a duelo, y yo no arriesgaré mi vida por ti.

—¿Me darás el alcohol? —preguntó.

Él asintió sonriendo y le entregó el vaso con un poco de aquello, aunque tomarlo a esas horas de la mañana realmente no le agradaba. Minutos después se dirigía a la habitación que su tío había dispuesto para sus visitas y sacando sus libretas de apuntes se dispuso a entrevistar a su informante.

—No pareces un dandi ¿de dónde conoces a mi primo? —le preguntó, él, quién era apuestísimo, de ojos verdes pero salvajes, la miró levantando una poblada ceja, aquel hombre quizá tenía más cabello que ella, el de María escasamente le llegaba a los hombros, una de sus antiguas doncellas se lo había cortado en la fase lunar incorrecta y desde entonces su crecimiento se había estancado por lo que cuando estaba en casa solía llevarlo suelto, no molestaba mucho, aunque aquel día también se había peinado conforme a las nuevas normas.

Él sonrió antes de contestar:

—¿Qué clase de hombre piensas que es él, *milady*?

—Lo que parece.

—Pero es más que eso —dijo él—, es muy inteligente, de eso no hay duda, pero además es valiente, surcó el mar obedeciendo a la orden de vigilarlas, pero estando allí deseó aventuras y se las arregló para navegar con Michael en el Galeón Fantasma y luego en La Sirena.

—¿Dices que mi primo es pirata?

—A veces… no se puede ser pirata y al tiempo pretender atender asuntos familiares como vigilar a sus primas rebeldes —pareció acusarla.

—¿Y tú eres pirata?

—Hasta hace poco, sí —contestó.

—¿Desde cuándo?

—Mi padre era corsario y me llevó con él algún tiempo, pero luego decidió enviarme a estudiar así que tu primo y yo nos conocimos en Eton; cuando terminé la escuela volví al mar y coincidí con ellos.

—¿Pero eres corsario o pirata?

—Ni uno ni otro, he sido condenado a ser un lord, es por eso por lo que mi padre me envió a estudiar, soy heredero de un vizcondado al sur de Escocia, aunque mi familia es de las Tierras Altas por lo que sí puedo ayudarte con esas historias que quieres conocer, *milady*.

—¿No tienes algo de sangre española?

—¿Por qué?

—¿Italiana? ¿algo del nuevo mundo?

—No conozco a mi madre, *milady*, pero sé que es una mujer a la que mi padre raptó en una costa del caribe.

—¿Los corsarios raptan? Pensé que solo los piratas.

—Ser corsario no lo convenció para siempre —le contestó burlón—, pero ¿por qué quieres saber?

—Creo que ciertamente debería comprometer mi reputación con alguien que pueda responder por ella, escogiendo así a mi marido.

—Me halagas, *milady*, pero, aunque debo casarme en algún momento, por no dar un segundo

heredero bastardo al título, aunque la esposa legítima de mi padre afirma que soy su hijo, no es algo que considere actualmente.

—¿Tan fea soy?

—No eres nada fea, eres bellísima, pero no pretendo casarme.

—Mi dote es cuantiosa.

—Y mi soltería es invaluable.

—Ciertamente lo es, aunque supongo que la soltería del varón lo es mucho más, a ustedes no los revisan las comadronas, es muy degradante.

—Gracias a Dios soy hombre —siguió burlón—, ¿qué quieres que te cuente?

—¿Por qué finge estar muerto?

—Según dice no sabe de dónde apareció el rumor, porque fue herido, pero ni siquiera estuvo cerca del agua —contestó él—, aunque le conviene fingirlo, muchos quieren matarlo, a nosotros también, pero a él mucho más, y es más fácil ya que no le importa a nadie.

—¿A ti tampoco? ¿no es tu amigo?

—Por el momento me importa mi propio pescuezo y si el tuyo te importa, *mi señora,* tendrías cuidado de no involucrarte en este asunto —aseguró seriamente—, avancemos con esto.

Complaciéndolo, ella no preguntó más del tema sino que se concentró en su conocimiento de las criaturas mágicas y escuchó muchas de sus historias. Realmente era un narrador magnífico que, además, dominaba el castellano con suficiente soltura por lo que a veces tenía la consideración de explicarle cuando ella perdía el sentido del relato, ya que de las tres era la más mala con aquella lengua, desde que era pequeña recordaba a su nana decirle que debía hacer el esfuerzo por aprenderla porque era muy triste no poder hablar en el país en que vivía.

Sin embargo, cuanto más lo veía más le convencía la idea de hacerlo su marido, la única vía sería comprometerlo en una situación escandalosa, aún debía planear cómo lo haría, pero ya tendría tiempo. El hombre era apuesto, inteligente e interesante, no sabía si era rico, pero tenía un título y conocía de mundo. Tenía algo de la picardía que le gustaba y sí que era capaz de imaginarse con él en determinadas circunstancias.

—No soy una muchachita inocente, *milord* —le dijo al cerrar su libreta de apuntes—, tampoco una mujer que se resigne a sus circunstancias. No aspiro a un matrimonio por amor, pero me niego a una vida sin placeres intangibles o físicos, así que he de tener uno de dos, o ambos, con usted, a menos que me odie creo que tendría ambos así que le propongo una apuesta.

—No me interesa.

—Según la herencia, las tierras a nombre de mi madre en Jamaica serán mías cuando me case, le daré varias hectáreas si pierdo.

—¿Cuál sería la apuesta?

—Si logro seducirlo al punto de que esté dispuesto a ser mi primer hombre, se casa conmigo, *milord*; si a pesar de mis esfuerzos no lo logro… le daré las tierras cuando me case.

—No poseo ninguna ventaja en esa situación. Si yo logro seducirla, me da las tierras y su virginidad.

María solo pudo reír.

—No *milord*, ganas si resistes —le aseguró—, yo soy débil, no pondría resistencia si te acercas, a otros he podido apartarlos antes de que sea demasiado tarde, pero a pesar de no ser la clase de hombre que suele atraerme dudo que pueda detenerte, *milord*, todo el rato no he hecho más que imaginarnos… así.

Él, ya de pie, tragó saliva y ella estuvo a punto de hacerlo al fijarse en su cuello.

—No soy un monje, y usted es muy hermosa, no le costaría nada ponerme la soga al cuello en tal situación, así que no haré esa apuesta.

—Mis hermanas y yo no somos hermosas —murmuró.

—Las tres son bellísimas, quizá no las más hermosas, es cierto, pero lo son, aunque antes solo las pude ver de lejos… demasiado hago siendo un hombre civilizado, *milady*, de modo que no jugaré con fuego.

—¿Dónde nos viste?

—En Jamaica —contestó él—, en el carnaval de Venecia el año pasado, en distintos sitios.

—¿Y qué viste en Jamaica?

—Algo por lo que habría perdido mis ojos si Jamie no hubiera tenido los suyos fijos en tu hermana más joven —murmuró.

—¿En Marce? Si la trata horrible.

—Supongo que es el único modo que tiene de no ponerla sobre una mesa y levantarle las faldas o raptarla para que se case con él, así como Michael no aparta los ojos de tu hermana mayor, Jamie no lo hace de la menor, no sé si es deseo o amor.

—Entonces solo falta que consiga que tú no apartes los ojos de mí, *milord*.

—¿He dicho en algún momento que los apartara?

—Mañana continuamos con las entrevistas, *milord* —dijo casi cambiando el tema—, y, sé precavido entonces, que, si no consigo mejor partido que tú, haré que te cases conmigo, aunque tenga que concebir un hijo sin casarme.

—Estás loca, *milady*.

—Desesperada, que es distinto —sentenció seria, saliendo antes que él de aquella habitación.

Podía decirse que era peor que Isobel en tanto ella había llegado con los hombres mucho más lejos que su hermana y estaba dispuesta a llegar mucho más allá por cambiar su destino. Todo el tiempo supo que su primo las observaba, al menos un par de meses al año se daba cuenta de que eso sucedía, pero agradecía que respetaba su espacio y no interfería, aunque era consciente de que había interferido muchas veces de forma secreta. Solo no sabía que Michael y ese hombre iban con él. También era consciente de que no estaban en Inglaterra por lo que su hermana sentía por su eterno amor sino porque realmente no había más opción que volver y casarse antes de que, según la sociedad, definitivamente se quedaran para vestir santos, y porque Marcela necesitaba de alguien que la protegiera y si era posible la amara, pero ni siquiera ella tendría la opción de un matrimonio por amor. Era demasiado triste, a veces prefería que su padre no se hubiera preocupado tanto por ellas y que hubiera dejado todo, absolutamente todo, al bastardo que se suponía que tenía en las indias, varios años mayor que ellas.

Cuando dejaron la hacienda en Nueva Granada para ir hacia Jamaica se detuvieron en San Juan Nepomuceno para cambiar las herraduras de sus monturas y descansar un poco. Allí, cerca de la iglesia, ella había visto pasar un joven bastante parecido a su padre en el retrato que tenían en la hacienda. Pero incrédula ni siquiera lo mencionó.

O tal vez lo que debía hacer era dejar pasar el tiempo, esconderse hasta que su herencia fuere entregada a aquellas órdenes religiosas y de caballería dispuestas por su padre, y luego, procurando huir de las celdas del convento, hacer con su vida lo que quisiera. Y en realidad, a pesar de lo que pudieran pensar, no quería una vida promiscua, muchos hombres no, pero sí mucho placer con uno a la vez.

Así que se dispuso a arruinar su reputación con quien mejor pudiera, aunque el amigo de su primo era una muy buena opción entre las que había.

—¿Por qué sonríes así? —le preguntó su hermana menor en el pasillo.

—Solo tengo un plan para librarme de un matrimonio forzado —le contestó.

—¿Escaparemos a la Isla de Pascua?

—No. Sí quiero un hombre en mi vida, solo que no un vejestorio.

—¿Por qué?

—¿Es que tú eres Justine y nosotras Juliette? —le reprochó, aunque era una comparación exagerada por ambos lados y ella no había leído nada de Sade, solo escuchado de boca de sus conocidas más atrevidas.

—¿Ahora por qué te enojas conmigo?

María ya no respondió sino que siguió su camino, por lo pronto bordaría un poco o volvería a dormir.

—¿Puedo entrar? —preguntó Marcela en la puerta de la biblioteca.

Tenía la intención de devolver algunos ejemplares, de aquel lugar lo único que le gustaba era la biblioteca a pesar de tratarse de libros mayormente en lengua inglesa, aunque había muchos en latín que aprovechaba de mejor manera. Luego de la muerte de su padre, conforme a las disposiciones de su testamento, su madre y el administrador de la hacienda les habían procurado tutores, aunque su padre les había enseñado a leer y a escribir. Además, tras fallecer su madre, sus hermanas se habían entretenido jugando a enseñarle a ella antes de que su interés por los varones se agudizara tanto; luego, cuando empezaron a viajar con más frecuencia le contrataron institutrices, especialmente interesadas en que aprendiera latín. Todavía no llegaba su nueva institutriz, pero sabía que su hermana había ordenado a su tío conseguirle una, aunque ella sentía que ya no la necesitaba. Le molestaba, de hecho.

—Sí, puedes —le contestó secamente el primo de sus hermanas que estaba sentado al escritorio al parecer concentrado en unas cuentas, generalmente era lord Fitz quien estaba en ese lugar, aunque su hijo siempre parecía ocupado con cuentas, escribiendo cartas o leyendo. Era un hombre guapo y elegante, esbelto y alto, físicamente le gustaba como pocos. Pero él la trataba como todas las demás personas, sabía que un día de esos regresaría llorando del baile, aquellas muchachitas de sociedad susurraban a sus espaldas y la molestaban abiertamente susurrando a su paso, ella no era capaz de cantarle las verdades a la gente en la cara como hacían sus hermanas, ella solo se escondía y lloraba.

También le entristecía que, aunque muchos la invitaban a bailar no tenía un solo pretendiente y le aterraba muchísimo acabar con un vejete, a pesar de que tampoco creía que pudiera casarse por amor. Sabía que estaban en Inglaterra confiando en que su tío pudiera arreglar un buen matrimonio, pero ella acabaría igual de mal casada que sus hermanas al paso que iba. Aunque el pretendiente de su hermana, que parecía aprobado por lord Fitz, no pintaba mal, a pesar de que Marcela no era capaz de confiar en él, algo no le agradaba en la forma con que miraba a su hermana.

Entró en la amplia biblioteca con estantes que tocaban el techo repleto de libros y se dedicó a poner en su lugar cada uno de los siete libros que cargaba, todos eran sobre etiqueta, en los cuales había intentado rastrear información sobre el tema que le interesaba, aunque no halló mucho.

Luego decidió que quería algo para entretenerse y se decidió por un cantar de gesta que divisó,

sin embargo, Marcela era bajita, igual que sus hermanas, no superaba los 160 centímetros y aquel libro estaba mucho más allá del alcance de su brazo. Estaba a punto de tomar la escalera cuando sintió el calor del cuerpo de lord Jamie detrás suyo, puso un libro justo al lado del que ella quería.

—¿Lo tomarías por mí, *milord*? —preguntó señalándolo, él lo hizo, su cuerpo se acercó más al suyo y ella entendió lo que sentían sus hermanas por los varones.

—*Morenita* ¿tienes a alguien con quien quieras casarte? —le preguntó él al apartarse.

—No tengo pretendientes —le recordó dando media vuelta para mirarlo—, y no me he interesado en ninguno ¿tú ya has leído el testamento de mi padre? ¿Realmente tenemos que casarnos con quien tu padre diga?

—Sí, de hecho, puede casarlas sin su consentimiento, hace unos días me entregó sus poderes notariales.

—Pero, mi padre y nosotras somos católicas ¿puede hacer eso?

—Sí puede, teniendo que cumplir otros requisitos, pero sí.

—¿Y puede casarnos con no católicos?

— Es un asunto del que creo que no se ha preocupado mi padre —murmuró él—, de modo que tendrá que descartar a los ingleses y buscar entre escoceses, irlandeses, franceses y españoles, y algunos norteamericanos.

—¿Y puedes hablar con él para que nos deje escoger? —preguntó—. Mi hermana debe casarse este año, pero María y yo podemos esperar un poco más… de todas formas, podría darnos la oportunidad de casarnos por amor ¿o lo prohíbe el testamento de mi padre?

— No.

—¿Puedes ayudarnos?

—Eso implicaría tenerte más tiempo en este lugar, *morenita.*

—*Yo no soy morena, mi piel es blanca* —se quejó porque no comprendía el apelativo que él usaba —, pero ¿puedes? podría pagarte. Sé que mi asignación mensual es superior a la tuya, te cedería la mía hasta que me casara.

—Mi asignación mensual es menor pero no necesito dinero —dijo él poniendo sus manos en su cintura—, puedes pagarme de una forma más interesante.

Incrédula buscó sus ojos intentando comprender, sabía que se refería a ese algo que insinuaban sus hermanas cuando se reían entre ellas, pero no sabía en qué consistía exactamente, solo que era necesario que hombre y mujer se sintieran atraídos uno a otro. Tal vez era hora de leer el artículo más escandaloso de su revista.

—Creo que te refieres a una forma que desconozco —murmuró—, aunque si con eso garantizas que nos ayudarás, lo haré. Pero no me harás ocultar un bebé bajo mi guardainfantes ¿verdad?

—¿Lo desconoces o no? —pareció preguntarle divertido, sonriendo así era todavía más guapo.

—No conozco tanto como mis hermanas, pero… no soy una niña pequeña.

—Dejaré abierta la puerta de mi habitación esta noche —dijo él—. ¿Necesitas otro libro?

—No.

—¿Me darías un beso antes de irte?

Ella sintió que se sonrojaba, había visto a sus hermanas besándose con algunos hombres y lo cierto era que desde que conoció a lord Jamie quería hacer aquello con él, y no lo había conocido en Londres, sino que incluso había bailado con él el año anterior en el carnaval de Venecia, sabía que era él, aunque él no parecía notar que ella era la misma muchacha con la que bailó y que habría besado si no hubieran sido interrumpidos por una pareja de mediana edad. Ella incluso lo había buscado durante días, pero en secreto, no queriendo que Isobel la regañara como a María en

su insistencia de buscar a Giovani.

Jamie vio a Marcela huyendo de la biblioteca sin besarlo y volvió a su sitio frente al escritorio recordando el sonrojo de ella ante su indecente propuesta. Pero no era realmente indecente, al menos no a sus ojos. Días atrás con ayuda de Donald había usado el poder notarial que ya tenía preparado su padre para casar a Marcela y se había casado con ella, claro, había falsificado su firma. Sin embargo, el matrimonio necesitaba consumarse, en caso de que su padre se apareciera con algún amigo suyo dispuesto a casarse con ella. En caso de que ella eligiera a otro hombre, Jamie pensaba no revelar jamás aquello, aunque eso la convirtiera en bígama, que ella no sabría. Era cierto que no la conocía realmente, que aquello era atracción y no amor, pero él había leído sus textos, y la había visto de lejos las veces suficientes para intuir su carácter y en Venecia la había tenido tan cerca que ahora le costaba mantener las distancias.

Y, sí, también quería garantizar la felicidad de sus primas o al menos un nivel de bienestar más óptimo, no lograba imaginarlas junto a ancianos que pudieran ser sus padres, como eran las amistades del vizconde. Amaba a sus primas profundamente y amaba a sus amigos, se le ocurría que podía juntarlos, pero Isobel quería al hermano equivocado y no le parecía que María y Donald hicieran una buena pareja, a pesar de que sabía que su amigo se sentía tremendamente atraído por su prima desde la vez en que accidentalmente las habían visto bañándose desnudas junto con sus criadas, y tanto ellas, como las criadas, siendo ellos apenas más que adolescentes, los forzaron casi a acudir a prostitutas para calmar el deseo, sin embargo, *La sirena* esperaba y el trabajo debió apagar el fuego. Por otro lado, sabía que muy probablemente ese matrimonio por poderes no valiera ante la ley pues el poder estaba a nombre de su padre, no de él, y en el matrimonio católico, como bien apuntaba ella, era necesario el consentimiento de la mujer. Sin embargo, creía que podía servir para presionar a su padre a dejarlo tomarla por mujer, si ella quería.

Y claro, si era reflexivo no podía menos que aceptar que era un hombre sinvergüenza, puesto que ahora hacía propuestas indecentes a una mujer que había tomado por esposa sin permiso, aunque ella al menos sabía lo que hacía y antes se había aprovechado de la inocencia de su prometida. La recordó con desprecio, era extraño cómo lo que antes calentaba el corazón ahora lo dejaba frío. Claro, también descartó la incomodidad que le generaba imaginar a Minerva con un viejo, imaginarla con otro hombre.

—Querida ¿sabes que lo que hacemos está prohibido? —le había preguntado una vez mientras le besaba el cuello.

—¿Lo está? Madre me dijo que debo complacerte en todo ¿esto te complace?

—Me complace complacerte, mi muchacha tímida, me encanta la expresión de tu rostro cuando estás satisfecha.

Ella solo se reía cuando él mencionaba esas palabras y a Jamie le parecía que la amaba un poco más con cada respiración, a decir verdad, aunque ahora la odiaba, había días en los que se sentía amargado por el acuciante deseo de ir a buscarla, de ver cómo se encontraba, de estrecharla en sus brazos y de alguna manera conseguir echar el tiempo atrás y que todo lo vivido fuera de verdad. Viendo el acta de matrimonio con Marcela, Jamie no pudo evitar preguntarse si las cosas hubieran sido diferentes si hubiera conseguido una igual con Minerva cuando su padre se lo sugirió. Tal vez sus días fueran totalmente distintos, quizás más felices. Jamie no soportaba estar inactivo, porque si lo hacía, las imágenes de sus sueños de joven enamorado con Minerva aparecían ante sus ojos y resultaban más estimulantes que su realidad.

Michael se tiró en su cama confundido y todavía dolorido, la herida no acababa de cerrarse. No terminaba de comprender por qué lo querían muerto, pero aceptaba aprovecharse de eso porque estaba más seguro de esa manera. Sin embargo, tampoco sabía cómo podría librarse de aquel embrollo. El año anterior un pirata cuyo nombre no recordaba siquiera había apostado un mapa a un tesoro supuestamente más magnífico que el mítico Dorado.

Michael, Jamie y Donald jugaron a planear la búsqueda de tal tesoro, pero luego de aquella borrachera, él no recordaba qué había sido del mapa que creyeron una farsa. Según la creencia de Donald era por eso por lo que intentaron matarlo, aunque Michael pensaba que era más bien por sus deudas de juego. Llevaba un año y poco más sin navegar por lo que se había dedicado a jugar, y, como muchas otras veces, a tratar de invertir sus ganancias en algo más honesto, siendo inútil, por lo que había vuelto a la práctica que le había permitido permanecer en el círculo de la élite británica, las camas de las viudas o las casadas que se convertían en benefactoras de sus amantes jóvenes. Michael no era hombre de prostitutas y casi nunca tenía tiempo para el cortejo por lo que hasta entonces jamás se había acostado con una mujer de su edad o más joven que él, cosa por la que Jamie y Donald se burlaban mucho.

El hecho era que no tenía idea de dónde había ido a parar el mapa, ni cuál de ellos fue el último en tenerlo, ni siquiera recordaba el día exacto de la apuesta ni los siguientes, pero suponía que debía buscar en los sitios en que se movía y las personas con las que había estado aquellas semanas. Si el mapa hubiera terminado en la basura, probablemente ellos tres acabarían de verdad flotando en el Támesis.

Por un momento, solo por un momento, Michael consideró una opción diferente al mapa y a las deudas de juego para que quisieran matarlo. Recordó al amigo convertido en enemigo, la devoción en los ojos de Sam Peters al hablar de Helen Peters, la confianza que había depositado en ellos para que la protegieran y el terrible dolor en su mirada cuando le entregaron su cadáver. Incapaz de soportar el sentimiento de culpabilidad en ese momento, Michael lo descartó y aunque también afloraron tristes recuerdos, prefirió pensar en su realidad.

En cuanto a su familia, Michael se negaba a sentir dolor al descubrir que aun creyéndolo muerto siguieron como si nada, de hecho, Michael al enterarse fue a la residencia londinense de los Watson ilusamente esperando tranquilizar a su madre. Sin embargo, confirmar que realmente no importaba a nadie fue muy triste. Tampoco le había importado a Isobel, claro. Ni siquiera a Donald y Jamie, Donald solo fue a su casa en busca del mapa, solo les importaba su propio cuello. Michael estaba triste por no merecer el aprecio de ninguno, pero trataba de disimularlo, era muy fácil hacerlo asumiendo la identidad del siempre sonriente y de vida perfecta, William Watson..

Aquel día, Isobel había coqueteado con él, pero no era realmente con él, era con su hermano. No obstante, aunque fuera así, era agradable recibir sus sonrisas y respuestas más amables.

Entrando en el sótano en que guardaba sus serpientes, Michael liberó a las culebras y se sentó en el suelo a hablar con ellas. Eran las únicas que realmente lo escuchaban. Que realmente parecían corresponder sus sentimientos.

Cansado del día, de su vida donde nada funcionaba, Michael lloró.

La herida dolía, se abría una y otra vez y a nadie preocupaba.

Se durmió en el suelo del sótano, aquella casa era lo único que poseía, la ganó jugando, necesitaba tantas reparaciones que era preferible hacerla nueva, pero él había hecho lo que mejor podía. Los muebles estaban igual de dañados y eran antiquísimos, pero, a veces, sobre todo

cuando estaba borracho, soñaba que estaba en buenas condiciones y llena de gente a la que le importaba y que era importante para él. Su madre fue una vez, había ayudado a William y a James a instalarse al empezar la universidad y él soñó que lo ayudaba a él, se endeudó y cocinó para ella, pero su madre ni siquiera se acercó a la mesa.

—Ciertamente es un lugar digno de ti, los monstruos se ocultan en sótanos y áticos y esto lo parece —dijo.

Sus hermanas que la acompañaban habían reído, luego se fueron y la gran cena terminó en el estómago de los mendigos.

Michael sabía que no tenía éxito en sus empresas porque era un completo ignorante, aunque hablaba varios idiomas escasamente sabía leer, sus padres ni siquiera le habían dado la oportunidad de educarse, lo que alcanzó a aprender lo hizo reemplazando a William cuando no quería estudiar, pero no fue a Eton ni a la universidad, su padre siempre se había opuesto. La verdad, volverse rico y ser digno de Isobel era solo una fantasía, jamás podría, no tenía lo que se necesitaba, por una razón que desconocía a pesar de haber nacido en la nobleza y dentro de un matrimonio, tenía la suerte del más mísero siervo. Incluso peor porque el siervo pagaba las rentas, pero tenía la tierra y podía garantizar su subsistencia.

Michael, cansado y adolorido, en el suelo del sótano volvió a ser un niño de cuatro o cinco años, uno de sus dos trajecitos estaba sucio y el otro se había roto por lo que la sirvienta le puso un traje de su hermano. Cuando fue al jardín, sus hermanitas jugaron con él, nunca jugaban con él, feliz las persiguió y se dejó perseguir, tropezó con una piedra y cayó, pequeño como era rompió en llanto pero a diferencia de otras veces, su madre corrió a su lado y tirándose al suelo lo tomó en sus brazos, lo abrazó y besó tranquilizándolo, susurrando: «aquí estoy, mi amor, ya pasará», «tranquilo, mi niño». Al dolor lo reemplazó la incredulidad de estar en sus brazos, escuchando su corazón, mirándola empezó a chuparse los dedos, como hacía cuando lloraba, pero ella no lo notó hasta que William apareció haciendo una pregunta. Michael recordaba bien la forma en que lo apartó, echándolo lejos como a una cucaracha.

En cuanto a su padre, Michael no recordaba siquiera una vez que, a la luz del día, al menos por error, su padre lo hubiera tocado o siquiera mirado, las palabras *vete, apártate y fuera* eran las únicas que el barón le había dicho, pero ninguna fue peor que «vete de mi casa y no vuelvas jamás», muchas veces le había dicho eso a su rebelde hermano mayor y él, pensando que era igual, solo se había quedado ahí, pero su padre llamó a los sirvientes y lo sacó.

Si al menos le hubiera dado educación, si no lo hubiera echado de casa, él no estaría allí con su vida dependiendo de un mapa, fingiendo estar muerto. Si al menos lo quisieran la décima parte de lo que querían a sus hermanos…

—¿Qué demonios haces aquí tirado? —preguntó William horas después, en cuclillas junto a él, le había dado las llaves el año anterior, solo por decirse a sí mismo que si algo le pasaba, alguien podría ir a comprobarlo.

Michael hizo su mejor esfuerzo por sentarse.

—¿Estabas llorando? —criticó su hermano.

—No importa —contestó.

—¿Por qué llorabas? Nadie ha muerto.

«Yo pude haber muerto y a nadie le importó», se dijo.

—Ya eres un hombre, Michael, no puedes seguir llorando porque mamá pretende que no te quiere.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, has dicho que finjamos ser uno solo, necesito que acompañes a madre y a Teodora a una velada insoportable.

—Ella notará que no soy tú.

—Ya le he dicho a Teodora que no permita que revise así que puedes ir con tranquilidad.

—Tengo una herida —le recordó.

—Le diré a Teodora que te atienda después de la fiesta.

—No importa —se negó ¿por qué su hermana debía recibir órdenes de su otro hermano para ayudarlo? Prefería coserse él mismo a ver la expresión molesta de su rostro mientras lo atendía.

—Bien, vamos a casa para que tengas algo que ponerte.

— Odio tu ropa colorida.

—Si no la usas notarán que eres tú.

Michael no volvió a quejarse, en casa de su hermano se puso su ropa y luego fue por su madre y su hermana, pero, aunque no revisó el lunar su madre lo reconoció por la precaución con que se sentó en el carruaje.

—La única razón por la que no vuelvo a casa es porque Teodora podría recibir pronto una proposición —dijo—, ¿estos son los grandes beneficios de Will a cambio de protegerte? ¿Por qué debe protegerte? ¿Hay alguien en este mundo que te quiera vivo?

—Yo mismo —contestó de mala gana.

—¿Y por qué quieres vivir? No eres nadie y no importas a nadie.

—También yo puedo bajarme y Teodora no tendría quien la acompañe —le recordó

—Padre amenazó con avisar al periódico que vives si William y tú siguen haciendo esto —le informó su hermana.

No contestó, no valía la pena.

Cuando llegó a la fiesta luego de saludar fingiendo ser su hermano, lo primero que hizo fue buscar algo de whisky o brandy, algún alcohol puro y no cóctel, pero debió permanecer junto a Teodora, era dos años mayor que Michael y no era propiamente soltera, se había casado incluso, pero enviudó a los pocos meses del matrimonio y era apenas ahora que estaba volviendo a intentar un enlace matrimonial, sus hermanas de veinticuatro y veintiún años ya se habían casado. Sin embargo, se vio obligado a permanecer junto a su hermana, su madre pronto se dispersó.

Podía decirse que Teodora era la hija predilecta de sus padres, según él sabía estuvo a punto de morir de niña a causa de la mordedura de una serpiente, incluso había perdido parte de su dedo pulgar. Luego de eso fue incluso más predilecta. A los once años, Michael había preguntado a la sirvienta cómo eran las cosas cuando era bebé, si su mamá se ocupaba de él y la sirvienta le explicó que por entonces su hermanita estaba enferma y era todo en lo que podía pensar su madre.

—¿Te casarías conmigo si fueras otro hombre? —le preguntó su hermana.

—¿Por qué no?

—Ya tengo veintiocho años, pronto veintinueve.

—¿Y qué pasa con eso? Eres hermosa e inteligente y una mujer muy dulce, cualquiera debería sentirse honrado de ser tu esposo.

—Aunque solo es algo exótica, la hermana de Isobel y María ha acaparado la atención masculina.

—¿Incluso tu pretendiente?

—No… no estoy enamorada ¿sabes? Pero creo que podría tener una buena vida con él, solo quiero tener hijos y vivir en paz.

—Eso está bien —murmuró—, también yo quisiera algo así, al menos, pero no tengo esa posibilidad.

—¿Quién se casaría contigo para vivir en aquella casa? —se burló—. Deberías hacer como William, invierte en alguna empresa, telas, jabones… lo que se te ocurra.

Ya había invertido en todo eso y nada funcionaba, solo era bueno para robar y saquear.

—¿Sabes dónde suenan las campanas de boda? —preguntó Teodora—. Allá —agregó señalando con la mirada, Isobel y Devon James—. Lleva una semana cortejándola, pero resulta obvio que las intenciones son serias y parece que lord Fitz lo aprueba, a Isa también le agrada bastante y lo considera un posible buen marido.

—Es un cazafortunas.

—Igual que tú.

—Yo no seduzco vírgenes incautas.

—Yo no diría que Isobel es una virgen incauta. Y sí, cualquiera que se acerque a ellas es un cazafortunas, ellas lo saben, pero parece una buena opción y tendrían hijos guapos.

Michael reprimió sus celos y esperó a que apareciera el pretendiente de su hermana para abandonarla con él, aunque fuera una descortesía, nadie le había dicho que en aquellos días a Isobel le había aparecido un pretendiente serio, no era como si pudiera hacer algo contra eso, pero le habría servido prepararse antes de verla con otro tan acaramelada, ya era demasiado saber que su hermano despertaba en ella la más grande admiración y él su desprecio. Pensó en pedirle un baile, a William no se lo negaría, pero él quería bailar con ella y que ella supiera que bailaba con él. Quizás realmente era bastante tonto, sus amigos a veces decían que sus sueños parecían los de un niño, por eso no los compartía. Ellos no podían entender, que cosas como regalar un hermoso vestido a su madre fuera un sueño para él, o bailar con una mujer bonita.

Observó de lejos e hizo el intento de bailar con otras, pero realmente se sentía adolorido, debía recuperar su óptimo estado físico, pero no sabía cómo hacer a ese punto, la herida se abría una y otra vez, aunque no parecía infectada. Vio a Isobel yendo a lugares poco concurridos con ese hombre, pero se negó a observarla, porque, aunque la quería no estaba obsesionado con ella, era libre, podía amar a otros, podía ser feliz como él jamás conseguiría serlo.

Luego, cuando la fiesta hubo terminado, con la identidad de su hermano se dirigió a White's deseando entretenerse y emborracharse, las deudas serían de William, no suyas, y había alcohol de buena calidad en aquel lugar. En cuanto a los vicios, sus hermanos y él no eran muy distintos, con la diferencia de que Michael era menos libertino.

—¿Otra vez haciendo trampas? —preguntó su hermano mayor tocándole el hombro, justo cuando Michael sacaba de su manga la carta oculta que le daría la victoria, claro que James no apuntó aquello de forma indiscreta, lo dijo de modo que solo él lo escuchara. Derrotado y sin más que apostar, su oponente se levantó poco después dejándolo a solas con el futuro barón.

—¿Tuviste una buena racha?

—Mejor que otros días —contestó.

—Padre está en la otra habitación —le dijo, Michael tomó la bebida de su hermano y se levantó maldiciendo su vida. Realmente necesitaba recuperarse, así al menos podía golpear algo sin sentir que se moría. James le dijo algo antes de que saliera, pero Michael no escuchó bien, le pareció que le había pedido que tuviera cuidado, lo cual era un absurdo.



Capítulo III

—No estoy de acuerdo —sentenció Isobel al escuchar a María diciendo lo que tenía pensado para conseguir un marido que no fuera anciano.

Mientras ayudaba a Isobel a desnudarse, ese día llevaba un traje verde esmeralda y María uno color vino, eran vestidos a la francesa como tanto les gustaba. Marcela, en cambio, queriendo reducir la atención en su figura había empezado a usar el traje imperio, detalle que a sus hermanas les parecía horrible. Lo que Marcela sí llevaba era el corsé bajo la ropa a pesar de que el vestido imperio tuviera una "cintura" tan alta, tenía la idea de que el corsé además regulaba su ingesta de alimentos.

—¿Por qué no?

—¿Cómo puedes querer un escándalo, María? —cuestionó la hermana mayor sacando la falda por la cabeza a María, cuando ya se ocupaba del corsé, después de haber quitado el *guardainfantes.* Volvió a hablar—: Además ¿por qué le harías eso a otra persona?

—Quiero ser feliz, Isa —insistió María.

—Al menos en este aspecto lo que más te conviene es obedecer —insistió Isobel—, luego, cuando hayamos tenido un hijo huiremos a donde no nos encuentren, tomaremos gran parte de nuestra herencia y nos iremos… entonces podremos pensar en amores.

—Eso es infantil, Isobel —repuso María tomando en sus manos el corsé cuando se vio libre de él, dispuesta a ayudar a su hermana mayor en la misma tarea—, ya sabes que en realidad siempre fuimos observadas, además ¿a dónde podríamos ir? ¿Crees realmente que podríamos tomar el dinero e irnos? Somos mujeres y somos menores de edad. Además, no podríamos sacar a un niño sin el permiso de su padre, mucho menos a tres.

—Así como la nana nos sacó a nosotras.

—Yo no arriesgaría a mi bebé en un barco mercante o algo peor —sentenció María.

—La otra opción es conseguir un amante poderoso.

—No me parecen muy realistas tus opciones, hermana.

Sentada al borde de su cama, Marcela intervino.

—¿Por qué solo hablamos de ese tema últimamente? ¿Por qué no podemos esforzarnos por encontrar en este sitio a un hombre al que amemos y nos ame? Me dijo su primo que el testamento de nuestro padre no prohíbe el matrimonio por amor, aunque sí que se necesita la aprobación de nuestro tutor. Si un hombre nos ama seguro que podría renunciar a todo por estar con nosotras.

—¿Entre ustedes dos ninguna se da cuenta de la situación real en la que está?

—Todas sabemos que no hay más opción que obedecer, que había que hacerlo ahora porque dentro de poco tendré veinticuatro. Pero Marce y yo tenemos suficiente cerebro como para darnos cuenta de que crear un escándalo real no nos conviene en nada.

—Por Dios, Isobel ¿acaso no somos unas escandalosas desde siempre?

—No, la gente murmura, sospecha, crea teorías, pero no tiene pruebas … si tú haces eso será una prueba de nuestra poca calidad moral y eso nos afectaría a todas, a la familia entera y a los hijos, especialmente a las hijas que tengamos.

—Marce y yo no somos pretendidas por un hombre joven y guapo como tú y no pienso casarme con un vejete así que le pondré la soga al cuello a Donald Mackenzie o a cualquier otro que me

guste lo suficiente.

Marcela no intervino, se reservó sus opiniones y dejó que Isobel la ayudara con el corsé, luego permitió también que su hermana le trenzara el cabello, su madre lo hacía cada noche y desde su muerte, como para consolarla, sus hermanas hacían justo lo mismo. Luego de eso, cubriéndose con una bata, cada una fue a su habitación, pero cuando su hermana hubo desaparecido al interior de la suya, Marcela se preguntó a dónde debía dirigirse. Le parecía extraño que lord Jamie le pidiera eso para ayudarla, sobre todo porque ella no le gustaba, sabía que era arriesgado, que una muchacha soltera debía huir de tales ocasiones, especialmente si buscaba casarse, pero también pensó que era probable que no volviera a tener la oportunidad de compartir aquello con un hombre en la flor de la vida. Por otro lado, aunque las molestaba, sí que veía el cariño que lord Jamie sentía por sus primas así que con ese empujoncito quizás convenciera a su padre de ser un tanto laxo con aquellos enlaces.

Ella quería besarlo, como estuvo a punto de suceder en Venecia. Así que en lugar de su habitación dirigió sus pasos hacia el otro extremo de la casa. No le parecía descabellada la idea de su hermana, así que tal vez no sería tan malo dar un uso real a su *guardainfantes*. La puerta en efecto estaba abierta, la cerró a su espalda después de entrar. Él también se preparaba para dormir luego de la fiesta, no llevaba camisón, solo lo que ella suponía eran sus calzas, ya no estaba perfectamente peinado y estaba sentado a los pies de la cama, le asombró descubrir varios tatuajes en su torso y brazos.

—Así que viniste —murmuró sonriendo—, acércate.

Ella obedeció, en lugar de sentarse a su lado hizo lo que hubieran hecho sus hermanas y se ubicó frente a él, en el espacio entre sus piernas separadas, cuando él puso sus manos en la cintura pudo sentir cómo la sangre se agolpaba en su rostro.

—¿Estás segura?

Asintió varias veces mordiéndose una uña. Él se levantó y luego de quitarle la mano de la boca, besó sus mejillas y sus labios. Cuando se apartó, ella se tocó los labios víctima de sensaciones como la confusión, el asombro y el agrado.

—Nunca me habían besado.

—No puedo decir lo mismo —contestó él besando sus manos—, ¿te molesta?

Se encogió de hombros y dejó que él volviera a besarla. Minutos después, ella estaba desnuda entre sus brazos entregándose al sueño. ¿Eso era todo? Era sumamente agradable dormirse abrazada a un hombre, pero no le parecía que connotara uno de los placeres más grandes, ¿así se concebía un bebé?

—¿Esto es todo? —le preguntó.

— No, hay mucho más, pero creo que está bien por el momento —contestó él abrazándola más —, estás cansada y yo también.

—Odio esas fiestas, en otros países no me trataban así, sus mujeres son muy desagradables —le dijo—. Tus burlas parecen halagos.

—Lo sé —contestó él—. Minny también las odiaba.

—¿Quién es?

Él suspiró mirando al techo.

—La mujer que una vez amé. Está viva, pero es como si estuviera muerta, o como si nunca hubiera existido.

Marcela no preguntó más, tan solo se abrazó a él.

No era el más musculoso de los hombres, pero ciertamente era puro músculo, todo era duro en

su delgado cuerpo, ella besó su pecho casi carente de vello y pronto se quedó dormida sintiendo cómo sus pechos se pegaban al de él.

Cuando se despertó estaba en su cama, sola, le enojó tanto que no fue a la biblioteca ni bajó a cenar aquel día. Tampoco volvió a su habitación, él no le había dicho que lo hiciera.

Al día siguiente fue él quien entró en su cuarto y ella pronto se aferró a sus brazos.

—¿Estabas enojada?

—Me molestó despertar sin ti —contestó—, no sé por qué.

—No puedo despertar a tu lado, la gente lo notará, ¿eso quieres?

—Tendrías que casarte conmigo —murmuró—, ¿por qué querría casarme con un hombre que repudia mi sangre mestiza? Estoy orgullosa de mi casta, me gusta lo que soy. Así que vete en la mañana si eso quieres, yo te sirvo y tú me sirves, tenemos un trato.

—Supongo que ya no tienes vergüenza.

—¿Por qué me asustaría hablar con un hombre que me ha visto como vine al mundo?

Él acarició brevemente su pezón, como atrapado en un recuerdo dulce, lo que le molestó un poco.

—Puedo hacer más que solo verte.

—Estoy esperando que lo hagas, *señor dandy*.

—Hoy no será —contestó él besando su frente y abrazándola.

—¿Qué es lo que quieres? Pensé que querías *eso*.

—Lo sigo deseando, pero quiero que tengas confianza.

—No confío en los hombres en general.

—Quiero despertar tus ansias, que me ruegues que vaya más allá, que sea tu decisión y no la mía.

—Pero ya me decidí.

—Quiero que estés segura, una vez tome tu virginidad ya no podrás tenerla de vuelta, así que debes estar segura de que no te importa no ser virgen cuando te cases con otro.

—Tú me ayudarás a hacerlo con un hombre que me ame, así que no habrá de importar.

Él sonrió, pero ya no dijo nada más, solo se quedaron dormidos y en la mañana él ya no estaba allí.

Las fiestas no eran la cosa favorita de Alexander, le parecía que eran solo un espacio para criticar a los demás y proveerse de chismes frescos y los chismes tampoco eran algo que le gustara. Decían sus padres, sus hermanos y su hermana, que debía aprender a disfrutar la vida, no todo podía ser trabajo, caridad y buen comportamiento. Así que de vez en cuando, Alexander accedía a asistir a algunos eventos sociales. Y no se arrepentía de haber asistido a ese puesto porque sus ojos estaban contemplando a la mujer más hermosa del mundo.

—Supongo que *liberté, fraternité y egalité* incluye ahora a los mestizos —criticó su madre mirando hacia las debutantes, sin duda alguna mirando de manera especial a Doña Marcela Saavedra, hija del difunto marqués de San León de quien se contaban muchas historias en las salas de té, casi todas ellas honrosas ya que aquel hombre había sido uno de los extranjeros más cultos, elegantes y amables que había pisado el reino.

—Me gusta, madre, si lo consigo la convertiré en la madre de tus nietos —le contestó ignorando sus comentarios segregacionistas, aunque fuera mestiza aquella muchacha poseía un linaje

mucho más noble que el de su familia y había escuchado también que su abuela materna había pertenecido a una realeza indígena. No lo dudaba pues aquella mujer tenía aspecto de princesa.

—No estoy de acuerdo con tu elección y rezaré para que no lo consigas —murmuró su esbelta madre cruzándose de brazos, a ella, Alexander le había heredado el cabello oscuro y la nariz recta, aunque él se parecía mucho más a su padre que a su madre. También quizás era a ella que había heredado la elegancia de gato.

—¿Y si Dios no escucha tus oraciones?

—La aceptaré, la respetaré e incluso la querré, siempre y cuando te quiera como mereces ser querido.

Habiendo escuchado eso, Alexander caminó elegantemente hacia donde se encontraba la joven y la saludó con una reverencia.

—Lord Alexander Windsor, a su servicio.

—Un gusto conocerlo, *milord* —le contestó la hermosa joven con voz de ángel.

—¿Concedería, *su majestad*, un baile a este humilde servidor? —le preguntó a sabiendas de que si alguien lo escuchaba podía costarle la cabeza, la expresión en los ojos de ella se lo demostró, pero, aunque pareció a punto de rechazar el apelativo, le sonrió con su picardía hispana antes de contestar.

—Prefiero a los guerreros, mi estimado, normalmente deben enfrentar una serie de pruebas para poder cruzar miradas y tocar los dedos de esta beldad durante los bailes, sin olvidar el pañuelo. Pero vista su valentía de aproximarse a mí, a pesar de los cientos de miradas que se posan en usted, quien al parecer no asiste con asiduidad a estos eventos, he de concederle un baile.

—¿Cuánto he de esperar para aproximarme a su majestad, sin olvidar mi pañuelo? —contestó imitando el tono solemne que ella había utilizado.

—Es usted mi séptimo baile, caballero.

—Desfalleceré mientras espero —exageró y luego de otra reverencia regresó junto a su madre sintiendo que se le romperían las mejillas de la alegría. Y realmente sintió que desfallecía mientras esperaba el momento de volver a cruzar palabras cargadas de humor con aquella muchacha. La vio bailar con varios caballeros y mutar la expresión de su rostro a medida que avanzaba la noche.

Cuando por fin pudo acercarse a la mujer de vestido blanco nuevamente, ella no parecía tan sonriente.

—Han dicho todos que solo intenta burlarse de mí, me molesta la idea de equivocarme al juzgar a las personas —dijo ella cuando tuvo la oportunidad de hablarle.

—Mis intenciones son honestas, mi señora, quiero cortejarla, conocerla y quizás concederle la posibilidad de que me elija.

—¿Que lo elija?

—Estoy seguro de que lord Fitz y la voluntad de su honorable padre le conceden la posibilidad de elegir entre sus pretendientes.

Marcela no consiguió contestar porque se escucharon algunos gritos provenientes del jardín y lo que ya era un enlace complicado por cuestiones raciales, se convirtió en algo mucho más complicado por la mancha del escándalo. Pero eso a Alexander tampoco le importaba, sabía diferenciar entre víctimas y culpables.

—Vamos a un lugar más privado —le sugirió Devon al oído durante la fiesta, Isobel no tenía más que a su primo y a lord Mackenzie en su lista de baile así que poco preocupada por la descortesía, aceptó la sugerencia de su pretendiente, quizá había llegado el momento de la proposición, era posible que le preguntaran a ella antes de hablarlo con su tío, consideración que le agradaría muchísimo.

Varias veces había ido a los balcones con Devon, pero salvo unos cuantos besos había procurado guardar las distancias, realmente no creía que le ayudara dejarse llevar por sus deseos, estaba determinada a casarse virgen como una muchacha decente, aunque fuera por la reputación de su familia y el bienestar de sus hermanas.

Sin embargo, en los ojos de Devon aquella noche brillaba una determinación desconocida, había algo más que ella no sabía. Lo siguió al interior del laberinto algo contrariada por eso, «¿por qué buscaba un sitio así?».

—Devon, no podemos ir tan lejos, soy una joven casadera, esto podría afetar mi reputación —le dijo deteniéndose un momento.

— Vamos, quiero decirte algo donde nadie lo escuche —insistió él jalándola.

—Escríbelo —le propuso molesta—, ¿qué podrías decirme que sea tan secreto?

Él no contestó y no queriendo llamar la atención inconvenientemente, ella lo siguió. Llegaron al final del laberinto y Devon se acercó a besarla. Ella se dejó, sus besos le gustaban. Entonces Devon llevó sus manos a sus pechos, eso ya lo habían hecho otros hombres y ella solo lo rechazó con disimulo. Sin embargo, el hombre se deshizo en cuestión de segundos de su peto e incluso del corsé exponiendo sus pechos. Ella trató de rechazarlo, pero se dio cuenta de que no podía, intentó zafarse, pero él era muy fuerte, pronto estuvo en el suelo, los pechos expuestos al aire y sus faldas en su cintura, él con su pezón en sus labios mientras la mano con que no la retenía se perdía entre sus piernas. Gritó, pero parecía que nadie la escuchaba.

Cuando escapó de Inglaterra con su hermana y su nana, abordaron un barco mercante que las llevó a Norteamérica, para llegar al sur abordaron un ballenero pues se suponía que viajaban ilegalmente. En el mar, navegando en la considerablemente pequeña embarcación, debieron enfrentarse a una borrasca. Isobel había visto las olas enormes destrozando las velas del barco y se asustó tanto que se orinó, pensó que su joven vida había llegado a su fin.

Sin embargo, el terror infantil a la muerte del ahogado en medio del mar donde no sería encontrada no era como el que la embargaba mientras con sus muñecas atadas sentía el asalto de su pretendiente, la intención era clara, si arruinaba su reputación debía responder por ella, pero ¿por qué violarla?

Siguió gritando, suplicando por ayuda mientras insistía en cerrar sus piernas o patearlo. Cuando él le separó las piernas, ella supo que había terminado.

Pero no sucedió, escuchó los puños e insultos y luego vio a William cubriéndola con su casaca, pero ¿por qué se escuchaba el siseo de una serpiente? Michael era el de las serpientes, vio muchos rostros que la observaban mientras él la sacaba del laberinto, en algún lugar ya cerca de la casa, él se detuvo y la abrazó.

—¿Estás bien? —le preguntó y ella sintió las lágrimas de él que caían en su rostro—. Lamento haber tardado tanto.

—Gracias —murmuró.

Y los gritos de su tío acallaron sus intentos de decir que estaba bien. Pasó de los brazos de William a los de su tío, tenía miedo y gritó, solo quería estar con William.

Pronto volvió a los brazos de William, su tía decía algo respecto a dejar de llorar, pero todo el

mundo estaba concentrado en algo que sucedía al interior del laberinto.

Cuando se despertó, William y Teodora estaban en su habitación, también sus hermanas, pero cuando vio a William le sonrió.

—¿Estás bien? —le preguntaron sus hermanas al unísono.

—Sí, creo que sí.

—¿Logró lastimarte? —le preguntó William.

—Tú sabes que no —murmuró, recordó la consecuencia horrorosa y miró a su hermana.

—Dile a mi tío que no me case con él —le rogó—, ¡que me envíe al convento, pero que no me case con él!

—No lo hará —la tranquilizó su hermana—, dijo que tendrá que morir antes de entregarte a un bastardo como él, de hecho, él y Jamie han ido a un duelo con Devon, pero porque el tío quiere matarle.

Esa idea tampoco le gustaba, pero solo se sentía capaz de llorar.

Lo que siguió pareció casi onírico, Devon no se presentó al duelo y aparentemente huyó, su tío le prometió que todo estaría bien. Dos días después, ella trató de continuar con su vida social, pero las miradas recayeron en ella más que nunca y escuchó claramente las murmuraciones y los chismes sobre ella siendo una cualquiera. Y lo que era peor, también lo decían sobre sus hermanas.

Primero fue en el teatro, luego en un baile, en ese notó que Marcela se apartaba del resto de las debutantes e iba al jardín de la casa, consciente de las murmuraciones sobre ellas temió que algún hombre fuera a propasarse al verla sola. Pero cuando por fin la encontró, vio a su primo acercándose, Marcela lloraba hecha un ovillo en un balconcillo entre varias plantas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué lloras?

—¿Puedes abrazarme? —preguntaba ella, pero no le daba oportunidad de responder al abrazarlo recostándose sobre él. Él le acarició el cabello.

—¿Qué ha pasado?

—Te dije que eran malas, han dicho que somos prostitutas disfrazadas de nobles, que ya habremos abortado o tenido hijos bastardos, y han dicho que yo debo ser la peor de todas porque tengo sangre salvaje.

—Dicen muchas cosas, Marce —dijo él acariciándole el cabello—, siempre encuentran algo que decir, pero ¿acaso es cierto? —ella no contestó—. No es cierto. Entonces no debes llorar.

—Pero ¿si no es prostitución qué es lo que hago contigo? Hacemos un intercambio.

Isobel no entendió a qué se refería su hermana así que escuchó dispuesta a apuñalar a su primo.

—No es eso, cariño, en todo caso es deseo, yo te deseo y tú a mí.

—Pensé que yo no te gustaba, no soy blanca…

—Me encantas *doña Marcela,* me gustas muchísimo.

—Entre todas las personas del lugar, eres quien quería que viniera a consolarme —dijo la niña tímida para el asombro de su hermana—. Sé que ya no hay posibilidad alguna de matrimonios por amor para nosotras, tu padre seguro hallará maridos de prisa para acallar el escándalo. Es lo que se hace. Y, no sé qué sucederá después, pero no quiero envejecer junto a otro hombre preguntándome cómo habría sido ser tuya, aunque fuera por poco tiempo.

Él parecía a punto de decir algo, pero ella le puso el dedo índice en sus labios.

—Sé que estás comprometido, tu madre habrá notado que me gustas porque me lo dijo ayer, pero, no quiero solo dormir a tu lado.

—¿Realmente estás segura?

Ella asintió.

—Entonces vayamos pronto a casa —murmuró él.

Cuando Marcela se hubo ido Isobel se acercó a su primo mirándolo a los ojos.

—¿Qué pretendes hacer con mi hermana?

—Mis intenciones son las suyas.

—No creo que comprenda lo que esto implica, podrías arruinarla.

—Ya están arruinadas las tres, tu error, mi error, el de mi padre, confiamos en el hombre equivocado e irremediablemente las tres están arruinadas, en esta circunstancia dudo aún más que mi padre me permita tomarla por esposa si eso quiere ella al final, así que antes de terminar mi vida con lady Minerva y que ella acabe con cualquier pobre diablo, prefiero vivir esto, hasta donde se pueda, y ella sabe lo suficiente.

Isobel también estuvo a punto de llorar.

—Pero nunca hemos llegado tan lejos, somos malas, pero nunca tan lejos, menos ella, ella es tan inocente como se puede… yo no quería esto.

Él la abrazó, pero no dijo nada. Isobel pensó que debía evitar que su hermana cometiera ese error, pero con su reputación arruinada se le ocurría que quizás debía haber aprovechado mejor otras ocasiones, así no habría recibido solo un regaño del cura sino una severa penitencia, pero habría valido la pena.

—Tengo un favor que pedirles —dijo lord Fitz a Donald y a Michael sentados delante suyo, lord Fitz sabía que era Michael porque William no era cercano a Jamie. El padre de su amigo era alto y esbelto igual que él, aunque en los últimos años había engordado un poco y le empezaba a salir barriga, de niños saludaba a Michael despeinando sus cabellos y, además, de la sirvienta era quizás el único adulto que lo tocaba.

—Claro, *milord*, díganos, si está en nuestras manos lo haremos —habló Donald por los dos, era a quien más se le daban los acuerdos verbales, no era descabellada la idea de su padre de que se hiciera abogado, a fin de que era un noble escocés y aquel asunto todavía era complicado, la familia de Donald pensaba que era necesario que hubiera gente que pudiera defender al pueblo conociendo de leyes. Pero a Donald se le daban los acuerdos verbales beneficiosos a su propia economía, no era bueno para labores de redentor, según decía. Aunque tampoco se quedaba de brazos cruzados ante una injusticia ocurrida en su presencia.

—Quiero que se casen con mis sobrinas, puedo seguir adelante con la más joven, pero María e Isobel ya cargaban una reputación curiosa al llegar aquí, me será imposible casarlas con la clase de hombre que me gustaría, y, aunque ustedes no son los primeros en que habría pensado confío en su moral lo suficiente para pedirles esto, les aportaría riqueza y posición, además de que tendrían que trabajar por ello, las tierras son prósperas, pero sin señor que las mandase se han devaluado mucho estos años y ellas no son la clase de mujeres que respetarían a un hombre que solo vive del trabajo ajeno.

—Estoy bien siendo soltero —dijo Donald.

—Eres un hijo bastardo, todo el mundo sabe que probablemente eres hijo de una india, una mestiza o una mulata o de la esposa de tu padre, y tienes un título sin riqueza y posees tierras de las que muy probablemente te despojen, no hallarás mejor opción que mi sobrina.

—Si me caso con alguna no podría hacerlo con María —advirtió Michael.

—¿Estaba usted pensando en ese orden, *milord*? Porque de sus tres sobrinas prefiero a la segunda, aunque mi título me haga más digno de la primera.

—Michael salvó a Isobel, es justo que sea él quien se case con ella y ella no le teme, finge estar bien, pero aún no lo está, no podría casarla con un hombre al que le tema.

—Comprendo.

—Quería que mis sobrinas dejaran su fascinación por los hombres, fue la ruina de su madre y del desdichado de su padre, pero no esperaba algo así.

El vizconde deseaba matar a Devon, Michael esperaba haberle dado una lección con su serpiente, pero comprendía el deseo de acabar con sus días sobre la tierra, todavía recordaba con claridad el horror en el rostro de Isobel. Al principio no intervino, pensando que era de común acuerdo, pero los gritos le hicieron dudar y regresó apenas antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Se casarán con mis sobrinas?

—Sí —dijo Michael.

—No —respondió Donald.

—Es lo que más te conviene, Mackenzie, eres un bastardo.

—Su hijo también —espetó Donald—, no se crea usted mejor que mi padre.

—Jamie no… —empezó el vizconde, pero calló al notar que su elección de palabras no era la más apropiada y que su hijo les había contado sus sospechas, solo eran sospechas, pero el silencio del vizconde generalmente servía de respuesta—. No quisiera casar a mis sobrinas con un hombre que podría ser su padre —dijo el hombre en cambio—, mi hermana murió muy joven de tristeza y su padre podría haberse ido sin preocuparse por Agatha, pero por el honor de mi hermana arruinó su vida. Debería procurar que sus amadas hijas fueran al menos un poco felices. Creo además que ustedes podrían doblegar sus temperamentos y quizá también su inclinación a ciertos vicios de la carne, cosa que dudo puedan hacer mis conocidos.

Donald se rio de la intervención del vizconde y Michael estuvo a punto de hacerlo.

—Está bien, me casaré con María, pero no le prometo fidelidad ni que estaré siempre donde pueda encontrarme —aceptó Donald finalmente.

—Eso ya depende de tu conciencia —contestó el vizconde—, también pienso en ustedes porque son correligionarios, al menos por el bautismo y es nobleza española, para ellos la fe importa.

—¿Lo somos? —preguntó Donald mirándolo.

— Las familias son cercanas porque don Gonzalo y lord Darien se conocían de la infancia, Gonzalo vino a Inglaterra al bautismo de William.

—¿Y cómo se conocían?

—La madre de Darien es española y Darien fue criado en España y conoció a Gonzalo de niños, a Gonzalo le agradaría casar a su hija con un hijo de su amigo, de hecho, llegaron a comprometer a Mercedes con James.

—¿Quién es Mercedes? —preguntó Donald.

—La primera hija de Gonzalo, creció con su madre en Sevilla, pero es tan desobediente como sus hermanas y huyó de su madre cuando supo que estaba legalmente casada con un inglés.

—Pero James está casado con alguien más, ¿murió? —preguntó Donald.

—No lo sabemos y no, James no está casado.

—Vive con una mujer en su propia casa.

—Llevas más de un año en Londres ¿aún no estás al tanto de la situación de tu familia?

—¿Mi padre aceptó eso?

—Supongo que tu padre sabe bien que sus hijos son unos libertinos —fue la respuesta del

conde—, es un matrimonio no consumado y desde que la muchacha escapó he usado todo para encontrarla. El hecho es que creo que son las mejores opciones para mis sobrinas ahora mismo, aunque no logren salvar sus cuellos.

—¿Saben ellas de esa hermana?

—No estoy seguro, no sabrían de la más joven si no hubieran ido a las indias.

—¿Eso quería don Gonzalo?

—Él quería que todos sus hijos fueran criados en su hacienda en Nueva Granada o en la península, pero mi mujer no quiso hacerse cargo, supongo que es mi culpa que dos de ellos estén extraviados, sin más familia y como tío de dos de sus hijas, Gonzalo confió en mí —se lamentó el vizconde.

Ellos ya no quisieron averiguar más sobre la vida de su difunto futuro suegro, se ocuparon entonces del contrato matrimonial y esa misma tarde, porque el vizconde ya lo tenía todo preparado, fueron hasta la única iglesia católica en la ciudad y fue oficiado el matrimonio por poderes, el vizconde dudaba que sus sobrinas permanecieran en Inglaterra si se enteraban, además, pensaba que Isobel no necesitaba saber que Michael no era William hasta que él tuviera el cuello a salvo y ella hubiera aceptado sus circunstancias. Michael se sabía inmerecedor de los títulos que recibía con ese matrimonio, pero se dijo que al menos se haría merecedor de la fortuna, pasado el año, cuando tuviera acceso a la administración de las tierras de su mujer contrataría maestros para sí mismo.

¿De verdad se casaría con Isobel? ¿Había muerto en realidad y había ido por una extraña razón al cielo?

Al salir de la iglesia, Michael volvió a fijarse en el certificado matrimonial. La única mujer que siempre había querido era su mujer.

—Gonzalo, además, dispuso un fondo de apoyo para sus hijas en caso de ser infelices, de modo que pasado el primer año tienen derecho a abandonar a sus maridos, aunque estos sigan teniendo poder sobre sus propiedades.

—¿Tuvo tantas precauciones ese hombre? —preguntó Donald claramente incrédulo.

—Sí, es una avasallante serie de instrucciones para cada uno de sus hijos, incluso para el varón al que no encontró en vida y, admitiendo su vida disoluta en la juventud, también dejó disposiciones para sus posibles hijos no reconocidos, aunque según Darien no fue la mitad de disoluto que Jamie.

Y Jamie distaba de ser un libertino. Ninguno de los tres, de hecho, era realmente libertino.

—¿Entonces, aunque nos abandonen administraremos sus tierras?

—Pero sus asignaciones mensuales aumentarían y si ellas logran sacar a sus niños no podrían verlos hasta la mayoría de edad… eso ya dependería de ustedes.

Bueno, al menos sería su mujer un corto tiempo, un año le bastaría para toda la vida. No esperaba mucho, no podía esperar más que eso. Tampoco esperaba vivir más de un año porque no sabía dónde estaba el mapa y no habían seguido buscando.

Isobel notaba el ambiente tenso durante la cena, algo se traía su tío entre manos, no parecía capaz de verlas a los ojos a ella y a María. Como parecía acordado tácitamente nadie habló de eventos sociales o de lo acontecido aquella desagradable noche y era bastante más preocupante porque sin eventos sociales no habría pretendientes y definitivamente se verían dependientes de las decisiones de su tío.

—Quizás podamos ir a otro sitio —propuso María—, quizá no Inglaterra, puede ser España, Francia, incluso Estados Unidos.

—¿No te das cuenta de las condiciones del mundo actualmente, hermana? —preguntó Marcela teniendo la consideración de hablar en inglés para no molestar a su tío y a las visitas—. No te gusta la política, pero deberías preocuparte un poco por ella.

—Pero …

—No será necesario, acallaremos el escándalo con matrimonios —dijo su tío apartando la atención de su plato, Isobel sabía que en Inglaterra no era tan común hablar durante y después de las comidas, pero desde pequeñas, su tío había tenido esa consideración con ellas, comprendía que era probablemente el mejor momento para la conversación amena.

—¿Matrimonios? ¿Con quién? —preguntó María alterada con los ojos ya húmedos por las lágrimas, podía ser muy extrovertida, pero era muy fácil para el llanto, aunque intentara disimularlo.

—Tuyo y de Isobel —contestó su tío—, seguiremos intentándolo con Marcela, si no aquí, en España o en Italia, en algún otro sitio, aún tenemos cinco años.

María la miró angustiada, ambas, Isobel y Marcela tomaron sus manos queriendo darle fuerzas, pero la joven rompió en llanto como cuando era pequeña.

—No quiero —chilló.

—He hecho lo mejor que pude, sobrina —dijo su tío—, no creo que te desagrade tanto Donald Mackenzie, aunque si no estás de acuerdo respetaré tu voluntad.

María lo miró.

—¿Te vas a casar conmigo?

—Solo resta que confirmes tu consentimiento y la consumación del matrimonio —contestó el hombre que aquella tarde llevaba su largo cabello recogido hacía atrás—, ya tenemos los certificados de matrimonio.

—¿Ni siquiera tendré una boda?

—No —contestó su tío.

—¿Y con quien has casado a Isobel, lord Fitz? —preguntó Marcela.

—Estamos en familia ¿con quién crees que haya sido, querida? —Marcela señaló tímidamente a William al lado de Jamie, su tío asintió e Isobel sintió que por fin algo realmente bueno pasaba en su vida.

—¿De verdad? —preguntó sin evitar gritar entusiasmada—. ¿De verdad soy su mujer?

Se levantó de la silla.

—El hombre que ves aquí es tu marido si estás de acuerdo —dijo su tío e Isobel, rodeando la mesa, se tiró a sus brazos agradecida.

—Siempre pensé que nos casarías con uno de tus amigos con tal de tomar algo de nuestras fortunas… pero, creo que he estado pensando un poco mal este tiempo, lo siento —dijo antes de besar su frente. Él le palmeó la cintura sonriendo.

—Cariño, eres la hija de mi adorada hermana y de un hombre por el que siento el más profundo agradecimiento. Quiero dinero, pero quiero que tengan buenas vidas, no sé si felices, pero al menos buenas. Es lo que prometí a ambos y yo cumplo mis promesas.

Aquello no hablaba de amor por ellas, pero era más de lo que siempre había esperado así que volvió a besar la frente de su tío y luego se tiró a los brazos de su marido. Si bien no parecía ser amor, le encantaba William Watson como ningún otro, es decir, ella sabía que no podía ser amor lo que sentía por él desde la infancia, pero era fuerte y seguro, le bastaría para llevar una buena

vida junto a él.

Él sonrió pasando el brazo alrededor de su cuerpo mientras ella acomodaba su cabeza en su hombro.

—Soy muy feliz, realmente muy feliz, te he querido siempre —le dijo contentísima—, pero no te vistas con tonos oscuros ni te dejes crecer la barba, siento que eres tu hermano y si fueras Michael me tiraría por la ventana.

Por un momento le pareció que apartaba el brazo para no tocarla y que la sonrisa desaparecía de su rostro.

—María y Mackenzie podrán quedarse aquí, pero, tú, Isobel, tendrás que ir con tu marido —siguió su tío.

No necesitaban más explicaciones así que en cuanto terminó la cena, ella y sus hermanas volvieron a sus habitaciones a prepararse con ayuda de sus doncellas, o a que ellas prepararan todo.

—¿Cómo es realmente eso? —le preguntó a su hermana menor sin importar la confusión de la segunda, sentadas en la mesita del desayuno mientras las siervas se ocupaban de su equipaje.

—¿Eso qué?

—Sé que tú y Jamie son amantes —le dijo—, los vi.

María miró a su hermana pequeña con ojos enormes y Marcela se sonrojó terriblemente.

—No… no lo hicimos.

—¿De verdad?

—María no me ha dejado dormir sola todas estas noches, así que no, no hemos vuelto a tener ocasión.

—No comprendo esto del todo, pero comprendo por qué parecías tan enojada conmigo —se burló su hermana—, pues hoy podrás hacer lo que quieras.

Marcela rio suavecito, parecía haber crecido mucho en pocos días. Luego de aquello, Isobel entró con su marido en el carruaje con dirección a su vivienda en Londres, no esperaba mucho de la casa pues William era un segundo hijo y por lo que sabía tampoco estaba en buenos términos con su padre.

Pero tampoco esperaba aquello. Era un lugar espeluznante de tan miserable. Sabía que no se casaba con ella por amor, pero se daba cuenta que sus dificultades económicas eran mayores de lo que creía. Con razón no había aceptado a sus doncellas, dudaba que hubiera sitio para ellas o para cualquier persona en aquella casa.

La habitación era un poco más decente, aunque desvencijada y con las paredes por caerse, parecía tener todo lo indispensable. Agradeció haberse bañado en casa de su tío. Pero no importaba, aquello solo sería un tiempo, ella tenía tierras y dinero.

—¿Necesitas ayuda con la ropa?

—Necesitaré ayuda con el corsé —admitió—, pero puedo ocuparme de lo demás.

De hecho, Isobel agradecía que le dejara hacer aquello, con todo, se sentía un poco asustada luego de lo ocurrido con Devon, todavía le costaba creerlo.

Vio con asombro cómo él empezaba a desnudarse, y ella, coqueta como no quería dejar de ser, intentó desnudarse y flirtear al tiempo, primero se deshizo de zapatos y medias, luego se quitó el vestido de encima, el peto y la falda. Se deshizo pronto de su *guardainfantes* y de las enaguas, finalmente quedó solo con la camisa y el corsé. Él estaba solo en camisa y calzas, a sus ojos no había nada que pudiera envidiar a otro hombre.

Acomodó su vestido en una silla y de pie junto a la cama le dio la espalda.

—Ya puedes venir —le dijo.

Más rápido que pronto lo tuvo junto a ella desatando los nudos de su corsé, cuando sacó los hilos ocultos en su espalda y con ello le acarició la nuca, ella sintió un escalofrío placentero. Pronto el corsé desapareció y lo único que la protegía de la desnudez era su liviana camisola. Igual sucedía con él.

Isobel se dio la vuelta y se ocupó de quitarle su camisa, su fuerza quedó expuesta a sus ojos, era puro músculo, aunque no era el hombre más fibroso de todos, tenía pecho, brazos y espaldas llenos de tatuajes lo que le resultó increíble, así como le asombró saber que también su primo tenía.

Tomándola por la cintura, él la guio a la cama y allí, con suavidad se deshizo de su camisa. Ya la había visto, al menos un poco, aquella desastrosa noche. Verse desnuda le recordó aquel suceso, no obstante, el beso de su esposo la distrajo un momento. Pero no mucho, tocarlo, explorar su ancho pecho y espalda no la distraía. Aun así, se esforzó. Sus besos eran distintos, más considerados que los de Devon.

—Tengo miedo —confesó mientras lloraba—, he jugado con fuego por años, jamás pensé que tendría tanto miedo al estar por fin con un hombre.

—No te voy a lastimar y si lo hago no es mi intención —le dijo él—, ¿comprendes?

Asintió y quiso pedirle que le hablara, pero parecía angustiado con sus lágrimas así que se esforzó mejor por reprimir su terror. Pronto consiguió disfrutar de aquellos besos y caricias íntimas, aunque a veces se sentían raras.

Él se quitó las calzas y se ubicó sobre ella. Así como Devon antes de que William la salvara.

Pero no era William, Michael vivía, Michael era su marido, finalmente había puesto sus manos en su fortuna y en su cuerpo, pero ella no quería que las apartara de su cuerpo. Solo no entendía por qué le mentía. Michael tenía un lunar en el pecho que su hermano, según ella sabía, tenía en la cadera.

—¿Sucede algo? —le preguntó él mirándola

—Todo está bien.

Él la besó antes de lograr lo que ningún hombre había hecho hasta ese día. Ella se aferró a él.

Y sintió miedo, pero no por el recuerdo del asalto de su antiguo pretendiente. Los ojos de su esposo por un momento no se vieron humanos, las pupilas cambiaron de forma y, a pesar de la luz de las velas, su piel pareció más blanca, pero solo duró un momento, debía de ser su imaginación.

—¿Qué te ha pasado aquí? —preguntó Isobel tocando su herida, sentada a su lado cubriendo sus pechos con su largo cabello rubio. No estaba satisfecha, no como debiera, Michael había estado muy emocionado por yacer por primera vez con una mujer joven que además le gustaba y muy asustado al tiempo por los temores de ella.

—Me apuñalaron —contestó con sinceridad

—¿Hace cuánto?

—Casi dos semanas

—Y aún no ha sanado, ¿por qué?

—He tenido que coserla yo mismo y se ha abierto algunas veces.

—¿Tú mismo? ¿Por qué? ¿Quieres que la cuide por ti? Aprendí algunas técnicas de los indios.

Michael se sintió contento por un momento, como cuando se tiró a sus brazos feliz de ser su mujer, pero no tenía derecho a sentir eso porque ella no estaba feliz de ser su esposa, ni estaba

interesada en cuidarlo a él, solo a William. Aquella preocupación en sus encantadores ojos oscuros era por su hermano, igual que las sonrisas, los sonidos, las palabras y las caricias habían sido para William. No podría sentir esa esperanza, no la merecía, luego dolería el doble.

—No importa —contestó

—¿Acaso quieres morir?

—Eso tampoco te importa, ahora acuéstate y apaga las luces —ordenó, ella obedeció y se abrazó a su cuerpo.

En la mañana, William estaba allí para hacer las veces de esposo durante el día mientras él intentaba encontrar el mapa y se ocultaba, había tenido la precaución de decir a su esposa que pretendía reformar para luego vender la propiedad de su difunto hermano, William proponía mejor llevar a las serpientes a su casa para que Isobel no tuviera que sospechar. Michael no quería deberle tanto y tampoco quería recordar cada día lo distintas que eran sus vidas.

—Debes respetar a mi esposa —le advirtió.

—Isobel no me gusta, y no soy tan lacra como piensas.

—Si la tocas haré que te muerda la cobra y no te daré el antídoto —amenazó.

—¿No peleas con espadas o das puños? Todo es serpientes para ti —se burló su hermano—, además, a mí también me obedecen.

Michael le dedicó su peor mirada, pero era cierto, igual que a él, a sus hermanos no los mordían las serpientes, los miraban, los rodeaban y seguían sus indicaciones como perros. Aunque Michael era quien vivía más entre serpientes que entre hombres, ellas al menos eran sinceras, atacaban para defenderse, no sin razón.

—Ve tranquilo a salvar tu pescuezo, yo la entretendré esta mañana, no es muy difícil fingir ser yo mismo, solo no entiendo por qué le mientes a tu propia esposa.

—Sabes perfectamente que está enamorada de ti.

—Encaprichada como cualquier niño con un juguete —corrigió él—, aferrarse a un imposible la ayudó a superar su duelo.

—Claro.

—Es mi teoría, incluso padre cree eso —dijo su hermano.

Michael abandonó la habitación sin decir nada más, no confiaba en su hermano, pero sabía que realmente no le gustaba Isobel lo que bastaba para sentirse un poco tranquilo.

—Buenos días —escuchó Isobel que decía la voz de Michael y muy seguramente fruto de la pasión se despertó dispuesta a abrazarlo. Pero el hombre que sonreía no tenía hoyuelos en las mejillas ni esa frialdad en sus ojos. Ese hombre era el verdadero William.

—¿Cómo está mi dulce esposa?

Recibió el té que él le ofrecía y lo miró con cautela.

—Ansiosa por estar de nuevo contigo —dijo para probarlo.

—¿A qué te refieres?

—A eso —dijo—, hagámoslo de nuevo, antes de que vayas a ocuparte de tus asuntos.

—¿Yacer de nuevo? —preguntó él directamente mirándola, ella se dio cuenta de que seguía desnuda y estuvo tentada a cubrirse, pero quería comprender su ardid, no entendía nada, William era su sueño, pero sentía que todo lo que quería era golpear a Michael. Él se sentó a su lado en la cama mirándola con picardía. La besó y fue un sueño hecho realidad, pero estaba confundida.

¿cuál era su esposo?

Se levantó sin cubrirse y buscó en el cajón en que vio a su esposo guardar la partida de matrimonio, estaba bajo llave, pero era madera vieja así que logró sacarlo lastimándose algunas uñas, pero sin mayor problema.

En la partida estaba el nombre de Michael. Pero ¿por qué Michael fingía ser William y por qué estaba allí William fingiendo ser Michael, que fingía ser él?

Volvió a guardar la partida en el cajón y le sonrió a William, no iba a cometer adulterio, pero vaya que los haría sufrir a ambos con ese jueguecito, además, era una ocasión perfecta para seducir a William, quizá un día fuera capaz de ir contra los pocos principios que le quedaban y convertirlo en su amante, en otro sitio, por el resto de la vida.

—No tengo doncella ¿me ayudarás a bañarme? —le preguntó y él asintió sonriendo, pero la tarea no era tan agradable, cuando la tina estuvo llena y caliente, ella no estuvo segura de seguir con ese juego, ¿pretendía Michael compartirla con su hermano?

Finalmente, William no la ayudó con su baño más que a salir de la tina y luego a vestirse, pero era raro. El desayuno fue simple, consistió en pan con mermelada y un poco de leche, aquello no era lo habitual en Inglaterra, pero para ella estaba bien, salvo que necesitaba café en las mañanas, se había acostumbrado a eso en América.

Después del desayuno, William insistió en enseñarla a jugar cartas y ella accedió, conocía solo un par de juegos y dudaba que fueran las normas reales pues se lo había enseñado su padre cuando era pequeña, quizá como una forma de enseñarla a contar. Durante la enfermedad de su padre acomodaban un escritorio portátil en la cama y jugaban juntos, ella de hecho no recordaba haber notado su enfermedad, solo que un día estaba muerto y, al otro, ellas y su nana viajaban a Inglaterra.

Poco antes de la hora del té le dijo a William que quería ir a casa de su tío y él la complació.



Capítulo IV

Las tres se sentaron a la mesa y en principio no dijeron mucho, María y Marcela habían hablado poco aquella mañana, no más de lo necesario, quizás habían estado esperando todo el día a Isobel. Ahora las tres estaban solas por fin, sin los hombres, sin sus tíos, sin los sirvientes chismosos y remilgados, podían hablar a sus anchas y lo que más les gustaba, podían hablar su hermosa y amada lengua castellana.

—¿Y bien? ¿cómo estuvo? —preguntó María a su hermana.

—¿Cómo les fue a ustedes? —preguntó Isobel.

María sintió que se sonrojaba recordando la noche anterior, al menos antes de que Donald se quedara dormido y nombrara a otra mujer en sus sueños, cosa que no pretendía contar a sus hermanas.

—Fue mejor de lo que esperaba —contestó con una sonrisa.

—Fue tan hermoso como esperaba —dijo Marcela sonrojada—, pensé que no sería capaz de despertarme esta mañana, no nos separamos hasta la madrugada… hablamos de muchísimas cosas, más bien él me contó algunas de sus aventuras.

—Yo estoy confundida —dijo Isobel—. William no es William sino Michael.

—Eso ya lo sabía yo, los hoyuelos en las mejillas me hicieron notarlo —apuntó.

—Pero, hoy en la mañana William era William.

—Bueno, aprovecha los momentos con el que realmente te gusta —le dijo—, pero esa no era la pregunta.

—Yo estaba asustada —admitió su hermana y María sintió el odio bullir en su interior, una de las cosas que más quería desde ese día era castrar a Devon, hervir su miembro y hacer que lo comiera, pero claro, esas no eran cosas que ella tuviera la posibilidad de hacer—, y creo que él también lo estaba, pero estuvo bien, creo.

—Anoche mi esposo se quedó dormido y soñó con otra mujer —confesó María al final—, creo que en realidad quiero algo más.

—Es algo que ya no podrás tener, hermana —le dijo Isobel—, por mi culpa perdiste la oportunidad de conocer el amor.

—¿Alguna vez la tuve? —preguntó.

—Supongo que no —suspiraron las tres al tiempo, aunque eso solo lo dijo Marcela.

Al rato, la más joven de las tres les recordó aquello que daba utilidad a sus días y se determinaron a continuar con sus investigaciones, ya era tarde, pero acordaron que irían directamente al periódico en la mañana y preguntarían por el autor del artículo del asesino serpiente, aunque María tenía sus propias teorías. No le costaba creer que Michael hubiera cometido aquellos homicidios, tampoco le escandalizaba la posibilidad pues los códigos masculinos no eran algo que tuviera la intención de cambiar, salvo lo que respectaba a las mujeres. No creía del todo la parte del hombre convertido en serpiente, aunque sí que estaba segura de que había más en el mundo de lo que se quería aceptar, pero pensaba que tal vez solo habían exagerado, quizás Michael solo había usado una serpiente muy grande, sabía que a Devon lo había mordido una serpiente en el jardín y alguien había mencionado que Michael tenía una enorme pitón, aunque no era un espécimen con el que pudiera andarse de un lado al otro.

Después del té, su hermana las hizo buscar entre sus cosas las plantas medicinales que cargaban, diciendo que su esposo tenía una horrible herida en el estómago y le preocupaba. María no dijo nada, solo la observó mientras seleccionaba entre las hierbas secas y ungüentos.

—Supongo que la pasión realmente nubla los sentidos —le dijo a Marcela—, habría esperado que dejaras que se le infectara y muriera.

—Que poco confías en tu hermana —se burló.

—Somos egoístas, pensamos solo en el bienestar individual y de las tres, de nadie más.

—Tú no eres así, hermana, tú eres todo lo buena que una persona puede ser.

—Ustedes también son buenas, solo que es cierto que pensamos mucho en nosotras mismas y según esa lógica es preferible la viudez a estar con un hombre al que no amamos… especialmente si es demasiado parecido al que sí amamos.

—Lo que me asombra es que lo detestaba, debes recordar cómo lo rechazó cuando fue a visitarla —le recordó a su hermana mientras la otra tenía medio cuerpo en el fondo del baúl seleccionando hierbas y leyendo su libro de apuntes sobre ello. Marcela rio por lo bajo.

La llegada de Donald y Jamie coincidió con la partida de Isobel junto con su esposo ¿el real o el falso? María entonces entró en la habitación de su esposo tratando de ser lo que debía ser.

—¿Cómo estuvo tu día hoy? —le preguntó.

—Digamos que bien ¿qué tal el tuyo?

Sentada en una silla junto a la cama mientras él se quitaba la levita y la chaqueta, le contestó.

—Nada interesante hasta la hora del té cuando mis hermanas y yo hablamos de nuestras primeras experiencias íntimas y de nuestra revista.

—No quiero que hables de nuestras intimidades —pareció advertirle él—, en cuanto sea posible no lo hagas ¿comprendes?

—Son mis hermanas ¿cuál es el problema?

—Debes aprender a ser un poco más discreta, sé que hasta ahora eran muchachas rebeldes, pero seguro que serás madre pronto, debes regular tu temperamento.

—No he dado detalles si es lo que te preocupa —murmuró molesta—, ellas tampoco lo han hecho, no somos castas, pero tampoco pervertidas, creo yo ¿o tú crees que lo somos?

Él la miró sonriendo, recostando su espalda en un mueble de cajones considerablemente alto.

—No, solo que no quiero comparaciones, podría afectar la forma de lo que hay entre nosotros que es perfecta para los dos, muchas comparaciones solo traen infelicidad.

—¿Lo dices por propia experiencia?

—Mi experiencia, la de mis amigos, el reconocimiento de la naturaleza de la envidia y otros vicios ¿comprendes?

—Supongo —murmuró—, pero ¿acaso es posible que sea mejor? ¿No te sientes capaz de ser mejor amante? ¿Sabes que acabas de tentarme? Ahora querré saber cómo les va a otras, qué hacen distinto.

—No encontrarás mucha satisfacción en otras mujeres, te dirán que cumplen con el débito, que solo hacen lo que se les pide, por obligación, yo no quiero esa clase de mujer, María; ahora mismo me interesas, me gustas y lo sabes, pero no será así siempre y acudiré a otras, pero, aunque haga eso no te conviertas en una mujer que solo cede, aunque no haya amor no seas así.

—Comprendo —murmuró sintiéndose decepcionada, era su segundo día de casada, más bien el primero, y él ya decía esa clase de cosas, pero debía mantenerse digna.

—De todas formas, difícilmente querría lo de mis hermanas. Marcela es todo dulzura así que creo que le gusta la lentitud y muchas palabras, e Isobel está en medio del ardor y la necesidad de

cariño. Yo solo quiero placeres.

Pero era mentira, lo comprobó cuando su marido la recostó en la cama levantando sus faldas en una entrega salvaje, rápida, placentera pero incompleta. Le pareció que él también lo comprobaba, pero acomodó el rostro en su hombro para no mirarlo a la cara.

—¿Y qué hay sobre su revista? —le preguntó él sin apartarla, sin separarse de ella, no dudaba que pudiera concebir un hijo con prontitud, quizá ya lo había hecho, Donald era un hombre viril y apasionado, aunque un poco duro a sus ojos.

—Mañana iremos al periódico a averiguar sobre el hombre serpiente —dijo ella.

Él la apartó un poco y la tomó por la barbilla.

—Es peligroso, te prohíbo hacer eso.

—Solo queremos saber si realmente fue una persona que se convirtió en serpiente.

—Es peligroso y ahora que te has convertido en mi esposa ya corres demasiado peligro, no investiguen eso.

—Pero…

—Te he dado una orden.

Ella se apartó definitivamente huyendo a la cabecera de la cama, se acomodó las faldas.

—¿Cómo osas darme órdenes?

Donald le puso las manos en los hombros todavía sin acomodarse la ropa y la miró con fiereza.

—Aquí no se trata de títulos y dinero, *milady*, yo soy tu marido y tengo el derecho de darte órdenes y tú la obligación de obedecerlas. Estás equivocada si piensas que podrás seguir haciendo lo que se te da la gana, así que al menos a la vista de todos harás lo posible por eliminar esa reputación de muchacha lujuriosa que te cargas ¿entiendes? Tampoco han de conocerte como una rebelde y, por el amor de Dios, viste a la moda. Sabes que la ropa habla por la persona.

—Yo estoy en contra de la revolución —espetó—. ¡Y no soy una esclava! Soy una mujer libre, no puedes reprimirme así.

—Tal vez te convenía casarte con un anciano de carácter débil.

—¿Hice algo en concreto para que te enojaras conmigo? —preguntó al fin.

Él se apartó y dejó de mirarla de esa forma.

—Lo cierto es que no —admitió—, solo me molesta lo de tener esposa, le dije a tu tío que no esperara fidelidad de mi parte y aun así, tu primo hoy casi me saca los ojos y me corta la lengua por intentar seducir a otra mujer; y al tiempo ahora resulta que no soy responsable por mi pescuezo sino también por el tuyo, y a ti no parece preocuparte. Realmente lo tienes prohibido, María, ir a esos sitios.

—Está bien, solo iré al periódico mañana —murmuró acostándose, solo importaba que a las horas de acostarse con ella ya trataba de seducir a otra, María no era la mujer más hermosa de todas, pero qué horrible era comprobarlo, ni siquiera lo apasionaba tanto para solo interesarse en ella durante un tiempo medianamente prolongado como siempre que se tenía una cosa nueva.

Luego de cambiarse, él abandonó la habitación y ella no bajó a cenar. Cuando regresó se puso en cuclillas junto a la cama quedando a la altura de su rostro.

—¿Solo te interesan los placeres, María? —le preguntó medio burlón, se veía hasta infantil de esa forma—. No eres un hombre, eres una mujer, y es normal que quieras ser amada, pero dudo que pueda ser ese hombre y aunque llegara a amarte, difícilmente sería el tipo de amor que deseas.

—¿Me querrías como si fuera una hermana? —preguntó con voz rota, aunque no había llorado aún, a pesar de lo llorona que era.

—No, pero quizás no como tú quisieras.

—Pero ya tú quieres a alguien más ¿cierto? Anoche nombraste a una mujer en tus sueños.

—Alguna amante del pasado, quizás, ahora mismo no amo a nadie… y las veces que he amado, ellas no han sentido que lo hago ¿comprendes?

—Yo quiero amor pero nunca he amado a nadie, hasta hoy solo he lastimado a los hombres, siento cosas, siento con fuerza, pero al tiempo desaparecen, aunque creo que me enamoré de Giovani pero él eligió a otra —dijo recordando aquello, a veces todavía le dolía aunque no se lo mostraba a sus hermanas, por Giovani estuvo dispuesta a renunciar a las riquezas y a doblegar su temperamento y ciertos aspectos de su personalidad, pero Giovani no solo era un burgués a favor de la revolución napoleónica sino que quería a otra mujer y solo le devolvía lo que ella había hecho a otros hombres. Cosas que le demostraban que era mejor una vida licenciosa a las pretensiones de una virtuosa o al menos moderada, los buenos sentimientos y voluntades no eran apreciados en el mundo que conocía.

—Me gustan las mujeres hermosas, pero no las rebeldes, no regularé todos tus comportamientos el tiempo que te quedes conmigo, pero procura obedecer las órdenes que te dé cuando lo haga. Quizás, si nos entendemos dentro y fuera de la cama pueda aparecer aquello, o al menos un cariño agradable fruto de la costumbre.

—Pero mi hermana no obedecerá a Michael —le dijo—, y yo no puedo dejarla sola en eso y a Marce tendría que ordenárselo mi tío.

—¿No obedecería a Jamie?

—Aunque se acueste con él no es su esposo ¿por qué habría de obedecerlo?

—Es su esposo, no sabemos si vale, pero al día siguiente de su llegada realizamos el matrimonio por poderes, te dije que estaba interesado en ella —asombrada María no dijo nada—. Y es mejor que no busquen a la serpiente, hay cosas que deben permanecer ocultas o que debemos fingir que lo hacen.

Se sentó curiosa.

—¿Por qué lo dices?

—He de llevar este secreto a la tumba —dijo él—, no he de decir lo que han visto mis ojos.

—Supongo que es muy pronto para que confíes en mí.

—Sí, aún es muy pronto y ya demostraste ser incapaz de guardártelo todo —dijo él medio burlón—, seguro que diste muchos detalles a tus hermanas.

—No, de verdad —insistió, casi le dijo que Isobel ya sabía la verdad sobre Michael, pero pensó que ella tampoco sabía si era realmente digno de confianza—, ¿me puedes llevar a tus tierras? —preguntó cambiando el tema—. Quiero ver si siento la magia.

—Quizás podamos arreglarlo, eso sí, con tu dinero que mis arcas están algo vacías —contestó él riendo.

Algún día tal vez podrían amarse.

—Es raro —le dijo Isobel cuando la ayudaba a quitarse el corsé.

—¿Qué cosa?

—No tener un montón de sirvientes cerca, se siente casi como en casa, allí no era tan dependiente de la servidumbre, sí estaban, pero no era un problema si quería valerme por mí misma, ¿entiendes?

—La última vez que un sirviente se ocupó de mí tenía trece años —le contó.

—¿Y tú valet?

—Cierto —se suponía que era William, él tenía un valet—. Lo olvidaba.

Ella tiró el corsé al suelo y se dio la vuelta para mirarlo ayudándolo a él.

—Pero me gusta, a pesar de lo horrible de la casa, estar solos —le dijo apartando los botones—. Sin embargo, ahora mismo no pretendo satisfacer nuestros deseos.

—¿No quieres eso? —le preguntó emulando su coquetería.

—No, te voy a curar la herida así que termina de quitarte la ropa mientras consigo agua caliente y organizo todo lo necesario —le dijo apartándose con seriedad. Él obedeció y decidió ver cómo se las arreglaba ella con algo a lo que no estaba habituada. Sin embargo, minutos después ella apareció con el agua caliente y todo lo que necesitaba.

Michael se acostó como ella ordenó y tragó saliva. Ella usó algo para adormecer la herida, se preparó para el dolor de ser cosido nuevamente.

—No la coseré de nuevo, incluso la tela llega a un punto en que no puedes meterle más agujas —le dijo Isobel

—¿Entonces?

—Te pondré medicina y la vendaré, pero no la coseré, así que debes tener cuidado —sus medicinas ardían como el infierno, pero le gustó ver el cuidado con que ella lo hacía, a pesar de que era para su hermano y no para él.

Luego de vendarla se acostó a su lado mirándolo.

Se quedó dormida solo mirándolo. Él se acomodó para abrazarla y se durmió también.

En la mañana no le permitió cambiar con su hermano pues lo ayudó a bañarse, le curó de nuevo la herida y después le exigió acompañarla al periódico a averiguar sobre el asesino serpiente.

Allí se encontraron con Jamie y Donald.

—Así que cualquiera de nosotros que hubiera ido al sitio de encuentro se habría quedado esperando —criticó Jamie mientras las mujeres parecían deliberar algo.

—No tuve más opción —dijo Michael.

—Yo en realidad me ofrecí —dijo Donald.

Las mujeres se acercaron de nuevo, vestían los trajes imperio que tanto decían detestar porque pensaban ir a cabalgar luego de entrevistarse con el autor del artículo.

—Si preguntan dirán que la revista es de ustedes —les dijo María. Ellos asintieron.

Y entraron en el lugar, luego de preguntar y preguntar, un hombre de mediana edad se apareció y no dio demasiada información relevante, salvó que especificó el lugar en que el presunto asesinato ocurrió. Lo que a Michael le confundió fue que el sitio en que aquel suceso ocurrió, era muy cercano a una casa de apuestas que frecuentaba y coincidía con el primer día que despertó desnudo en su casa.

Además, no recordaba haber tenido algún pleito aquella noche de modo que hubiera usado a sus serpientes y ninguna de las que llevaba en sus bolsillos medía más de dos metros o tenía el grosor descrito. Así que no podía estar relacionado con él, pero parecía.

Minutos después se separaron para que ellas fuesen a cabalgar y ellos a averiguar dónde estaba el mapa, sin embargo, se dio cuenta de que otra vez ellas estaban en aquel barrio.

—Cuanta sumisión la de mi mujer —murmuró Donald cuando se escondieron de ellas, quienes estaban a la entrada de la casa de apuestas, ellos en cambio tratando de contactar con un alcahuete con el que coincidieron en aquella casa de apuesta el día en que adquirieron el mapa.

—Ya no son mi problema —sentenció Jamie—, ahora son suyos, si se meten en algún embrollo

no intervendré.

—Mejor que no nos descubran o nos interrogarán —dijo Donald—, a mí no me importa, pero creo que a ustedes sí.

—Entre menos sepan de esto será mejor —dijo Jamie.

Michael tragó saliva, no al ver que su mujer entraba en el lugar, sino porque vio a unos de los prestamistas a los que debía una considerable suma. Lo dijo a sus compañeros y ellos también, medianamente endeudados, se dispusieron a huir. Lo que más les complicaba la búsqueda era la gran cantidad de enemigos, hacía más fácil volver al mar.

Puesto que no tenía nada más que hacer aparte de lamerse las heridas del pasado, Minerva decidió que quería averiguar aquello que había salido en los periódicos sobre un presunto asesino capaz de convertirse en serpiente. Mientras trabajaba en la casa de los Ross no tenía mucho tiempo, pero ahora estaba libre y aquello le daba curiosidad. Porque conocía a alguien capaz de convertirse en una serpiente muy grande, era algo de no creer y al principio había pensado que era cosa de sus fantasías, pero podría ser que no.

Una noche, luego de un baile a las afueras de la ciudad, Jamie la llevaba a casa, solo, sin una chaperona porque las odiaba y se habían detenido a un lado del camino para que Jamie se perdiera entre sus faldas como tanto le gustaba. Jamie incluso se había quitado la ropa.

Exhibiendo a la oscuridad de la noche su virilidad imponente.

—Hoy te haré mujer, cariño ¿estás dispuesta ahora o prefieres que vayamos a una posada?

—¿Cómo así?

—No lo soporto más, querida, necesito hacerte mía. Nos casaremos después. Aunque puedes decir que no.

Y ella dijo que no confundida, se levantó dispuesta a volver al carruaje, apenas se trepaba a la silla con dificultad cuando sintió que alguien la abrazaba, casi le gritó a Jamie que primero se casaran y luego hicieran cualquier otra cosa. Pero no era Jamie, era un extraño, eran varios extraños que pronto empezaron a quitarle la ropa contra su voluntad. Todavía a medio vestir, Jamie apareció ante sus ojos y ella sintió un fuerte golpe en la cabeza. Vio a Jamie pelear y cuando ella cayó al suelo, al borde del desmayo, le pareció verlo convertirse en algo diferente a un hombre. Fue lento, con cada paso, brazos y piernas se unían a un solo cuerpo hasta extenderse y crecer a un tamaño descomunal.

Cuando despertó Jamie estaba desnudo a su lado, desmayado también, con sus ropas destrozadas, y los bandidos estaban muertos. Pero, claro, el mismo Jamie le había dicho que eran solo fantasías, que alguien más los habría salvado.

Este caso era similar. Podía ser Jamie.

Porque también estaba lo de su bebé, Minerva lo había tenido sola y pudo ver cómo surgían brazos y piernas justo al momento de salir de su cuerpo.

Sí, claro, no debía preocuparle que a Jamie lo llevaran a la horca por brujo o por asesino, pero no podía evitar interesarse.

Solo que no esperaba encontrarse en la entrada del periódico la triste imagen de su hombre embelesado con otra mujer. Casi le parecía que a ella nunca la había mirado o la había escuchado con esa atención, aunque había creído que lo hacía centenares de veces. Cuando ellos se

separaron, Minerva siguió a las mujeres y se cubrió el rostro con un pañuelo.

—Disculpen, señoritas ¿qué descubrieron sobre el caso de la serpiente? Escuché que preguntaron sobre eso y tuve vergüenza de preguntar también.

Las tres la miraron extrañadas.

—*Qué mujer más rara* —dijo una de ellas.

—*Raros los hombres con los que ustedes estaban, dos de ellos realmente podrían ser el asesino que buscan* —les contestó, a Minerva le gustaban los idiomas y había tenido profesores de varios, entre esos el castellano, Jamie le había dicho que tenía familia hispana y que le gustaría que sus hijos hablaran castellano, así que ella había aprendido y a veces, muy pocas veces, lo había practicado con él.

Pero no les dijo nada más, simplemente las dejó con la duda. Esa clase de tortura era mucho más efectiva.

La noche anterior, Isobel había tenido un sueño raro, se encontraba en un ambiente extraño, húmedo y agradable, seguro, pero algo o alguien le transmitía una sensación de miedo, se escuchaban sonidos de otro lugar, risas, llanto y muchas palabras. Una voz dulce que le daba paz y una voz dura que a ratos era agradable y a ratos aterraba. Esa noche también soñó algo parecido. Estaba en un lugar cálido y húmedo, pero de repente todo cambiaba, el lugar lo expulsaba de allí y debía atravesar un túnel, era raro y le asustaba. Se vio recibido por unas manos suaves, no veía nada, pero sentía, oía, de forma lejana y confusa, casi sin significado. Sentía miedo, quería volver a donde estaba. Entonces otras manos lo tomaban, lo acercaban a un sitio cálido, distinto pero conocido, sintió un roce y agarró algo más grande que su mano. Un olor, algo le mandaba a seguir ese olor. Sentía hambre, pero el hambre se iba. Sentía miedo, pero el calor le daba seguridad. Había voces, había ruidos. Pero solo importaban los brazos, las manos, el alimento, el calor, solo esa voz.

Sentía eso durante algún tiempo y de repente, algo la apretaba, algo intentaba romperla, el aire se iba. Algo la mandaba a morder, caía, quería volver al sitio de antes, quería estar en el lugar seguro. Todo dolía, todo era desconocido y no veía nada.

La voz se acercaba, iba a ella, hacia la de siempre. Todo volvía a estar bien, nadie la rompía. El hambre se iba, el miedo se iba, al menos en ese lugar.

Eran los sueños más raros que había tenido y si bien había desestimado el primero, la confundía muchísimo el segundo. Todo el rato mientras investigaban había estado pensando en aquello, no los comprendía, generalmente le parecía que comprendía sus sueños. Pero esos no.

—¿Quién cree que pudo haber sido? —preguntó María.

—¿Sospecha de alguien? —preguntó ella al dueño de la casa de apuestas que no era exclusiva para hombres y por eso las había dejado entrar, claro que también debían pagarle por la información.

—Ya no se encuentra entre nosotros —pareció lamentarse el hombre—, le dicen Serpiente Negra.

—¿El pirata? —preguntó confundida al escuchar el supuesto apodo de su esposo.

—Sí, ese, es en realidad un muchacho de sociedad y hace un año que no va al mar —confirmó el hombre, hasta entonces la piratería de Michael solo había sido una sospecha—; sus hermanos,

que nunca dicen sus nombres reales, son clientes asiduos y ese día tuvieron una pelea con los difuntos, mencioné a Serpiente Negra que sus hermanos se fueron sin pagar y él fue a su alcance, no volví a verlo esa noche, al día siguiente, los hombres estaban moribundos y decían aquello. Y hay quienes dicen que luego de que él entrara al callejón se escucharon los gritos.

—¿Está diciendo que él se convirtió en la serpiente y mató a esos hombres? —preguntó alterada.

—Serpiente Negra es de quien más se sospecha —dijo el hombre—, hace poco más de un año empezó a hablarse de una serpiente blanca que se ve a veces… siempre que se ha visto, alguien encuentra ropas nobles abandonadas, muchas veces arruinadas.

—¿Por qué sería el principal sospechoso?

—Cría serpientes, dicen que tiene un sótano lleno de ellas en su casa —dijo el hombre—, hará brujería con ellas.

—¡Eso no es posible! —gritó incrédula, asustada y enojada. Sus hermanas pagaron al hombre y la sacaron de allí.

—No soy la esposa de un asesino —sentenció.

—¿Y si lo fueras qué? Habría que ver qué pasó.

—Así es, lo curioso es que sea un hechicero o algo así —se excitó Marcela—, ¿te parece que lo sea?

—No… él es normal.

Aparte de frío y solitario, se dijo, era totalmente normal a sus ojos. Isobel ignoró la extraña metamorfosis de sus ojos. No obstante, sus hermanas propusieron ir a ver su sótano, Isobel ya le había pedido a su tío ayuda para reparar la casa y esperando que, además le dieran ideas, aceptó llevarlas. No le costaba creer que en efecto era un pirata, eso había dicho Donald a María y confirmado Jamie a Marcela, pero no podía aceptar que fuera un simple asesino o que fuera un brujo, un monstruo o algo parecido porque era su esposo y sus hijos lo tendrían por padre.

—¿Aquí vives? —preguntó su hermana menor casi asqueada.

—Hemos estado en posadas peores —le recordó María—, es bastante para un tercer hijo desheredado y sin educación.

—Bueno, al menos le dieron una casa vieja.

—Creo que la ganó en una apuesta —dijo María—, no le he sacado mucha información a Donald, pero mencionó algo de la casa en nuestra primera noche.

Negándose a ir al sótano conversó con sus hermanas sobre las reparaciones y fue haciendo apuntes. Entonces, cuando ya no hubo más que observar, buscaron el sótano y bajaron a él.

En efecto había muchas serpientes de distintos tamaños y aspectos en aquel lugar, y una de las criaturas a las que Isobel más temía era justo a aquellas. Cuando volvieron arriba se dispuso a organizar sus maletas para abandonar aquel lugar. Pero sus hermanas la tranquilizaron recordándole la existencia de las jaulas y que si se quejaba su esposo lo sabría.

Luego se fueron y la dejaron allí sola con las serpientes. Se dedicó a leer y a bordar, pero allí estaban las serpientes. Se quedó dormida. No soñó con aquel extraño lugar, sino que soñó con Devon. En su pesadilla llegaba a violarla, Michael no la salvaba.

Sintió el abrazo y abrió los ojos en la oscuridad. Se asustó, pero el beso en la frente y aquel arrullo adulto, consiguieron tranquilizarla. Lo besó queriendo olvidar su pesadilla, profundizó sus besos, él hizo poco, la dejó ir a su ritmo, saber que ella decidía, que se daba porque ella quería. Se entregó al placer, a su cuidado. Deseaba a Michael, lo sabía desde que volvió a verlo, pero no había esperado que fuera un amante tierno, pensaba que sería duro, casi salvaje, y no dudaba que

pudiera serlo, pero demostraba ser capaz de mucho más. A diferencia de la primera vez, sí fue como soñaba y, además, no le pareció ver distintos sus ojos o sentir distinta su piel y su lengua.

Se durmió abrazada a él y no dijo nada de las serpientes.

Soñó, estaba en aquel lugar cálido, abría los ojos, lo que veía era borroso y amorfo, pero podía reconocer a la dueña de la voz dulce y cálida. Permanecía allí mucho rato, comía, dormía, no tenía miedo con ella. Las formas se hacían más difusas, oscurecía y le llevaban a otro sitio, muchas luces, muchas formas, mucho movimiento, muchas voces. Luego nada, solo miedo, solo oscuridad y frío. Hambre. Mucha hambre.

El hambre se iba, de nuevo esa voz, de nuevo ese lugar cálido. De nuevo oscuridad, de nuevo frío, de nuevo hambre. De nuevo ella, de nuevo su voz, de nuevo el calor, otra vez el alimento. Cuando las formas cambiaban, las luces se iban, sentía miedo, tenía sueño, pero daba miedo dormir, ella se iría.

Isobel experimentó la angustia de cada atardecer. Ella tenía rostro. Ella era la madre de Michael. El hombre de la voz dura era su padre. Sonidos tiernos, besos, caricias. Para los otros. Para él solo los brazos, el pecho, el alimento. No tenía los ojos claros, pero se sentía como el cielo.

A Isobel no le gustaba cómo se sentía el sueño, suponía que sentía como Michael, era raro aquello, no había nombre para aquellos sentimientos, no había pensamiento, pero era claro que sentía miedo, miedo a quedarse solo en la oscuridad.

Él agarraba su dedo con su manito, pero ella lo zafaba, a veces dolía, tocaba sus cabellos y era igual, a veces las hebras cortaban su mano. De día solo veía la parte de arriba de la cama, ella estaba lejos, pero estaba ahí, cuando había hambre, sed, sueño, ella volvía.

De nuevo aquel lugar oscuro. Ella llegaba con la luz, los brazos, la comida, su calor. Pero se iba, seguía allí solito, aunque había luz. No entendía. De nuevo igual, solo allí, no había más voces, no estaba su voz, solo la cuna. Hambre, sed, sueño, ella no iba. Hambre, sed, sueño, miedo, incomodidad. Cuando ella volvía no tenía sueño, se iría. Dolor, hambre, sed, sueño, miedo, incomodidad. Voces. Rostros de niños. Dolor.

Más dolor, miedo. Muchas voces, el mundo al revés. Los niños corriendo. Dolor, frío, hambre, sed, miedo. Ella, sus brazos, su calor, su mano rodeando su cuello como cuando agarraba su cabeza cuando se caía, sus manos apretando su cuello. Dolor. Miedo. Todo da miedo. Hambre, sed, sueño, miedo, incomodidad, silencio. Cansancio. Ella nunca volverá.

El niño solo sabía que aquello era incómodo, pero era comida. Isobel vio el cuerno convertido en tetero, vio que ponían al niño en el suelo y lo dejaban solo. Isobel sentía lo que él sentía. Lo mismo. Un infantil, tenaz, e innombrable sentimiento de soledad. Tristeza. Y lo vio quedarse en el suelo sin moverse como otros bebés de su edad hacían, solo allí panza al suelo como lo dejaron. Una y otra vez igual. Lo vio dejar de comer, dejar de llorar. Entonces ya no lo dejaban en el suelo de la habitación, sino que lo dejaban en el suelo del jardín lejos de los niños, lejos de ella. En una jaula de cristal. Vio al niño gatear hacia las voces y golpearse con el cristal. Lo vio tomar la posición erguida, dar sus pasos sin que nadie mirara. Vio caer la piedra desde la casa rompiendo el cristal. Vio los vidrios que hirieron los bracitos, las piernas y la espalda del niño que se había hecho un ovillo.

Sintió el dolor y el miedo. Él solo sentía dolor y miedo. Era demasiado pequeño para sentir eso, Isobel quiso cargarlo, calmarlo, pero sentía su dolor y veía más no estaba allí realmente.

Vio a James acercarse y cortarse con un vidrio. Isobel se tranquilizó al ver a la madre de ambos levantarse, pero ella se concentró en la pequeña herida de la mano de James mientras Michael temblaba y agonizaba de dolor ¿por qué lo dejaban sentir tanto dolor? ¿Por qué no lo cuidaban?

Vio a un sirviente golpear la cabeza de Michael hasta dejarlo inconsciente, vio la sangre manar de su cabeza, los gritos de sus hermanos y la pasividad de su madre. Sus sueños fueron de miedo. Sintió a su despertar el dolor, la soledad. Cuando lo sacaron, tenía miedo a estar de nuevo en la jaula, pero era libre, aunque no libre de acercarse. Lo vio balbucear, lo vio reír como el niño que era a pesar de la distancia inexplicable y lo vio llorar. Sintió su soledad. El abandono. El rechazo de todos. Y lo vio hablar. Dijo las sílabas dichas siempre por los niños pequeños, pero no hubo madre que respondiera a esos sonidos. Isobel vio a su padre tomando a Michael en sus brazos, lo vio jugar con él llevándolo en su espalda, y enseñarle palabras. Sintió la alegría de Michael y su persistente miedo. Sintió su dolor, su confusión, cuando el padre de Isobel se fue.

Sintió la alegría de Michael cuando la sirvienta respondió sus sonidos, el miedo de que se fuera. La soledad siempre que lo dejaba, la dureza de sus respuestas y el gran cariño que él sentía. Lo vio intentar una y mil veces acercarse a sus hermanos o a su madre y ser rechazado siempre. Lo vio llorar y confundirse sin ser capaz de articular las preguntas. Vio a la sirvienta ponerle ropas de William, a él lastimarse y a su madre consolándolo, también vio a su madre apartándolo. Sintió el dolor físico y el profundo dolor emocional de Michael. Y la vio aparecer a ella. Lo vio observarla. La vio jugando con todos, también con él. Y sintió la alegría de él al conocerla, porque jugara con él. Sintió su comprensión al querer jugar con otras niñas y su dolor al verla perseguir a William.

Lo vio observando de nuevo en la distancia sin comprender por qué las diferencias. Lo vio comprender que no lo querían. Sintió su angustia y su dolor. Lo vio abrazarse a la doncella que se ocupaba de él y murmurar que ella estaría siempre con él, la vio decir que se iría a otra casa porque se casaría en otro pueblo y aclarar que no quería a un monstruo como él. Y vio sus sueños. Lo vio soñar con ella. Lo vio debatirse durante días y sintió su esperanza mientras escogía las mejores flores y practicaba la forma de decir lo que sentía. Su infantil sentencia de que si una sola persona lo quería valía la pena su existencia.

Y sintió el terrible dolor de su rechazo. Él realmente la quería. Sintió la soledad, la desesperanza y el miedo mientras la vio irse y la esperaba. Le pareció sentir que lo rompía cuando dijo que jamás lo querría. Sintió la rabia, el dolor, el abandono, la desesperanza. Lo vio llorar. Vio a su hermana verlo llorar. Y lo vio correr en la madrugada. Lo vio tirarse al agua queriendo morir. Sintió el odio. Su odio a su padre, a su madre, a sus hermanos, a la sirvienta, y a ella, su última esperanza.

Isobel se despertó llorando.

Todo solo podía ser un sueño, no era posible todo aquello, no era posible conocer el pasado de otra persona por los sueños. Sin embargo, lo abrazó y esperó que no fuera cierto. Ella no lo quería, aquello lo había dicho en serio. Pero tampoco quería ser odiada como había sentido que la odiaba. Y no quería haberlo lastimado como su sueño indicaba.

En la mañana era William, el verdadero William, quien estaba allí con ella, aunque con barba y al principio pensó que era Michael. Siguió investigando, preguntó a otras personas en aquella casa de apuestas y todos coincidían al decir que el asesino probablemente era Serpiente Negra. Cuidó su herida hasta que estuvo sanada. Se divirtió con William y lo sedujo en las mañanas, hizo el amor con Michael por las noches y tuvo sueños y más sueños en los que la odiaba. No se atrevió a preguntar durante días, pero lo preguntó a William una tarde mientras jugaban a las damas.

—¿Por qué tu hermano no fue a Eton ni a la universidad? —preguntó.

—¿A qué viene ese interés por Michael?

—Me preguntaba… ¿por qué nadie le guarda luto? ¿Por qué nadie está triste por su muerte?

—Porque no vale la pena guardar luto o estar triste —contestó él—, y él ya no es de la familia, padre lo borró del registro familiar.

—Pero ¿por qué?

—¿De repente te enamoraste de Michael y le quieres guardar luto?

—¿Qué? —preguntó confundida—, jamás, sabes que siempre me has gustado tú… solo siento curiosidad. Es un noble que acabó convertido en pirata, sin educación y convirtiéndose en un cazafortunas con muchos enemigos.

—Solo era un bastardo incapaz de algo bueno —sentenció William—, no estaba hecho para una buena posición en la sociedad, ni para amar ni para nada de eso.

—¿Por qué lo desheredó tu padre?

—Porque quiso matarme para reemplazarme.

—¿Por lo que sucedió esa vez? —preguntó refiriéndose a la vez que salvó a William de Michael, se había sentido sumamente fuerte y valiente por tal acción.

—No, me apuñaló tiempo después y padre lo desheredó y lo echó.

—Pero hay cierta reconciliación ¿cierto? Parece que ustedes hablaban.

—No supimos de él por años, escribió cartas, pero mi padre las desechaba sin leerlas, y, me resultó conveniente el parecido.

—¿Por qué?

—Michael podía reemplazarme cuando tenía que hacer algo desagradable, le daba dinero a cambio.

Isobel no preguntó nada más, se concentró en el juego y disfrutó contándole anécdotas de juego y algunos chistes. Después cocinó con él, era un cocinero bastante aceptable. Cenaron y se rieron con más historias. Michael era un buen amante, pero no había más en él, no más que seriedad. William era divertido, un seductor completo, todo lo que a ella le gustaba de un hombre.

Él preparó el baño y la alentó a entrar, a esa hora ya estaba confundida, pero se desnudó y entró al agua. Cuando él entró al agua aun con la camisa puesta, sus alertas se encendieron porque su plan no era cometer adulterio, al menos no en ese momento, si tenía un hijo quería saber con seguridad quién era el padre. Se bañó rápido dejándolo solo en el agua y visiblemente frustrado. Hasta se le ocurrió vestirse para el teatro porque era el plan de su familia esa noche y Michael lo había rechazado días antes.

—*Pareces nerviosa, cariño, ¿qué sucede?* —le preguntó él, había notado que William no pronunciaba bien el castellano, que solo era capaz de comunicaciones básicas, en cambio Michael pronunciaba a un nivel casi nativo, con fluidez y muy buena entonación.

—*No sé, por un momento pensé que no estaba con mi esposo, sino, no sé, con tu hermano muerto* —dijo esperando que él acabara con ese juego, era quizás la segunda vez que se sentía tan confundida al respecto. Días antes había sido al revés, estaba serio, algo frío y pensando que era Michael lo abrazó por la espalda y empezó a desnudarlo, pero él la apartó excusándose y ella logró ver que no había lunar.

Él le sonrió apartando las toallas de los dos, la tomó por la cintura y la besó.

—*¿Por qué se te ocurrió eso?* —fue su pregunta.

—*Pareciste frío como él por un momento* —mintió porque en todo ese tiempo no se le había ocurrido que pudiera tratarse de Michael, pero allí estaban el lunar y la cicatriz reciente.

Él dejó de hablar castellano y volvió a besarla. Isobel dudaba que pudiera sentir esa plenitud en otros brazos. Pero tendría que hacerlo porque Michael la odiaba y ella no lo quería.

Su asombro por la forma en que su marido podía tocarla en tantos lugares al mismo tiempo se vio interrumpida al darse cuenta de lo que él había dicho de sí mismo. Quiso abrazarlo, quiso decirle que nada de eso era cierto, pero se preguntó si solo había dado voz al pensamiento de sus

familiares o era eso lo que él realmente era.

—*Te quiero, William* —le dijo, pero no, ella no lo quería a él, aquello solo era producto de la pasión.

Quizás debía haber dicho su nombre, los ojos eran distintos otra vez, no porque parecieran reptilianos sino porque se veían tristes. Pero, aunque sus sueños no fueran reales suponía que ciertamente la odiaba ¿cómo podía quererla? Él se acostó a su lado luego, dándole la espalda.

Isobel se durmió.

Estaba en la casa de Michael, lo sentía temblar, tenía mucho miedo, en realidad no quería que William muriera, quería devolver el tiempo y no lastimarlo. Sus recuerdos eran confusos. Recordaba haber soltado la daga al mirar a su hermano a los ojos, luego él lo atacaba y Michael se defendía. Eso recordaba, así como las palabras de su hermano. Isobel vio a William observar el ajetreo, toda la gente que gritaba, lloraba, daba órdenes, cómo lo empujaban y le dedicaban miradas de desprecio. Lo vio esperar sin sentarse, sin soltar la daga y ocuparse del ardor en su mano, a que dijeran que su hermano estaba a salvo. Lo vio tocar las ropas de su padre preguntando cómo estaba su hermano.

Sintió el terror del niño cuando su padre lo miró y lo echó de casa. La certeza de que no era cierto y la dolorosa confirmación de que no recibiría, otra vez, el mismo trato que sus hermanos. Lo vio preguntar mientras era arrastrado, sin que nadie respondiera siquiera "¿por qué no me quieren?", lo vio hecho un ovillo en el carruaje, diciéndose que solo le daban un susto. Lo vio solo en el bosque, solo con la serpiente. ¿Por qué tanto dolor para un solo niño? Si eso era cierto, Michael no había tenido más que dolor desde el día de su nacimiento.

Cuando se despertó quiso abrazarlo, pero no estaba a su lado, sino que estaba sentado en la mesita del desayuno.

—¿Cómo fue cuando te echaron de casa? —le preguntó.

—¿Cómo sabes? —preguntó él—. ¿Lo mencionó Teodora?

Asintió confundida, porque era algo del dominio público.

—Cuando me recuperé luego de que mi hermano me apuñalará, pregunté por él a mis padres, recordaba haberlo golpeado muy fuerte y estaba preocupado. Les dije que matarlo me parecía la mejor opción, ya que era una incomodidad para todos en casa… pero me arrepentía, de todas formas, es mi hermano —así que de nuevo era William, a Isobel empezaba a molestarle aquello—, cuando les dije que tomé la daga cuando él la soltó y traté de degollarlo, mis hermanos dijeron que mi padre debía ser justo, él no quería a Michael de vuelta así que prefirió echarme también.

—Pero a ti no te borraron del registro familiar.

—No, y solo estuve dos meses fuera de casa, con dinero para hospedarme en algún lugar, padre me encontró y me llevó de vuelta a casa.

—Ah, y a Michael no lo encontró.

—Nunca lo buscó, Margaret de hecho piensa que padre pudo haber enviado a los asesinos que atacaron a Michael.

—¡Eso no es ser un padre!

—No sé… para mí no pudo ser mejor padre, Margaret piensa que quizás alguien violó a nuestra madre y por eso ellos son así con él.

—¡Ni siquiera así! —gritó—. ¡Él no se merecía eso!

¿Por qué sentía que quería llorar?

—¿No quieres verlos? —preguntó—. Pensé en llevarte a verlos hoy, Teodora insiste hace varios días.

—¿Por qué no? Solo tenía curiosidad y me pareció injusto.
—Una razón debe tener porque mis padres no son malas personas —justificó él.
Isobel no dijo nada, desayunó y se preparó para la visita.



Capítulo V

Mayo de 1795

—¿Y bien? —preguntó Michael a Jamie cuando abandonó la casa de su antigua querida, había entrado en ella mientras la mujer no estaba porque desde que la dejase lo odiaba.

—Allí no hay mapa —dijo—, a menos que lo lleve entre los senos como acostumbra, no creo que se encuentre aquí.

—Revisa entonces —sentenció Donald

—¿Cuándo se irán tú y mi prima?

—Mañana a primera hora.

Según Michael sabía, Donald y María irían a las *Tierras Altas* para ayudarla con su investigación y allí Donald también buscaría el mapa si tenía suerte. Michael sabía que por las noches Isobel se aburría porque estaba acostumbrada a una agitada vida social, pero a causa del escándalo estaba tratando de jugar un perfil bajo mientras continuaba la presentación en sociedad de su hermana.

—¿Por qué no vienen tú e Isobel? —le preguntó Donald.

—Tendría que pasar todo el día conmigo, acabaría por descubrirlo —murmuró

—Creo que ya deberías decirle —murmuró Jamie—, casi será un mes ¿cuánto más se lo ocultarás?

—No quiero quedarme viudo y todavía pobre —contestó de mala gana.

—Ciertamente parece muy feliz cuando está con William —apuntó Donald—, la verdad no sé en qué pensaba lord Fitz.

—Quizá temía que William le pegara alguna enfermedad —se burló Jamie—, una marquesa muriendo de sífilis no sería algo muy digno.

—Bueno, cualquiera de nosotros podría padecerlo.

—El asunto no es ese, Donald, debes decirle, Michael, al menos para que tenga cuidado.

—No quiero que se suicide —casi gritó—, es lo que hará cuando se entere.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Jamie—. No eres el anciano decrépito al que temía.

—Pero es él —dijo Donald—, de los tres, el más incapacitado para amar a cualquiera.

Michael no dijo nada, lo que decía Donald era cierto.

—Y con ese montón de serpientes —corroboró Jamie—, dicen que tú eres ese asesino ¿lo eres? ¿Te conviertes en serpiente?

—Si me dice que lo es no lo dudo.

—A fin de que sus padres y la servidumbre lo llaman monstruo, quizás el rumor tiene sentido.

Michael quiso golpearlos, pero prefirió alejarse, los dejó hablando solos y fue hacia la cantina a tomar un trago. Aunque lo vieran los prestamistas.

¿No había un día en que su maldito pasado no lo persiguiera? No había matado a nadie, al menos no sin razón ¿por qué vivía como un paria desde siempre? Quería sentir amor, alegría, felicidad y esperanza. ¿No podía hacer eso? ¿No podía disfrutar de una broma? Jamie y Donald hablaban de la posibilidad de pedir ayuda a sus padres, al menos para saldar sus deudas. Eran jóvenes, a los veinticinco años los padres todavía colaboraban en ese tipo de situaciones. Michael solo escuchaba en silencio. Su única opción en ese momento era el dinero de su esposa, su esposa

que cada día lo enamoraba más.

Estuvo en la taberna casi hasta el amanecer. Cuando regresó a casa, Isobel seguía despierta.

—¡Juré que nunca sería una mujer que espera a su marido toda la noche! —le gritó todavía con la camisa y el corsé puestos, tenía el cabello suelto cayendo sobre sus hombros y parecía cansada.

—No debías esperarme ¿te dije que me esperaras? —le preguntó yendo a la cama.

—¡Estaba preocupada! —le gritó—. No me vuelvas a hacer esto ¿entiendes? Podía haberme pasado algo aquí sola.

Michael se acostó con medio cuerpo en el suelo.

—¡Já! Qué idiota, pensé que te preocupabas por mí —dijo mirando al techo, su cama no tenía dosel ni había tenido para arreglarla, solo tenía dos de los palos que lo sostendrían—, todo lo que importa eres tú ¿cierto?

—A ti debería preocuparte mi bienestar, sin mí no hay herencia que puedas manejar —espetó ella quitándole las botas. Michael la echó a un lado.

—¿Y de qué me servirá? —preguntó—. Seguiré siendo el monstruo, el bastardo. La gente seguirá mirándome igual a donde vaya, seguiré sin encajar entre los nobles y entre la plebe, y tú … te irás ¿verdad? No piensas quedarte conmigo.

—¡Claro que no me quedaré con un idiota que regresa borracho en las madrugadas!

—¡Ahora dicen que soy un asesino! —se lamentó—. ¡No soy un maldito asesino a sueldo! ¿Por qué no te vas ahora? Ya deberías estar embarazada… déjame solo.

—¿He hecho algo para que te enojes conmigo? —le preguntó ella volviendo a intentar sacarle las botas.

—No, eres una magnífica esposa —espetó, «la magnífica esposa de otro hombre».

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ella angustiada—. ¿Qué más hace una esposa? Soy… ¡soy una marquesa! ¿Quieres que limpie la casa con mis propias manos? ¡Soy inútil para esas cosas!

Lo empujó en la cama y siguió quejándose mientras lo golpeaba con su propia bota en la espalda. Decía que se entregaba cuando él quería, que incluso había cocinado, que procuraba que una doncella limpiara al menos una vez a la semana, que había cuidado su herida.

Quizás no lo supiera a ciencia cierta, pero en el fondo ya lo habría notado, su esposo no era el que ella amaba. A William jamás osaría hacerle aquello. Michael la apartó de un empujón y, al menos esa era su intención, le dedicó su peor mirada. Ella gritó horrorizada y a él poco le importó. Tenía varios días sin emborracharse, hacerlo ocasionalmente lo mantenía cuerdo, al menos eso creía él, quizá no, quizá por eso lo habían dejado todas sus amantes. No duraban más de dos o tres meses. Ninguna había mentido diciendo que lo amaba.

Michael recordó a lady Jane Ginsor, la razón por la que no volvió al mar. Sintió su pecho oprimirse por el recuerdo. La conoció en el carnaval de Venecia, había esperado bailar con Isobel, pero no lo consiguió, perdió el interés pronto ante aquella viuda belleza. Se acercó al escuchar que era viuda y no quiso apartarse al conocerla. Con el antifaz parecía joven, pero era veintitrés años mayor que él y toda una beldad. Era dos años mayor que su propia madre, pero era bellísima, tenía dos hijos ya adultos y por tanto el cuerpo de una madre, no un cuerpo joven, casi adolescente como el de su esposa sino maduro, de senos flácidos y algunas arrugas en el rostro. Pero trató a Michael con consideración, no lo hizo sentir un prostituto, no habló de amores, pero tampoco dio regalos o bolsas de oro, tampoco lo ocultó, orgullosa se aferró a su brazo y lo llevó a su casa. Michael se enamoró, pero no se ilusionó, no olvidó que quería la riqueza y que no era nadie, no creyó en las miradas y palabras dulces de ella. Tampoco se ilusionó cuando le dijo que sería padre. A los días de la noticia a Jane la visitó una antigua conocida que la desdichada casualidad hizo que

fuera su madre. Michael dejó partir a *La Sirena* por ver nacer a su hijo. Entonces un hombre llegó a la casa de ella y Michael en silencio contempló confundido la celebración de la boda, con su hijo mostrándose al mundo bajo el traje imperio. Ella le pidió que se fuera y como nunca le ofreció unas monedas. Michael no esperaba nada, pero la decepción fue grande. Lo sacaron a la fuerza, luego de molerlo a golpes, como cuando era niño ante la silenciosa mirada de su madre. Luego supo que ella abortó al niño y casi murió por la infección, lo abortó a voluntad, y Michael estuvo a punto de poner serpientes en su cama.

—¿Quién es Jane? —gritó su esposa aun en el suelo. Michael rodó su cabeza indiferente.

—Mi amor —dijo recordándola, recordando el calor que se sentía entre sus brazos, con el rostro hundido entre sus flácidos pechos. Michael se lo dijo una vez, lo recordaba, le dijo que la amaba y ella no contestó más que sonriendo. Era una mujer que sabía qué era él, que disfrutaba mañanas, tardes y noches junto a él. Una mujer que le hizo olvidar, por momentos, su pasado y su destino—, no esperaba que se quedara conmigo, no esperaba que se casara conmigo… solo pensé que duraría un poco más.

—¿Una de tus amantes?

—Ella es La Amante —recordó—, él ideal de amante, lo especial en ti es tu juventud, tu hermoso cuerpo virginal y la lujuria entre tú y yo. Pero Jane… ella es la amante, ella sabe cómo complacer a un hombre, tú eres pura palabrería.

—¡Entonces vete con ella, que ella te dé su fortuna, su cuerpo y tiempo y todo! —gritó Isobel poniéndose de pie.

—¡Ya lo intenté, pero huye de mí como de la peste!

Ahora lo miraba como si tuviera miedo, igual que las demás. Michael se quitó la otra bota y la tiró muy cerca de Isobel como si fuera un perro para que se largara.

Isobel abandonó la habitación y a él le pareció que lloraba, se quitó los pantalones y recordó a Jane hasta que se durmió.

Cuando su esposo se durmió, todavía llorando, Isobel terminó de desnudarlo. Y lo limpio superficialmente. También lo acomodó en la cama e intentó dormir. No entendía por qué lloraba, por qué le molestaba escucharlo hablar así de otra mujer. Sus ojos estaban llenos de dolor al recordarla. A Isobel poco le importaba haber visto sus pupilas estrechas y su piel escamosa por un momento. Dolían sus ojos tristes pensando en esa mujer.

Era un matrimonio de conveniencia, a fin de cuentas, sus corazones no eran el uno del otro, aunque el corazón de Isobel no pertenecía a nadie. William le encantaba, pero su corazón no era suyo.

Los padres de Michael la habían tratado tan bien como cuando era niña, no preguntaron por nietos ni por su hijo, nada que los suegros podrían preguntar a su nuera. Tampoco habían hablado del pasado. Teodora le mostró su residencia londinense, había un cuadro familiar en la habitación de la baronesa, pero en ese cuadro no estaba Michael.

—¿Por qué no está mi esposo? —preguntó, aún vivía con sus padres en ese momento.

—¿Tu esposo? — preguntó Teodora.

— Sé que Michael es mi esposo. Estoy esperando a que me lo diga ¿por qué no está en el retrato?

—Supongo que estaría enfermo.

No preguntó más, quería saber por qué eran así con él, pero no se sentía capaz de preguntar. Y ahora qué importaba entenderlo, él quería a otra persona, no solo la odiaba, sino que quería a otra

persona.

Isobel volvió a soñar. Las tierras del barón de Monroy, el padre de Michael, el hermoso niño de seis años, con un par de espacios vacíos entre los dientes, se volaba la cerca como habían hecho sus hermanos mayores y los perseguía alejándose de la casa. Pero se detenía al ver que iban a jugar con los niños que se burlaban de él a la salida de la iglesia.

—Ven a jugar, Michael —le gritaba su hermano mayor.

—¿De verdad puedo jugar? —preguntaba él ilusionado al niño de casi diez años que le sonreía y se parecía a él. James lo llamaba con la mano y Michael corría feliz, aunque le había dicho su otra mami, así llamaba para sí mismo a la sirvienta, que no podía correr mucho porque le habían sacado dos dientes. Pero no todos los días los niños querían jugar con él.

Michael se aferraba a la camisa de su hermano y se escondía de los otros. La gallina ciega, dijeron, y él pensó que podía ser muy divertido; se dejó vendar los ojos y que le dieran vueltas, estaba tan feliz. Los otros niños estaban jugando con él, Isobel lloró en el sueño porque él parecía feliz. Los perseguía y reía, qué bonita risa, cuanta ilusión en ella.

Y se caía, pero se disponía a levantarse con la misma energía cuando sentía la patada en sus costillas.

—¿De verdad funciona? —preguntaba un niño.

—Sí, seguro —dijo James.

Confundido y llorando a oscuras, Michael intentaba levantarse. Lo pateaban una y otra vez. Una y otra vez. Ya no le gustaba el juego. Las botas eran duras. Él llamaba a su hermano, pero entre aquellas risas y voces que lo llamaban monstruo estaban las de sus hermanos. Michael lograba levantarse y se tambaleaba lejos de allí. Volvía a cruzar la cerca y se lastimaba esta vez. Regresaba a la casa llamando a su madre, acusando a sus hermanos. Su boca sangraba, y le dolía la barriga y el pecho.

Su madre estaba bordando con Teodora mientras sus hermanas pequeñas gateaban.

—James, William y los otros niños me patearon y me dijeron monstruo —chilló.

—Bueno, al menos no te pusieron en una hoguera —contestó ella.

—¡Yo no soy un monstruo!

—¿Entonces qué eres?

—¡Me duele mucho!

—¿Y quieres que mamá te cure y los castigue?

—¡Sí! Fueron malos conmigo, debes castigarlos.

Su madre solo reía y hablaba para decirle a su hermana de poco más de un año que no se acercara a él. Enojado y triste, cuando Madeleine se acercó, Michael la pateó con sus pies descalzos. Michael sintió los golpes de su madre, pero qué importaban otros cuantos, no había forma de que pudiera doler más.

Al despertar y mirar a su alrededor en la humilde habitación, Isobel se dio cuenta de que el desayuno estaba listo, pensó que nuevamente se encontraría a William. Pero cuando el hombre apareció estaba sin camisa y era Michael.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

—Estoy bien.

—¿Te lastimé ayer? —quiso saber.

—Sí me lastimaste —contestó molesta aún en la cama—, ¿tan fea soy que debes hacer eso pensando en otra mujer?

—¿Eso?

—Estabas pensando en otra mujer y te hiciste eso a ti mismo.

—¿Otra mujer? —preguntó él confundido—. ¿Eso? ¿Por qué nunca llamas las cosas por su nombre? y ¿por qué haría eso en tierra firme teniendo una esposa?

—Ah, no sé, por eso te pregunto si soy tan fea, aunque no creo que pudieras seguir vivo de haberme tocado llamando a esa tal Jane.

—No veo muy posible pensar que eres Jane —dijo él—, todo es muy delgado y firme en ti para parecerse a Jane.

—¡Deja de nombrarla! —le gritó.

—¿Estás celosa?

—¿Cómo no voy a estar celosa? Mi esposo está triste pensando en otra mujer y además hace eso tan feo pensando que se acuesta con ella —gritó otra vez y se le escaparon un par de lágrimas ¿por qué demonios se le escapaban lágrimas?

—No creo que estes celosa, te reirás de tu ridiculez después.

¿Cuándo le diría la verdad? ¿Cuándo pensaba dejar ese juego? ¿Realmente estaba celosa por culpa de Michael?

—Estoy celosa y seguiría celosa, aunque me dijeras que eres Michael —dijo de nuevo tratando de alentarlo.

—Claro —fue todo lo que él dijo antes de empezar a desayunar, ella se levantó e hizo lo propio, no podía creer que hubiera dormido con el corsé, le dolía todo. Ese día tal vez se vestiría al modo del nuevo régimen.

Desayunó en silencio, queriendo preguntar tantas cosas, pero guardándoselas.

—¿No soy suficiente para tu satisfacción? —preguntó, su desayuno allí no era el tradicional desayuno inglés, no había tantas cosas, le parecía que su marido no quería depender tanto de ella porque carecían de muchos recursos—, ayer dijiste…

—No me he sentido bien estos días —confesó él—, supongo que desde que me apuñalaron.

—¿Estás triste? —preguntó buscando su mano—. ¿La querías mucho?

—Aunque no esperaba nada la quería mucho, sí —contestó él.

—¿Puede el amor no esperar nada?

—No basta ser correspondido —fue su respuesta, mientras procedía a ayudarla a quitarse el corsé y volvieron a la cama. Isobel lo abrazó dispuesta a recuperar el sueño entre sus brazos.

—Si vuelves a venir en un estado similar o a hacer algo como eso, te vas a arrepentir.

—Serás muy marquesa, querida, pero el marido soy yo, haré lo que quiera.

—No, no harás todo lo que tú quieras —sentenció molesta—, recuerda que los dos necesitamos tener un bebé y no puedes forzarme.

—Claro —pareció burlarse él.

Ella quería saber más de aquella mujer, pero no se atrevió a preguntar. Cuando volvió a despertar, luego de bañarse y vestirse lo encontró en la destartalada biblioteca sentado al escritorio. Se acomodó en la mesa y se dispuso a conversar, pero también a seducirlo con el fin de demostrarle que no era solo palabrería. Se asombró por lo pronto que parecía recuperado de su ebriedad, pero poco le importó.

Le pidió que le contara historias y él lo hizo, ella también relató algunos cuentos de su tierra. Luego se sentó en sus piernas y lo besó. A pesar de extrañar a otra mujer, pronto los dos estuvieron en ropa interior. Isobel ansiaba la unión luego de las caricias, pero gustaba de sentir su piel así que le quitó la camisa. Él la besó de nuevo.

Solo pudo gritar al notar la diferencia. Lo pateó varias veces.

—¿Él quiere esto? ¿Quiere que te acuestes con su esposa?

—Ya lo sabes —murmuró William calmado, desnudo y frustrado—, pero soy yo a quien quieres Isobel ¿no es así?

—¡Soy la esposa de tu hermano, mis sentimientos no importan!

—Lo sabes hace tiempo, Isobel, has intentado seducirme muchas veces.

—¡Pero no voy a cometer adulterio viviendo con él! —se defendió—. No soy tan inmoral —chilló.

—¿Por qué lloras ahora?

—¡No vuelvas a hacer esto! —gritó—, si vuelves a intercambiar con él los castraré a ambos —amenazó.

—¿Te has enamorado de él?

—¡No sé! ¡Varias veces no he sabido si estoy contigo o con él! —se lamentó—. A veces sus comportamientos se parecen.

—¿Estás segura de que no quieres esto? —preguntó él.

—¡Eres igual que Devon! —gritó—. Si engañas a una mujer también la estás violando.

—Supongo que tienes razón —contestó él—, pero como buena esposa deberías hacer lo necesario por el bien de tu esposo, si dejamos de fingir ser uno solo seguro que los prestamistas y los piratas, todos los que quieren matarlo, volverán a intentarlo.

—¡Finjan ante el mundo, no ante mí! —se quejó—. Lo vuelves a hacer y te arrepentirás —amenazó, se vistió a medias y volvió a su habitación, cuando él se fue se preparó el baño.

No pudo más que llorar en la tina, pensaba que estaba divirtiéndose con su esposo, pero Michael no quería compartir algo distinto al sexo con ella y William también quería aquello. Quizás la matrona italiana que les dijo que su comportamiento inusual las afectaría realmente algún día tenía razón, querían ser amadas, al menos ella lo quería, pero los hombres veían amantes, queridas, más no a la clase de mujeres que inspiran la poesía y por las que podían ir a la tumba.

No eran Helenas de Troya, ni Cleopatras, pero tampoco Beatriz, Julieta, Penélope; presumían ser Evas, pero tampoco eran Marías ¿qué había auténticamente digno de ser amado en ellas? ¿Qué eran bajo la lujuria ignorante o la curiosidad excesiva de los últimos años? Le costaba asumir la forma en que amaban, admiraban y respetaban al otro sexo, pero les costaba amar a los individuos. Lo que leían, lo que decía la gente menos práctica, era que el amor duraba toda la vida, que era como un huracán devastador capaz de dejar al más duro guerrero sin defensa. Que podía acompañarse de aquel gusto, aquella atracción apremiante y desgarradora que las había embargado tantas veces, pero que iba más allá porque era ambicioso. La pasión, según lo aprendido, deseaba el cuerpo, el amor aspiraba al alma y por eso a lo eterno. El amor, le habían dicho, no respetaba normas sociales y religiosas, por eso para la felicidad el amor no bastaba, pero no parecía haber felicidad sin amor.

El amor también, decían, era entrega, sacrificio, dolor. Era la tierra arada, la semilla, el agua, la lluvia, el fruto. Era también la tierra de cultivo, las redes echadas al agua a la espera de peces. El pico que se hundía en tierra buscando el oro. La aguja con el hilo que atravesaba la tela, que agujereándola cambiaba su diseño y creaba algo distinto, el telar en que se unían todos los hilos. Era el libro sin terminar, siempre distinto y, sin embargo, siempre igual.

Pero ¿ella podía sentirlo?

—¿Estás enferma? —preguntó uno de ellos dos cuando apareció, las continas estaban corridas, era ya el atardecer, lo sabía; pero poco le importaba, se sentía tan sucia e indigna como la noche en

que Devon la tocó, y, cosa que no pensaba decir a nadie, su cuerpo respondió. Le había costado notarlo, pero en los brazos de Michael, en medio del miedo y el frío, lo hizo.

Desde antes de casarse sabía cómo se sentía el cuerpo cuando anhelaba la unión con un hombre, lo había experimentado muchas veces, solo que nunca hizo caso a sus deseos como ahora que tenía un marido propio. Pero aquel día ella realmente quería a Michael, aquellos días era Michael a quien deseaba, el que ocupaba su mente noche y día, por quien su cuerpo despertaba, aunque no estuviera cerca. También William, pero ¿acaso había empezado a anhelar algo más que el cuerpo de su marido? ¿Acaso esperaba algo? Él ni siquiera confiaba en ella para revelar su identidad.

—Solo cansada —contestó.

Su marido, entonces, luego de quitarse la levita y la chaqueta se sentó en la cama y empezó a masajearla. Michael no podía ser, seguro era William. Isobel volvió a llorar. Él la ayudó a bañarse y supo que era Michael.

Isobel se sintió alegre como él en su sueño cuando los niños lo invitaban a jugar. Lo abrazó y besó confundida. Se durmió desnuda, satisfecha, plena, tan solo con el calor de su abrazo.

Como casi cada noche, otra vez el sueño de Jamie no era de Jamie, otra vez aquella mujer a quien no quería cumplirle la promesa matrimonial aparecía en sus sueños, era una niña, se sentía feliz mientras leía una novela, estaba perdida en las descripciones del espacio y las sensaciones, sentía realmente la misma ansiedad que los protagonistas en un momento de tensión. Pero escuchaba la voz de su padre y la incomodidad bullía en su interior.

Lord Fulford, imponente, entraba en la habitación de Minerva y le arrancaba el libro de las manos.

—¿Cuántas veces debo decirte que las mujeres no necesitan leer? No sé por qué lord Fitz exigió que la prometida de su hijo aprendiera cosas que ni la mayoría de los hombres saben.

—Quizás lord Fitz encuentra conveniente que sus nietos tengan una madre culta —respondía la chica. Y el golpe del padre no se hacía esperar.

—¡No he hecho nada malo ahora! ¿por qué me ha pegado?

—Realmente no naciste mujer, naciste idiota. Nunca contestes a un hombre, nunca contestes a tus mayores o a tus superiores. Y cualquiera es superior a ti.

—Si no pudiera contestar, Dios no me habría dado la boca.

Y los golpes continuaron, la jovencita sentía rabia y dolor, pero los golpes de su padre incluso hicieron sangrar su espalda y luego le destrozó el libro.

—Tu prometido viene a conocerte esta tarde, debes estar impecable.

Minutos después, su madre también la golpeaba al descubrir que había enfurecido a su padre.

En el sueño, Jamie se vio a sí mismo, tímido como era a los quince años, siguiendo los pasos de su padre. Sintió el desprecio de Minerva al verlo, culpándolo por los golpes recibidos. Pero también sintió mutar sus emociones al considerarlo guapo. Y la sintió feliz cuando él se apartó a tomar el té con ella y le entregó el regalo que le había llevado. Su padre había comprado una joya, pero él había añadido un libro de su agrado. El mismo que a ella su padre le había destrozado y sintió la infinita alegría de Minerva y su lucha para contenerla.

—Gracias, *milord*, soy más de bordar que de leer, pero le daré una oportunidad en cuanto pueda —le mentía ella mientras rogaba internamente que se acabara pronto la visita para poder terminar el libro. Y sintió su timidez al verlo, su deseo de agradarle y su frustración por tener que

fingir ser una joven «florero», digna de llevar del brazo y mostrar al mundo, pero sin nada para aportar. Sintió su frustración al reprimir sus ganas de hablar del libro y de la cacería que él había hecho esa mañana con su padre. Y sintió su frustración al comprobar que la perspectiva de una mujer florero a él le resultaba aburrida, pero temiendo los duros golpes de su padre si dejaba intuir su verdadero espíritu.

Y la vio llorar de tristeza y frustración en la noche odiando haber nacido mujer en su familia.

Jamie volvió a despertarse molesto por soñar con ella, pero tenía otras cosas más importantes de las que preocuparse, como seguir respirando para seguir soñando y lamentarse por la persona que invadía su inconsciente.

Pensó en ir a la habitación de Marcela, pero lo detuvo el pensamiento de que tal vez le gustaba la hermana de sus primas porque le recordaba a Minerva, así que en lugar de ir en su busca abrió el cajón con llave al lado de su cama y sacó todos los dibujos que había hecho con el rostro de Minerva, el primero lo había hecho el día en que la conoció, al regresar a casa y sin saber por qué lo hacía. A medida que se enamoraba de ella, Jamie la había dibujado más, especialmente cuando sus obligaciones o sus decisiones le impedían verla. Finalmente, Jamie regresó a la cama acariciando un dibujo de ella a los diecisiete años. Jamie lo acarició sintiendo que tenía su preciado rostro entre las manos y que por fin podía besarla, había hecho más que besarla, pero no la había besado jamás.

—Supongo que todavía te quiero —se lamentó.

Minutos después se abrió la puerta y su madre entró acomodándose la bata, Jamie sabía que en gran medida era el culpable de su amargura y que igual que con su padre en los últimos años habían tenido una relación fría.

—Me temí que tuvieras las velas encendidas porque estabas con doña Marcela, pero también existía la posibilidad de que otra vez estuvieras triste —le explicó caminando hacia la cama, se sentó en los pieceros y le acarició un tobillo.

—No estoy triste —aseguró. Y ella, quien sin duda seguía siendo hermosa, le sonrió.

—Como mujer me decepcionas, no me preocupa la reputación de Marcela, porque la protegeremos, y porque sé que una chica tan dulce como ella podrá encontrar un buen hombre que la acepte con su pasado, pero me preocupa su corazón, que pueda sentirse usada.

—Prefiere probar el placer conmigo a arriesgarse a la posibilidad de no conocerlo nunca.

—No permitiré que tu padre la case con un mal hombre. Ella estará mejor con lord Alex, en sus ojos veo algo que no logro ver en los tuyos… no con ella, lo veía cuando estabas con esa mujer.

—Tal vez tienes razón —admitió—, después de Minerva me parece que no soy tan capaz de amar, siento que amo a Marcela, pero mi amor palidece si recuerdo cuánto quería a Minerva.

—Y todavía la quieres.

—La odio. Sabes que no pretendo cumplir esa promesa de matrimonio.

—El odio y el resentimiento se parecen, pero son diferentes. Además, tuvieron un hijo, Jamie, y el matrimonio estaba pactado, es como si ya estuvieran casados.

—No.

—Deberías hablar con ella a solas. Tal vez la hemos estado juzgando mal, yo no creo que la haya pasado bien todo este tiempo, es una mujer, y no es fácil ser mujer, especialmente con un padre como el suyo.

—No hablaré con ella. No quiero verla nunca más.

—Entonces permíteme quemar estos dibujos y todo lo que sigues guardando de ella.

Conservaba dos vestidos que había comprado para ella y un camisón de lino con bordados de

flores mal hechas, le había pedido a su madre que las bordara, pero ella se había negado y en cambio le había enseñado. También tenía los pañuelos y la colección de flores secas que Minerva le había regalado. Nunca había sido capaz de tirarlos.

—No.

—Entonces aclara las cosas con ella, tal vez descubras que te ha necesitado este tiempo y que te quiere.

—Ella está perfectamente.

—Eso tenemos informado, pero recuerda que la procesión va por dentro y los trapos sucios se lavan en casa.

—He elegido a Marcela, la amo, a Minerva la odio. No voy a remover el pasado.

—No pensé que fueras tan cobarde, hijo. Tú sabes y yo sé que te aferras a tu desprecio y a tu resentimiento porque no quieres odiarte a ti mismo. A mi modo de ver, aunque desprecio sus métodos, creyendo en los rumores que te rodeaban, ella se aferró a ti como mejor se le ocurrió, si se entregaba a ti tenías que casarte con ella, cosa que tu siempre posponías.

—No tiene justificación, tan solo necesitaba decirme que realmente no estaba dispuesta a posponer más nuestra boda. Me odio por lo mucho que la quise. Realmente me odio —escupió y no reprimió las lágrimas porque al final su madre iba a verlo para ayudarlo a sacar lo que tenía atascado en la garganta, no siempre hablaba, pero bastaban sus sonrisas comprensivas.

—Si has elegido a Marcela, entonces encuentra a alguien que se responsabilice de Minerva y cancela tu compromiso con ella, deja que otro hombre reestablezca su reputación.

A Jamie le dio náuseas la idea de imaginarla con otro hombre. Pero no le contestó a su madre, la ignoró y besó el retrato que había dibujado, ni siquiera amaba todavía a un recuerdo, era una mentira, una gran farsa y por eso sentía que la odiaba.

—Espero que ella esté sufriendo igual que tú.

—Yo espero que esté feliz y perfecta —admitió—, me odiaría más a mí mismo si ella sufriera por mi culpa.

—Espero que cuando logres comprender tus sentimientos no sea demasiado tarde. No se trata solo de ti, se trata también de Marcela y de Minerva.

Como un niño, Jamie dejó que su madre lo arrullara y se durmió esperando soñar con Minerva disfrutando de la vida mientras él lloraba, ya que indefectiblemente habría de soñar con ella.

Aquel día, Michael no había buscado el mapa, en cambio observó la residencia londinense de Jane, ella no lo tenía pues lo consiguió después, otras de sus amantes podían tenerlo. Pero quería verla, ver a quien lo abandonó, pero parecía que lo quería. Ver a quien había querido a pesar de no ser quien más quería.

Observó durante horas sin ver más que su rostro por momentos desde la ventana, hasta que por fin salió en compañía de una doncella. Michael la siguió, solo por verla, por escuchar su risa. Se escondió junto a un árbol cerca de la banca en que ella se sentó y allí recordó los dulces días en su compañía.

Se vio con ella desnudo junto al lago luego de hacer el amor, el sol brillando en lo alto porque era verano.

—¿Por qué estás sonrojado, querido?

—Alguien podría vernos.

—¿Y cuál es el problema? Mis hijos, los sirvientes, todos saben que me cuesta contenerme

cuando estoy contigo.

—Pero…

—A veces olvido que no eres más que un muchachito todavía inocente.

—No soy un muchachito.

—Oh, no dudo que seas todo un hombre, querido.

—Eso es lo importante.

Michael sabía que podía ser incluso más feliz en los brazos de Isobel, era su esposa, si lo amara siempre sería suya. Pero se iría.

Al regresar a su casa apremiado por el hambre, encontró a su esposa en la cama, alicaída, se preguntó si acaso lo sabría, pero no dijo nada cuando lo vio. Intentó masajearla y luego la ayudó a bañar ya que no tenía doncella allí. Ella pareció una niña con juguete nuevo al abrazarlo y sin terminar de secarse los hizo acostarse, incluso sin comer.

Sonreía contra su pecho mientras lo abrazaba, parecía contentísima. Estaba rara. Isobel no era una muchacha dulce. Era lasciva, prepotente, ocasionalmente descarada, pero ¿tierna?

—*Te quiero* —dijo ella besando su barbilla a pesar de la barba, le extrañaba que su hermano se la hubiera dejado crecer igual en lugar de forzarlo a cortarla al modo aristocrático. Michael se veía como el pirata que fue, según el capitán, así lucía menos infantil, aunque él no le creía que luciera infantil, a sus ojos tenía el aspecto de un hombre, pero dos años antes quizás pareciera más niño, podía ser—. ¿Tú no me quieres nada?

Michael no contestó, solo la abrazó. Cuando quiso preguntarse si valía la pena responderle ya era tarde, podía sentir la baba mojando su tetilla. Solo rio. Lo cierto era que a veces resultaba tierna.

Cuando la conoció tenía siete años, ella unos tiernos pero inteligentes cuatro años, y él estaba haciendo un agujero para el corral de su caballito, como a sus hermanos su padre le había dado un potrillo, solo que el de él no podría vivir en el establo.

—¿Qué haces, William? —preguntó ella

—No soy William, soy Michael —contestó—. Construyo el corral para Relámpago.

—¿Quién es Relámpago?

—¿Quién eres tú?

—Doña Isobel Saavedra Santamaría Welsch, tu padre y el mío son amigos —él había reído por su forma de hablar, pero le contestó que Relámpago era su potrillo, luego se lo mostró, esa niña le hablaba y no lo molestaba, además era muy bonita a sus ojos.

—Pero se va a morir —le dijo ella al verlo—, dile a tu padre que está enfermo ¿no ves?

—¡Está recién nacido! Por eso se ve débil.

—Ni siquiera busca la teta de su mamá, se va a morir… vamos a un adulto —lo animó, él la siguió, su padre la escuchó y le prometió que revisarían al potro, luego ella lo invitó a jugar y él accedió. Cuando el potrillo murió, ella, sonriendo le dijo que ya le darían otro, pero jamás ocurrió y Michael solo odió que jugaran así con sus sentimientos, pues si su padre sabía que no viviría ¿por qué hacerlo construir el corral? ¿Por qué dárselo?

Trató de levantarse para comer, pero ella no lo dejó.

Por ella eran sus ganas de estar vivo así que ¿por qué ir a otro lugar si ella estaba allí? Un día no estaría y dudaba que hubiera mujer que lo hiciera olvidarla. Le besó la frente y no se quedó dormido porque tenía hambre.

En la mañana su esposa lo llevó a casa de su tío y allí desayunaron tan dignamente como ella merecía, luego lo forzó a acompañarlas, a ella y a su hermana, a comprar ropa y artículos para la

casa.

Después debió ayudarla a poner cada cosa en su lugar.

Estaba acomodando un reloj cuando ella se trepó a su espalda.

—Juguemos un rato —le dijo—, cuando era pequeña hacíamos carreras así.

—No hay con quien competir y pesas el doble o el triple.

—Pero yo quiero jugar contigo —chilló ella como una niña.

—Estás rara —le dijo.

—Vamos a divertirnos un rato, así te ejercitas y te haces más fuerte —trató de animarlo ella.

Michael se entregó al absurdo juego y se le ocurrió que tal vez ya no eran dos sino tres, tenía entendido que el humor de las mujeres cambiaba cuando se quedaban embarazadas.

Pero si eran tres seguro que ella se iría más pronto.

Cuando los sirvientes del vizconde llegaron con la cena, según la petición de Isobel, Michael fue a ocuparse de sus serpientes, entre más pequeñas eran, más pequeños eran los espacios entre sus jaulas, pero aquel cuidado lo tenía con las venenosas, por lo que una serpiente venenosa podía significar para los vecinos y transeúntes si se escapaba de la casa.

Seguía queriendo saber quién habría intentado matarlo así que revisó las anotaciones que tenía sobre el escritorio en el sótano. Había anotado a su padre dos días antes, pero lo tachó porque no le parecía que su padre fuera la clase de persona que contratara mercenarios. Debía a varios prestamistas y tenía otras deudas de juego, pero la mayoría no parecía contar con los recursos para contratar mercenarios o darse el lujo de matar a un deudor. Otra opción era lord Fitzgerald Trent a quien Michael había servido para deshacerse de los enemigos de su título, o al menos eso había dicho el hombre, que aquellos habían intentado matarlo de múltiples formas. En realidad, las serpientes habían hecho el trabajo por Michael, y William, necesitado de dinero en ese momento, también lo había ayudado.

También era una opción sir Arthur Pitt, a quien no agradó mucho la relación de Michael con su madre, treinta y dos años mayor que Michael. O Fiorella Ricardi, de sesenta, a quien Michael le robó algunas prendas, que empeñó, pero no pudo recuperar. No dudaba de la lealtad de su capitán y sus compañeros. ¿Alguna otra amante resentida? Todas parecían resentidas. Y claro, Sam Peters, pero no había noticias oficiales, ni rumores, de que estuviera en la isla.

—Esposo —llamó Isobel desde la puerta al sótano—, ¿no cenarás conmigo?

Esa mujer estaba demasiado rara, pero ¿qué importaba?, aunque a ella la movieran sus sentimientos por su hermano, era su esposa.

Isobel volvió a dormirse abrazada a su esposo, sin hacer nada especial y sin echarlo de menos, quizás podía ser esa clase de mujeres de las que se quejaban los hombres que se entregaban, pero no buscaban, simplemente porque se sentía bien así. Si se acostaba con él se dormiría sin hablar y ella quería hablar con él, ciertamente no habían hablado mucho, solo comentarios insustanciales, pero podía ver su sonrisa, olerlo, sentir su calor y hasta en esos comentarios insustanciales lo conocía.

—T*e quiero* —volvió a decirle antes de dormirse

—No lo haces ¿por qué dices eso?

—*Creo que te quiero*.

—¿No te irás en once meses?

— No sé qué sentiré en once meses.

—Entonces no me *quieres* —dijo él—, si es algo que puede cambiar entonces no es querer.

—Pero la gente deja de quererse.

—Bueno, puedes *querer* a cualquiera y cualquier cosa —dijo él.

Isobel no contestó, pero se sentía más segura usando las palabras de su lengua, aprovechando la pequeña diferencia semántica entre "amar "y "querer ", no estaba segura sobre si el *amor* de ella fuera el *love* de él, le parecía que era más bien el *adore* del francés y era eso lo que desconocía y quería. Aunque sabía que en ciertos momentos y formas entre *love, amor* y *adore* no existía diferencia, a fin de cuentas, aquello era humano, trascendía lengua, religión y cultura, y era universal.

—*Dije que te quiero* —insistió—, ahora voy a dormir… cuéntame una historia de piratas.

—Pareces una niña por estos días —pareció burlarse él.

—Cuéntame una historia de piratas, sé historias de muchos tipos, pero muy pocas de piratas, debes saber algo.

El cruzó los brazos en su espalda.

—Bien, te contaré una historia de piratas.

Michael le contó tres sin saltarse las partes que podrían ser ofensivas a sus ojos de mujer aristócrata y que lograron hacerla sonrojarse para el disfrute de él.

Abrazada a él volvió a soñar con él. El día que lo echaron de casa vagó toda la noche hasta que encontró una posada desagradable regentada por una mujer de mediana edad bastante ancha. Michael pidió asilo, pero no tenía dinero para pagar, ofreció sus servicios, pero cualquier cosa que él quisiera hacer los hombres en el lugar lo harían mejor. Michael se sintió raro al sentir la extraña mirada de la mujer y el tono de su voz cuando le dijo que había una forma de ganarse el sustento aquella noche. Le dieron comida y Michael no dudó al recibirla ni al encontrar un lugar para dormir. Sin embargo, una luz interrumpió su sueño, la mujer sacándolo de la alcoba que compartía con otros hombres.

Dudó cuando le dijo que se quitara la ropa, pero a esa edad aún lo ayudaban con su baño, todavía un poco inocente cedió. La mujer se desnudó también y Michael miró a otro sitio, no vio tina, nada que hablara de un baño. Preguntó qué pasaba y la mujer le dijo que recibía su pago por la comida y la cama de esa noche.

Isobel sintió el temor del niño y su confusión cuando la mujer empezó a acariciarlo, tenía ya la estatura de Isobel, pero era escuálido, de rostro infantil y todavía con el cuerpo de un niño en gran medida.

Michael cedió, pero Isobel no pudo llamarlo más que violación. Esa vez Michael no lloró. Solo se dejó. Pero su cuerpo apreció las sensaciones. La mujer era horrible, apestaba, era demasiado gorda y vieja. Cada noche la cobraba a Michael y él cedía sin llorar, comprendiendo, pero profundamente dolido. Siempre acariciando a la serpiente en su bolsillo.

Cuando se despertó, acarició el rostro dormido y lo besó, frente, ojos, nariz, mejillas, labios. Y se dispuso a hacer temprano su investigación, luego llevaría definitivamente a los sirvientes para reparar la casa, ya había recibido su asignación mensual. Más tarde, en la noche, se dedicaría a su esposo, a lo que él quisiera y ella también quería, estaban recién casados a fin de cuentas.

Tenían días sin ir a aquel sitio porque a María se lo prohibía su marido y ellas habían notado que sus hombres rondaban aquellos sitios, además, Teodora les había aconsejado aprovechar aquellos primeros días, antes de que a ellos se les pasara la sensación de novedad.

El hecho era que en la casa de juegos a María le habían dado el nombre de un posible testigo del hecho e Isobel necesitaba una respuesta pronta para poder empezar a escribir. Así que ese día iría

a aquel sitio de mala muerte, no muy lejos de su casa, en el que Michael no querría que estuviera. Seguro que no querría.

Marcela se sentía un poco en un dilema, a punto de murmurar enunciados que en otros momentos de su vida había escuchado a sus hermanas, como «¿por qué tiene que existir la monogamia?» y es que Alexander no solo era atractivo sino que era todo lo bueno que podía existir. Había enviado flores para su hermana luego del fatídico suceso con Devon deseándole que se recuperara pronto de sus heridas emocionales y que no dejara que los rumores de la mala gente destrozaran su fuerte voluntad. Y poco después de las bodas sin celebración, cuando Marcela volvió a asistir a las fiestas con el tío Charles y la tía Violette, Alexander pidió permiso oficial para cortejarla, la visitaba cada dos días y le enviaba flores o tarjetas cuando no iba a verla. Y no cabía duda de que la escuchaba y se interesaba en sus opiniones porque le había proporcionado cuánto podía en torno a la moda y la etiqueta en los bailes de máscaras.

Esa mañana la había llevado a ver a una de las costureras más reconocidas, para la cual había que pedir cita, que se especializaba en la confección de disfraces para esa clase de eventos. Y la mujer no solo contestó todas las preguntas de Marcela sino que le tomó las medidas y prometió hacerle un disfraz de Cleopatra y otro de Afrodita.

—Puedo hacer algunas prendas solo para la satisfacción de los amantes —dijo la mujer—. ¿No está interesada, *doña*?

—Señora, por favor, doña Marcela es apenas una debutante.

—Tiene el andar y la mirada de una mujer que ya ha debutado en aquellas artes.

Si a Alexander no le importaban aquellos cuentos de vieja, el sonrojo de Marcela debía haberle corroborado que ya no era la virgen inocente que él pensaba. Llegó a odiarse porque murmuraba su amor a Jamie y se acostaba con él, pero en las mañanas suspiraba con Alexander, su buen humor, su inteligencia y sus detalles.

—Podrías hacer algunos color rojo y color negro —dijo Alexander—, si mi reina un día accede a hacerme el hombre más feliz de la tierra, quizás también quiera esclavizarme un poco más.

Uniéndose a la broma, feliz con hacerlo desear un poco más de lo que podía y con la sensación que la seducción causaba en ella, Marcela también instruyó a la mujer.

—Haga las prendas más seductoras e incluso escandalosas que se le puedan ocurrir, algo que haga que estar vestida sea mucho más estimulante que estar desnuda.

Y Alexander, tan tierno y respetuoso como era, se puso rojo como un tomate maduro, la expresión fue casi infantil y Marcela casi deseó besarlo y tocarlo como sus hermanas cuando torturaban a los trabajadores, realmente deseo vivir en un matriarcado poliándrico. Aunque aquello era algo que no se atrevía a decir siquiera a sus hermanas.

No obstante, camino a casa, Marcela volvió a tocar el tema.

—¿Qué piensas de lo que dijo la costurera?

—No pienso nada, sé que si me eliges seré afortunado.

—¿Seguro?

—No soy de piedra, por un momento me ha dolido la idea de que *vuestra merced* tenga otro hombre, pero también sé que mientras no haya un compromiso oficial habrá otros pretendientes y tal vez alguien más encantador o menos caballeroso que yo consiga lo que intento no pensar. No

obstante, sabes que quiero casarme contigo, mi propuesta está hecha desde el momento en que me acerqué a ti por primera vez, pero tan solo la formularé oficialmente cuando tú misma manifiestes que eso quieres. Sé que si pido tu mano a lord Fitz me la dará, me lo ha dicho, pero él no quiere, y yo tampoco quiero ir sobre tu voluntad, así que si me eliges, hazlo desde la libertad, segura de tu elección.

—¿Aunque haya otros hombres antes?

—Eres tú quien sabe lo que quiere de un hombre y cómo decides juzgarlo.

—¿Y si lo que quiero es asegurarme de que habrá placer carnal? —preguntó adquiriendo el color de la sangre, estaba segura.

—Me dolería, pero no sería un problema, a menos de que me hayas hecho alguna promesa antes.

—¿Y si quisiera juzgarte como amante?

—Si llega el día en que me acueste con su majestad, será con el permiso de Dios.

—¿Ya no sería material de esposa si me entregara antes?

—Ya no podría dejarte ir —sentenció él mirándola y acariciándole la mejilla, sin guantes—, no soy un santo, así que te haría disfrutar hasta que no pudiéramos más y en la mañana te llevaría a la iglesia.

—¿Seguro te intereso yo y no mi fortuna?

—Te querría, aunque fueras pobre. Ya soy muy rico por mi cuenta.

—¿Seguro eres un hombre al que le gustan las mujeres?

Él pareció preocupado.

—¿Algo te ha hecho dudar de mi hombría?

—Hemos estado solos muchas veces y ni siquiera has intentado besarme, siento que si me quitara la ropa ni siquiera me tocarías.

—Te lo he dicho, no podría dejarte ir y quiero que me elijas libremente.

—No lo entiendo. ¿Acaso los hombres no solo toman sin que les importe nada más?

—Me gustas, Marcela. Cada vez me gustas más. Y aunque es pronto siento que te quiero, se siente antiguo, como una cosa escrita por el cielo. Y cómo te quiero puedo controlar mis pasiones, no pienses que no quiero besarte cada vez que miro tus labios, no pienses que no…

—Dilo —lo animó sonriendo, intentando ser pícara—, especialmente si lo que vas a decir puede resultar escandaloso a mis oídos de debutante, di todo lo que tienes en la mente ahora mismo.

Él suspiró.

—Supongo que hay sentido en que las llamen *señoritas escándalo* —contestó burlón y de acariciarle la mejilla, pasó a acariciarle los labios—. No pienses que no me imagino cómo se sentirá hacer el amor contigo, entrar en ti mientras tus ojos se llenan de placer, escuchar tu voz ronca susurrando mi nombre, tus sonidos de placer. Imagino la delicia de tus manos en mi cuerpo… pero intento no imaginarlo, porque no quiero que el deseo nuble el amor. Aunque en mis momentos solitarios, cuando estoy ocupado en cuentas o leyendo, imagino lo que sería tenerte cerca, hablar contigo de todo eso que te interesa, te imagino enseñándome tantas cosas que no sé o no he sabido apreciar por mi condición de hombre.

—¿Me imaginas enseñándote cosas? —preguntó conmovida.

—Sí, me imagino viajando contigo a los lugares que todavía no conoces. Y te imagino teniendo mis hijos, con el vientre hinchado por mi hijo. Y te imagino como la más dulce de las madres. Y eso me ayuda a contenerme, porque el deseo es temporal y cambiante, pero yo quiero algo eterno.

—No quiero lastimarte. Tal vez deberías desistir.

—Decide egoístamente, Marcela —la animó él—, no debe importarte lo que yo piense, o piensen los otros hombres, te entregues o no. Es tu vida. Debes elegir un hombre que vaya a respetar tu libertad, a quien, no obstante, puedas admirar y respetar, a quien desees también, a quien puedas amar pero que te ame incluso más que tú a él. Porque casarse es para toda la vida.

—Seré egoísta entonces, no te hago promesas, tal vez nunca te las haga. Pero no dejes de visitarme todavía.

—No lo haré, no hasta que estés públicamente comprometida con otro.

—¿Qué harías entonces?

—Llorar ¿qué más le queda a un hombre que pierde para siempre a la mujer que ama?

—Tendrías que escoger a otra para casarte.

—Tal vez, aunque podría esperar a que enviudaras —contestó riéndose—, aunque no soportaría que tuvieras que pasar por el dolor de la pérdida del amor.

—¿Lo has vivido?

—Yo no, lo viviré si eliges a otro, pero recuerda, lo que yo sienta no importa. Lo ha vivido una persona muy querida para mí.

—¿Cuáles son tus defectos, Alexander? —le preguntó riendo mientras tomaba su mano entre las suyas enguantadas.

—Tal vez me huelen los pies —contestó burlón—, dice mi hermana que me enojo por tonterías.

—Quisiera verte enojado.

—No, no querrías, pero podrías preguntarle a Jamie, una vez peleamos en una cantina porque hizo trampa, no es muy bueno para mi imagen de caballero comedido, pero le fracturé un brazo.

—Me asombra que vayas a cantinas.

—Realmente sus trampas fueron mi excusa, quería molerlo a golpes —escupió él—, todavía quiero hacerlo. Es el más maldito cobarde que he conocido en mi vida.

Asombrada, Marcela contuvo el deseo de besarle las manos y en cambio se acercó a él para abrazarlo.

—¿Por qué piensas eso de él?

A Alexander pareció costarle concentrarse, pero le acarició el hombro.

—Tú lo quieres, Marcela, y por respeto a ti y a él me niego a hablar a sus espaldas, aunque diga la verdad, al menos la verdad que conozco. Solo pienso que ha pospuesto demasiado la conversación que necesita tener.

—¡No puedes contarle una historia a medias a una persona como yo!

—Sí puedo, acabo de hacerlo, una pequeña venganza ya que me costará dormir.

—Entonces no duermas, ojalá me imagines mucho en situaciones indecorosas. Que ahora yo no dormiré por mi curiosidad no saciada.

—Seremos dos —se burló él y Marcela se rio también. Lo abrazó hasta que el carruaje llegó a su casa, la casa de Jamie. Marcela casi sentía que los amaba a los dos.

Alexander le había regalado a Minerva un vestido de noche, era un traje de seda sencillo color negro, como era un traje imperio era holgado, pero permitía adivinar las formas reales de su cuerpo y, como no tenía nada que destacara, Minerva contempló en el espejo su delgadez, su ausencia de formas femeninas. Estaba tan delgada que casi se notaban sus huesos, Alexander le

había sugerido ver a un médico, pero a ella poco le importaba si se moría pronto, no había nada interesante en su vida.

Además del vestido, Alexander había pagado porque la peinaran y le había regalado una máscara de plumas, también negras. Le había pedido que lo acompañara a una gala a la que no pensaba acudir su madre y ya que aquella fiesta coincidía con el silencioso acuerdo de fingir que todo estaba bien por el apellido de su familia, Minerva había aceptado ir.

Al menos era como un sueño, iba a la fiesta junto con lord Alexander, como si fuera su pareja, aunque no había cosa más apartada de la realidad que esa.

Como llegarían juntos, abordaron el mismo carruaje y entraron a la fiesta del brazo, pero no pasó mucho tiempo hasta que su caballero se dirigió hacia la persona que realmente le interesaba y Minerva se quedó sola en medio de las miradas de todos, a donde quiera que se movía la seguían los rostros y las murmuraciones. Era la misma casa en que su vida se había arruinado por completo. Alexander había insistido en que debía asistir con la mirada y el cuello en alto, demostrando que no tenía razones para seguir avergonzada. Pero la casa seguía pareciéndole tan pequeña como cuando debió bajar las escaleras con el brazo roto y la espalda sangrando, desnuda, cargando sus ropas mientras su padre aumentaba su vergüenza diciendo a todos que ya no era el padre de esa puta, mientras ella lloraba por el auxilio de Jamie, quien bajaba un poco menos golpeado que ella, los mismos escalones.

Y allí también estaba Jamie, hablaba con William, su hermano James Watson y otros de sus compañeros de Eton, igual que ese día. Queriendo disimular, acallar las murmuraciones que la perseguían, se encaminó en la dirección en que se encontraba el hombre con el que ya no quería casarse.

Le temblaron las piernas y el cuerpo entero cuando estuvo a su lado.

—*Milady* Minerva Fulford —saludó sir James Watson con una sonrisa que parecía sincera—, siempre misteriosa, apareciendo una sola vez al año ¿por qué lugares del mundo te has aventurado esta vez?

—Estuve en Nueva Zelanda —contestó bajando la cabeza, procuraba siempre decir lugares donde difícilmente hubiera alguien que pudiera desmentirla.

—No he escuchado de ti en Nueva Zelanda, querida —contestó el mismo Jamie mirándola con desprecio—, ¿por qué te acercas ahora? ¿Acaso te embarazaste en la colonia y pretendes drogarme de nuevo para imponerme a tu bastardo?

—Soy una mujer decente —contestó—, y fiel.

Enojado, Jamie la llevó a bailar, años atrás a Minerva le encantaba, pero ahora se sentía incómodo, el desprecio en los ojos de Jamie debía ser similar al desprecio en sus propios ojos. Sin embargo, bailaron con la misma sincronicidad del pasado, encontrándose sin dar traspiés.

—No tengo el mínimo interés en casarme contigo, Minerva —le dijo al saberse solos.

—Tan solo finjamos que tenemos interés —le rogó sin mirarlo.

Igual que en el pasado, al terminar el baile, Jamie guio sus primeros pasos mientras volvía a dominar sus movimientos. Lo siguió hasta el balcón más cercano, allí se recostaron en la pared y no dijeron nada en mucho tiempo, tan solo se observaron. Jamie levantó sus manos un momento, pero luego las acomodó en su espalda, entre su cuerpo y la pared.

—¿No hay comida en Nueva Zelanda? Estás tan delgada que pareces a punto de romperte o de ser llevada por el viento.

Ella no le dijo que parecía más grande y más fuerte que seis años atrás, casi no había intentado fijarse en él.

—¿Puedes romper el compromiso? ¿Tu venganza es poseerme, pero no reclamarme? —le preguntó dejando de mirarlo, pudo ver a una pareja escondiéndose en los jardines, riendo, enamorados y extrañó eso, aunque Jamie no la había amado realmente.

—Si pudiera romperlo lo habría hecho hace mucho tiempo, no te quede duda, ¿puedo retirarme? No me gusta estar cerca de ti, menos en esta casa.

Ella no contestó, miró al lujoso interior, los grupos de parejas bailando alegres y le fue imposible compartir esa alegría, ya no encajaba en aquel lugar, nunca lo había hecho realmente.

—Deberías buscar un hombre en uno de tus viajes, uno que te quiera —dijo lord Charles Welsch apareciendo detrás de su hijo—, si tú eliges otro hombre nos libras de la necesidad de cumplir con el compromiso.

—¿También usted me odia, *milord*?

—No te odio, cometiste un error siendo una jovencita y mi hijo cometió su parte, tan solo pienso que si tú decides renunciar nos harías un gran favor.

—Mi familia no es la suya, *milord*, para ellos no existo y no puedo opinar, pero si ustedes cancelan el compromiso, yo ya no tendré que aparecer en sociedad.

—¿Seguro te encuentras bien, niña? ¿Nuevamente tu madre ha reducido tus raciones para que bajes de peso?

—No necesita fingir preocuparse por mi salud, *milord*, usted también me dejó sola cuando más lo necesitaba.

—No te abandoné, dejaste claro que preferías quedarte en casa de tus padres.

—Tenía a *milord* por un hombre más inteligente, ¿realmente usted pensó que yo dije eso? Pero no se preocupe, si en algo le importo, ya que no puede cancelar el compromiso, envíeme a un convento en el fin del mundo.

—Sigue estando el asunto de su hijo.

Minerva lo ignoró y abandonó el balcón, no había nada que pudiera hablar sobre ese niño que le habían arrancado de los brazos y seguro que nunca volvería a ver.

Al regresar al salón vio a lord Alexander rodeando junto con otros a una hermosa joven, y vio la mirada de Jamie perdida en dirección de la misma. Así que decidió regresar a casa, ni siquiera se molestó en acercarse a sus padres y fingir que todo estaba bien, porque ellos no iban a aceptarla en casa nuevamente.

Mientras intentaba detener un coche, sir James Watson le dio alcance y se ofreció a llevarla a casa con una sonrisa amable.

—No has estado en Nueva Zelanda, ni en España o Italia, ni en ninguno de los sitios que has mencionado cada vez —le dijo—, deberías decirle a Jamie que has sufrido lo innombrable a causa de su cobardía.

—No importa, *milord*, no es culpa de Jamie que mi padre no me quisiera siquiera un poco.

—¿Te encuentras bien, *milady*?

—¿Lo pregunta por mi delgadez? No estoy bien, desde que me quitaron a mi hijo solo soy un cadáver que respira, así que no debe asombrarse de mi aspecto.

—Me preocupa que Jamie tampoco ha sido el mismo desde que te abandonó.

—Me alegra no ser la única rota —murmuró y ya no le contestó nada más a aquel futuro barón que como sus dos hermanos cargaba mucha fama de libertino e incluso vivía con una mujer que no era su esposa, lo que implicaba que vivía en el escándalo, pero poco le importaba y seguía recibiendo invitaciones a los eventos sociales, quizás porque era hombre, quizás porque era encantador.



Capítulo VI

—¿Está usted interesada en el hombre o en la leyenda? —le preguntó la mujer que atendía la taberna que quedaba frente a la casa de apuestas, muy probablemente eran sitios en los que se hacía la competencia. Isobel estaba esperando allí al hijo de la tabernera, el presunto testigo que aquella noche estaba jugando como los demás.

—¿Sabe usted quién apuñaló a Michael Watson y por qué?

—¿Lo apuñalaron? ¿No murió ahogado?

—Usted dice que Michael era un pirata.

—Lo era —puntualizó la mujer.

—¿Cree que moriría ahogado?

—¿Por qué no? —preguntó la mujer—. O quizás lo mataron antes, lo que ya es muy raro porque con aquellas malditas serpientes que lleva siempre en el bolsillo no cualquiera se atreve.

—Pero ¿sabe? —preguntó.

—Es muy probable que fueran deudas, el muchacho se endeudó con muchos cada vez que tocó puerto en Londres y desde que se quedó no hizo más que aumentar sus acreedores.

—Pero ¿al punto de matarlo?

—Hay quienes dicen que está vivo… pero que más le valdría estar muerto. —Por alguna razón, Isobel se sintió molesta, pero trató de no mostrarlo.

—¿Sabe a cuánto ascienden sus deudas?

La mujer solo rio, luego dijo lo que ella suponía. Su hijo, cuando regresó, les contó que aquella noche los tres hermanos Watson peleaban con los difuntos, se distrajo un momento y cuando volvió a ver, una serpiente blanca desaparecía en la oscuridad. Pero aquello en realidad no era nada nuevo. Sin embargo, el chico dijo algo que Isobel logró llamarle la atención, una alcahueta, de las primeras amantes de Michael, le temía y había confesado borracha que era porque los ojos del muchacho y su piel cambiaban algunas veces durante la intimidad, igual que su lengua.

—Lamento tener que decir esta clase de cosas a una señorita decente, pero es usted quien ha pedido toda la información que tengo.

—¿Y por qué no sospecha de sus hermanos si también estaban allí? —preguntó.

—Si es uno u otro ¿cómo podríamos saberlo? Que no sean gemelos y sean tan iguales ya es demasiado raro ¿no cree?

—No, eso no es demasiado raro —murmuró y entregó las monedas al hombre, le parecía objetiva la idea de entrevistarse con la examante, aunque quizás eso la hiciera sentir insegura o celosa. Así que se encaminó en busca del prostíbulo que el hombre había mencionado.

La verdad no le gustaba ese lugar y se preguntó qué encanto podía tener para que William, Michael y James disfrutaran el tiempo en él, así como Jamie y Donald, especialmente Jamie, pues Donald parecía encajar perfectamente con la imagen, aunque destacando en ella, claro. Se le notaba el abolengo y el buen linaje a pesar de su aspecto bucanero. Bien, sí, el bucanero era algo diferente, pero ella no lograba comprender la diferencia esencial entre unos y otros.

El lugar apestaba, algunas mujeres se ofrecían en la calle por algunas monedas, apestaban también y ella tenía una imagen clara de lo que podían ser los hombres que se les acercaban. Bien que casarse con un anciano al que no quería debía ser repugnante, pero sin duda no lo sería más

que aquella labor tan denigrante.

Preguntó a una prostituta por la mujer, pero antes de recibir respuesta escuchó su nombre a sus espaldas.

—¿Qué demonios haces aquí, mujer? No es sitio para ti —la regañó Michael con su tono habitual, Isobel se tiró a sus brazos y agradecida por la poca corrección del lugar, se atrevió a besarlo. Aquellos días Michael era todo lo que le importaba, lo que la pasión hacía. Le encantaba besarlo, aunque los besos de William también eran especiales.

Él le devolvió el beso.

—Así que estás endeudado hasta los huesos —trató de burlarse.

Igual que la prostituta. él no logró contestar. De repente se peleaban dos hombres idénticos vestidos al modo militar con prendas idénticas de color gris. Al principio gritó, pero luego se limitó a observar las habilidades de uno y otro. Disfrutó la frustración de Michael pues él se lo había buscado. "Te dije que no tocaras a mi mujer" decía, así como "bastardo" y una inusitada serie de insultos en distintos idiomas. Su hermano no se quedaba atrás y parecieron dos hombres guapísimos de menor clase social.

Los separaron un par de transeúntes y los dos hermanos se miraron con el mutuo desprecio de siempre. Luego Michael la estaba arrastrando con él.

—Lamento destrozar tus sueños, pero tu marido soy yo, Michael, no él —le gritó o casi antes de empujarla al interior de un modesto carruaje.

—Ya lo sabía —contestó acomodándose, mirando sus uñas en un intento de parecer indiferente, aunque le dolían las nalgas por culpa de Michael—, lo sé desde el primer momento.

—¿Y aun así pretendías convertirme en cornudo? —espetó él sentándose con violencia a su lado —. Te ha hecho falta que te zurren.

—Atrévete a hacerlo y te juro que habrán terminado tus días sobre la tierra —le advirtió.

—Así que sabías que besabas al hermano de tu marido.

—Sí —mintió—, y no es tu hermano, no estás en el registro familiar —le recordó—, Así que no es tan grave mi pecado.

—Podrás ser la marquesa más libertina de la historia, pero a mí no me pondrás los cuernos, Isobel —le advirtió él.

—Pensé que era William quien por alguna razón intercambiaba contigo —siguió mintiendo—, así que pensaba que William era realmente mi marido.

—Claro y William es tan mentecato como para dejar que me acostara con su mujer —ironizó él.

—Pensé que simplemente no le gustaba y… ¿era contigo con quien me acostaba? Pensaba que era William —fingió lamentarse—, supongo que los confundí al revés.

—Pues tendrá que quedarte claro quién es tu marido —sentenció él—, soy yo… y si piensas amar a alguien procura enamorarte de mí, ni en caso de que te largues permitiré que me conviertas en cornudo, no daré permiso para que te lleves a mi hijo si ese es tu plan.

—Pero no tenemos hijos —le recordó fascinada por su reacción, parecía más joven, un adolescente molesto por una insignificancia.

—Entonces es hora de solucionar eso —sentenció él—, tu marido soy yo, recuérdalo.

Cuando llegaron a la casa, Michael la tomó en sus brazos a la fuerza y la llevó a la cama. Isobel fingió resistencia, aunque en realidad moría de la risa y solo por eso no se alteró recordando a Devon por la forma en que le quitaba la ropa, era demasiado básica su reacción, ¿la cama era el único sitio y modo en que podía demostrarle que se poseían el uno al otro quisieran o no?

Logró fingir el llanto, estaba fascinada de sí misma.

Y el tiro le salió por la culata pues no era divertido que su esposo se alejara dando un grito de frustración.

Medio desnuda, Isobel lo vio abandonar el cuarto, se acomodó el destrozado traje un poco y estuvo a punto de llorar de verdad al verlo dirigirse al sótano. Ella solo estaba jugando, era a él a quien quería besar. De repente quiso rematar a William y se negó a rogarle a su esposo porque tenía orgullo.

Le había advertido a William que los castraría si volvían a intercambiar así que se vistió y se dispuso a hacer eso mismo. Cuando se apareció en la casa de William donde él se ocupaba de sus heridas, el hombre se alteró a causa del cuchillo que Isobel llevaba con ella. Solo que a William no le costó nada arrebatárselo.

—Entonces contrataré a alguien para que lo haga —sentenció—, ¿por qué fingiste ser él?

—No sabía que pensabas que era él.

—¿Por qué besaste a la mujer de tu hermano? —insistió.

—¿Te hizo algo?

—Nada, solo se encerró con sus horribles serpientes.

—No son horribles, son magníficas —contradijo él, pero cambió la expresión de su rostro cuando la miró de nuevo—, supongo que lo hemos decepcionado bastante o está triste, sus serpientes son su todo.

—Solo son unas horribles serpientes.

—Por otro lado, ya no habrá más fingimientos, con la pelea de hoy se ha revelado que está vivo, así que serás viuda muy pronto, así como lograron herirlo en esa ocasión hallarán el modo de matarlo.

Isobel no quería que muriera, le abrumó aquella posibilidad.

—¿Por qué no podrían hacerlo? Que no sepan quién es quién.

—Michael ya no confiará en mí —murmuró—, así que ni siquiera es una opción, ¿quieres algo de té?

—Parece que tú tampoco tienes servidumbre.

—Son demasiados gastos —sentenció—, así que tengo muy pocos.

—Sí necesito un poco de té para mis nervios.

William lo preparó precariamente e Isobel, luego de beberlo, abandonó el lugar y tomó un carruaje de regreso a casa, Michael estaba con sus serpientes y siguió allí aun después de que les llevaran la cena.

Isobel durmió sola esa noche, pero ni siquiera durmió. Al día siguiente empezaron las reparaciones y Michael dejó la casa muy temprano. Fue igual al siguiente, Isobel ya se dormía por momentos durante las tardes, pero los ruidos de los obreros la despertaban, igual que el parloteo de Marcela quien hablaba de todo menos de Jamie y se quejaba todos los días de las fiestas a las que asistía y los pretendientes que empezaba a tener, claramente interesados en su herencia. Solo ese tercer día pareció Marcela interesada en hablar de Jamie, pero de un modo que resultó realmente preocupante para Isobel.

—¿Crees que ya estás embarazada? —le preguntó su hermana.

—Mi periodo no ha bajado más pero no podría saberlo —contestó.

—Me gustaría quedarme embarazada, así Jamie tendría que casarse conmigo. Creo que realmente lo quiero.

—Jamie tiene que casarse con quien diga mi tío, más bien mi tío se ocuparía con prontitud de casarte con otro hombre… además, sería demasiado escandaloso.

—¿Por qué?

—Porque hasta cierto punto son primos.

—Montones de personas se casan con sus primos sanguíneos y él y yo tenemos sangres distintas.

—No quiero hablar de este tema —advirtió y su hermana se concentró en las reparaciones de la casa, aunque también destinó al menos dos horas para hablar de Alexander, Isobel casi le preguntó realmente de quién estaba enamorada, pero no era la persona más adecuada para hacer esa pregunta.

Cuando su hermana se fue y se fueron también los obreros Isobel, se acostó y volvió a soñar, esta vez soñó con Michael ya adulto, enamorado de la hija de su capitán, una muchacha humilde y preciosa, poco casta, y poco interesada en él. Lo vio sentir sin hacer nada, resignado a nunca ser correspondido. Soñó luego con otra mujer, una pirata varios años mayor, que jugaba con él, hacía bromas e insinuaciones, pero estaba realmente interesada en Donald.

Era la quinta noche que Jamie no entraba en la habitación de Marcela, así que ella se dispuso a entrar en la suya, no comprendía la razón de su ausencia pues en aquellos días se había llevado muy bien tanto en la cama como fuera de ella, a pesar de que la madre de Jamie siempre estaba haciendo de perfecta chaperona dificultando con eso sus encuentros.

Él ya estaba acostado, oculto bajo sus sábanas y ella se coló a su lado.

—¿Qué haces aquí?

—Te extraño —le dijo abrazándolo—, parece que tú no me extrañas.

—La última vez estuviste toda la noche hablando de Alexander Windsor —contestó él de mala gana y ella se limitó a morderse el labio augurando el rostro del hombre mencionado, seguro que debía hablar mucho de él—, supongo que ya has encontrado tu amor así que no deberíamos seguir haciendo esto, podrías quedarte embarazada, si no lo estás ya.

—No lo estoy —se lamentó, aunque le parecía que a Jamie no le entusiasmaba la idea de embarazarla, lo cual sumaba un gran punto a Alexander—, y sí encontré a mi amor —dijo abrazándolo no refiriéndose al apuesto conde que la cortejaba y que a sus ojos era de lo más encantador, ciertamente le gustaba y de haberlo conocido antes habría caído rendida ante sus encantos, aunque casi que caía. En aquellas cinco noches Marcela se había preguntado si había decidido bien al aceptar que Jamie fuera su primer hombre, cuando lo había hecho no pensaba que hombres como Alexander pudieran fijarse en ella y mucho menos que ella pudiera sentirse así con él.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Estar con mi amor —le confesó—, te amo, Jamie, solo a ti.

Aunque eso no era exactamente real.

—Solo ha pasado poco más de un mes, ¿cómo puedes decir que es amor? No sabes diferenciar el amor del deseo ¿o sí?

—Pero yo no te he sacado de mi mente desde el día que bailamos en Venecia. Sé que eras tú; casi nos besamos.

—Confirmas que es solo deseo, no amor —Jamie se sentó en la cama y le acarició el cabello—, lo he pensado y no puedo atarte a mí solo porque nos deseamos tanto, no soy un buen partido, no

te hará bien estar conmigo.

—Eres el mejor partido de todos.

—Heredaré las propiedades de mi padre, no podré irme y sé que tú amas tu propia tierra ¿no es así?

—Puedo renunciar a eso —murmuró—, puedo ir a cualquier lugar si es contigo, pero odiaría mi amada tierra si no estás.

—Eso solo es poesía, Marce —le dijo—, la realidad es muy distinta.

—Dije que te amo y no soy una tonta que confunde pasión y amor —sentenció

—Marcela

—Prefiero el convento a una vida con un hombre que no eres tú.

—Claro que puedes tener una buena vida junto a otro hombre.

—Puedo, pero no quiero —sentenció —, tendrá que forzarme cada noche si me caso con otro.

—¿Alguien que tolera tan poco el dolor actuando así? Y si eres sincera contigo misma y conmigo, Alexander Windsor no tendría que lastimarte —se burló él, Marcela se sentó también y lo abrazó.

—De verdad te quiero muchísimo —le dijo mirándolo a los ojos en la semioscuridad en la que estaban, ignorando su mención de Alexander—. ¿tú no me quieres nada?

—Soy un estúpido, Marcela —se lamentó él—, un estúpido que pensó que era posible una vida junto a ti, pero no te convengo.

—¿Cómo me creerías que es amor?

—No vengas más a mi cama que yo no iré a la tuya y si conociéndome sin este ardor sientes que sigues amándome, entonces me amas y yo haré todo lo que pueda por que seamos felices juntos.

—Puedo hacer eso —murmuró—, aunque me resultará insoportable.

—No lo dudo.

—Pero ¿puede ser mañana? No sé si estaré viva mañana, me gustaría sentirme tuya una vez más.

Jamie la besó e hicieron el amor, con delicadeza como siempre, pero había un deje de tristeza en sus palabras y sus caricias, a Marcela aquella noche de pasión le supo a despedida y se negaba a aceptarlo. No tenía padre ni madre, no conocía abuelos, tíos o primos, solo tenía a sus dos medias hermanas y aunque sabía que la querían, como mujeres que eran tendrían que seguir los caminos dictados por sus maridos así que de la familia que formara quería amor y la quería junto al hombre que quería. A sus ojos la única vía era un embarazo, pero ¿cómo se iba a quedar embarazada con esa abstinencia obligatoria a sus ojos más severa que la impuesta por su confesor años atrás?

Tal vez quien solo sentía pasión era él. Le atraía lo que consideraba exótico en ella, el rastro de su sangre india, el ardor de su sangre caribeña. Quizá, como pensó al principio, a él solo lo empujaba su lujuria. Pero no, debía quererla, la ternura en sus ojos al mirarla solo podía ser amor, o algo más. Mirando al techo de la cama, Marcela preguntó:

—Pareces seguro de cómo es el amor ¿has amado antes?

—Muchísimo —murmuró él con amargura.

—¿Ella era bonita?

—A mi me parecía bonita, ahora no me parece.

—¿Y qué pasó? ¿Estaba comprometida con otro?

—No me gusta hablar de ella, menos contigo.

—Así suena como si todavía la quisieras.

—La detesto, pero cuando amas así supongo que nunca dejas de amar por completo. Por momentos me pregunto si lo que siento por ti es porque te pareces a ella, eso piensa mi madre.

—Supongo que al final hay cosas específicas que nos gustan de las personas, y en ese sentido las personas que amamos se pueden parecer un poco.

—Sí, así debe ser, porque también eres demasiado diferente a ella. Si soy sincero, Alexander es mil veces mejor opción que yo, es un hombre con pasado, como todos, pero creo que eres la primera mujer de la que se enamora.

Marcela no contestó, no quería hablar de amores viejos o nuevos.

—Me dijo que eras cobarde, ahora opino lo mismo, pero ¿por qué lo dijo?

—Según los rumores es muy cercano a mi prometida. Tal vez lo dice por ella.

—¿Por qué?

—Ya lo sabrás después.

Minutos después, al no hablar más, Marcela lo dejó solo.

Jamie vio partir a Marcela y sintió que deseaba llorar, dos días antes, su padre lo había enfrentado en *White's* donde él intentaba jugar billar, se declaraba apolítico y contaba con la suerte de pertenecer a varios clubes de caballeros de la ciudad, aunque no había sido admitido en *Almack's*, que por cosas extrañas de la vida Marcela hubiera sido aceptada le resultaba curioso y hasta molesto porque sabía que incluso duques y duquesas podían ser rechazados por el club, pero Marcela, hija natural, española y castiza, hermana de una mujer todavía en medio de un escándalo, había sido admitida en el club que garantizaba su ascenso en la sociedad inglesa.

—¿Qué pretendes al aprovecharte así de la muchacha, repetir la historia? —preguntó el vizconde.

—¿De cual muchacha? —preguntó indiferente antes de golpear la bola.

—Sabes de quién hablo —susurró su padre—, ¿qué haremos si la devuelven cuando se case?

—Muy estúpido sería quien la devolviese —sentenció apartándose un poco de la mesa—, podría casarme con ella.

—Ya estás comprometido —le recordó su padre—, y he de garantizar el mejor matrimonio posible para la muchacha, ya que no lo logré con sus hermanas.

—¿Tu propio hijo no es un buen enlace para ella?

—Podría casarla con un duque, ¿por qué habría de casarla contigo?

—Ya me he casado con ella —sentenció—, hice el matrimonio por poderes.

La mirada de su padre fue severa, Jamie estaba acostumbrado a tal mirada, era quizás la única que el hombre le prodigaba desde los quince años, antes de eso Jamie recordaba ser tratado con cariño, muchísimo cariño.

—¿La sal del mar te secó el cerebro? —le preguntó—. Ese matrimonio es inválido, el poder está a mi nombre ¿cómo se te ha ocurrido? Ahora complicarás su enlace y el tuyo.

—Entonces me casaré de nuevo con ella, con todas las pompas que merece.

—¡Es una jovencita inocente! —casi gritó su padre, pero tuvo la decencia de no hacerlo porque los caballeros también podían ser chismosos.

—¿En qué ofendo a su inocencia casándome con la mujer que quiero? —preguntó.

—No eres el candidato apropiado para ella.

—¿Tu propio hijo es un mal partido?

—Lo eres, probablemente jamás te conviertas en vizconde —le dijo él—, y aunque lo hagas las murmuraciones que ya conoces no cesarán.

—Entonces porque me engendraste con una de tus siervas no soy digno de la mujer que amo que es una hija ilegítima de otro reino.

—Así es, no eres digno, ya arrastra mucho ella con su sangre mestiza —le dijo—, como para unir su nacimiento censurable al tuyo… además ya has dado tu palabra, y has de responder por la mujer a la que sabemos que mancillaste tiempo atrás.

Sí, Jamie lo había hecho seis años atrás y por eso, huyendo del compromiso y el deber de convertirse en padre y marido a su corta edad, determinó que se quedaría en el mar, donde Minerva no pudiera encontrarlo. Sin embargo, no veía razón para casarse con aquella mentirosa cuando el niño ni siquiera importaba, la única razón por la que dilataba el compromiso era porque esperaba conocer el paradero de su hijo, su padre nunca se lo decía, a veces pensaba que tal niño no existía. Y, claro, tampoco conseguía imaginar a Minerva con otro hombre, la sola idea lo enfurecía sin que quisiera.

—Sabes que fue culpa suya —se defendió.

—Pero el niño existe.

—Y nadie lo sabe —arguyó.

—Deja de tocarla, Jamie, como vea que lo haces o se quede embarazada la casaré con un colono y la enviaré a las Antillas y no a la región en que es conocida… debes casarte con Minerva.

—No quiero casarme con Minerva.

—Entonces cancela oficialmente el compromiso, tan solo te advierto que en el contrato de esponsales, Gonzalo hizo estipular que si luego de una aproximación sexual consentida o no por ella nuestra parte desistía del matrimonio había que devolverle el triple de su dote… y Gonzalo la apadrinó concediéndole una dote tan cuantiosa como la de sus hijas.

—¿Acaso así liberaba la culpa de deshonrar a tantas hijas de otros? —preguntó amargado, incapaz de aceptar que no sería capaz de triplicar una dote así.

Al día siguiente su padre le informó que había resuelto discretamente el asunto de su inexistente matrimonio y no debía significarles problema alguno.

Jamie sabía que su padre era tan severo para complacer a su esposa, la vizcondesa había ideado que su marido se acostara con su sierva más joven con el fin de darle un hijo, pero con el tiempo le pareció poco conveniente la existencia de Jamie, él suponía que al notar el amor que su padre sentía por él. Jamie notaba la mirada ausente del vizconde, los suspiros al aire cuando miraba la nada. Se preguntaba si aquellos suspiros eran por su madre, la que lo engendró.

Cuando Marcela se fue, Jamie se vistió y buscó a su padre, sabía que lo encontraría en la biblioteca o en la habitación sin comunicación que usaba desde que vivían en Londres, pues desde hacía siete años que no iban al campo.

Lo encontró en la sala de estar junto a un botellón de whisky, todavía con sus trajes de noche.

—Ya le he dicho a Marcela que no vuelva a mi habitación y que yo no volveré a la suya —dijo sentándose en el sillón ubicado a su lado. Solo había encendido un candelabro.

Su padre le sirvió un trago.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Parecía triste.

—Realmente debes asumir tus compromisos, aunque te duelan.

—¿Lo has hecho antes?

—Sabes que sí… podrás vivir con ello, tú fuiste lo que más me importó y tú debes pensar en tu hijo —dijo su padre dándole palmaditas en la cara.

—¿Qué hiciste tú?

—No amaba a mi esposa, no como se suponía que debía ser —murmuró—. Y al principio tampoco me interesó tu madre, pero mientras crecías en su vientre la amé, el matrimonio y la clase social nos separaban, pensé en hacerla mi querida, pero era muy indigno para ella, más que las condiciones en que se entregó a mí… pero no quería condenarte a ser un simple bastardo, quería todo para ti.

—¿Y esto es todo para mí? —le preguntó.

—No, esto es tu maldito destino —se lamentó él—, sé que la quieres y ella te quiere, las chispas saltaron entre ustedes desde el primer día, incluso cuando fingías despreciarla, pero ¿condenarás a tu pobre hijo al exilio por un mes de sentimientos con una mujer? Amaste a Minerva por muchísimo más tiempo, o eso decías.

—Ni siquiera sé si ese niño existe.

—Existe y se parece a ti, tal vez por eso su madre lo despreció. Ya lo conocerás, viene en camino.

—¿Viene en camino?

—Debe estar aquí a primera hora de la mañana —sentenció él tocándole el hombro.

Jamie ya no pudo dormir en lo que restaba de noche. Siempre pensó que el niño estaba muy lejos, pero se daba cuenta de que debía haber estado muy cerca. Le habían informado que Minerva no lo quería, lo que no encajaba con lo que recordaba de ella quien siempre se perdía en ensoñaciones cuando Jamie le describía el hogar que construiría, pero suponía que una mujer resentida podía incluso despreciar a su propio hijo.

Podía ser que su padre tuviera razón, ahora despreciaba a su prometida, quien andaba viajando por el mundo esperando a su enlace o a que la olvidaran por completo, pero había existido un tiempo en que se despertaba y se dormía soñando con su chica sumisa y silenciosa. Un tiempo en que se contentaba con verla bordar o pintar. Luego hubo un tiempo en que siempre encontraba las maneras de perderse entre sus faldas y escucharla gemir de placer. Y un tiempo en que sufrió porque ante los malentendidos con otras mujeres no reaccionó como él hubiera esperado. Un tiempo en que el desinterés de ella le causó hastío y ella le resultó aburrida. Y la diosa de sus sueños se convirtió en la humana menos interesante de todas. Podía ser que su abrumador amor y su apabullante deseo por Marcela diera paso a similar desprecio.

Pero Jamie no tenía tiempo para pensar en sus amores, el niño del que había huido llegaba a su vida y con él toda la responsabilidad que implicaba y la culpa de que le había negado la posición legítima que merecía.

A las cinco de la madrugada tocaron la puerta. El mayordomo abrió y Jamie esperó a dos metros de él, una mujer de mediana edad entró cargando a un niño.

Jamie nunca se había sentido tan abrumado. Se acercó y lo arrancó a la mujer que lo cargaba, realmente se parecía a él, a lo que recordaba de su propio rostro en la infancia. El pequeño se quejó en sueños y él le besó la coronilla poniendo la mano en su cabeza. ¿Cómo podía un amor tan fuerte surgir de esa forma automática? Comprendió en ese momento el dolor de Michael cuando Jane abortó a su hijo y las desdichadas lágrimas de Donald cuando supo que su hijita de un año había muerto a causa de unas fiebres. A Jamie le dolía que su pobre hijo no hubiera tenido padre ni madre en esos años.

—¿Quién es él? —preguntó Marcela desde la escalera.

—El hijo ilegítimo de Jamie —dijo su padre tras ella—, debe casarse con su madre por el bien del niño.

—Pero ya está grande.

—Yo tengo su patria potestad, puedo enviarlo a donde quiera si no cumple su deber este año,

supongo que nada puede importarle más que su hijo.

Jamie sintió la mirada de Marcela, sus ojos lo atravesaron amenazadores, mostrando en su expresión un temperamento similar al de sus hermanas, parecía decirle que no era un juguete y que se lo pagaría caro. Jamie temió por su hijo, pero también por su amada. Tras la amenaza de sus ojos estaban también la desesperanza y el dolor. Sabía leer la desesperanza, eso había siempre en los ojos de su amigo. Sus primas también le harían pagar y el hombre que en ese momento la hería con sus palabras.

El niño le rodeó el cuello con los brazos y Jamie comprendió mejor al hombre que se quedó junto a una mujer que no amaba y ni siquiera convirtió a la otra en su querida. Marcela regresó a su habitación llorando. Jamie llevó a su hijo a la suya, lo observó y trató de no pensar en la que sí quería por mujer y en la posibilidad de tener también un hijo con ella.

—¿Cómo te llamas?

— Daniel —dijo el niño horas después, Jamie se despertó con las voces.

—¿Y tu padre?

— Jamie.

—¿Y tu madre?

—No sé.

—¿Te gustaría que yo fuera tu mamá?

— Sí, eres linda.

— Es todo lo que necesitaba escuchar, me iré ahora, dale un beso a tu padre de mi parte.

—No lo conozco.

—Empieza ahora, antes de que el día empiece realmente —dijo Marcela y abandonó la habitación. Jamie se preguntó qué estaría pensando, pero se limitaría a obedecer a su padre. Quizá encontrara alguna solución, quizá volviera al mar con ambos, aunque ni el niño ni ella merecían la dura vida del pirata ni la inconsistencia de sus emociones.

Michael vio a su cuñada llorando en los brazos de su hermana, unos días Marcela iba a su casa, otros días Isobel iba a la de su tío, ponían por excusa que necesitaban supervisar las reparaciones que a ojos de Michael solo eran superficiales porque le parecía que era necesario tumbar algunas paredes. Pero bueno, poco importaba que la casa pudiera caerles encima con tal de que se viera bien.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó al aire sin mirar a su mujer como tal.

—Jamie tiene un hijo —contestó Isobel—, ¿lo sabías?

—Con su prometida, sí, pero Jamie no se casó con ella en ese momento de modo que el niño nació de forma secreta y está oculto, ¿cuál es el problema?

—Que ha apartado a Marce.

—Pero la quiere ¿por qué la apartaría?

—Dice que no lo quiero realmente —se lamentó la muchacha—, pero haré que se case conmigo, aunque no quiera.

—Es lo correcto, eres una muchacha de clase, debe pagar por la deshonra.

—Debió decir lo del niño en primer lugar —apuntó su esposa—, ¿tienes tu algún hijo, lo tiene Donald?

—Jamie y Donald deben tener algunos —contestó—, yo no creo, mi hijo fue abortado y la hija

de Donald murió.

—¿Donald tenía una hija? —preguntaron las dos al tiempo.

—Sí, tendría ocho años ahora —murmuró—, éramos bastante jóvenes cuando ocurrió.

—¿Qué le pasó? —preguntó Marcela secándose las lágrimas.

—¿Qué pasó con tu bebé?

—Tuvo unas fiebres muy duras, su madre es una mujer humilde y no tuvo forma de tratarla mientras Donald estaba en el mar. Y en cuanto a mí…, supongo que no quería tener un hijo conmigo.

—¿Por qué no? —preguntó su esposa, parecía enojada—, yo anhelo mucho tener un hijo tuyo.

—Bueno, es tu esposo y hace mucho que quieres tener un hijo, así que es normal tu anhelo.

—¿Cómo sabes?

—Porque nos parecemos mucho y es normal que una mujer de tu edad quiera tener hijos, yo realmente quisiera tener uno con Jamie, al menos una hija, ya que tiene un hijo —dijo Marcela—. ¿O crees que me abandonaría si no fuera varón?

—¿Por qué haría eso? —preguntó—. Te quiere, no te dejaría por eso, seguro que adoraría a su hija. Jamie es un buen hombre la mayor parte del tiempo.

—Pero ha jugado conmigo —insistió Marcela.

Michael no conocía los detalles, Jamie era tan discreto como podía, pero no le parecía que ella fuera una víctima, que fuera ignorante de todo, sin embargo, se reservó sus opiniones y fue a buscar lo que pudieran haber llevado los sirvientes aquel día. Debía pensar, ya estaba claro para muchos que vivía y sus deudas volverían a aparecer, al tiempo debía buscar el mapa así que tendría que deshacerse de las deudas, pero la única manera que se le ocurría no le parecía correcta. Y tampoco esperaba que su mujer le colaborara con eso.

¿Moría por tener un hijo suyo? ¿Olvidaba por momentos que no era William?

Debía admitir que la casa ya no parecía la cueva de un monstruo, había más luz, estaba más limpia, a pesar de los materiales para construcción y el ruido, lograba parecer un hogar humano.

Michael comió un poco de pastel que encontró. Los sabores dulces le gustaban, siempre le habían gustado, además, traían buenos recuerdos, como la primera vez que probó algo dulce. Siempre había visto a los adultos y los demás niños comiendo aquello, pero ni Michael ni sus hermanitas comían pasteles y toda esa serie de bocadillos. Aquel día su madre cortó un poco de su postre y le acercó a la boca.

—¿Te gusta? —le preguntó sonriendo.

—Mucho.

—Siempre que te portes bien tendrás postre —le dijo ella, a Michael era a quien más le gustaban los postres y hasta su última cena en casa su madre siempre le cedió una parte o todo su postre. Muchas veces también le permitió estar con ella en la cocina cuando se divertía allí con la cocinera, Michael probaba sus recetas inventadas y sus intentos de imitar la receta de la cocinera. Todas esas veces, lo tocaba y le hablaba, poco su madre le sonreía.

—Así que eres tú quien se ha comido el postre antes de la hora de la cena —pareció acusarlo su mujer a su espalda. Michael volteó a mirarla con las manos en la masa, todavía masticando.

—¿Cuál es tu preferido?

—Es una receta especial de mi madre —consiguió decir, Michael no comía aquel pastel hacía años.

—Trataré de conseguirla, aunque tendrías que hacerlo tú porque ya ves que soy toda una marquesa, no tengo talento en la cocina.

—Gracias a Dios has hecho que nos traigan comida porque ya me preocupaba mi salud.

—Me estás hablando, espero que ya no estés enojado conmigo o insistas en no tocarme porque para tocar mi fortuna debes tocarme a mí, ¿recuerdas? No toleraré que me dejes sola una noche más —advirtió ella en tono contundente—. Seguro que soy más placentera que el pastel de tu madre y aunque con tu atractivo puedes tener casi a cualquier mujer, yo soy la tuya y no admitiré que me pongas los cuernos me vaya o me quede. Y para ya tu embeleco con esas serpientes, ¿acaso se transforman en mujeres? ¿Tienes un harén de fantasía y por eso prefieres dormir allí?

—¿Estás celosa de mis serpientes?

—¡Sí! —gritó ella—. ¡No soy tan fea como para que prefieras a esas bestias!

—No eres fea —murmuró confundido—, eres muy bella, esposa mía —le aseguró rodeando su cintura—. Pero para volver a tu cama debes aceptar con quién estás casada y por eso debes aceptar cierta parte de mí, si no lo haces no habrá hijo y no habrá fortuna ni para ti ni para mí.

—Mientras no tenga que ver con las serpientes —empezó ella, Michael sonrió y ella suspiró ostensiblemente.

—Por Dios, tengo que ser muy lujuriosa para estar a punto de aceptar esto —se lamentó, Michael se llevó otro bocado de postre a la boca, cubrió el plato, y tomándola por la cintura la guio al sótano, no era muy grande, pero era suficiente.

Las culebras fueron a él y cuando liberó a las víboras, estas hicieron lo mismo, mientras Isobel temblaba sin soltar su mano. Michael le presentó a cada una de sus serpientes animándola a acariciarlas, luego, por torturarla se llevó con ellos a la pitón.

Cuando Isobel estuvo desnuda dejó que la rodeara la pitón y con ella llorando y la pitón sobre su cuerpo le hizo el amor con tortuosa lentitud. Aquellos días no se sintió triste ni había llorado, simplemente estaba enojado y sí, decepcionado, pero ya sabía que ella no lo quería a él. Solo le frustraba y enojaba su propia torpeza, porque ya sabía que el lujurioso de su hermano no era alguien en quien pudiera confiar.

—Yo te quiero a ti —chilló su esposa luego—, no a tus serpientes.

Ordenó a la pitón que se apartara luego abrazó a su pálida y llorosa esposa que incluso decía que lo quería a causa de los nervios. Sentados en la cama, ella siguió abrazada a él.

—¿Puedo ser normal, moralista o anticuada en algo? —Le preguntó ella acariciando su pecho mientras lo miraba.

—Dime.

—Creo que en la cama matrimonial solo deben estar los esposos y los recién nacidos.

Michael le besó la frente y asintió.

—Yo también lo creo, solo quería fastidiarte un rato, a fin de cuentas, besaste a mi hermano y ni siquiera sé si fuiste más allá con él.

—No, no lo hice —aseguró ella—, aunque él sí que lo intentó en otras ocasiones, pero yo solo cedía si veía el lunar… deberías castrarlo por ser tan atrevido.

—Es mi hermano y lo quiero, jamás le haría eso.

—Pero se propasó con tu esposa.

—Aun así, no le haría eso y no hizo nada que no quisieras ¿o sí?

—No sé —contestó ella sonriendo—, Michael.

—Dime.

—¿Tú qué sientes por mí?

—¿Qué siento por ti? —repitió fingiendo que pensaba, preguntándose si era apropiado decirle, no lo quería realmente, sería la pasión—. No importa.

—¿Tampoco te importa lo que sienta por ti? —preguntó ella.

—Lo cierto es que no importa, nada cambia —murmuró—, ve a traer la cena.

—¿Por qué yo?

—Eres la mujer aquí —contestó él—, es tu deber, a pesar de tu título y mi carencia de uno —trató de burlarse dispuesto en realidad a ayudarla.

—De verdad siento que te quiero —dijo ella ya de pie con la bata puesta, pero sin amarrar—, a pesar de tus serpientes; supongo que es la pasión, nunca había consumado mi deseo con nadie así que esto es nuevo, pero se siente como querer. De modo que sí me importa, al menos ahora, lo que siento por ti y tú por mí, podría permanecer a tu lado, no en Inglaterra, pero sí contigo, a mí también me cuesta creer que me sienta así por ti, justo por ti.

—¿Ya no te gusta mi hermano?

—Sigue gustándome, pero… también me gustas tú.

—Tú también me gustas, Isobel —le dijo—, no creo que tengas dudas al respecto, me siento como animal en celo junto a ti.

—Comprendo —murmuró ella con la cabeza baja y se dirigió a la cocina como Dios la había traído al mundo.

Michael también se puso su bata de dormir y esperó a su mujer para la cena. Al principio todo fue silencio, luego ella empezó a contar una anécdota de su infancia en las indias, cuando sus padres aún vivían y Michael rio con ella, luego volvió a hacerle el amor y quiso decirle que no solo la quería, que lo suyo era más grande que eso. Pero, no importaba. Era más importante ocuparse de sus deudas y encontrar a quien ordenó su asesinato.

Lady Genevive contempló el postre que le fue servido, se trataba de un pastel recubierto de crema y frutas almibaradas, ni su esposo ni sus hijas lo comían, lo cierto era que casi siempre solo se hacía postre para las cenas formales, su familia no disfrutaba las comidas dulces, pero a veces se le antojaba alguna cosa y pedía que la prepararan o lo hacía ella misma. Aquel día quiso prepararse un pastel, pero ella no podría comerse todo aquello y le molestaba tener que darlo a los sirvientes.

No pudo dejar de pensar en su hijo menor. Recordó al niño que sonriendo mientras le enseñaba los adorables agujeros en su mejilla esperaba a que le entregara el plato con su porción de postre. Recordó su risa cuando se ensuciaba con harina en la cocina, las muchas veces que sintió el deseo de besarlo y abrazarlo, de recostarlo contra su pecho. Esos momentos en que quiso ensuciarle la nariz con harina o ser quien le limpiara el rostro con un paño. Esos tiempos en que no había odio ni miedo.

—¿Sería descortés enviar un poco de este postre a doña Isobel? —preguntó a su hija mayor.

—No sé si descortés, pero sería extraño.

— Y pensaría que se lo envías a él —murmuró Darien, su esposo, con voz severa.

—¿Y qué tendría de malo que madre le enviara a su hijo un poco de su pastel favorito? —preguntó Teodora.

—¿Cuál hijo? —preguntó su hija de catorce años—, que yo sepa ese hombre no hace parte de nuestra familia.

—Eso es solo un papel, hermanita —dijo Teodora—, un papel no elimina la filiación natural.

—¿Han decidido una fecha, hija? —preguntó Darien cambiando el tema radicalmente pues Teodora y sus tres hermanas, incluso la menor, se concentrarían en hablar de la boda, les emocionaba mucho ese tema.

Genevive pensó asombrada que pronto sería abuela y que no faltaba mucho para que al menos las dos más grandes de sus hijas menores tuvieran que debutar. Los años pasaban de prisa, aunque eran lentos para las madres que desconocían el destino de sus hijos. Le asombraba la forma en que sus tres hijos se parecían tanto, las seis mujeres eran diferentes, pensando en que Anastasia de seis años sería igual de tranquila y disciplinada que sus hermanas. Ellas eran dulces y alegres, solo a veces duras por ser fieles pero sus hijos varones al crecer se habían vuelto viciosos, solitarios y fríos, como si todos hubieran tenido una vida tan dura como la de Michael. Aunque su quinta hija, Margaret, desde que estaba embarazada también parecía solitaria y fría, la prueba era que, aunque su esposo estaba de servicio y ella en casa, tenía ya varios meses sin compartir la cena con ellos, algunos días ni siquiera salía de la habitación y días antes había destrozado cuadros y floreros al escuchar de su padre la palabra monstruo.

—El día exacto todavía no, padre —contestó Teodora—, pero lo haremos antes de la temporada de caza, sus padres insisten en el matrimonio por la iglesia anglicana.

—¿No son irlandeses? —preguntó Kathleen, de doce años.

—Sí, pero al parecer se unieron a la iglesia presbiteriana al venir a Inglaterra explicó Teodora —, sin embargo, poco importa lo que ellos digan, ya somos mayores de edad, a veces pienso que debería disfrutar un poco más serlo.

—No es como si pudieras ir a cualquier lugar del mundo y hacer cualquier cosa —dijo Mary, la de catorce, tomando un poco de vino con la sofisticación de la mujer que aún no era—, sigues siendo mujer y madre y padre no te dejarían, a pesar de que seas una viuda respetable.

—Solo digo que podría ser interesante, no tengo el carácter de las hermanas Saavedra, así que difícilmente soportaría ese ritmo de vida, pero podría ser interesante.

—Al final debieron venir a buscar marido y les ha costado más que a cualquiera por lo que deja de ser interesante —apuntó la doméstica Mary.

—Pero el otro día dijiste que te gustaría buscar un tesoro —la contradijo Kathleen—, y que querías surcar los océanos y dominar las serpientes como nuestro hermano.

—Sí, eso dijiste —apoyó la pequeña Anastasia. Mary enrojeció y se tomó el resto de vino mirando a otro sitio, Genevive quiso reír por su inocencia, pero su marido parecía molesto y a ella en el fondo le dolía que su hijo ni siquiera hubiera recibido la educación merecida a su clase social.

Luego de cenar jugaron a las cartas un rato y las llevó a la cama. En Londres solo Margaret dormía sola, las otras cuatro dormían juntas a pesar de la diversidad de sus edades, Madeleine solo iba a visitarlos y embarazada como también estaba poco participaba de la temporada social, de hecho, manifestaba la intención de irse al campo con su marido antes de que terminara. Genevive pronto sería abuela, quizás ya lo era, pero no sabía; y estaba de nuevo embarazada o eso le parecía.

—Así que quieres ser pirata, mi amor —le dijo a su hija acariciando su cabello rojo.

—Tengo un mapa —le dijo ella—, en el libro que Michael me regaló la última vez había un mapa.

—¿Michael te regaló un libro? —preguntó confundida—, ¿cuándo?

—Te digo, pero no te enojes —susurró, su madre asintió con la mirada y se inclinó para escucharla—. Una vez vino borracho y padre lo echó, pero él se cayó, hacía frío y yo no pude dejarlo ahí, así que salí a ayudarlo a tomar un carruaje, pero cuando lo toqué vi que tenía fiebre,

muchísima, y me fui con él a su casa y lo cuidé, antes de que volviera me regaló una novela que tenía en su chaqueta.

—Así que saliste una noche sin que nadie se diera cuenta y volviste al amanecer de nuevo sin que se dieran cuenta.

—Sí.

—¿Lo has hecho otras veces?

—Pero solo para ver las estrellas o estar en el jardín —aseguró ella—, de verdad me gustaría hacerlo, es solo una fantasía, pero William me dijo que navegar es algo maravilloso. ¿Podría casarme con alguien que navegue? O que viaje mucho, me gustaría conocer muchos lugares como mis hermanos, pero sin que eso afecte mi reputación.

—No creo que tu padre acepte que te cases con un navegante ni veo cómo sería posible que coincidas con uno.

—Si mis hermanos tuvieran mejores relaciones sociales —suspiró la muchacha—, pero van al puerto a juntarse con lo peor de la sociedad.

—¿Cómo sabes?

—Porque también ha ido al puerto —la delató Kathleen otra vez—, de hecho, iba muchas veces hace unas semanas, allí vio a un mercante italiano que le gustó muchísimo, estaba siguiendo a padre.

—¿Y por qué lo seguías? ¿Qué edad tiene ese hombre?

—Supongo que entre los dieciocho o veinte, incluso más de veinte años —dijo la muchachita sonrojada haciendo que su hermana mayor riera pues Teodora a aquella edad todavía pensaba en juegos y muñecas, igual que las demás—, pensé que padre te era infiel.

—La mayoría de los hombres son infieles —aseguró Teodora.

— Darien no —lo defendió, era muchas cosas, pero no era infiel o por lo menos jamás le había dado razones para dudar de su fidelidad, ella estaba segura de que él la amaba, que había aprendido a hacerlo con el tiempo—, es un hombre fiel y me ama.

—Sí, eso parece —aceptó Mary—, se reunía con mercaderes, pensé que solo vivíamos de las rentas.

—No, tu padre no soportaría hacerlo —concedió—, cree que el dinero hay que trabajarlo, recuerda que él no es el típico inglés.

—Supongo que el mercante italiano pasaría la prueba de masculinidad que hace mi padre —se burló Teodora. Genevive rio recordando cómo su marido conversaba y observaba durante un mes completo al pretendiente de su hija con el fin de juzgar su carácter y su virilidad, por eso, a pesar de su reputación y no solo porque era hija de su difunto mejor amigo Darien consideraba que la marquesa de San León era una buena influencia para sus hijas por el hecho de saber juzgar, al menos lo suficiente, el carácter de un hombre, de hecho, había echado a sus amados hijos de casa para que forjaran el suyo, que se decidieran por la vía del libertinaje era otro asunto.

Luego de hacer con ellas las oraciones del día, Genevive se dispuso a ir a su habitación consciente de su deber de esa noche conforme al débito conyugal, seguía deseando a su esposo, pero ya era mayor y sus deseos menores, nunca había sido tan fogosa como él y desconfiaban el uno del otro desde la concepción de Michael. Genevive juraba que su esposo la tomó aquella noche, apenas habiendo cumplido la cuarentena tras el nacimiento de William, le extrañó, sí, que no se alterara la casa con el trajín del viaje, pero él estaba allí y ella quería estar con él. Entonces, le pareció ver salir una serpiente de su habitación y su marido no estaba, fue dos días después que Darien regresó de su viaje aumentando su confusión.

Luego Genevive no se dejó tocar un tiempo y descubrió que estaba embarazada del hijo de aquel espectro idéntico a su marido. Y tuvo un niño de piel escamosa, ojos no humanos y lengua plana y viperina, que se convirtió en sus brazos, con la manito en torno a su dedo mientras se amamantaba de su pecho como ninguno de sus hijos, en un niño perfectamente humano. Luego en serpiente, cuando Darien trató de matarlo. Temía y odiaba a Michael por haber mordido a Teodora haciendo que perdiera parte de su dedo y casi su vida, pero seguía sintiendo el dolor y la confusión de aquel primer día de su vida, cuando dio vida a un monstruo y no fue capaz de matarlo porque también era su hijo. El horror y el instinto protector cuando las manos de su esposo apretaban su pequeño y delicado cuello y luego perseguía a la serpiente tratando de cortarle la cabeza.

Después, Darien le permitió vivir, pero a un lado, aunque no dijo nada cada vez que Genevive se levantó a amamantar a su bebé dormido, ni las veces que lo llevó a la cama con ellos cuando hacía demasiado frío. Una vez, incluso, Darien los cubrió a ella y al bebé con la sábana y con su cuerpo. Michael nació en otoño y era más sensible al frío que los demás, su cuerpito se llenaba de ampollas y ella se sentía culpable. Sin embargo, su bebé siempre estuvo dormido aquellas veces, jamás sintió que lo cuidaban.

Genevive se dejó desnudar por la doncella y se quedó en bata esperando a que el valet hiciera lo propio con su esposo. Darien aseguró la puerta cuando el valet salió, James una vez los había visto y fue difícil explicarle.

Genevive se quitó la bata y le sonrió.

—Sigues siendo hermosa ¿sabes? —dijo él antes de besarla, mostrándole los hoyuelos en las mejillas que solo había heredado el que no era su hijo, a ella en cambio le parecía que cualquiera podría dudar de sus hijas, poco o nada parecidas a él, pero sus tres hijos tenían sus ojos, su nariz, sus labios, la forma de la barba y las cejas.

—Sé que sigo siendo hermosa, tú también sigues siendo muy apuesto.

—Me lo dices todos los días —se jactó él sonriendo seductor antes de cargarla a la cama, habían hablado sobre no volver a apagar las velas, ella lo había hecho desde que se acostó con aquel espectro, temía hallarse ante ojos reptilianos y ante un hombre confundido, pero él no quería más eso, durante veintiséis años solo habían tenido oscuridad. Y él, según decía, quería ver a su esposa, las expresiones y los colores de su mujer. Algunas veces en las tardes o de día lo habían hecho sin que se cumplieran sus temores, pero muy pocas veces.

—¿Sucede algo hoy? —preguntó él al rato.

—Supongo que estoy nostálgica —murmuró—, y no puedo dejar de preocuparme un poco, alguien quiere matar a Michael y según dijo James, ya se reveló que sigue vivo, podría suceder algo a cualquiera de los dos.

—Quiero a la mujer, no a la madre —le dijo su esposo—, ellos estarán bien, me preocupa más que James y William se contagien con alguna enfermedad de prostitutas.

De verdad era él, así que ella se dejó llevar, aquel espectro no parecía al tanto de los acontecimientos, parecía ido, medio dormido o víctima de un opiáceo.

Y entonces ocurrió, Genevive sintió con seguridad la lengua viperina, otras veces le había pasado, pero se decía que era su imaginación, y sintió la piel reptiliana, pero cerró sus ojos.

—¿No me vas a mirar? —preguntó él.

—Estoy embarazada —dijo abriéndolos, las pupilas eran distintas, había desaparecido parte del cabello, la nariz parecía estarse hundiendo.

—¿Estás segura?

—Eso pienso, eso o ya he llegado al final de mi vida fértil —murmuró—, pero en mi corazón siento que es otro hijo.

—Seré cuidadoso de todas formas —dijo él, era realmente él, pero entonces también era el monstruo. Genevive no dijo nada, no podía ser. Debía estarlo imaginando.

—¿Debería pagar las deudas de Michael? —le preguntó su esposo al rato—. Se ha casado con la hija de mi mejor amigo, ya es suficiente con no haber hallado a la otra como para permitir que esta se convierta en viuda demasiado pronto.

—No creo que debas —murmuró—, además, pagas las de Michael y tendrás a James y a William reclamando que los ayudes con las suyas.

—Pero Michael se ha endeudado tratando de construir su destino, ellos destruyéndolo.

—Aun así —murmuró—, no puedes ser bueno con él, de repente.

—Nunca lo saqué del registro familiar —le confesó su esposo—, ni de la herencia.

—¿Por qué?

—No es su culpa ser como es —dijo—, me mordió porque tenía miedo y fue igual con Teodora, solo quería que lo tratáramos bien y por eso trató de matar a William.

—William trató de matarlo a él —le recordó—, y James provocó que lo dejaran mal herido cuando era apenas un bebé, y tú rompiste la jaula de cristal en que lo metías.

—Así es —aceptó su esposo—, al final es mejor que sus hermanos.

—Creí que tus hijos no eran hermanos de ese monstruo —ironizó.

—Siempre me he preguntado por la serpiente que lo mordió a él —dijo su esposo recordando aquel extraño suceso, ya había vuelto a la normalidad.

Cuando tenía tres años, Michael fue mordido por una serpiente, el pequeño se quedaba en la misma habitación que ella, a veces escuchaba el siseo de una serpiente, pero siempre pensó que se trataba de él. En aquella ocasión, el niño jugaba con una pelotita de tela mientras Margaret gateaba, como nunca Genevive dejó al niño solo con su hija aunque no solía hacer eso por temor a que se transformara en serpiente y la lastimara, pero fue el grito de Michael el que la hizo volver a la habitación, tenía marcas de los colmillos en su pierna y en su mano, Margaret, antes con ropa, estaba desnuda como atontada en un rincón pero ella solo se concentró en buscar a la serpiente y revisar que Maggie estuviera bien. Fue Darien quien succionó el veneno en la mano y la pierna del niño en lugar de dejarlo morir como siempre quiso.

—Estaban solo ellos dos, James aseguró que su hermana debía tener el mismo poder.

Genevive no recordaba mucho aquellos días, solo recordaba al niño que ardía en fiebre y llegó a convulsionar, cómo el médico hablaba de amputar su pierna y su mano mientras la piel se tornaba oscura, a Darien tomándolo por las solapas advirtiéndole que como trozara otra vez a un hijo suyo lo destrozaría a él.

—¿Y si tú fueras la serpiente? —le preguntó—. ¿Qué harías?

—¿Por qué sería yo?

—Podrías no recordar cuando te transformas, como le pasa a Michael —sugirió.

—No podría soportarlo.

—¿Qué cosa?

—Si yo fuera el monstruo sería el padre más maldito del mundo —dijo él.

—Ya lo eres, porque lleve o no tu sangre eres el único padre que Michael conoce, pero yo sí soy, con seguridad, la peor de las madres porque tuyo o de cualquiera, incluso de un monstruo, es mi hijo.

—¿Te exigí demasiado? ¿Fue muy duro para ti?

—No.

—Sí lo fue. Te veía dar vueltas dudando cuando él se lastimaba, dar y desandar los pasos hacia él, te vi durmiendo junto a su cuna cuando yo me negaba a aceptarlo en la cama y te vi sacando por cuatro años la leche de tus pechos para dársela —le dijo su esposo—, y parece que olvidaste la forma en que me heriste cuando rompí el cristal.

—Eso fue porque James se lastimó.

—Por un corte pequeño nadie trata de matar a su marido —se burló él, Genevive había enterrado un trozo de vidrio en su pecho y casi le había cortado la garganta, pero no recordaba qué la poseyó en ese momento.

—Lo cierto es que esperaba que me obligaras a ir por él cuando lo eché, lo estaba esperando, pero no lo hiciste.

—Quiso matar a mi hijo.

—Pensé que ya no quedaba nada de esa parte de ti, hasta que fuiste a casa de esa mujer.

Genevive sintió que se sonrojaba, había amenazado a Jane con revelar la paternidad de sus hijos si no dejaba al suyo, como insistía en quedarse con él amenazó con asesinarla. Ciertamente era una suegra terrible, había arruinado todas las relaciones de Michael y algunas de William, no entendía por qué ambos se enredaban con mujeres mayores, aunque comprendía que cazaban fortuna. Lo que no esperó fue que Jane abortara al hijo de Michael a pesar de que Genevive prometió criarlo en su familia.

—Y hoy has estado pensando en él, por eso cocinaste tu pastel Michael.

—¿Por qué lo llamas así?

—Así dice tu libro de recetas, pastel Michael.

—Yo... — empezó, pero no fue capaz de decir nada.

—Michael hirió a tu hija adorada en ese momento —aceptó Darien—, pero era tu hijo adorado en ese momento, lo insultaste de mil maneras, pero lo amamantaste mientras esperabas que Teodora se recuperara, ¿de verdad no lo quieres?

—Es mi hijo —fue su respuesta—, es un monstruo, me aterra, pero es mi hijo.

—Es tu hijito —corrigió él.

¿Era Darien la serpiente o convivía con dos criaturas diferentes? ¿Era realmente algún tipo de posesión demoníaca? Aquel era el decir de su madre, quizás su hijo y su marido eran víctimas de algo así y no eran ellos mismos en esos momentos.

Era luna nueva, también había luna nueva cuando Michael fue concebido. Genevive no sabía qué creer.



Capítulo VII

Isobel estaba en una cocina amplia sentada en uno de los mesones mientras una mujer de trajes elegantes, pero con un delantal puesto, se movía de un lado al otro en el amplio espacio. Ella solo podía ver la espalda y sentía mucha alegría al estar allí. La mujer daba la vuelta al concentrarse en batir algo en una taza de cerámica y lo miraba con una sonrisa. Se trataba de la madre de Michael, bellísima a los ojos de su hijo. Ella entregaba al niño una fruta para que fuera comiendo y le daba a probar esto y lo otro, le preguntaba qué poner. Cuando el pastel estuvo listo Michael aplaudió entusiasmado y su madre sopló para él la muestra de pudín que le acercó a la boca. Michael disfrutaba de la explosión de sabores y de la mirada fija de su madre.

Isobel vio muchas escenas así, vio cortes, quemaduras, regaños y angustia en los ojos de esa madre cuando su hijo se lastimaba.

Pero también vio a Michael observando desde el marco de la puerta cuando su madre acostaba a sus hermanos. Lo vio ir a su cama solo, esperando en vano que la mujer abriera su puerta y escuchara sus aventuras de ese día. Lo vio intentando abrazarla cuando estaban en la cocina y sintió el dolor cuando ella lo apartaba, la confusión entre la certeza de que lo quería cuando estaban solos cocinando y aquel desprecio el resto del tiempo.

Vio las lágrimas rodando por la mejilla de la baronesa cuando a los once años su hijo preparó para ella un pastel y lo llevó al lecho en que estaba enferma, casi moribunda, recuperándose de un aborto.

Cuando Isobel se despertó estaba en brazos de su marido y se sintió realmente muy contenta.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días.

—Hoy te has despertado tarde, casi nunca estás a mi lado cuando me despierto.

—Estoy bastante ocupado, tengo algo que encontrar, también tengo mucho en qué pensar.

—Yo creí que no pensabas, a fin de cuentas, solo eres un pirata.

—Bueno, soy un pirata ilustrado.

Ella se sentó fingiendo estar molesta y lo miró seria.

—No me he casado con un ilustrado, ni un revolucionario, nada que se le parezca.

—Olvidaba que mi mujer es una intelectual —pareció burlarse él—, pero ¿podrías vestir a la norma? Es un traje mucho más sencillo de quitar.

—Son insípidos —se quejó.

—Son fáciles de quitar —insistió él, burlón—, aceptaste una serpiente ¿no puedes vestir a la moda?

—Tendría que hablarlo con mis hermanas, estamos juntas en esto.

—Seguro que Jamie y Donald son de la misma opinión.

—¿Cómo se ha redirigido la conversación de este modo? —preguntó mirándolo con exagerada cautela. Él, sentado también, le sonrió de lado casi haciendo un guiño y le acarició la cintura.

—Quizás porque soy demasiado sensible a la visión de mi mujer desnuda.

Isobel puso la mano sobre su corazón y lo miró a los ojos.

—¿Qué sientes por mí? —le preguntó.

—Ya dije que me gustas.

—Pero ¿qué sientes? —insistió, él la silenció con un beso, como si murmurara otra vez "no importa". Isobel cedió, pero lo odiaba por eso.

Por años había querido el placer de la copulación y poco importaba el amor porque no lo conocía. Ahora lo tenía, aquello que antes solo conocía en la teoría y no era suficiente porque quería algo más.

No quería solo un hijo, quería un "toda la vida".

Quería que Michael la amara y Michael solo la deseaba.

Cuando se hubo ido, Isobel se miró al espejo y se preguntó en qué punto no era suficiente. Físicamente no era causa de queja, aunque no fuera la más bella, que las mujeres comunes simplemente eran comunes. Pero ¿qué en su espíritu o en su temperamento la hacía repulsiva a su esposo? o ¿era que simplemente el amor ocurría y todo lo demás no tenía que ver en su surgimiento? Isobel quería el corazón de Michael y quería darle el suyo.

Cada vez se convencía más de que sí era capaz de sentir amor, no estaba incapacitada para ello, aunque le fuera un desconocido. ¿Cómo podía recuperar su cariño? Bien, primero debía confirmar que aquellos sueños realmente eran de la vida de Michael.

Luego de bañarse, hacerlo sola no le gustaba tanto, se arregló para ir a montar por lo que se vistió al estilo imperio, optando por un traje amarillo, se trenzó el cabello y se hizo un peinado sencillo bastante suelto. Empezaba a echar de menos la ayuda de una doncella. Luego se dedicó a la lectura durante varios minutos y cuando lo consideró apropiado, salió, tomó un carruaje y en la casa de su tío fue directamente en busca de una montura apropiada. Se topó con un niño encaramado al portón de la pequeña caballeriza.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Soy doña Isobel, sobrina del dueño de esta casa —le dijo.

—Si eres su sobrina y él es mi abuelo ¿qué somos?

—Primos en segundo orden, un placer conocerte pequeño, ¿cuál es tu nombre?

— Daniel —contestó él con medio cuerpo colgando hacia el suelo. Isobel no se alteraba porque de niña también parecía una arañita o un mono.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—No tengo nada que hacer, estoy aburrido —le dijo—, mi padre se ha ido con su amigo, mi niñera dice que tenga cuidado con romper cosas y doña Marcela está durmiendo. Aquí tampoco hay un solo niño, pero en mi antigua casa podía jugar con los animales, jugaba con un perro.

—¿Quieres dar un paseo? Me complacería contar con tu compañía —quiso animarlo y él se tiró al suelo cayendo de pie con la elegancia de un gato.

No pidió permiso, pero le pareció ver desde la ventana que su tío la animaba con la mano, era muy probable que su tía se negara a que el niño fuera mostrado en sociedad, por algo lo habrían ocultado todo ese tiempo, pero ella no era capaz de dejar al pobre niño, tan pequeño como era, encerrado en aquel sitio.

Era divertido y dulce, parecía fascinado con su hermana, e Isobel tuvo más deseos que nunca de tener un hijo con su esposo. Necesitaba un hijo, pero realmente quería tener uno. Solo no esperó las miradas extrañas de la gente, como si el lejano parecido entre ellos implicara que fuera su hijo. Poco le importó, la risa del niño era millones de veces más importante que las murmuraciones de aquella sarta de ignorantes emperifollados que parecían gustar poco de bañarse y asear sus bocas.

El abrazo y el beso húmedo que el niño le dio en la mejilla cuando lo regresó a casa tras el paseo de varias horas, hizo que cada uno de los chismes que surgieran de esa jornada valieran la pena tanto como perlas. Quería un hijo propio, pero aquel niñito tan parecido a su primo de niño no

estaba teniendo dificultades para el que siempre pensó que era un duro corazón.

El pequeño corrió a los brazos de Marcela cuando la vio, contándole sobre su paseo de ese día y Marcela pareció una madre cuando lo tomó y le besó la frente. Tenía diecinueve años, pero aquellos días parecía haber madurado cinco. El poco aspecto infantil que le quedaba había desaparecido, era mujer, plenamente mujer, y conocía mejor sus propios sentimientos que cualquiera de las tres. O eso quería creer Isobel.

Isobel se preguntó por su hermana María ya en las Tierras Altas, era evidente su interés en Donald, pero ¿el hijo de Afrodita estaría trastocando su interior? Sabía que Donald estaba abierto a la lejana posibilidad de un amor, pero ¿ya habría llegado? ¿Sabría María que Donald conocía la felicidad de la paternidad y el dolor de la pérdida? ¿Sabría que aquel duro pirata con ascendencia noble era capaz de derramar lágrimas por una criatura fallecida, que era capaz de amar hasta aquel punto?

¿Cómo iría la investigación de María? Porque la de Isobel estaba realmente atrasada, todas las pistas apuntaban a Michael y aunque cada vez le costaba menos aceptar que pudiera convertirse en serpiente (cosa que de suyo era demasiado fantasiosa para ser real, probablemente ella alucinaba), sí que le costaba imaginarlo matando a alguien sin una razón de peso. Él mataba, era perfectamente capaz, pero no creía que matara porque sí. A menos que siendo una serpiente no existiera moral, ley o Dios, que sometiera su conciencia. Quizás ni siquiera tenía porque los animales carecían de ella. ¿Eso haría de su esposo animal u hombre? ¿Sería las dos al tiempo o ninguna?

No, no era posible. Esa clase de cosas no ocurrían en la vida real, la piel, los ojos, lo que ella veía solo estaba en su trastornada imaginación. Eso no ocurría. Lo que debía hacer era concebir un hijo prontamente porque la sequedad de su vientre fértil desde hacía mucho y sin un hijo desde entonces le estaba afectando todo el cuerpo, especialmente el cerebro.

Isobel regresó a casa dispuesta a dedicarse a la lectura, pero, a pesar de que todo ya estaba desordenado por los arreglos le pareció que el desorden era aún mayor que antes de irse y no creía que los obreros hubieran hecho aquel desastre en su ausencia. Cuando notó la presencia de extraños ni siquiera tuvo la opción de gritar.

—¿Dónde guardas tu dinero, *milady*? —le preguntó uno.

—Él por fin puso las garras sobre una buena presa y funcionó —dijo otro.

—Además es bonita realmente, qué suerte ha tenido

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi casa? —preguntó.

Y sintió que todo su mundo le caía encima cuando le dijeron que Michael había saldado su deuda con ellos con el dinero de su asignación mensual. Le había robado, Michael le había robado. Era un pirata, un ladrón, un cazafortunas y hasta cierto punto ella lo había olvidado. Él realmente quería su dinero, solo quería su dinero, ni siquiera su cuerpo, tampoco su confianza. ¿Cómo podía haberlo robado?

En un cofre bajo llave guardaba lo que quedaba, él había tomado la llave oculta entre su ropa interior y abierto el cofre tomando el dinero ajeno sin permiso. Porque era su esposa, pero era una persona diferente, así como no debía leer su correspondencia no debería tomar su dinero sin siquiera informarle, por más que las leyes afirmaran que una mujer no podía tener propiedades. Ella no se lo habría negado, realmente quería asegurar que su cuello permaneciera sobre su torso, pero ¿por qué robarlo? ¿Por qué tomarlo a escondidas? ¿No confiaba que ella pudiera dárselo? ¿No creía en sus palabras cuando le decía que lo quería? No había dicho que lo amase, pero el querer debía tenerse en cuenta. Quien quería ayudaba al otro, no lo dejaba ahogarse si podía lanzar una

cuerda para sacarlo del agua.

Pero ¿qué la enojaba exactamente?

Ya no tenía la capacidad de dar buenas patadas. Al final era una dama inútil para su autoprotección como todas las demás.

Se vio atada y amordazada en su sala de estar, esperando la aparición de un hombre al que quería ahorcar. Y, sin embargo, ni un ápice del sentimiento al que llamaba querer desapareció mientras pensaba en hacerlo pedacitos por robarle.

No era posible que hubiera mucho ruido en una casa de esa época en la que solo vivía una joven pareja de esposos sin sirvientes, especialmente a una hora en la que ya se habían ido los obreros, pero era extraño que no se sintiera nada porque Isobel no era realmente silenciosa y se hacía sentir de alguna manera en aquella casa vieja. Le daría un poco de miedo quedarse sola porque Michael muchas veces la encontraba cantando cuando regresaba, pero aquel día no estaba cantando y cuando subió a la habitación comprobó que no estaba leyendo. Tuvo entonces la certeza de que había movimiento en otra habitación, aunque no la veía, aunque no hubo ruido, solo lo sintió. A veces percibía cosas sin verlas, lo que le era especialmente útil durante las peleas que podían ser realmente colosales cuando eran entre él y sus hermanos. Recordó que una vez de niños, el mayordomo los detuvo con un porrazo que significó una fractura del brazo de William, aunque ellos ya se había medio matado entre los tres.

Pero antes de explorar se ocupó de liberar a sus serpientes, porque había allí un olor que no era el delicado aroma de su esposa o sus hermanas, ni siquiera se trataba de un olor agradable.

Cuando por fin abrió la puerta de la habitación contigua se encontró con la horrorosa imagen de su mujer amordazada, atada a una silla, y de los secuaces de uno de los prestamistas con que tenía negocios exigiendo dinero a pesar de que Michael ya les había pagado.

Sintió el enojo y antes de darse cuenta ya había entrado en la habitación siendo lo más sigiloso que podía.

Estaban sentados frente a ella, el uno gordo y alto, el otro flaco y delgado con cierto aspecto lacrimoso, el gordo sabía él que tenía los ojos hundidos y pequeños y los dientes amarillos y podridos. Ver a su flor en medio de aquellas bestias incluso le resultó indignante.

Los ojos de Isobel lo miraron con frialdad.

Pero la tormenta que se armaría tendría que esperar, Michael golpeó a los dos hombres, más buenos para la pelea de lo que parecería a simple vista. Sintió la sangre manando de su labio, el dolor en su nariz y en su estómago, pero solo podía pensar en Isobel atada y amordazada, no quería que sufriera lo más mínimo y además de haberla asustado debían dolerle las muñecas y la boca.

Cuando los rodearon las serpientes y ellos se apartaron espantados, Michael pudo dar la pelea por terminada y se inclinó ante su mujer para quitarle la mordaza; estuvo tentado a no hacerlo, sus ojos eran brasas ardientes repletas de furia, pero no soportaba la imagen de ella en condición tan lamentable.

—No sé qué demonios esperaba de ti —escupió ella en cuanto le quitó la mordaza—, supongo que mi lujuria me nubló el entendimiento.

—Pues nos lo habrá nublado a ambos —murmuró.

—Demasiado, incluso llegué a imaginar mi vida entera junto a ti, pero...

Cuando pudo levantarse, volvió a mirarlo con severo desprecio, irguió la espalda, dio media

vuelta y abandonó la habitación por el paso que le cedieron las serpientes con el mentón en alto y la mirada indiferente.

—Prefiero vivir enclaustrada a que vuelvas a tocarme.

—¿Por qué dices eso? —se atrevió a preguntar, en efecto tenía las muñecas rojas con las marcas de la cuerda igual que las mejillas y las comisuras de los labios.

—Eres un maldito ladrón y yo puedo tener un gusto poco aristocrático, pero no tengo tan poca clase para ser la amante de un ladrón.

—No soy un ladrón y no eres mi amante, eres mi mujer.

—Pues seguiré siéndolo en el papel porque no volverás a tocarme, si mis uñas vuelven a enterrarse en la espalda de un hombre con tu rostro será la de tu hermano porque lo que sea que parecía estar surgiendo entre tú y yo, o al menos que yo creía, se acabó en el momento en que supe que tocaste mi dinero sin siquiera decirme.

—Lo siento —contestó herido por sus palabras en las que se negaba a creer a pesar de que ciertamente era su hermano el que merecía un espacio en su corazón, le había dicho que lo quería, pero a sus ojos no podía ser otra cosa que las sensibles emociones de una muchacha que tiene su primer amante y confunde el deseo con algo más trascendental. Y, sin embargo, aunque fuera mentira, quería que aquel idilio durara un poco más, ese año en que se suponía que ella sería suya. Pero Isobel no era una mujer que se quedara callada todo el tiempo, que lo aceptara todo y suponía que con su acción la había ofendido grandemente, no había querido pedirle dinero, también él tenía orgullo y no esperaba que las cosas salieran así. Como si alguna vez las cosas le hubieran salido realmente bien.

—Cuando el agua se riega no se puede recoger, puedes devolver el dinero, puedes pedir disculpas, pero yo confié en ti y me defraudaste, no hay forma de que regreses el tiempo y dejes el dinero en su lugar. Supongo que habrías tenido otra ocasión para ello. Supongo que es tu naturaleza, eres un monstruo.

Michael ya no fue capaz de decir nada más, era siempre igual, aquella palabra lo devolvía a un estado previo en su desarrollo, a los momentos más tristes de su vida, cuando observaba a su madre con sus hermanos, cuando se preguntaba por qué lo odiaba su padre

Solo que no acababa de comprender en qué sentido era un monstruo.

No se dio cuenta en qué momento ella abandonó la habitación, realmente todo se sentía vacío, pero de otro modo, sentía que ya no estaba en aquella casa, que estaba en aquella oscura y solitaria habitación en que pasó su infancia. Donde en sus sueños un verdadero monstruo lo visitaba.

—¿Qué es tan apremiante? —preguntó la primera vez su madre a su niñera.

—Sir Michael mojó la cama y se niega a levantarse, *milady*.

—Pero, ya está grande, hace mucho que no se orina de noche a menos de que haga frío.

—No tenía frío, *milady*, conforme a sus instrucciones siempre me ocupo de ello, creo que tuvo una pesadilla, pero no quiere decirme.

Aquel día, lady Genevive Watson se sentó en el borde de la cama de su hijo de ocho años que a medio lado en la cama daba la espalda a todos y miraba a la ventana.

—¿Tuviste una pesadilla?

Michael se dio la vuelta y la abrazó llorando incapaz de hablar de lo que había visto.

—Había un monstruo —dijo por fin con el rostro hundido en su pecho contra la voluntad de ella que no le devolvía el abrazo.

—¿Te viste a ti mismo en el espejo? —se burló su hermano mayor.

—Había un monstruo viéndome —insistió llorando.

—¿Cómo era el monstruo, querido? —preguntó su abuela desde la puerta, era quizás la única persona que lo trataba con cierto cariño y solo cuando ella estaba, su madre dejaba que siquiera la tocara.

Michael dudó, pero la altiva y todavía joven madre de su madre se sentó también en la cama y tomó su mano.

—Tu madre y yo estamos contigo, te protegeremos del monstruo, pero debes decirnos como era. ¿de qué tamaño era?

—Muy grande como mi padre —contestó.

—¿En qué más se parecía a tu padre? —preguntó su abuela.

—Tenía el anillo de mi papá y un collar como el suyo.

—Quizás el barón vino a verte en la noche y por las luces te pareció aterrador —quiso tranquilizarlo su abuela.

—No era mi papá, sus ojos eran raros y su piel, y casi no tenía nariz. Su lengua era plana y tenía dos puntas, ¡mi papá no me asusta!

—¿Te hizo algo el monstruo? —siguió preguntando su abuela, no necesitó responder porque su madre vio las marcas en su cuello que mostraban cómo había intentado matarlo, solo entonces su madre lo abrazó temblando con demasiado horror, tanto que Michael tuvo miedo de decir que aquel monstruo que tanto lo asustaba parecía compartir el cuerpo de su padre porque fue a él a quien su madre llamó en ese momento.

Con el tiempo, Michael concluyó que aquello solo era una pesadilla porque según su recuerdo, su padre intentaba matarlo y mientras lo hacía su piel, sus ojos y su lengua se transformaban de forma extraña y luego lo abrazaba, momento en que Michael lleno de horror liberaba su vejiga como tanto odiaba.

—Ciertamente ha visto un monstruo —dijo su padre—, anoche estuve a punto de matarlo.

—¿Cuándo vas a parar? —preguntó desde la puerta su abuela paterna—. Es tu hijo pequeño al que deberías consentir, deja de lastimarlo.

—Es el hijo de un monstruo.

—¿Acaso hay mayor monstruo que el que intenta matar a su propio hijito? Eres tú quien se quedará sin familia porque yo no soy la madre del demonio en que te has convertido.

Por un rato aquella mañana, Michael sintió alegría y dolor, recordaba que su madre miró a su padre con odio y lo abrazó con fuerza durante un rato, pero, aunque le costaba entender lo que la muerte era, debió aceptar que su padre de nuevo no era con él lo que el resto de los padres eran con sus hijos.

Su padre no volvió a intentar ahorcarlo, pero en sus sueños él sí volvió a ver al monstruo, en sus sueños su padre entraba desnudo en su habitación y se transformaba en una serpiente blanca y enorme que lo rodeaba y lo protegía del frío. Un par de veces tuvo un sueño hermoso, su padre real lo cuidaba durante unas fiebres, una Navidad en que su madre y sus hermanos no se encontraban en casa, su padre le leía y se dormía abrazándolo.

Cuando se despertó del delirio de sus fiebres odió hacerlo porque allí estaba el hombre real que no soportaba verlo.

Fue similar cuando cayó de un caballo por primera vez a los once años, su padre lo había llevado con él a la aldea porque sus hermanos estaban en la escuela y el caballo que Michael montaba se desbocó sin aparente razón y finalmente tiró a Michael bastante lejos.

—¿Estás bien? Dime que estás bien.

—¿Me voy a morir? —logró preguntar llorando.

—No sin que yo haga algo para evitarlo —le aseguró antes de cargarlo y volver con él a la mansión mientras murmuraba algo como que aquella era la clase de ocasión en que era bueno ser un monstruo y él no lo aprovechaba. En aquella ocasión mientras los médicos lo trataban y su madre y Teodora tomaban su mano pudo ver la sombra de su padre bajo la puerta, pudo sentirlo e incluso le pareció que lograba escuchar sus pensamientos.

«Se supone que no lo quiero ¿por qué siento que me moriré si se va?».

Pero solo eran delirios de un moribundo, aun así, dolido, algo perdido y lleno de rabia, Michael fue en busca de su padre. Como esperaba lo encontró en *White's* con sus amigos que lo miraron con extrañeza cuando Michael se acercó.

—Quiero hablar contigo —dijo, e igual de extrañado que sus amigos, su padre lo guio hasta una de las mesas más apartadas.

—¿Qué sucede?

—Sé que no te importa si me cortan el cuello, pero a mí sí me importa —dijo—. Quiero vivir, aunque todos me quieran muerto y ya que tengo una vida tan patética gracias a que nací noble, pero no me darás herencia ni me diste educación, al menos ayúdame a pagar mis deudas.

—No puedo.

—Claro que puedes, tienes una fortuna.

—No puedo, lo tenía pensado, pero tu madre me recordó que si te ayudo, James y William también reclamarán lo mismo y ellos ni siquiera lo merecen.

—Pero…

—Michael, nadie que toca a un hijo mío puede vivir para contarla así que no creo que pasen de darte un susto.

—Vaya ¿desde cuándo soy tu hijo nuevamente?

—No puedo ayudarte, pero ¿qué te ha pasado hoy?

—Tomé dinero de Isobel para pagar algunas deudas y entraron a mi casa para tomar el resto de su dinero, así que tuve una pelea.

—¿Ella te hizo esto?

—No. Ella solo dijo cosas horribles.

—Jamás debiste hacer algo así, pensaba que eras más listo que eso. No puedes hacer esa clase de cosas a una mujer. Menos a una criada por Gonzalo Saavedra.

—Por favor, padre, es lo único que te he pedido en toda mi vida y juro que será lo único que te pediré.

—No es lo único que me has pedido.

Sin entender, Michael lo miró confundido, especialmente porque ese hombre le estaba sonriendo.

—Cuando tenías dos años empezaste a temerle a la oscuridad y durante medio año debí acompañar a tu madre o a la niñera hasta que te quedabas dormido, de lo contrario llorabas hasta el cansancio, a veces de mala gana básicamente me obligabas a cargarte, gritabas "pa" mil veces… eras realmente muy tierno.

—No te creo, tú no me quieres.

—No afirmes lo que no sabes, mis sentimientos por ti son una cosa que incluso yo mismo no comprendo, te odio más de la mitad del tiempo y, sin embargo, siento que podría morir o matar cuando algo te pasa.

—Estuve recordando cuando caí del caballo… y cuando intentaste matarme.

Su padre solo sonrió y le dio un golpe en el hombro.

—Explícale a tu mujer por qué lo hiciste, antes de que se enfurezca mucho más, podría estar evangelizando, pero se entera de que estuviste en un club luego de algo así y te acusará con ello siempre que peleen en los próximos treinta años.

—No creo que esté conmigo para entonces.

—Tendrías que ser muy tonto y estoy seguro de que eres cualquier cosa menos tonto ¿o sí?

—No, no soy tonto —murmuró antes de dar la vuelta preguntándose por qué demonios había ido a buscarlo.

Entonces recordó una de las veces en que reemplazó a William en su clase y la institutriz lo llamaba tonto por no comprender algo sin saber que aquel sería su último día de trabajo para aquella familia.

—Ni mis hijos ni mis hijas son tontos, mi estimada, y está usted ante el menos tonto de todos al punto que comprende lo que no comprende el de seis años ¿o piensa que de la noche a la mañana William entendió los conceptos por los que ayer estuvo llorando?

—Pero…

—Michael, ve a jugar en algún lado, no desperdicies el ser pequeño con las responsabilidades de tu hermano, el año que viene ya será tu turno.

—Pero me gusta.

—A mí no me gusta, así que ve a jugar mientras organizo el despido de esta mujer, es demasiado tonta para un niño tan listo como tú.

—¿De verdad?

—Así es, ve a jugar.

—Bueno, padre, te quiero.

Y el barón solo le sonreía antes de mirar severamente a la institutriz mientras Michael se iba.

—Lord Fitz está buscando una institutriz para su pupila —le informó lord Alexander a Minerva mientras ella, como siempre, miraba por la ventana, hundiéndose en su tristeza, lamiéndose las heridas como los perros. La habitación era oscura, a diferencia de las otras de la casa, quizás fuera porque ella no le había dado el toque amoroso y femenino que las otras inquilinas habían dado a sus recamaras.

—No podría hacer eso —le dijo sabiendo que el hombre procuraba conseguirle independencia económica o estatus matrimonial—, además, *milord* sabe que soy considerada una *"florero"* más.

—Pero no eres una mujer presea, querida —justificó el guapo conde, quien complacía a Minerva con conversaciones complejas, historia, filosofía, economía, política, arte y literatura; temas de los que Minerva nunca había podido hablar con otra persona porque en casa sus hermanos desestimaban sus opiniones por ser mujer, su madre pensaba que eran inútiles y supuestamente, si hablaba de aquellos temas con Jamie, aunque fuera de vez en cuando, iba a asustarlo o a decepcionarlo. Aunque él había intentado hacerlo y ella se había hecho la tonta todas las veces.

—¿Realmente piensa, *milord,* que podría entrar a la casa de mi prometido como institutriz? Daría más de que hablar a las personas que ya hablan de mí y Jamie no quiere verme, no me aceptará en su casa.

—Confío en que un día estarás más allá de las opiniones de los demás. Nunca complacerás a todos.

—Eso decía Jamie siempre, pero en el mundo en que vivimos la reputación lo es todo, *milord* —le recordó —, y yo ya tengo una muy mala de la que ni siquiera puedo defenderme, porque me encontraron con las manos en la masa.

—Ojalá hubiera sido con las manos en la masa, *milady*, pero a ustedes los encontraron más allá de cualquier descripción —se burló el hombre como hacía a veces, demostrándole que era más que un elegante y bien portado conde, que tenía buen humor y podía ser bastante bromista, que realmente le importaba poco lo que pudiera decir gente que no lo conocía íntimamente.

—¿Quién le ha dicho que lord Fitz está buscando institutriz?

—Doña Marcela, por supuesto —contestó el joven sonriendo y Minerva volvió a mirar por la ventana para no fijarse en él, ya ni siquiera tenía derecho a permitir esa calidez en su corazón cuando estaba junto a él. El corazón que quería para ella, lord Alexander ahora quería entregarlo a otra mujer. Frente a la ventana solo estaba la pared del edificio vecino, pero era mejor que su benefactor pensara que era la misma huraña de siempre a que vislumbrara el amor y el deseo que seguro podían verse en sus ojos, porque ella no podría soportar que aquel buen hombre se sintiera culpable de romperle el corazón al no quererla.

Minerva a veces deseaba entregarse a él como se había entregado a Jamie y escucharlo susurrar su nombre como no lo había hecho su prometido todo el tiempo en aquella ocasión. Pero lord Alexander la respetaba y jamás se propasaba porque no la veía como mujer. Es decir, no había duda de que él sabía que era una mujer y la trataba como tal, pero estaba más allá de la afirmación de que no podía existir amistad entre un hombre y una mujer porque tan solo la veía como persona. Distaba mucho de parecerse a las que él había tomado como queridas y seguro que, aunque se desnudara delante suyo, él no reaccionaría.

No había nada interesante en ella, qué extraño era que se hubiera sentido atractiva de adolescente en brazos de Jamie.

—Imagino que *milord* le dijo "tengo la candidata ideal para el cargo, es la prometida legal del hijo de su tutor, agradecería que le diera el empleo, hace años que soy su benefactor y empiezo a cansarme de ello".

—Me encanta cuando dices lo que piensas, Minerva, excepto cuando dices absurdos, lo único que quiero es que seas feliz y dejes de ver hacia aquella maldita ventana, no sé cómo te las arreglas para encontrar lugares sombríos, aunque te consiga la mejor habitación de todas —dijo él levantándose de la silla en la que estaba sentado, Minerva ni siquiera se molestó en mirar.

Hubo un tiempo en que Minerva se preguntó por qué no podía ser amada por aquellos a quienes amaba, pero ya había superado esa etapa, sabía que el amor era una cosa que no podía forzarse, que era algo así como un milagro. Pero los milagros llegaban para quienes tenían mucha fe o para quienes tan solo requerían de uno para ser los más piadosos. Ella solo quería morirse, así que no había sentido que la vida le ofreciera el milagro del amor.

—Minerva, ¿algún día me concederás el beneficio de conocer tus anhelos, tus sueños, tus miedos y tus pensamientos? —le había preguntado Jamie una vez, abrazándola a la luz de la luna, una noche en que ella se había negado a sus caricias íntimas y sin duda alguna comprometedoras y prohibidas.

—No entiendo tus deseos —le había dicho ella y él no había insistido en preguntar nada más, seguramente creyéndola tonta.

Luego de que lord Alexander se fuera, Minerva salió de la habitación y se unió a la mesa para

cenar con sus compañeras de vivienda, Clarisa, una joven de veinte años que trabajaba como sirvienta de una familia de clase media para sostener a su familia, Julia quien tenía al menos treinta años y era una viuda muy atractiva que había dejado su pueblo con la idea de encontrar un segundo marido en Londres, uno que entre otras cosas debía tener el dinero suficiente para satisfacer sus caprichos. Y Mabel, de veinticinco años, había llegado a Londres once años antes persiguiendo a un hombre y había acabado convirtiéndose en algo que no recibía el nombre de prostituta, pero que se le parecía mucho, cosa que a ella le importaba poco.

—Querida, necesitas explicarme cómo haces para que tu lord siempre salga enojado de tu habitación —le preguntó Mabel sentada a la mesa junto a un trozo de pan con mantequilla y un té de color rojo, igual que Minerva aquella mujer era pelirroja pero completamente diferente, estaba segura de sí misma y de su poder, como pocas entre las mujeres que Minerva conocía—, la idea es que los hombres salgan felices de tu recamara. Debes ser una fuente de regocijo y satisfacción.

Minerva se sentó en su sitio, frente a Mabel como casi siempre y se limitó a sonreírle durante algunos minutos .

—Los hombres afirman que desean saber qué pensamos, pero se espantan cuando se lo decimos.

—Eso, querida, es porque no sabes diferenciar entre lo que puedes compartir y lo que no o cuándo puedes hacerlo y con quién —interrumpió Julia antes de dar un sorbo a su té también rojo.

Fuera de la habitación de Minerva, la pensión era bonita, las paredes estaban empapeladas de rosa y blanco y aunque no era una casa clara tampoco resultaba sombría.

—Yo lo esperaría en bata y no lo dejaría irse tan pronto —murmuró la casi siempre recatada Clarise, quien presumía de ser una jovencita inocente.

—Es que nuestra compañera es tonta ¿cómo es posible recibir la visita diaria de un hombre como ese durante cuatro años y no conseguir más que ser lo que sea que es para él? —se escandalizó Mabel.

Julia volvió a beber un poco de su té, se miró las uñas y sonrió.

—Mis queridas, para tener a un hombre comiendo de tu mano debes hacerlo sentir feliz y satisfecho, pero no hay forma de que hagas a otro feliz si no lo eres tú misma y Minerva vive encerrada en las sombras, llorando el abandono de un hombre que nunca va a volver. Está cómoda en su infelicidad e incluso pienso que se siente culpable si se da la oportunidad de ser mínimamente feliz —dijo la mujer con la voz sabia con que a veces las aconsejaba como si tuviera incluso más años que la anciana dueña de la casa—. La vida es una sola, queridas, y no podemos morirnos con los muertos, o con los que nos abandonan, que es casi lo mismo, por más que los hayamos amado.

—No se trata de Jamie —se defendió.

—Sí se trata de Jamie —insistieron todas torciendo sus ojos.

—No.

—Si no se trata de él, demuéstralo —exigió Clarisa y Minerva le preguntó cómo.

Realmente Jamie había encontrado el amor, de repente nada le importaba más que ese niño, desde el día en que lo conoció, Jamie no había podido sacarlo de su mente, igual que su madre en la que no quería pensar, el niño ahora inundaba sus sueños, pero aquella mujer seguía

apareciendo en ellos. La última vez, Jamie había tenido un sueño que había resultado ser un sueño en el sueño. Minerva era feliz en aquel sueño, estaba en su cama amamantando a su hijo, un poco cansada, con dolor en la espalda y en la nuca, cuando él entraba con algo de fruta para ella, se la entregaba y se acomodaba a su espalda para darle algunos masajes. En el sueño, él le decía a Minerva que realmente era hermosa y le agradecía por hacerlo el padre de un niño tan perfecto. Y Minerva se levantaba triste en una habitación sombría en la que lograba adivinarse un papel rosado con florituras blancas en la pared, y lloraba anhelando al niño, al hombre, a la familia que no tenía. De repente en el sueño aparecía el hombre que despertaba los celos de Jamie en la vigilia, pero con otra mujer. Alexander entraba y ofrecía a la mujer un desayuno, le acariciaba la mejilla y le ponía un mechón de cabello tras la oreja, Minerva le sonreía y sentía que lo amaba.

Jamie se había despertado frustrado de ese sueño, celoso por sentir que una mujer a la que ya no quería estaba enamorada de otro, sintiéndose miserable por ser tan posesivo al punto de no atesorarla, pero seguir posesivo incluso en sus sueños.

Y quizás la hubiera augurado al recordar el sueño, porque aquella tarde Minerva se apareció en el club, era un lugar relativamente secreto que funcionaba en la parte residencial de una supuesta tienda de ropa para hombres y mujeres. Se trataba de un club mixto en que los jóvenes entre quince y treinta años de la alta sociedad iban a divertirse sin las limitaciones de las normas sociales y los deberes de los sexos. Aunque ella no se lo había dicho cuando se lo enseñó, él pudo ver en sus ojos que el lugar le había encantado puesto que allí se podía hablar con libertad, y reír, llorar y amar. Era un lugar que si lo conocieran encantaría a sus primas y a Marcela, solo que el lugar no aceptaba a personas casadas.

Además, era uno de sus sitios con Minerva, no le parecía correcto llevar a una mujer al lugar en que había amado loca y tiernamente a otra.

Minerva apareció acompañada de una joven elegante y hermosa, también pelirroja pero notablemente más voluptuosa. Entraron con abrigos muy conservadores, pero al liberarse de ellos, dieron cuenta de dos vestidos parecidos a enaguas que escasamente las vestían, se trataba de túnicas de inspiración griega y para todos resultaba evidente que no llevaban nada bajo tales vestimentas. Minerva no era la más interesante a la vista, pero Jamie sintió que echaba humo por la nariz y la impetuosa necesidad de cubrirla.

Pero no se movió porque era absurdo lo que estaba sintiendo en ese momento.

—¡Oh, querida, hace mucho que no venías por aquí! —dijo lady Meredith Fancy, cuyo apellido desconocido y nobleza de dudosa procedencia poco importaba a cualquiera. El lugar era pequeño, había unas tres mesas de juego, una pequeña sala y un bar, pero normalmente estaba repleto y era normal que se escucharan claramente los saludos efusivos que daba aquella mujer a los demás.

—Sí, hace mucho —contestó ella.

—Tu hombre está por allá, querida —dijo señalándolo y Jamie apenas logró desviar la mirada y disimular

—Ese que usted señala no es hombre, *milady*, ese es tan solo un cobarde, seguro que ha escuchado los rumores

—Los he escuchado acompañados de representaciones de su imitación perfecta de las dotes de cierta cortesana a la que su barón frecuentaba.

—¿Por qué habría de ser una imitación? —preguntó Minerva con la cabeza baja, pero lo suficientemente alta como para que media sala escuchara—. ¿Duda *milady* que tenga las habilidades necesarias para dominar a un hombre en tales ámbitos?

La mujer río a carcajadas.

—Claro que no, *milady*, si estos ojos que se comerán los repugnantes gusanos vieron sin duda la forma en que dominabas a ese baroncito con tus mínimas y tímidas concesiones.

Minerva se limitó a reír de mentiras, como siempre hacía, y Jamie de nuevo la odió, pero cuando ella se sentó a su lado, prácticamente desnuda, tuvo que tragar saliva y de forma casi automática se desprendió de su levita y se la puso en los hombros.

—¿Qué demonios haces aquí y vestida de esa manera? —le preguntó furioso, volviendo a sentarse en la barra y sin siquiera verla a ella o a su acompañante. Aquella noche Minerva llevaba el cabello rizado con pinzas, seguramente, e incluso se había empolvado un poco el rostro, a sus ojos casi parecía una prostituta. Y aunque la detestaba, le enojaba la idea de que pudiera estar haciendo eso a escondidas de sus padres y por puro gusto.

Y también quiso darle las gracias, como en su sueño del sueño de ella, porque pensó en Daniel y en lo tierno y triste que había parecido esa mañana cuando le preguntó si su verdadera madre no lo quería como le había dicho su nana que no lo querían ninguno de los dos.

—Pensé, *milord*, que en este lugar se era libre de los condicionamientos sociales, de modo que carezco de obligación alguna de responder a su pregunta.

—Tenemos un hijo juntos, Minerva, tienes la obligación de responder siempre.

—Tuvimos un hijo, pero no somos marido y mujer —escupió ella mirando al suelo, al parecer entre dientes y furiosa puesto que Jamie no pudo entender mucho—, y si yo estoy obligada a responder sobre mi vestimenta, que nada debe importarte, seguro que podrás responderme por qué me abandonaste.

—No tienen nada que ver una cosa con la otra.

—No, tu pregunta es insignificante ante la mía ¿no crees?

—Aun así, responde mi pregunta.

—*Milord* ¿necesitas respuesta? —intervino la acompañante de Minerva, una mujer despampanante sin lugar a duda, una pelirroja diabólica—. ¿Por qué más vendría así vestida una mujer a un lugar como este?

Jamie se vio a sí mismo como un toro de lidia furioso, incluso casi sintió el peso del anillo de oro en su nariz, pero tomó a la flacucha mujer del brazo y la sacó del lugar mientras gritaba amenazas de que revelaría la naturaleza de ese sitio a las autoridades si se enteraba de que le habían permitido el ingreso nuevamente a esa mujer.

Ya en la calle, vestida con su levita sobre la prenda blanca Minerva levantó la cabeza y lo miró furiosa.

—¿Qué pretendes hacer conmigo, Jamie Welsch? —le preguntó a gritos—. Me retienes, pero no me tomas, me apartas pero no me dejas libre.

—No lo sé, maldita sea —murmuró mientras intentaba detener un coche—, tan solo no vuelvas a vestirte de esa manera.

—Jamie, me vio desnuda casi toda la nobleza inglesa ¿qué más da una tela transparente? ¿Por qué de repente te importa?

Él no lo sabía, quizás era tan idiota que tenía instintos de posesión hacia una mujer a la que despreciaba. pero que había sido suya y una vez pensó que siempre sería suya.

—Tuviste a mi hijo, no puedo permitir que andes por allí de esta manera.

—Soy una mujer soltera que no vive con sus padres, puedo realmente vestirme como mejor prefiera, o no vestirme incluso. El problema es totalmente mío. Y deja ya de llenarte la boca diciendo que tuvimos un hijo, tú no mereces llamarte padre.

—Tú tampoco mereces ser llamada madre —espetó enojado.

Un coche se detuvo y él prácticamente la tomó por la cintura como a un costal para hacerla subir al mismo tiempo, como cuando eran adolescentes y jugaban de las formas más ridículas que a ambos se les ocurría, casi siempre a él.

Ella se sentó al extremo del coche, lejos de él, la última vez que habían estado juntos en un carruaje, ella se había aferrado a su brazo y lo había mirado agitando las pestañas.

—Tú no te quieres casar conmigo, yo no me quiero casar contigo ¿por qué no rompes de una vez este estúpido e inútil compromiso matrimonial?

—Qué más quisiera yo que poder hacerlo, pero ante el mundo yo mancillé a la virgen —se quejó mirando por la ventanilla, enojado, imaginando frases más groseras y explícitas para decir.

—Por Dios, Jamie, no eres una víctima, bien que te aprovechaste de mi inocencia muchísimas veces para que te dejara tocarme y muchas veces me pediste que me acostara contigo, no es mi culpa que fuéramos descubiertos cuando por fin cedí a tus deseos, no merecía que me abandonaras embarazada.

—Cediste a mis deseos cuando ya no te deseaba y me condenaste a ti.

—La única condenada fui yo, me condené al ostracismo, a la soledad, al rechazo y al miedo de saber que están hablando de mí.

—Pobrecita, la niña no soporta que critiquen su comportamiento censurable.

—¿Por qué el mío es censurable por recibir y el tuyo no por…?

—¿Por qué? —le preguntó conteniendo los deseos de mirarla mientras decía lo que solo podía ser una grosería poco esperable de la dama que se suponía que ella era.

—¡Por meterla! —gritó y miró también a la ventana, eso pudo ver él cuando volteó.

—Es difícil que asumas el rol de virgen inocente cuando te encontraron en esa posición —se burló—, las vírgenes normalmente no se comportan de manera tan activa y lasciva.

—¿Qué estás insinuando, *milord*? —preguntó volviendo a mirarlo, pero con la cabeza baja—. ¿Acaso dudas que hayas sido mi primer hombre?

—No, no lo dudo —aceptó—, eras una buena muchacha.

Le pareció escucharla suspirando y supo que pronto lloraría, se dio cuenta que si ella dejaba su actitud altiva y de repente le confesaba que sufría, él tendría que tomar decisiones diferentes a las que se le ocurrían en ese momento. Además, el comentario parecía demasiado suave y bueno.

—Soy el único anormal que pareció encontrar interesante acostarse con alguien como tú. Y sabes que en ese momento ya había recobrado el uso de razón y no quería.

Ella, anormal como era, abrió la puerta del coche de su lado y se tiró a la carretera, cuando el cochero logró detener a los dos caballos ella ya había desaparecido de su vista. Una vez había hecho lo mismo, solo porque sí, y él había detenido el coche asustado, al borde del llanto, seguro de que su novia estaba muerta y ella lo había abrazado casi muerta de la risa a causa de su expresión.

—Voy a vivir mucho tiempo para ser tu esposa y tener como veinte hijos contigo.

—Yo moriré joven si no dejas de darme sustos como estos.

—Es cuestión de práctica, con el tiempo dominas la habilidad de caer de pie, no te he contado, pero por las noches me convierto en gato, voy a tu casa, me trepo en tu habitación y duermo contigo.

—De repente me encantan los gatos —había dicho él abrazándola—, pero realmente jamás vuelvas a asustarme así.

—¿Detendrás el coche para buscarme aun así?

—Siempre.

—Tal vez un día huya al discutir contigo, pero realmente me gustaría que fueras detrás de mí, quizás solo esté escondiendo mis lágrimas, no me gusta que me vean llorar.

—Iré por ti, cariño, para que llores en mi hombro —prometió.

Pero a pesar del recuerdo la dejó perderse en la calle y decidió regresar a casa, junto al niño que quería conocerla pero que ella no se merecía.

Aunque una parte de sí quiso buscarla en la calle y saber cómo se encontraba. Estuvo toda la noche pensando sin poder dormir en la posibilidad de que ella estuviera llorando en algún lugar.



Capítulo VIII

Las primeras cinco noches, Isobel no consiguió dormir plenamente, era extraño acostarse en la misma cama que alguien y no dirigirle la palabra. Michael lo intentaba, le preguntaba por su día, pero ella se daba media vuelta y dejaba de mirarlo, aunque se sentía muy tentada a abrazarlo, así que lo único que conseguía era llorar cuando sentía que él por fin se dormía. Se sentía tan defraudada que emulaba el sentimiento de ser traicionada.

—Fue mi orgullo, lo siento —le había dicho él muchas veces—, realmente no era mi intención robarte, pero sentí que era demasiado humillante pedirle dinero a mi mujer.

—Soy tu mujer, no una extraña, deberías confiar en mí —se había quejado dando la discusión por zanjada.

Aquella noche sucedió igual, lo sintió acostarse, ya no había risas durante la cena ni hacían el amor antes de dormir, ya no se miraban. Ahora sí que eran como extraños, y ella lo extrañaba.

—Perdóname, realmente lo siento, lamento no confiar en ti lo suficiente, no volveré a hacerlo.

—Pero ya no puedo confiar en ti.

—Solo quería salvar mi cuello, Isobel, por eso también me he casado contigo, tengo deudas y ya sabes que hasta hace poco todos me creían muerto.

—¿Y tú pensaste que yo iba a dejar que te rebanaran el cuello? —le preguntó al borde del llanto, sintiendo una horrible opresión en su pecho ante la idea de verlo muerto, se sentó en la cama y lo miró a los ojos, se sentía capaz de entregar su propia vida y su fortuna entera porque él estuviera bien.

—Creo que ser viuda te sentaría de las mil maravillas —comentó él quitándose la camisa.

—¡Ahora mismo no soportaría que te murieras! —le gritó enojada, asombrada de su propia debilidad, no era ella la clase de mujer que le gritaba esa clase de cosas a un hombre—. Sigo sintiendo que te quiero —confesó ya más calmada—, y de verdad te extraño.

Pudo leer la incredulidad en los ojos de su esposo, así como pudo notar su disposición a cierto tipo de placeres, aquella mañana le había dicho su tía que, aunque estuviera enojada, debía cumplir con el débito, pues ese no dependía de la disposición o de los sentimientos, se trataba de su alma, había dicho la esposa de su tío y se trataba de su mayor disposición al adulterio y ella, quien todavía no olvidaba la forma en que él hablaba y anhelaba a aquella mujer, no podía siquiera imaginar que le fuera infiel. Se sentía rota y traicionada por su robo, pero se quebraría como una pieza de cristal si él prefería a otra mujer.

Por años había querido experimentar el amor, pero si aquello era amor realmente era una cosa desagradable, hacía de ella, una mujer fuerte e independiente, una presa fácil de sus sentimientos.

Aunque ya estaba casi segura de que no eran dos sino tres.

Cuando Michael la acercó a él tomándola por la cintura, Isobel no se resistió, pero le negó sus besos, no lo acarició y rechazó todas aquellas caricias que pretendían darle placer y no evitarle el dolor. Fue extraño acostarse con él sin que sus pieles se tocaran por la obstrucción de su bata.

—Creí que no dejarías que te tocara —dijo él abrazándola, todavía firme mástil dentro suyo.

—Solo cumplo con el débito —lo contradijo volviendo a evitar su beso—, mi castigo será no tocarte yo a ti.

—Tú eres la reina aquí, solo importa tu placer, así que no importa.

Isobel no dijo nada, lo que se le ocurría sonaba demasiado celoso y posesivo, y ella, definitivamente, no estaba dispuesta a convertirse en la clase de mujer que hacía que un hombre prefiriera emborracharse con sus amigos.

—Y tú eres mi rey consorte —le dijo siguiéndole el juego—, pero ahora mismo no cuentas con la lealtad de tus súbditos.

—¿Y qué puedo hacer para recuperarla? No quiero que nuestro año juntos sea un recuerdo indigno.

«Deja de hablar de su final», pensó, pero en lugar de decirlo acomodó la cabeza sobre su cuello y contestó:

—No volver a defraudarme y esperar a que vuelva a sentir que confío en ti. Y… debes confiar en mí ¿de verdad crees que no me importaría si te matan?

—Estoy seguro de eso —le contestó sin dejar de abrazarla.

—Dije que *te quiero*.

—*No es como si dijeras que me amas… es diferente, lo sé.*

—Me niego a amar a un hombre que no me da confianza.

Lo sintió suspirar, pero no dijeron nada más, Isobel volvió a dormir después de varios días.

También volvió a soñar.

Michael se colaba en la casa londinense de su familia trepando los muros que la protegían, vestía harapos y ya no recordaba la última vez que había tomado un baño de verdad. Era un caluroso día de verano y su madre y sus hermanas estaban tomando té en el jardín, Michael las observaba, ansioso por acercarse, soñando con una cálida bienvenida, pero sabía que poco les importaba.

Michael observaba en silencio, veía aparecer a sus dos hermanos y a su padre, todo parecía perfecto porque él no estaba allí, como siempre.

—Escuché que el barco en que está Michael desembarcó ayer, ¿ya ha venido? —dijo su hermano James a sus padres, como si se tratara de un hecho casual.

—No y Dios quiera que no aparezca por acá —contestó su madre.

—Vaya, parece que podría hacerte más feliz la noticia de que murió en el mar —criticó su hermano William.

—¿Cómo puedes decirle eso a una madre?

—Nos resulta obvio que es así —dijo su hermana Madeleine.

Herido por las palabras de sus hermanos, Michael pensó en irse, pero en lugar de eso trepó hacía la habitación que tenía en Londres. Isobel tenía la certeza de que pocas veces había ido allí con sus padres, pero ya que no asistía a la escuela solían llevarlo a la ciudad junto con sus hermanitas, y, quizá por evitar las habladurías cuando estaban en la ciudad lo llevaban con ellos a sus salidas matutinas.

A él le extrañó encontrar a su madre en la habitación, ella ni siquiera lo miró, se encontraba de espaldas a la ventana, vestía de verde claro y aun de espaldas resultaba hermosa.

—Si como más pastel tendré indigestión —decía ella—, llévate un poco y descansa en un buen lugar, no te vayas a esos vecindarios de mala muerte, no vayan a encontrarte muerto en alguna calle, no sería bueno para nuestra reputación.

—¿De verdad te alegraría que me muriera?

—Te di la vida, no soy tan desgraciada, pero quizá me tranquilizaría.

Isobel sentía el dolor de Michael, tenía solo diecisiete años y creía, con seguridad, que a su propia madre poco le importaba si moría.

Cuando se despertó todavía estaban abrazados, pero con posturas diferentes, incluso le dolía un poco el cuerpo, pero, aunque seguía enojada y no sabía si aquellos sueños eran de verdad, Isobel se aferró a su cuerpo y lloró comprendiendo por qué no confiaba en que le importara realmente su vida, aunque le dijera que lo quería. "*no es como si dijeras que me amas… es diferente, lo sé"* había dicho él, pero ella no era capaz de asumir que lo amaba y tampoco quería ser importante para él solo por satisfacer su necesidad de ser amado. Aquello no hacía del amor verdadero y tampoco daba a una pareja lo necesario para compartir juntos una vida entera.

Isobel volvió a dormirse, pero se despertó con el amanecer, angustiada por la idea de que fuera realmente el asesino del caso que investigaba.

Tenía la boca entreabierta y el cabello pegado a la cara, parecía un bebé, Isobel acarició sus formas todavía negándose a reconocer la intensidad de sus sentimientos.

—No, tú definitivamente no eres un asesino.

Pero podría ser.

Aquellos días, Isobel había salido poco de su casa así que se dispuso a volver a aquel barrio a investigar, lo hizo en compañía de su hermana, aunque Marcela se mostraba un poco renuente, a fin de cuentas, era una señorita de sociedad en su primera temporada cuya reputación pendía de un hilo por culpa de sus escandalosas hermanas.

—¿Cómo va tu misión de amarrar a Jamie? —le preguntó cuando luego de hostigarla por al menos media hora, su hermana accedió a ir con ella y entró en la calesa. Llevaban trajes de imperio las dos, eran más prácticos para moverse y así se destacaba menos, pero, aunque era de día, como bien había advertido, no usaba colores opacos, se había decidido por el rojo, pero su hermana sí vestía conforme a la regla y usaba blanco.

—Mal, no he podido acercarme a él en toda la semana, a saber donde estará pasando las noches, he notado que sus ropas sucias despiden un olor a perfumes baratos.

—¿Hueles su ropa sucia?

—Quería pistas de su paradero, deberías revisar las de tu esposo pues supongo que es la persona con la que Jamie desaparece.

—No, él no me ha dejado sola ni una noche, te dije que no podía dormir por estar enojada.

—Tienes menos ojeras hoy ¿se reconciliaron?

—Sí y no —contestó—. Todavía estoy enojada.

—Hasta yo lo habría tomado a escondidas, si te hubiera pedido dinero a saber qué le habrías dicho.

—Ahora mismo, si él me pide que me entierre una daga en el corazón creo que sería capaz de hacerlo —confesó—, me siento inusualmente estúpida.

—Bueno, yo estoy tratando de embarazarme para atar a un hombre, creo que la estupidez nos afectó a ambas.

—¿Y a María?

—Al menos las cartas que me envía a mi versan sobre la historia y la topografía ¿y las tuyas?

—Creo que estoy leyendo un libro y no una carta de mi hermana —fue su respuesta.

—Supongo que la estupidez también la ha afectado —bromeó Marcela y ambas dejaron de hablar para contemplar aquel paisaje urbano que no lograba encantarles.

Preguntaron en otros bares y casas de apuesta a ver si alguien sabía acerca de lo ocurrido esa noche y como todavía brillaba el sol sobre el cielo, bastó una mirada para desplantar a los hombres que intentaban propasarse. Entonces vieron las siluetas inconfundibles de Jamie y Michael, llevaban los trajes que los habían visto ponerse en la mañana.

Los vieron hablar con un hombre algunos años mayor que ellos y luego de que se alejaran se acercaron también.

—¿Sobre qué le preguntaron? —lo interrogó Marcela ofreciendo al tiempo un puño de monedas de plata.

—Querían saber si había visto su mapa —contestó el hombre expulsando un nauseabundo vaho de varios licores, además era notable que ni él ni sus ropas se habían lavado en más de una semana.

—¿Un mapa?

—Un mapa que ganaron a un supuesto pirata hace un tiempo, la última vez que vi que lo tuvieran fue en el sitio al que van ahora, los conocen muy bien allí.

—¿A dónde van?

—No puedo hablar de eso a unas señoritas —contestó el hombre claramente pidiendo más dinero, pero eran rápidas corriendo, no costaba nada alcanzarlos y ver a dónde se dirigían. Se dieron cuenta de que ya los habían perdido entre la multitud, pero Marcela se trepó a un farol y fue capaz de divisarlos. Luego la instó a correr, pero Isobel tuvo cierto temor de hacerlo en una calle tan transitada, podía tropezarse y aquello podía hacerla perder a su bebé, si realmente había bebé.

Pero quería asegurarse de que su esposo no era un asesino.

Marcela los alcanzó más pronto e Isobel le siguió la pista a ella, la encontró oculta tras la pared lateral de una desvencijada modistería, el lugar apestaba a orines y otros desechos. Su hermana señaló un lugar que destacaba. Se trataba de un burdel con todas sus letras, era notable que las mujeres perdidas se ofrecían en la entrada, vestían por completo, con sencillez y cierta vulgaridad, pero en sus cuerpos se notaba que eran de dominio público y así se consideraban.

—Te lo dije, suponía que vendrían a esta clase de sitios.

—No mi esposo —insistió en defenderlo—, al menos ya no, él solo tiene ojos para mí.

Y para aquella Jane.

Se preguntaron un rato cómo hacer para entrar y decidieron que lo mejor era hacerse las desvergonzadas. Se bajaron el escote del vestido y luego de respirar hondo asumieron su andar más sensual, de modo que se acercaron con el mentón en alto y los senos casi al aire.

Una prostituta las miró con evidente duda.

—Venimos con Serpiente Negra, él y Jamie dijeron que nos harían probar cosas nuevas —contestó Marcela con la sonrisa más pervertida que Isobel le había visto en su vida. La prostituta les guiñó el ojo y les pellizcó las nalgas antes de dejarlas entrar.

Tal vez no era tan víctima de la estupidez como pensaba pues no estaba dispuesta a hacer nada raro aunque su esposo le rogara, podía llevar el tao y el Kama Sutra a su cama, cualquier otra disciplina que le interesara, pero ella, en ese aspecto era realmente más conservadora de lo que le gustaba admitir y solo le gustaba el sexo con un hombre, ¿sería solo con ese hombre? La pregunta le hizo dudar de poder ser capaz de adaptarse a vivir distante, cada vez que alguien se lo mencionaba sentía que le dolía el alma, no quería separarse de él, aunque se suponía que aquel era su plan.

Las impactó lo dionisiaco del ambiente, nunca había visto tantos hombres y mujeres juntos y además tan cerca, tampoco habían visto tantos pechos femeninos desnudos y ofrecidos a los hombres, había faldas recogidas en las piernas, manos bajo las mismas, incluso caricias y besos demasiado obscenos para poder verlos. Y, sin embargo, el ambiente la excitaba, pero porque la hacía pensar en las caricias de su esposo.

Su esposo que estaba en aquel lugar con dos mujeres sobre sus piernas que besaban su cuello y su oreja mientras hundían sus manos bajo sus ropas.

Isobel sintió dolor, un dolor tremendamente profundo, y aunque tuvo la certeza de que hacía mal en dudar de él, porque no era un asesino, verlo con otras mujeres era más de lo que podía soportar.

En realidad, lo quería, realmente estaba enamorada de él, realmente lo amaba, su instinto de posesión era bastante menor que su deseo de entregarse en cuerpo y alma, sacrificando todo lo que hubiera que sacrificarse.

De repente sintió las manos de un hombre en sus pechos y como se los desnudaba con rapidez. El grito de su hermana la sacó de su estado semi inconsciente, a ella también la tocaban invitándola a acompañarlos a una cama.

Las dos patalearon e intentaron zafarse de aquellos hombres, pero, aunque eran fuertes al parecer no lo eran tanto.

Isobel pisó al hombre consiguiendo que se apartara y corrió a la mesa en que su primo y su esposo se encontraban.

—Ven aquí, tesoro, no seas tan arisca —dijo el hombre.

—¡Suelta a mi hermana! —le gritó a él y luego a su esposo todavía distraído con las bellezas que lo deleitaban—. ¡Dile que suelte a mi hermana!

—¡Michael, Jamie! —gritó Marcela todavía sin poder zafarse mientras el hombre más corpulento de los dos magreaba uno de sus senos. Isobel recordó guardar los suyos justo cuando su esposo por fin la miraba.

Segundos después, su primo y su esposo peleaban con aquellos hombres que no comprendían el sentido de la palabra “no”.

—¿Estás bien? —le preguntó su esposo después. Isobel lo abrazó y asintió.

Se había vuelto vulnerable, incluso sentía que lo necesitaba.

Luego él la sacó de allí mientras Jamie hacía lo mismo con su hermana.

—¿Qué demonios hacen aquí? —preguntó su primo a gritos.

—¿Qué demonios hacen ustedes aquí?

—Eso no te importa.

—¡Claro que me importa! ¡Tú eres mi amante y él el esposo de mi hermana! ¿Qué hace un hombre casado en un burdel?

Michael la miró con furia en los ojos, pero Isobel no se amilanó, tampoco podía dejar a su hermana librando sola aquella batalla.

—Lo mismo me preguntó, ¿qué hace un hombre casado en un burdel?

—Lo más interesante es lo que hacen ustedes aquí —contestó él—. ¿Qué hacen de nuevo en este tugurio y qué hacen en un maldito burdel?

—¡Todo parece indicar que eres el asesino! —le gritó buscando su abrazo de nuevo, seguía sintiéndose un poco asustada—. Quiero demostrar que tú no eres el asesino y supe que buscabas un mapa.

—¿Qué sabes de ese mapa?

—Nada —contestó—, solo que realmente no quiero que te consideren un asesino.

—¿Tienes alguna pista del mapa? —preguntó su primo—. Nuestro pescuezo depende de si lo encontramos o no —le aseguró—, especialmente el de Michael.

—¿No querían matarlo por sus deudas y por eso tomó mi dinero sin permiso?

—Lo tomó para tener una preocupación menos. Pero mira a la esposa sumisa que le vino a

tocar, ¿siquiera tienen sesos en la cabeza?

—¡Yo quería investigar para mi revista, pero resulta que mi hombre es a quien todo apunta! —le gritó a su primo para luego mirar a Michael—, si no anduvieras con tantas serpientes no creerían que eres un monstruo que se convierte en una, deberías deshacerte de todas.

—Es más fácil que me deshaga de ti —contestó él tomándola por el brazo. No le dijo nada y tampoco le permitió hablar camino a casa. Admitía que era una locura haber entrado en aquel lugar y hacerlo cuando el día estaba ya a punto de acabar, pero le enojaba haberlo visto con otra mujer y que al parecer apreciara sus serpientes más que a ella.

Ya en la casa, Michael la arrastró al sótano en que se encontraban las jaulas de las serpientes.

—Si realmente me quieres debes aceptar esta parte de mí —le dijo luego de empujarla al suelo —, vas a estar aquí dos días, la próxima vez que hagas algo tan estúpido te amarraré y las soltaré.

—Me dan mucho miedo y tú no eres alguien que pueda castigarme.

—Yo también creí que, además de hermosa eras una mujer inteligente y poco inocente, pero has demostrado ser estúpida.

—¡Si soy estúpida es por culpa tuya!

—Claro.

—¡Porque te quiero! ¡*Te amo! ¡Je t'adore!*

—Dímelo después de aceptar a mis serpientes —contestó él—, y no creo en el amor que te hace estúpido, cuando la razón vuelve, simplemente desaparece.

Él cerró la puerta asegurándola desde afuera e Isobel temió orinarse por el temor que le causaba encontrarse allí sola rodeada por tantas serpientes.

Pero las serpientes parecían dormir. Isobel se sentó en un viejo sillón en un rincón y consiguió quedarse dormida. Cuando despertó estaba en un sillón de su salón principal y Michael, vestido como siempre de negro, salvo por la camisa blanca, la estaba mirando apoyado en el resquicio de la puerta.

—¿Ya superaste tu estupidez?

—La idea de quererte, sí —le contestó enojada.

—Bien, vas a pasar una pequeña temporada en un lugar más cómodo que este, estaré fuera y quiero asegurarme de que no hagas cosas extrañas, ya tengo un cuello por el que preocuparme.

Confundida, Isobel se acomodó la ropa y el cabello para seguirlo. Michael hizo que se detuviera el carruaje frente a un edificio modesto en Mayfair, allí hizo que bajaran sus cosas y las llevaran a la casa. Al entrar descubrió que era el lugar en que vivía una de sus cuñadas con su esposo.

—Te agradezco el favor —le dijo Michael a su muy embarazada hermana.

—No es nada, me viene bien algo de compañía, seguro que puede ayudarme con el ajuar del bebé.

—Ya sabes que debes vigilar que no salga sola, es como una niñita impulsiva a la que hay que vigilar.

—No lo hará, te digo que la usaré para hacer el ajuar, supongo que la llevaré a visitar a nuestros padres…

—Mientras no acabe metida de nuevo en un lupanar, está perfecto.

Entonces Michael la miró de nuevo.

—No vuelvas a casa a menos que yo venga por ti, mi hermana y su marido han accedido a tenerte aquí indefinidamente.

Isobel tomó su mano preocupada.

—Pero quiero estar contigo —le dijo—, prometo que no volveré a ir a esa clase de sitios… dejaré

de investigar, pero no hagas esto, estamos recién casados y no deberíamos separarnos.

—Ya no te creo, yo tampoco puedo confiar en ti en ningún aspecto.

Se zafó de ella y cerró la puerta de entrada con un duro golpe. Isobel sintió que lloraba y no se contuvo al volver a mirar a su cuñada.

—Yo también tengo que preparar el ajuar de mi bebé —le dijo.

Madeleine, bastante parecida a su hermano, le sonrió espléndidamente, le parecía que era menor que ella, no estaba segura de cuántos eran los años de diferencia, pero parecía más madura en un momento como ese.

—¿De verdad? ¿Ya?

—Eso creo, la esposa de mi tío también lo cree.

—¿Michael sabe?

—No le he dicho, aunque él supone que ya debería estarlo desde que nos casamos.

—No creo que con esa espada de Damocles pendiendo sobre él lo haga muy feliz saber que será padre. Has sido muy incauta al hacer esas cosas, el otro día mi padre le dijo a mi esposo que le preocupaba la situación de Michael. Y mi padre no es la persona que más se preocupe por él.

—Entonces debo ayudarlo a encontrar el mapa.

—No, no vas a hacer ninguna cosa rara, si pretendías convencerme no debiste haber dicho que podías estar embarazada.

—Yo me enojé con él y no lo envié a otra parte ¿por qué él sí se deshace de mí? Siempre dice que me quiere y ahora parece que no.

—Sí, eso dijo siempre, ¿quién sabe? Tal vez ya lo perdiste, escuché que estuvo muy enamorado de una viuda de la edad de mi madre.

—Escuchas muchas cosas —la criticó y sonriendo ella le indicó donde se encontraba su nueva habitación, no tenía el lujo al que estaba acostumbrada, pero era un palacio en comparación a la suya con Michael.

Pero quería estar con Michael, ya entendía por qué algunas hijas de buena familia incluso se fugaban con esclavos, la separación era dolorosa y mucho más el temor de que se prolongara. ¿Dejarlo cuando se cumpliera su año de matrimonio? Ni loca que estuviera, lo amordazaría y lo llevaría en el barco con ella, le pondría grilletes cada vez que tocaran puerto, para que no se le escapara.

Lo amaba. Era absurdo a sus ojos, pero realmente lo amaba.

Aun así, el amor no bastaba. Isobel no quería ser el consuelo por todos sus desamores.

Jamie contempló a su hijo y a Marcela jugando ajedrez en el salón del té, más bien se trataba de una clase pues Marcela le enseñaba al niño las reglas del juego y Daniel reía cada vez que movía un peón correctamente, resultaba obvio que era un niño muy inteligente y en eso se parecía a él porque su madre no lo era realmente, no era como Minerva en ningún aspecto.

Todavía indignado y horrorizado, Jamie recordó la forma en que aquel hombre tocaba a Marcela, luego el temblor y el llanto que la invadió en el camino de regreso. Su madre intentó tranquilizarla, luego de regañarla como siempre hacía con ellas, y permitió que Jamie se quedara a dormir con ella. Pero Marcela no tenía miedo cuando se trataba de él y su doncella los había encontrado desnudos esa mañana, había gritado y resultaba obvio que se había enterado toda la

casa, aun así, conforme a la mirada de su padre, Marcela seguía vedada para él.

—Se puede vivir con alguien a quien no amas y que no te ama —dijo su madre a su espalda—, pero es muy triste vivir con alguien que ama a alguien más. Tu padre se enamoró de otra estando casado, pero tú no lo estás todavía, no tienes por qué atarte a una mujer a la que no quieres, sino por ti y por quien amas, al menos por ella.

—Es lo mejor para Daniel.

—Cargará para siempre la reputación de bastardo —dijo ella sonriéndole—, te cases o no con su madre, así será, pero su madre no lo ama y si parte del mundo va a rechazarlo, mejor que al menos tenga en su vida una familia que le hace sentir bien, ¿no crees?

—Supongo que así es.

—Mis acciones fueron estúpidas, en verdad no te di la vida, ningún hijo que se alojó en mi vientre permaneció el tiempo suficiente, pero eres lo más importante en mi vida ¿lo sabes?

—No lo sabía —confesó.

—Era entusiasta y alegre como tus primas y su hermanastra y me enamoré de tu padre al poco tiempo de casarnos, pero en mí, él no halló nada que le gustase y tampoco pude darle un hijo, acabé convertida en una amargada, luego la quiso a ella y te quiso más a ti que a mí, pero porque eras hijo de ella. El hecho es que imaginé otra clase de matrimonio para ti, pero si una mestiza suramericana es la dueña de tu corazón y te ama en igual medida, cuentas con mi aprobación, tus padres no fuimos felices, tú deberías serlo, si eres valiente, tu hijo también será valiente algún día, aunque también debes ser valiente para enfrentar tus propios sentimientos.

—Espero tener la valentía —murmuró antes de tomar su mano—, si muero, cuida de mi hijo, no dejes que vuelvan a apartarlo de la civilización ni que su madre se quede con él, a menos que parezca realmente dispuesta a hacerlo bien.

—Tu hijo es mi nieto, también es mi gran amor y se lo gana por mérito propio, creo que también iré a tener una partida con él.

Su madre era un poco joven todavía y resultaba triste pensar en que le restaban muchos años de infelicidad, había crecido en una buena familia y tenía un linaje noble que se remontaba a los antiguos reinos, según decían sus antepasados, era bastante atractiva y muy amable, pero suponía él que no era muy difícil convertirse en una amargada luego de embarazarse ocho veces, perder seis bebés en los primeros meses, uno en las últimas semanas y dar a luz un hijo muerto.

Jamie tenía dieciséis años la última vez, fue cuando tuvo un aborto con seis meses de embarazo,. Jamie entró en la habitación y contempló con pavor las sábanas manchadas de sangre, la vio a ella, cansada y triste, sosteniendo a su hijita muerta en sus brazos. Él lloró por su hermana y abrazó a su madre.

—Todo estaba bien ¿sucedió algo?

—No tiene que ver con que algo suceda o no —contestó ella—, simplemente mi vientre no es fuerte.

—Podrías morir un día de estos.

—¿Cómo podría evitar eso?

—No dejes que mi padre te toque.

—Quieres quitarme el único momento en que existo para él, aunque muriera… eso es lo único que tengo.

Pero él no soportaba aquello, verla agonizar de dolor en cada ocasión, ver cómo ni siquiera lograba ilusionarse. Y le había exigido a su padre no volver a tocarla. Eso claro, había convertido mucho más a su madre en aquel ser bastante antipático que tantos repudiaban.

Aun así, Jamie la había visto algunas veces y sabía que aquello era igual todas las noches, tomaba un baño, se peinaba, perfumaba y se ponía un hermoso vestido o un delicado camisón y esperaba a su padre en la cama hasta quedarse dormida. A veces lloraba.

Él no podía hacer algo así a Minerva y tampoco podía condenar a Marcela a una vida frustrada en la que no era amada.

Las observó un rato más y antes de abandonar la casa para continuar con su búsqueda del mapa, fue en busca de su padre. Lo encontró en su despacho ocupado con un libro de cuentas.

—¿De verdad nunca amaste a mamá? —le preguntó sirviéndose un poco de whisky, llevado por Donald casi que de contrabando.

—¿A cuál?

—Tu esposa.

—No —respondió él sin dudar.

—¿Por qué no?

—Fue un matrimonio forzoso, yo tenía diecisiete años y ella catorce, además estaba enamorado de otra mujer y tenía otros planes para mi vida. En ese tiempo ella era demasiado niña.

—¿Mi madre de sangre no lo era?

—Era la criada más joven, pero era mayor que ella.

—¿Cuántos años tenían?

—Mi esposa tenía diecisiete y tu madre tenía veinte cuando naciste.

—¿Tenía solo diecisiete años y tomó esas medidas?

—Llevábamos tres años casados, ya había parido un bebé muerto y abortado dos, los médicos aseguraron que nunca tendría un hijo y su madre le sugirió hacer eso.

—¿Ella quería eso?

—Era obvio que sufría cada vez que me iba a la cama con tu madre, pero no me importaba.

—¿Sabes que te espera todas las noches? —su padre asintió de mala gana—, ¿puedes acabar con su espera al menos una vez? Ha esperado por diez años.

—Todavía podría quedarse embarazada, fuiste muy claro al decir que me matarías si volvía a suceder.

—Igual de estúpido que tú, yo tampoco pensé en sus sentimientos —contestó—, los sentimientos no lo son todo, van y vienen, no siempre permanecen, pero creo que voy a pensar en mis sentimientos, los de Marcela y Daniel, e incluso en los de Minerva… pero no tomaré decisión alguna hasta saber que mi cabeza permanecerá sobre mi cuello. Necesito que me ayudes, necesito mucho dinero.

A sus cuarenta y tres años, Violette sabía que era bonita, pero la soledad la mantenía en constante duda, no parecía haber alguien a quien realmente interesara su belleza y ya había pasado el tiempo en que los caballeros y las damas hacían murmuraciones sobre su buen aspecto. Recordaba todavía su primer baile, Charles la había llevado a Londres para su primera temporada a los dos meses de casarse y ella estaba contentísima y ansiosa, aunque sabía que no significaba para ella lo mismo que para sus amigas, porque ella ya tenía un esposo y a sus ojos era el caballero más guapo que podía existir.

Aquel día su doncella y la de su cuñada las prepararon para el baile y las dos se veían realmente

hermosas, Charles las esperó en el primer piso de la casa y halagó muchísimo a su hermana, dos años mayor que Violette, en tanto que a ella no le dijo nada.

—Es que se ha quedado sin palabras —le dijo ella al oído alentándola con aquella sonrisa amigable que habían heredado sus hijas.

Ella le creyó y con su permiso bailó con muchos otros hombres que contrario a él halagaron su aspecto y parecieron dispuestos a pretenderla hasta que dijo que ya estaba casada. Pero Violette se dio cuenta de que su esposo no la miraba a ella, lo confirmó en los siguientes bailes, en las calles repletas de mujeres con más aspecto de mujeres y llorando se lo confesó a su cuñada.

—Solo le cuesta adaptarse a la vida de casado, era casi un libertino —le había dicho su cuñada —, ahora que tengan un hijo todo será diferente.

Pero no fue diferente, él solo dijo "darme hijos es su deber" cuando ella y su cuñada le contaron que estaba embarazada y asistió a un baile el día en que ella entró en trabajo de parto. El cordón umbilical no rodeaba el cuello de su bebé, pero cuando nació simplemente no respiraba.

—No llores más, hermosa, no es tu culpa —le había dicho él abrazándola cuando regresó, con tanto cuidado que en medio de aquel horrible dolor ella creyó en su amor.

Él la consoló las otras dos veces, pero ya no parecía tan esperanzado, su cuñada ya no estaba en la casa de campo y solo recibía las ocasionales visitas de su madre, horrorizada rechazó su opción y la contó a su esposo confiando que él la rechazaría, pero la frase "no existe más mujer que tú para mí" jamás apareció en su boca, su madre le aseguró que él podría repudiarla si no tenía un heredero.

Y él se enamoró de su sirvienta ante sus ojos. Violette presionó después, siguió el consejo de su madre y de su joven cuñada para hacer que Charles se quedara a su lado, pero lloró cada noche por tener que hacerlo, porque no la quería a ella.

Amó a Jamie en cuanto lo conoció, la sirvienta recién parida lo puso en sus brazos cuando fue a verla.

—Aquí tienes a tu hijo, dame el dinero que me prometieron —le exigió.

—Creí que querías vivir con tu hijo y con mi esposo.

—Pero el vizconde te tiene miedo, no va a dejarte nunca, así que dame el dinero, *milady*.

—Pensé que amabas a Charles.

—Me gusta, es un hombre muy guapo, pero los hombres no merecen ser amados, espero nunca ser una patética mujer enamorada como tú, *milady*.

Aquella vez, Violette llevó a Jamie a su habitación y consoló al bebé que no era amado por su madre como ella no era amada por su esposo. Amó al hijo del hombre que ella amaba y pensó que, aunque no naciera de su vientre por fin tenía un bebé con los preciosos ojos de Charles. Pero su esposo la miraba con desprecio y por no romper su corazón como estaba el suyo, jamás le dijo que Bonnie no lo quería.

Con el tiempo, Charles volvió a ella, dos o tres veces por semana la hacía cumplir con el débito, dos o tres veces al mes la llevaba con él a algún sitio y la mostraba ante la gente, dos o tres veces al año le regalaba algo, para guardar las apariencias. De tres a diez veces al día, de uno u otro modo le recordaba que no la quería.

Ella se embarazó otras cinco veces, pero Charles no la consoló nunca más y a veces llegó a preguntarse si a él también le dolía.

Pero salvo las fiestas de la temporada y otros eventos sociales ella, ya no tenía sus dos o tres veces a la semana, al mes y al año. Cuando Jamie no estaba en casa era como si para Charles simplemente no existiera.

Violette lo esperaba todas las noches desde hacía diez años, Genevive, quien se convirtió en su amiga al morir su cuñada, le decía que no había que desesperarse porque Charles un día volvería a ella. Pero Violette no tenía su confianza, su marido no la amaba como el barón amaba a Genevive y no le había dado un solo hijo. Aunque todavía era bonita no podía evitar que envejeciera y no envejecía sonriendo como su amiga que aun así sufría atenazada por sus extrañas dudas.

Cuando se peinaba cada noche, Violette se veía a sí misma a los catorce años, antes de su primer baile. Sentada en el tocador peinando su largo cabello rubio mientras su joven esposo la esperaba en la cama con el pecho desnudo.

—No entiendo para qué te peinas si te voy a despeinar —se burlaba.

—Para que tengas ganas de despeinarme —bromeaba ella y dejaba el cepillo para tirarse a sus brazos.

Violette recordó la noche en que le dijo que lo amaba por primera vez, cuando él le dio el regalo por sus quince años y un collar por su primer aniversario, fue durante una cena en la que estaban solos.

—Cuando me dijeron que tendría que casarme nunca pensé que te fueras a convertir en la persona más importante para mí y a la que más quiero en el mundo entero —le había dicho abrazándolo.

—Eres mejor de lo que pensaba —había dicho él—, quizá algún día pueda corresponder a tus palabras.

—¿No me quieres?

—Me he acostumbrado a ti, pero, no eres lo que más quiero en la tierra ni quien más me importa.

—¿Hay algo malo en mí?

—No hay nada malo en ti, quizás hay algo malo en mí que no consigo enamorarme de una criatura tan hermosa, divertida y adorable como tú.

—Voy a llorar en otra parte —le había contestado antes de correr a encerrarse en su habitación.

Violette lo había amado en su inocencia, pero para su consternación seguía amándolo en la madurez. Sabía que él tenía amantes e incluso había pensado en conseguirse uno, pero, aunque lo intentó, los besos y las caricias de otro hombre le resultaron repulsivos, de eso hacía ya nueve años, ya ni siquiera sentía que alguno la desnudaba con la mirada, o siquiera la miraba.

Sin embargo, quizá esa fuera la noche en que Charles recordara que existía y que según él mismo era buena en sus deberes de cama.

Violette casi esperó ver un monstruo con aspecto de serpiente, como le pasaba a Genevive, cuando a las doce de la noche alguien entró en su habitación, pero las velas que tenía encendidas dibujaron el rostro perfectamente humano de su esposo, todavía realmente apuesto a sus cuarenta y seis años.

—Estás más exquisita que desnuda con la prenda que llevas puesta —dijo él.

—¿De verdad vuelves?

—Esas amantes no me complacen tanto como tú, querida.

—Ellas no te aman como yo —contestó.

Charles se sentó en la cama sonriendo y se quitó la camisa, era obvio que había estado bebiendo, pero Violette no estaba dispuesta a dejarlo ir.

—¿Cómo has soportado estos diez años de abstinencia?

—Recordando, imaginando —contestó.

—Y prodigándote de vez en cuando caricias inapropiadas —se burló él—, pero aun somos

capaces de concebir un hijo, no quiero ser culpable de tu muerte, no creo que tu cuerpo soporte un aborto más, o que tu corazón lo haga, no creo que el mío lo soporte.

—Pensé que los últimos cinco no te importaban nada.

—¿Cómo no iban a importarme? Eran mis hijos también y era mi esposa la que quedaba destrozada y moribunda en cada ocasión.

—Pero nunca me has querido, jamás —se lamentó—, le dijiste eso a Jamie el otro día.

—No tanto como tú a mi… ni como yo a…

—Ella nunca te quiso —se quejó.

—Lo sé.

—¿Escuchaste esa vez? No estabas en casa cuando me entregó a Jamie.

—Me lo dijo hace unos meses, pero, así como tú no has conseguido dejar de quererme, yo no consigo dejar de quererla.

—Pero yo te veo cada día, sé lo maravilloso que eres y también lo estúpido y defectuoso.

—Y quizá como es platónica es más difícil olvidarlo. Pero, podemos intentarlo de nuevo, haré mi mejor esfuerzo por hacerte feliz, como antes de que ella entrara a nuestras vidas.

—¿Ese fue tu mejor esfuerzo?

—Sé que a veces fallaba en mi determinación y salías lastimada, pero tampoco quería ilusionarte en vano —se justificó él.

—Ya estamos viejos, tenemos un nieto y con el comportamiento de ellos seguro que pronto serán dos, supongo que una amistad basta, fuera de la cama, no necesitamos vivir apasionados todo el tiempo.

—Pues siempre que fuiste la única yo vivía apasionado por ti, vivía pensando en llegar a casa y desnudarte, fue así hasta hace diez años y te aseguro que será así de ahora en adelante —le aseguró él—. Es más, estos diez años he maldecido a mi propio hijo miles de veces porque me amenazó con matarme si te pasaba algo al quedarte embarazada, y yo tampoco quería eso, pero no conozco mujer más atractiva que tú.

Violette lo besó sonriendo.

—Y tampoco una enamorada más estúpida que yo.

—Eso es cuestionable ¿no ves lo estúpidas que se han vuelto mis sobrinas? Me recuerdan a ti, con la diferencia de que ellos no tienen un problema en el entendimiento como yo.

—Yo creo que sí, de otras maneras. Todos ellos, pero Jamie el más estúpido de todos —contestó antes de que las palabras fueran silenciadas y solo fuera posible emitir otra clase de sonidos con sus bocas. Violette en efecto seguía siendo hermosa y Genevive tenía razón, a veces había que tocar el corazón de los hijos siendo sinceros con ellos, para llegar al corazón de sus padres, aunque Genevive jamás les había dicho a sus otros hijos que quería a su niño de vuelta, solo se lo calló.

«Hoy se ha despertado de buen humor», fue lo primero que pensó Marcela cuando la vizcondesa se sentó a la mesa de desayuno luego de saludarla con un beso, la mujer hacía eso todos los días, pero aquella mañana parecía diferente, Marcela no sintió que la mujer estaba celosa de ella. Era extraño, pero eso era lo que hacía sentir a Marcela y a sus hermanas, no como que la mujer creyera que pudieran seducir a su marido sino porque envidiaba la preferencia, bastante disimulada, por cierto, que el vizconde mostraba por ellas.

La verdad era que a Marcela nunca le había desagradado su futuro suegro (aunque no lo sabían ni él ni su futuro esposo), sabía que en el fondo tampoco a sus hermanas, a pesar de que se revelaran y lo acusaran todo el tiempo de estar solamente interesado en sus fortunas; de no ser así

María no habría rogado que llamaran a su tío Charles cuando le destrozaron el corazón y casi que la reputación en Italia.

Tampoco Isobel habría llamado a gritos a su tío cuando de niña en su hacienda, al andar explorando donde no debía había acabado bajo las fauces de un toro, a pesar de que allí estaba la nana india que tanto las amaba y protegía.

Ella misma en aquellos meses se había acostumbrado a aquel hombre, también confiaba en él e iba en su auxilio cuando necesitaba protección. Como Jamie ya no los acompañaba a los bailes, Marcela buscaba al tío Charles cuando era intimidada, si no veía a Alexander.

La primera vez que lo notó la tía Violette la había llamado con disimulo y la había llevado a los lavabos.

—Eres mestiza e hija natural, querida, eso es completamente cierto y nada lo va a cambiar, pero ¿es un pecado que seas mestiza? ¿Es tu pecado que seas hija natural? ¿Eres acaso menos bella, menos rica, inteligente, agraciada y talentosa que esas muchachitas? Así que no necesitas aguantar malos tratos —le había dicho la mujer antes de abrazarla y secarle las lágrimas de frustración, luego de eso ella acudía al auxilio invisible del vizconde.

Marcela había descubierto la verdadera cara de los dos el día en que su hermana casi fue violada, vio a la tía Violette gritándole a su esposo que sabía que aquel hombre no era tan bueno como parecía y él no le hizo caso, la vio llorando de empatía pensando en el dolor de aquella joven que era más inocente y pura de lo que jamás admitiría, y vio al vizconde enojado y frustrado por el ultraje a su sobrina a la que llamó "su niña".

Pero Marcela jamás había visto tal sonrisa en la tía Violette, aunque prodigaba cálidas sonrisas a su nieto.

Aquella mañana, la vizcondesa estaba vestida de rosa y se veía incluso más joven de lo que era.

—Hoy estás de buen humor, madre —comentó Jamie sentado junto a Daniel.

—Así es, hoy estoy de buen humor —dijo ella abrazándolo por la espalda y besando su coronilla como si fuera un niño. Luego se sentó a su lado quedando junto a su esposo como todas las veces, el vizconde también le sonrió y tomó su mano para acercársela a la boca.

—Esa preciosa sonrisa tuya te rejuvenece como veinte años —comentó.

—Pues ocúpate de mantenerme sonriendo todos los días —contestó ella antes de hacer sonar la campana para que sirvieran el desayuno.

—Me alegra que se hayan reconciliado —comentó Jamie acariciando el cabello todavía enmarañado de su hijo—, pero ha de haber algún modo de que no te quedes embarazada, no quiero ser huérfano.

—Quien sabe, tal vez en esta ocasión tenga un niño sano y lleno de vida como ella te parió.

—Así que ya no finges en absoluto.

Ella se encogió de hombros.

—Puede sonar mal, pero en mi corazón eras incluso mi propio bebé, yo también tuve un bebé en aquella época, pero mi madre me dijo que no le dijera a tu padre que mi barriga era de verdad. Esperé siete meses para que se diera cuenta, pero ni siquiera me tocó.

La vizcondesa sonreía, pero a Marcela no le pasó desapercibida la expresión del vizconde, había duda en su mirada.

—¿Cuándo sucedió?

—Mi bebé nació ocho horas antes que Jamie, parecía estar bien, pero de nuevo no. Pensé en contarte, aun así, pero ella entró en trabajo de parto justo al nacer mi bebé y sabía que no iba a importarte.

—¿Por qué no me importaría?

—Ni siquiera me preguntaste por qué estaba en cama, solo te preocupaste por ella, pero, está bien, eso habría empañado tu felicidad al nacer, Jamie.

—Pero era mi hijo, debías decirme —se quejó él—, ¿tuviste un niño o una niña? ¿Por qué murió?

—Un niño —contestó—. Y no sé, lo escuché llorar hasta que se llevaron su cuerpecito a enterrarlo, pero mi madre dijo que eran imaginaciones mías.

—Por eso lo amamantaste e incluso muchas veces dijiste que era tu bebé como si realmente lo hubieras parido.

—Supongo —contestó la vizcondesa sonriendo para luego mirar a Jamie.

—Pero te quiero por ser tú, si mi bebé hubiera vivido los habría criado a ambos dándoles el mismo amor, aunque sé que no siempre fui una madre amorosa.

—Está bien, solo te pido que no te embaraces y mueras o por lo menos que no mueras —la tranquilizó Jamie—, ¿cierto Daniel que lo importante es que tu abuela esté viva y feliz mucho tiempo?

—Pues si ella quiere tener un bebé que lo tenga, la cocinera donde vivía tenía la cara arrugada y el pelo blanco, pero tuvo un bebé y no se murió, aunque en lugar de un tío preferiría un hermanito, pero no me molesta tener ambos —contestó el niño mirando a Marcela que se señaló a sí misma.

—Y claro, la mamá de mi hermanito tendría que ser mi mamá Marcela.

—Eso no se puede —sentenciaron el vizconde y su hijo al mismo tiempo.

—Claro que se puede —repuso la vizcondesa guiñándole el ojo—, si Jamie es tan fértil como su padre probablemente ya se gesta un niño en su vientre.

—Roguemos a Dios que no.

—Yo rogaré a Dios que sí, ya la he tomado por mi nuera.

—Dejen las dos de manipular al niño y piensen mejor sobre lo que es más conveniente para todos.

—Somos mujeres, querido, el amor nos resulta sumamente importante, no lo único, sino algo sumamente importante.

—Desayunemos en silencio —ordenó el vizconde y cuando les sirvieron obedecieron a su orden, pero Marcela pudo leer en los labios de la vizcondesa las diferentes formas en que se burlaba de su esposo.

Se rio en silencio al comprender que estaba tan entusiasmada luego de haber pasado la noche con su esposo. El vizconde también sonreía cuando la miraba y Marcela sería muy inocente, pero le pareció que la miraba como un hombre enamorado.

De hecho, así lo había visto otras veces, en los bailes, cuando ella bailaba con otros hombres.

—Es preciosa ¿no crees? Como el vino, con los años, se vuelve cada vez más exquisita.

—Pero no se lo dijo, *milord*, y creo que ella se quedó esperando su halago.

—A veces olvido que eso le importa, pero no sé qué debo decirle que le haga justicia.

—Solo es una mujer común, un halago poco rebuscado le bastaría.

—Ella no es común, Violette es una diosa encarnada.

—Si eso cree usted…

—Claro, soy el más grande fiel del violetismo.

Luego del desayuno, los hombres se fueron y las dos mujeres, junto con el niño se encerraron en el salón del té, donde lady Violette se dedicaba a su creativo pasatiempo de pintar acuarelas, poco preocupada porque sus cuadros dieran buena cuenta de sus sentimientos aquel día se ofreció a mostrarle los que había hecho, tenía muchos exhibidos en una habitación a la que solo ingresaba

ella, muchos eran claramente de Jamie de niño en las que debían ser las tierras de su familia.

—Deberías decirme por qué razón tu hermana y tú fueron encontradas en un lugar como ese ¿qué las llevó allí?

—Investigábamos al asesino serpiente, todo indica que el esposo de mi hermana podría ser ese ser misterioso, pero es imposible ¿no? Las personas no se convierten en animales.

La vizcondesa le sonrió concentrándose en el colorido cuadro de una serpiente blanca de ojos verdes como esmeraldas.

—¿Solo sir Michael es un sospechoso?

—En realidad sus hermanos, pero nos negamos a creer que sea un asesino.

—Es un cazafortunas con muy pocos remilgos, ha sido pirata, quizás hasta ladrón y hay quienes dicen que sicario. Nadie niega que esos tres han servido como mercenarios, pero Michael no es la clase de personas que asesina de aquella forma.

—¿Por qué dice eso?

—Admito que no fui la mejor madre en muchos años, pero conozco a Jamie muy bien y también a sus amigos, además, Michael es mi sobrino.

—¿De verdad?

—Fui criada por mi tía, pero soy hermana de su padre. ¿Quieres que te ayude a investigar un poco?

—No creo que quiera ir a esa clase de lugares.

—No quiero, pero podemos entrevistarnos con una fuente importante.

—¿Con quién?

—Lady Genevive Watson, mi cuñada y más cercana amiga, siempre está al tanto del paradero de sus tres hijos, a veces del mío, dan muchos dolores de cabeza esos muchachos, un día acabarán con la reputación de toda la familia.

—Y nosotras nos sumamos a sus problemas —murmuró divertida mientras se rascaba la cabeza.

—Claro que no, ustedes tres son simplemente encantadoras, son como la brisa fresca de una playa caliente.

Marcela sonrió y luego fue en su compañía a la residencia londinense de aquella baronesa, llevaron a Daniel con ellas, para que jugara con sus primas a pesar de que eran varios años mayor que él.

La suegra de su hermana y sus cuñadas le parecieron encantadoras a la primera mirada, a pesar de que su hermana le hubiera dicho que su suegra era muy mala madre con Michael, o al menos eso creía gracias a sus sueños. Pero eran simplemente sueños.



Capítulo IX

—Tienes visita —le informó a Isobel su cuñada dos días después de que su esposo la dejara en aquella casa, ella no pudo dejar de emocionarse, así que dejó el bordado y se alisó las faldas esperando encontrarse con su esposo, realmente lo extrañaba. Mientras la seguía al salón dispuesto para las visitas, trató de recogerse los mechones sueltos y se miró en todos los espejos y cristales que pudo para asegurarse de que se veía digna y relajada a pesar de que había llorado de añoranza aquellas dos noches. Ya no lo culpaba, lo había perdonado, solo esperaba que él la perdonara.

Cuando lo vio, Isobel lo abrazó sin dudar y se quedó así durante un rato.

—Viniste por mí ¿cierto?

—En cierto sentido —contestó él sonriendo, sin hoyuelos.

Decepcionada y herida Isobel lo pisó.

—Quiero a mi esposo, no a ti —casi le gritó, aunque sabía que debía escucharse como una niña caprichosa, se estaba volviendo un poco infantil y eso no le gustaba en absoluto.

—No he fingido ser él, tú lo has creído.

—¿Te envió para llevarme a casa?

—No, ni siquiera me habla mucho desde la última vez y tú has conseguido enojarlo, Michael no es de los que se enoja, pero cuando lo hace…

—Pueden pasar tres eternidades —completó Madeleine, que Isobel ya sabía que tenía veintiún años, Isobel no había jugado mucho con ella de pequeña porque siempre estaba enferma—. Cuando éramos niños me comí su trozo de pastel hecho por nuestra madre y estuvo enojado una semana entera, mi padre debió ordenarle a madre que preparara uno exclusivamente para él y solo de ese modo se le pasó el enojo, pero ya no quiso sentarse a mi lado nunca más.

—¿A dónde me llevarás entonces?

—A tomar el té con nuestra madre y nuestras abuelas, cuando se va a tener un bebé es muy útil hablar con las expertas.

Isobel pudo sentir la mirada de su cuñado y le fue imposible sonrojarse.

—¿Tan pronto? ¿Tan fértil es mi hermano?

—Quizás tú eres estéril o tienes una larga hilera de bastardos y no tienes idea —se burló su hermana.

—Quisiera creer que es así, supongo que la fertilidad de Michael no podía probarse con la clase de mujeres que tenía por amantes.

—Lady Jane es mayor que nuestra madre y bien sabes que estaba esperando su hijo.

—Claro que recuerdo—contestó William con sorna ofreciéndole a ambas el brazo.

—No debes decirle a Michael ni a nadie —le advirtió—, ni siquiera se lo he dicho a mis hermanas, solo la vizcondesa está al tanto, y ahora tú y Maddy.

—Perfecto y el niño no me afecta, así que no creas que me rendiré en la misión de conquistarte.

Madeleine solo rio murmurando algo respecto a lo descarado que era su hermano. Isobel entró en la calesa y se ocupó en mirar hacia la calle mientras los dos hermanos conversaban, solo quería estar con Michael, saber que él estaba a salvo, no quería que siguieran enojados el uno con el otro, si sus sentimientos hacia ella eran auténticos y no habían cambiado, significaba que se querían

enormemente el uno al otro, que se amaban. Aunque tenía miedo todavía de esa palabra.

Aquellos dos días había estado trabajando en la primera muda de ropa para su bebé, se había concentrado esperando que la noticia hiciera realmente feliz a Michael y que le pidiera que se quedara a su lado para siempre. Ella no sabía si soportaría vivir en Inglaterra el resto de la vida, pero quería estar con él.

Conocía su casa en Londres, cuando de niñas su tío las había llevado con ellos a la ciudad, a veces, su tía las llevaba a la casa de los Watson para que jugaran con sus hijos, aunque en aquella casa no había tanto espacio como en el campo, sí que contaban con un gran jardín. Había un árbol en medio y de él colgaba un columpio, aunque Teodora, Isobel y María preferían colgarse de las ramas. A veces imitaban monos, otras dejaban caer la mitad del cuerpo sosteniéndose con las piernas, a veces daban un giro y se tiraban, en una de esas ocasiones, María se había fracturado el brazo y habían tenido que entablillar. Una vez, Michael se había trepado a la rama más alta, William lo siguió, pero la rama no soportó el peso de ambos y se rompió, solo que antes de que pudieran tocar el suelo, el barón los atrapó a ambos en el aire. Los dos lloraron tanto que por semanas los llamaron cobardes.

Pero ahora que Isobel lo pensaba era sobrehumano lo que había hecho su suegro, pues los adultos se encontraban bastante lejos y como fuera, era imposible para una persona frenar la caída de ambos. La paternidad quizás daba poderes sobre humanos o aquella familia los tenía.

Si no se equivocaba, William parecía percibir de su entorno mucho más que cualquier persona y había notado que Michael era de la misma manera, incluso Madeleine, la había visto evadir cosas por caer o choques con personas a las que ni siquiera miraba, pero no parecía darse cuenta de ello.

La servidumbre que los recibió pareció la misma de años antes y seguía siendo igual la distribución de la casa así que no fue difícil llegar al salón del té, de niña muy pocas veces se había sentado allí, solo cuando estaba un poco enferma o algo cansada, su tía, a veces con cierta sonrisita solía instarla a jugar con los demás.

Fue una sorpresa descubrir que allí estaba su hermana en compañía de su tía, sabía que de forma distinta Marcela también estaba castigada. Además, parecían estar allí las abuelas de su esposo. Luego de los saludos, William fue en busca de su padre.

—Cómo te dije la última vez, realmente me place tenerte en mi familia, mi querida marquesa —le dijo su suegra sonriendo—, lástima que hayas tenido que casarte con Michael para eso, merecías un mejor esposo.

Isobel se sintió invadida por la rabia, Michael no era merecedor de aquellas palabras, o quizás ella estaba demasiado enamorada.

—Tu esposo no es de los que escucha conversaciones, no necesitas fingir aquí, Maggie y Maddy ya crecieron, ambas serán madres, pueden entenderte.

—Fingiendo o no, mi pobre Michael no es digno de una marquesa —se lamentó la baronesa suspirando mientras rodeaba con el dedo el borde de su taza de té, todavía vacía.

—No tendrá un título como sus hermanos, pero no es menos digno que ellos —pareció defenderlo la madre de su suegro, la baronesa viuda seguía teniendo un aspecto elegante y femenino a pesar de su vejez, aunque no parecía tener más de setenta años—, aprende mucho por su propia cuenta, ya lo hacía de niño, y quizás era un espectáculo de pirata que descansaba leyendo.

—Algo así comentó Jamie la última vez —se burló Margaret—, aunque mi hermano no es un intelectual.

—Pero posee más integridad moral que sus hermanos —insistió la baronesa con una sonrisa

enorme y todavía sana.

—Aunque nada quita que tu hijo sea el peor padre que ha existido —aseguró la madre de su suegra.

—No fue el peor —lo defendió a medias—, no tuvo un buen ejemplo.

—¿Por qué siempre tergiversas la situación para acabar sonando digna de lástima? —preguntó su tía antes de dar un sorbo al té, hacía mucho que no parecía tan fresca—. Por muy feliz que esté hoy es imposible que te perdone.

—Pero no pude hacer nada, querida, tu padre quería evitar que se suicidara y te dio como consuelo, no temió que yo muriera de dolor también, era su hermana. Pero sabes que se arrepintió cuando supo lo que te forzó a hacer, también deberías perdonar a tu padre.

—Y así le dirán al pobre Michael que perdone al suyo —se quejó—, ahora incluso es sospechoso de asesinato y es todo culpa suya, sería un caballero dignísimo de no ser por él.

—Cierto —vio Isobel que interrumpió Marcela—, dijiste que veníamos a investigar aquí.

Su tía, sentada frente a la madre de Michael la miró con seriedad.

—¿Sabes del asesinato que apareció en el periódico hace más de un mes?

—¿El de los dos hombres? ¿El del asesino serpiente?

—¿Dónde estaban tus hijos esa noche?

La baronesa suspiró.

—Los tres estaban allí esa noche, pero los espías los perdieron de vista. Puede que hayan sido ellos, los tres. O ninguno.

—¿Y mi hijo?

—Con su amante de turno.

—¿Y sabes de un mapa? Donald Mackenzie, Michael y Jamie están buscando un mapa que le ganaron a un pirata, es por eso por lo que sus vidas penden de un hilo.

—¿Un mapa? Mary dijo que había un mapa del tesoro en un libro que le dio su hermano.

—¿Cuál es Mary? —preguntó y le contestaron que la pelirroja, Isobel pidió permiso y abandonó el salón para ir al jardín en que jugaban los niños, llamó a Mary y la jovencita que pronto podría ser cortejada, se acercó a ella corriendo, sudada y con el vestido hecho un asco.

—Soy Isobel, la esposa de Michael.

—Un placer conocerte, *milady* —dijo ella con una reverencia—, ¿estás más cómoda hablando en inglés o en castellano?

—*Claro que en castellano* —contestó sonriendo.

—*¿En qué puedo ayudarte, mi señora?* —preguntó ella con un castellano bastante precario en comparación con su hermano, pero perfectamente comprensible.

—*Dice tu madre que tienes un mapa que es de Michael, podría ser el mapa que está buscando… si no lo encuentra podrían matarlo.*

—*¿Es realmente un mapa del tesoro?* —preguntó ella después de un rato seguramente intentando comprender lo dicho por ella.

—*Así parece.*

Obedeciendo a su invitación muda, Isobel la siguió hasta su habitación, allí la niña buscó entre sus cosas el doblado y desvencijado mapa.

—*¿De verdad las vidas de mi hermano, mi primo y su amigo corren peligro por esto?* —preguntó—. *Aunque realmente haya un tesoro inmenso ¿es justo eso?*

—*Para ellos sus vidas no valen tanto como para nosotros.*

—*¿Quieres a Michael?*

—Lo quiero.

—Eso es bueno, él también te quiere.

—Pero no quiero que me quiera porque nadie más lo quiere.

—Sus hermanos lo queremos —le aseguró la niña—*, y estoy segura de que también lo hacen mamá y mi papá, solo que he oído que creen que es un monstruo, capaz de convertirse en serpiente. Pero entonces tampoco deberían querer a Anastasia, ella se convierte en serpiente de vez en cuando.*

—Tienes mucha imaginación, querida.

—Seguramente, a mí también me parece que no puede ser verdad, pero quien sabe, si existen los hombres lobos y otras criaturas ¿por qué no gente que se convierte en serpiente?

—No he oído de eso en la mitología.

—En la oriental, hay demonios así.

—¿Dirías que tus hermanos son demonios?

—No sé, pero, aunque así fuera, que fueran licántropos, no habría razón para no quererlos y estoy segura de que mi madre realmente quiere a Michael, me dijo mi nana que solo a Michael lo amamantó y por varios años.

Quiso decir que no encajaba con los recuerdos de Michael, pero se abstuvo de dejar ir la extraña conversación y concentrarse en el mapa, cuando volvió al lugar del té las mujeres conversaban sobre formas en que Marcela podía poner la soga al cuello a Jamie.

—Faltaría casar a William y a James.

—Más bien encontrar a la esposa de James —corrigió la madre de la baronesa—, al menos Isobel, María y Marcela no se unieron a una tribu de gitanos.

—¿Quién huyó con una tribu de gitanos? —preguntó sentándose.

—Mercedes, tu hermana mayor —le dijo la baronesa viuda—, ¿no sabías?

—¿Quién es Mercedes? —preguntaron ella y Marcela al mismo tiempo.

—Su hermana mayor, creo que tiene tu misma edad o un poco más —les dijo su tía.

—Habría vivido con ustedes, pero mi cuñada, la madre de crianza de Violette, se negó a que su hija recibiera a los bastardos de su cuñado, aunque ella no era digna de rechazar a los bastardos.

—Falta que digan que la madre biológica de Jamie es prima de la tía Violette —casi se burló Marcela—, por lo que he leído entre líneas.

—Así es —contestó la baronesa viuda—, pero lo supimos después, cuando se leyó su testamento, ella era su única heredera, fue un golpe muy duro para mi esposo, quien ya resentía a su hermana por haber manipulado así a su preciosa hija que le confió.

—¿La madre biológica de Jamie? ¿Acaso los rumores son ciertos?

—Sabes que siempre hay algo de cierto en los rumores, aunque sea un poco —le recordó Teodora sonriendo—, incluso el de que un niño se convirtió en serpiente y asustado mordió a su hermana envenenándola y haciéndola perder parte de su dedo.

El guante ocultaba aquel pequeño defecto en el meñique de Teodora, pero siempre le había importado poco, de niña ni siquiera parecían afectarle las burlas de los niños del pueblo.

—Entre más extraño posiblemente más real —murmuró lady Margaret sin mirar a nadie, aquel día todos hablaban de una forma extraña, pero no quiso preocuparse, tenía el mapa y si Michael no iba por ella, ella iría a casa. Pero no podía irse solo con el mapa, necesitaba la receta de su pastel favorito.

—Insistiré en creerme especial y diré que a él le encanta el que le hace su madre —le dijo su suegra cuando un par de horas después le transcribió la receta en la cocina.

—Una vez Michael vino, usted le dio pastel y le dijo que su muerte quizás la tranquilizaría —le

dijo—, ¿de verdad no le dolería?

—Se suponía que estaba de pirata ¿qué madre duerme en paz cuando su hijo se arriesga de esa forma? —contestó ella—, a eso me refería, pero claro que me dolería.

—Pensé que no lo quería.

—Es confuso, es por un lado a quien yo más adoro, puede decirse que mi hijo favorito y por el otro, la persona que más miedo me da en el mundo, pero no porque crea que es un asesino, mi hijo no es un asesino. Si me dijeras que James mató a alguien en un arranque de ira lo creería, pero no lo creería de Michael y me costaría creerlo de James. Hay mucho más de lo que se ve.

—Supongo.

—Es más lo que las personas callan.

Isobel no contestó, pero le pareció que había muchos asuntos en el aire aquel día y que la baronesa no estaba realmente dispuesta a revelar mucho más de sus propios sentimientos o de su pasado. Mientras la mujer escribía la receta, la joven marquesa de San León se limitó a observar el mobiliario de la cocina y compararlo con la imagen de sus sueños. No le costó imaginar a Michael de niño sentado en aquel mesón observando a su madre mientras cocinaba, pudo incluso imaginarlo moviendo las piernas hacia adelante y hacia atrás, en un vaivén aparentemente interminable, con el cabello enmarañado apuntando en todas las direcciones. Y se le ocurrió que también ella quería protagonizar una imagen así, y tocó su vientre, dudosa, estuvo segura de que quería ser feliz con Michael, pero, para eso, primero tenía que asegurarse de volver a compartir techo y cama con su marido y también, como ya llevaba cierto tiempo pensando, que su marido la escogiera por amor y no por necesidad o consuelo. Isobel sabía que era bastante absurdo aspirar a ser escogida por una elección racional y espiritualmente libre, por razones ajenas a la economía o a la necesidad de compañía, pero quería estar segura de que Michael estaba con ella y ella con Michael porque en su libre albedrío, sin presión de ningún tipo, se consideraban el uno al otro como la mejor compañía para la vida.

Y, claro, salvar el pescuezo de Michael también era un asunto sumamente importante, que ella sabía que la viudez era uno de los mejores regalos que la vida podía otorgar a una mujer de su estatus y con una asignación como la suya, debido al nivel de libertad que proporcionaba; sin embargo, no le parecía que pudiera soportar la viudez siendo tan joven y con un niño, por más dinero que tuviera. Y, sobre todo, realmente no podía siquiera imaginar que su esposo falleciera, a pesar de todas las veces que ella misma le había deseado la muerte o había considerado que no le importaba lo más mínimo.

Para salvarlo solo necesitaba entregarle el mapa, pero, a decir verdad, no sabía cómo hacer para acercarse a él nuevamente, la última vez, ella se había humillado diciéndole que lo amaba y haciéndole promesas de obediencia que, si era sincera consigo misma, ni siquiera tenía la intención de cumplir. Así que no quería humillarse de nuevo, no fuera él a creer que había logrado domar a la fiera que decían que ella era. Además, aunque dejara realmente de investigar al asesino serpiente seguro que habría otros momentos en que su curiosidad la llevase a correr nuevamente esa clase de peligros.

—¿Por qué Michael le da miedo? —le preguntó a su suegra recostándose en la mesa de comedor que se encontraba en la cocina, una mesa en la que sin duda se alimentaba la servidumbre. No era una cocina grande como en las mansiones campestres, pero era un lugar realmente acogedor y muy cálido, como era de esperarse.

—A veces simplemente no es Michael.

—¿Es un lunático? ¿No es una persona normal?

—Mi hijo goza de perfecta salud —contestó la baronesa con cierta indignación y orgullo en la voz—, tan solo es diferente a veces, pero no creo que estés apta para conocer los detalles.

—Soy su esposa, creo que necesito los detalles —arguyó.

—Basta con que sepas que a veces Michael no es Michael, pero siempre es Michael —le contestó la mujer de forma críptica e Isobel deseó culpar a su ineptitud con la lengua inglesa de no comprender lo que le estaban diciendo, porque a sus ojos aquella expresión no tenía ningún sentido.

La visita se dio por terminada luego de la cena e Isobel regresó con Madeleine a su casa, no le preguntó, pero se dijo que lo haría después, antes pensaría por cuenta propia qué podía hacer para convencer a su marido de permitirle regresar a casa. Claro, realmente ella no quería volver a aquel nido de ratas tan repugnante, pero quería estar otra vez con él en el mismo espacio y necesitaba entregarle el mapa. Pero ¿cómo se lo iba a entregar si ni siquiera lo veía? Claro que podía enviárselo con alguien más, pero ella era demasiado orgullosa como para admitir que no encontraba la manera de comunicarse con su propio hombre.

Se lo preguntó a su cuñada al día siguiente, la encontró en su salón de dibujo sentada en el alféizar de la ventana y abanicándose, llevaba un vestido de corte imperio color celeste bastante vaporoso para ser un traje de día y el cabello un poco suelto, se veía desanimada y cansada pero también su vientre se veía más grande cada día y seguro que ya le molestaba al momento de dormir. Isobel se sentó junto a sus pies y casi le ofreció un masaje, pero era una acción demasiado servil para una marquesa.

—Es fácil —dijo la joven sentándose, sin dejar de abanicarse y por ende en una extraña maniobra—, tan solo debes hacer que te necesite.

—No me necesita y tampoco quiero que me necesite, quiero que esté conmigo porque me quiere.

—Eso es muy utópico de tu parte, querida. El matrimonio es algo en lo que puede haber amor, pero que nada tiene que ver con el amor.

—Eso lo sé —le recordó frustrada—, el hecho es que necesito volver a vivir con mi esposo ¿te gustaría estar en mi situación?

—¿Casada con un hombre tan pobre como mi hermano? Jamás.

—Lejos de tu querido esposo —puntualizó.

—A veces quiero estarlo y me voy a casa de mis padres por una temporada y él aprovecha para hacer también lo que se le antoje, menos, claro, estar con otras mujeres, o, al menos quiero confiar en que me dice la verdad cuando afirma aquello —le dijo la mujer, todavía moviendo ágilmente el abanico azul con flores de aspecto oriental—. Pero, volviendo a tu situación, tan solo haz que te necesite, no como su esposa, sino como la única persona que puede cuidarlo, no cuenta con servidumbre y no acudiría a madre o a nosotras, así que tendría que acudir a ti.

—No comprendo —casi le gritó exasperada porque la estaban haciendo sentir que no dominaba una lengua que se suponía que era su segunda lengua materna.

—¿No has oído que los hombres son débiles para lo más simple? Debes conseguir que se enferme, que se fracture algún hueso o tenga fiebre.

Asombrada, Isobel escuchó la propuesta de su cuñada y aunque no quería que Michael saliera lastimado de verdad, se dijo que tan solo se trataba de un empujoncito. Al día siguiente fue con Madeleine a buscar un mercenario que diera una paliza a Michael.

Pero, Michael le dio una paliza al sicario, no al revés, y mientras Isobel a escondidas lo veía pelear solo fue capaz de respirar cada treinta segundos y comprobar que una de las cosas que más

extrañaba era compartir su cuerpo y su lecho con aquel ejemplo de virilidad.

Y claro, como Isobel y Madeleine no eran buenas para el arte del disfraz, Michael las encontró. Como siempre aquel día vestía de negro y por la pelea su ropa estaba un poco arrugada, pero su expresión era tan seria que incluso parecía de mayor edad.

—Vayan a casa —ordenó y se alejó antes de que ella siquiera murmurara que quería ir con él.

Intentaron también que alguien lo empujara por unas escaleras, pero Madeleine se dio cuenta de que aquello no había sido una buena idea porque ellos tenían la extraña capacidad de percibir las amenazas a su integridad.

Finalmente, enojada y queriendo humillarlo, Isobel decidió darle un chapuzón. Queriendo hablar con él había adquirido la costumbre de seguirlo cuando salía de casa, aunque se abstenía de ingresar a los barrios de mala calaña porque él volteaba a mirarla con cara de pocos amigos. Un día, él se encontró con su hermano William y los dos fueron a una casa a las afueras de la ciudad, un lugar simplemente precioso. Isobel los siguió, pero supuso que no podría entrar, sin embargo, William la llamó desde la puerta e Isobel caminó hasta ellos. Aquel día los dos hermanos parecían gemelos pequeños, vestían ambos con levitas negras y camisas blancas y estaban peinados de la misma manera, así también habían acomodado sus barbas igual. Pero había leves diferencias, además de los hoyuelos y el lunar, las formas de sus rostros eran un poco distintas, y William era algunos centímetros más alto que su hermano, mientras que este era un tanto más corpulento. Y también, como ya se sabía muy bien, tenían aspectos diferentes. William resultaba más amigable mientras Michael siempre parecía aislado, distinto al resto de la gente, poco amigable y siniestro.

Los recibió un mayordomo de aspecto agrio, un señor de al menos sesenta años y muy elegante. Isobel tomó el brazo de su esposo un poco temerosa y entró con él en la casa. Siguieron juntos al mayordomo quien los guio hasta un salón de dibujo.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a su esposo al oído.

—Aquí vive la amante de mi hermano —le contestó él también en un susurro—, le dijo que quería conocer a su hermano y compararnos, así que nos invitó a cenar y mi hermano me pagará por esto.

—¿Solo a cenar? —quiso comprobar incrédula y su esposo se encogió de hombros.

—Contrario a usted yo no sería capaz de serle infiel —le susurró él sonriendo.

Unos minutos después, cuando ni siquiera habían logrado sentarse en aquel salón de dibujo, apareció en el umbral de la puerta, contrastando con las paredes azules, una mujer de unos cuarenta años, alta y esbelta, bastante bonita para su edad, con un cabello rojo brillante surcado por algunas canas y fascinantes ojos verdes, de belleza espectacular, con un cuerpo escultural vestida solo con un camisón de seda blanca. Todo podía verse bajo aquella pieza de tela, las areolas oscuras, sus pezones erguidos, su ombligo y la oscuridad entre sus piernas. Isobel estuvo tentada a cubrir los ojos de su esposo, pero aquello habría sido muy ridículo y dada su reputación de escandalosa no podía dejar ver que aquella mujer la había dejado pasmada con su nivel de atrevimiento y seguridad en sí misma. Porque estaba claro que aquella dama era muy consciente de su belleza y su poder de seducción.

—Oh, vaya, realmente son idénticos, ¿cómo sé cuál es cuál? ¿Y si me llevo a la cama al hombre equivocado?

—Eso no podría suceder, mi señora, no sabrás tú diferenciarlos, pero yo sé cuál es mi hombre y no tengo intención de compartirlo —le contestó.

—Si es el que lleva del brazo, necesita demostrar más buena voluntad —contestó la mujer burlona dirigiendo la mirada al centro de Michael, Isobel la siguió y aunque no se notaba del todo

fue evidente que bajo los pantalones, el cuerpo de su esposo se mostraba gustoso y bien dispuesto a irse a la cama con la amante patrocinadora de su hermano. Isobel deseó castrarlo, pero mentalmente se recordó que, si ella fuera hombre, con una carne tan débil, también estaría en similar situación.

—Buen día, querida—dijo William haciendo una reverencia—, tengo el gusto de presentarle a mi hermano y a su esposa doña Isobel Saavedra, marquesa de San León y grande de España.

—¿Y por qué has traído a la esposa de su hermano?

—Digamos que mi querida cuñada es una mujer muy curiosa con ímpetus de investigador privado.

—Me resulta evidente que es una muchachita curiosa y caprichosa.

Isobel la odió y casi le respondió, pero seguía teniendo la mirada fija en el cuerpo de su esposo. Él le puso una mano en el hombro y pidió permiso para llevarla fuera de aquella habitación.

—Mujer, no es lo que parece —le dijo, aunque estaba caminando un poco extraño.

—Claro que es lo que parece —sentenció apartándose de él mientras caminaban por el pasillo al parecer con dirección a los jardines. Y era un lugar simplemente hermoso. Había un lago en medio del jardín y en medio de este se encontraba un cenador. Allí fue cuando a Isobel se le ocurrió la idea. Le daría un chapuzón, aunque fuera por pisotearle el orgullo. Así que caminó hasta ese lugar, recogiendo un poco las faldas de su vestido amarillo y como esperaba él la siguió, todavía insistiendo en que no era lo que parecía, como si fuera posible tapar el sol con un dedo.

—*¿Está enojada conmigo*, Isobel?

—*Claro que lo estoy ¡me echó de la casa!, ni siquiera me devolvió a la casa de mi tío, sino que me hace estar alojada en la casa de su hermana. Y… y ahora se excita al ver a otra mujer y quién sabe qué cosa pervertida pretendían hacer los tres mientras yo… yo solo estoy sola sin un hombre.*

—*No he entendido todo, muchacha lujuriosa* —le contestó él burlón, acercándose a ella, Isobel se recostó en la baranda, cuando sintió su beso, Isobel se sintió en la gloria, pero supuso que él solo quería liberarse de su deseo por aquella mujer de nombre desconocido, así que confirmó su deseo de darle un chapuzón. Le rodeó el cuello con los brazos y sutilmente tornó sus posiciones. Luego, cuando estuvo él contra la baranda decidió que era momento de empujarlo, se echó un poco para atrás para tomar impulso, estiró los brazos e irguió las palmas de las manos y cayó al agua de forma inesperada y estrepitosa golpeándose el vientre, Michael la esquivó instintivamente antes de que siquiera lo tocara.

Un segundo después Michael también estaba en el agua acercándose a ella, Isobel ni siquiera sentía el fondo y estaba tan aturdida que no recordaba sus lecciones de natación. Había aprendido a nadar en el Magdalena, ¿cómo iba a ser que se ahogara en un simple lago? Claro, su padre no se había enterado de sus excursiones con los hijos de los esclavos al río, cuando ella le había pedido permiso él se había mostrado muy tajante, prometiendo darle una tunda si siquiera lo intentaba.

Ni siquiera se dio cuenta en qué momento su marido la había sacado del agua, pero ya estaba en la orilla y él la ayudaba a acomodarse junto a un árbol mostrándole su peor cara de pocos amigos.

—¿En qué estabas pensando?

—*Quería empujarte al agua* —confesó luego de toser

—¿Quieres que muera?

—*Solo quería que te enfermaras y me pidieras ir a cuidarte y ninguna de las otras opciones que pensamos tu hermana y yo surtieron efecto.*

Su marido no contestó y tampoco la libró de su mirada acusadora, pero empezó a quitarle el vestido mojado y, aunque ella estaba un poco confundida, se lo permitió. Pensó que la dejaría en

bata y le prestaría su chaqueta para luego tomarla en brazos o algo así, pero Michael se limitó a quitarle también la bata, dejándola desnuda a la intemperie.

—*Está bien, volverá a casa, pero solo porque me he dado cuenta de que no puedo soportar por más tiempo esta abstinencia*.

Isobel sentía mucho frío a pesar de que era de mañana, estaba húmeda, con el cabello empapado y desnuda al aire libre. Su marido besó sus labios y besó también su cuello mientras empezaba a acunar entre sus manos sus pechos todavía pequeños, Isobel se acostó sobre la hierba mientras sentía la caricia en sus pezones. Y se deleitó con los besos de él en cada parte de su cuerpo, a pesar del frío. Ya no sabía si su piel estaba erizada por las caricias o por el clima. Casi gritó de alegría cuando su esposo le separó las piernas y hundió su rostro entre ellas, gritó realmente de anticipación y goce cuando sintió su lengua entre sus pliegues y no dejó de gritar y gemir hasta que sus piernas temblaron y todo su cuerpo convulsionó. Allí a Isobel se le olvidó que estaba al aire libre en una residencia ajena y cuando se recuperó rodó hasta su esposo y empezó a quitarle la ropa a él, cuando lo tuvo desnudó también reptó hasta su miembro y acercó su boca, no tenía mucha idea de lo que debía hacer, pero lo intentó, se dio cuenta de que él intentaba guiarla y ella se dejó, descubrió que le gustaba hacer aquello y que en cierta manera le proporcionaba placer, como parecía proporcionarle a él lo contrario. Luego su esposo la apartó y la sentó en su estómago.

—*No iba a hacer nada pervertido con lady Arabella, mi doña Isobel, mi cuerpo puede reaccionar a otros estímulos, pero usted es la absoluta dueña de mi placer, usted es mi esposa y por ende es la dueña de todo mi ser y mis facultades*.

Isobel no contestó, tan solo se movió un poco hasta ubicarse sobre su miembro y montarlo.

—*Querido, lo había extrañado tanto* —le dijo antes de empezar el vaivén de sus caderas para el placer de ambos, sintió algo de dolor en su vientre, pero lo descartó y se apaciguó al poco tiempo, por fin estaba de nuevo con su esposo y nada le importaba más.

Y allí, durante el día, no le pareció ver transformación alguna en su hombre, algo que la llevara a intuir que estaba casada con un monstruo, Michael era Michael y seguía siendo el mismo Michael que ella conocía.

Se abrazaron tras alcanzar el clímax y estaban así cuando William apareció solo con pantalones y camisa.

—Vamos a cenar, luego de ello espero que Isobel me ayude fingiendo algún malestar que le exija abandonar la casa prontamente.

Ella se dio cuenta de que había atardecido y probablemente habían dormido por varias horas. No necesitó fingir, durante la cena empezó a estornudar mientras que su marido estaba perfectamente, eso era realmente que a alguien le saliera el tiro por la culata, pero había tenido el mismo resultado así que no importaba. Al dejar la mansión, los dos hermanos la acompañaron a casa de Madeleine en busca de sus cosas y esa noche Isobel durmió abrazada al hombre que amaba. Casi le dijo que lo quería, pero se abstuvo de hacerlo.

Mientras estaba dormida sintió que una serpiente la rodeaba por completo, pero intentó no abrir los ojos y de nuevo tuvo un sueño.



Capítulo X

Después de casi un mes sin verse, para Michael era un poco raro volver a tener a Isobel durmiendo en la misma cama, aunque si se decidían a hacerle caso a las costumbres, lo normal sería que durmieran en camas separadas, pero ella parecía poco dispuesta a eso y él era consciente de que aquel día se había golpeado el vientre y quién sabía si todo estaría bien durante la noche. Así que prefería estar allí, atento a cualquier cambio que pudiera acontecer durante la noche. La observó hasta que se quedó dormida y acariciándole el rostro y a ratos el vientre en que estaba casi seguro de que se alojaba a su hijo, aunque ella no se lo confirmaba todavía, Michael se durmió también.

Y soñó. O recordó. Él no sabía, el sueño lo trasladó a una época demasiado remota en su vida para recordarla con claridad, podía tener tres o cuatro años.

Era un día lluvioso y todos estaban encerrados en casa, al calor de la chimenea de la sala principal, estaban aburridos todos sus hermanos y él mismo, había estado lloviendo por tres días seguidos y estaban casi a punto de haberse cansado de mirarse las caras. Su padre, que pocas veces duraba tantas horas seguidas en la casa, se tiró al suelo de repente, miró alrededor y les sonrió.

—Hijos míos, vamos a jugar un poco —les dijo sacando una moneda de su bolsillo—, cara una pregunta, sello es un deseo. Vamos a responder preguntas y conceder deseos.

Al principio, Michael no se sentó en el suelo junto a sus hermanos, pero su madre lo empujó un poco y se sentó también a su lado. Ahora que Michael podía juzgar la situación, sus padres no habían hecho más que hacerse veladas insinuaciones poco pudorosas, pero luego de que ellos hubieran entendido el juego se concentraron en la diversión. Así, Michael vio a sus hermanos confesando sus travesuras y forzándolos a todos a fingir ser perros, gatos, ranas y gallinas, a saltar y correr por la casa, a cantar canciones ridículas o recitar trabalenguas difíciles. Fue el último en jugar, cerraba el círculo junto a su madre, a quien su padre le había cedido el primer turno, cuando por fin su moneda cayó en sello él dudó.

—¿No dirás tu deseo, hermanito? —le preguntó James.

—Vamos, hijo, que si nos tardamos mucho se nos va el entusiasmo —le dijo su padre.

—Mi deseo es simple, no es divertido —murmuró mirando al suelo.

—Adelante —dijeron James, Teodora, William y pareció balbucear Margaret.

—Solo quiero un abrazo.

—Ah, eres tan tierno, hermanito —suspiró Teodora antes de rodarse hasta él y abrazarlo por casi un minuto, también lo abrazaron sus hermanos y llegó a creer que no lo harían sus padres; su padre, al lado de su madre, lo tomó por debajo de las axilas y lo abrazó un poco antes de sentarlo en el regazo de su madre, quien lo abrazó y le besó la coronilla.

—Tiene fiebre —dijo su padre—, ¿acaso se ha mojado en la lluvia?

—No lo sé —contestó su madre—, ninguno ha salido de casa, como ordenaste.

—Pues el niño tiene fiebre y noté que apenas tocó su comida en el desayuno y en la comida

—Eso es verdad —corroboró James—, deberías darle un poco de leche, madre, incluso enfermos mis hermanitos no dejan de tomar su leche.

Y así, mientras sus hermanos y sus padres continuaron jugando, Michael estuvo en brazos de su

madre, amamantándose a ratos. Luego, cuando oscurecía por completo, sus padres los llevaron a la cama, aquella vez su padre lo cargó y lo llevó hasta su habitación personal.

—Cuidaré de él —le dijo a su madre—, vigilaré que esté bien, así que descansa, cariño.

—Déjame cuidar de mi bebé.

—Si *vuestra merced* enferma, las niñas enferman y cuatro enfermos en casa ya sería demasiado.

—Al menos prométeme que me avisarás si algo pasa o si él me necesita durante la noche.

—Claro que sí —aseguró su padre besando la frente de su esposa antes de acostar a Michael en medio de su enorme cama. Durante la noche el barón se despertó varias veces y tocó la frente del niño, le cambió los paños húmedos y lo abrazó y cubrió con muchas sábanas. Michael sentía tanta fiebre que dejaba de sentir brazos y piernas, se sentía como una sola cosa.

—No tengas miedo, bebé, tu padre te protege. Hoy soy un buen padre, mi amor.

Michael volvía a sentir sus extremidades mientras él le abrazaba y susurraba.

—Cuando enfermas, mi niño, siento mucho más terror que cuando se enferman tus hermanos. Creo que es la culpa y todo el miedo que siento de enfrentar que tal vez tú y yo no somos tan diferentes, que eres tan hijo mío como los otros, que tus hermanos tampoco son tan diferentes. Solo encuentro una explicación a la serpiente que te mordió y me cuesta horrores aceptar tal posibilidad.

—Te quiero, padre.

—Eres realmente un niño inteligente, Michael, estoy muy orgulloso. Tú también eres mi hijo, mi niño, y es inevitable que también te ame y tu madre también te ama con toda su vida.

Michael se despertó confundido, soñar en otro idioma debía considerarse el nivel más alto de bilingüismo. Pero vaya sueño más absurdo, un sueño en que sus padres lo amaban.

Pero no importaba, ahora tenía a alguien a quien él amaba. Ella estaba despierta, preciosa y con la expresión de una bruja a punto de absorber un alma.

—¡Vuelves a meter una serpiente en la cama y las descabezaré a toditas! ¡No quiero más culebras en la cama!

—¿Qué le sucede, mi señora? No logro comprender su queja, no ha habido ninguna serpiente en la cama.

—¿Mi señora? ¿Usted? —siguió ella, sentada en la cama, semidesnuda e indignada—. *¿Por qué me hablas de usted? Todas las veces que has hablado en español has usado el usted ¿acaso yo soy superior a ti?*

—Sí, es superior a mí —contestó sentándose también en la cama—, *vuestra merced es una marquesa y* yo soy el hijo despreciado de un barón, no tengo herencia, educación e incluso carezco de honor.

—Eres mi esposo, eres mi igual… si me llamas usted y yo te tuteo es como si fueras mi vasallo y no me gusta. Fiel a mis votos me someto, aunque falle y me cueste, y mi posición no me permitirá nunca doblegarme por completo. Pero vuestra merced está en mí misma condición, y ahora, conforme a la ley divina y humana controlas mi andar por la vida y puedes decidir por mí en aquello para lo que no me protege el testamento de mi padre. «Tú» lo usan los amantes, ¿es verdad, Michael, que no me amas?

Él se abstuvo de contestar intentando comprender el sentido de todo lo dicho por ella, ya que solo había entendido a grandes rasgos y su español no era muy bueno cuando todavía estaba obnubilado por el sueño.

—¡No importa! —gritó ella levantándose de la cama—. *Pero te advierto que la única serpiente que acepto en esta cama es la que tienes entre las piernas ¡vuelvo a ver una y las mato a todas!*

Michael casi la insultó llamándola loca, pero se abstuvo de ello, quizás tuviera razón y alguna serpiente se había colado en la cama, con el terror que ella les tenía era comprensible que reaccionara de aquella manera, aunque él ya le había dicho que si lo aceptaba a él se incluía a sus

serpientes en el acuerdo. Se vistió y bajó hasta el sótano, pero allí estaban todas en sus jaulas y ninguna había dejado la habitación en toda la noche. Quizás su mujer sí que estaba un poco loca o la explicación era demasiado fantástica y difícil de asimilar.

Realmente los hombres eran una cosa predecible, similar en todos los rincones del globo, lo que Marcela sentía al descubrir que su padre había tenido una hija antes que a sus hermanas superaba el sentimiento de decepción, no entendía cómo los hombres podían esparcir por el mundo su simiente sin reflexión alguna. Porque ella era la prueba de eso, su padre había copulado con su madre sin asumir compromiso alguno y había negado a Marcela el título de hija legítima y el nivel de respeto en la sociedad que la legitimidad proporcionaba. Pero, además, su padre había tenido a esa hija, reconocida por él, de la que nunca les había dicho absolutamente nada. Claro, Marcela era realmente muy pequeña cuando murió su padre, pero tampoco sus hermanas lo habían sabido y la existencia de un hermano en algún pueblo al sur desde Cartagena era algo de lo que las habían hecho enterarse los rumores.

Se había enterado hacía dos semanas, pero no había sido capaz de compartir aquello con nadie, porque María estaba lejos e Isobel estaba muy ocupada craneando formas absurdas de hacer que su marido la necesitara como para preocuparse por hablar de su presunta hermana mayor que además estaba desaparecida. Y tampoco podía hablarlo con Jamie, porque aquel desvergonzado no se dignaba siquiera a dirigirle la palabra y también estaba muy ocupado al parecer en «salvar su cuello y el de sus amigos». Así que Marcela pasaba sus días bordando o jugando con el niño, pero por más que ya lo quisiera, aquello no le bastaba para entretenerse, necesitaba conversar con un adulto. Los tíos tampoco estaban disponibles. Ella estaba al borde de la desesperación, a punto de morderse la lengua por la necesidad de hablar al respecto.

Pero, al menos ese día, podría hablar tranquilamente acerca de sus dudas y sus quejas pues Isobel se apareció a las primeras horas de la mañana. Aquel día su hermana llevaba de nuevo un vestido del antiguo régimen, un ostentoso pero elegante, casi sublime y carísimo vestido rosado que a ojos de Marcela le quedaba simplemente precioso. El cabello sí que lo llevaba peinado a la forma de la moda imperial, pero Marcela suponía que se debía a su carencia de doncellas, al menos no se había puesto la trenza que solía ponerse cuando estaban en el virreinato y seguro que los tíos se morirían si la vieran usando pantalones.

Marcela, por su parte, ya se había resignado a la moda imperio e incluso había mandado a hacer solo aquellos vestidos pálidos que sus hermanas odiaban, seguía fiel al antiguo régimen y rechazaba a Napoleón, pero, no tenía intenciones de discutir sobre lo que parecía inevitable y dar con ello cuenta de su alto nivel de inteligencia. Fiel al consejo de una de sus institutrices, Marcela intentaba ocultar los alcances de su ingenio, aunque sabía que aquello inevitablemente se notaba, pero a veces le parecía que fingía bastante bien. Marcela sabía que muchas mujeres anhelaban reconocimiento público y suponía que debía ser sumamente fascinante ver el nombre propio en los periódicos, junto a una nota que hablara de su éxito, o ser escuchada al opinar sobre diversidad de temas. Pero ella no se mortificaba la vida por aquello, el primer hombre de su vida la había hecho sentir valiosa e importante. Aunque era pequeña cuando él murió, Marcela recordaba a su padre enseñándoles a observar las estrellas desde un telescopio dorado, Isobel y María gritaban reconociendo constelaciones, pero también le preguntaba a ella, aunque seguro que apenas sabía

hablar.

Mientras esperaba a su hermana sentándose en el sillón más cómodo de su habitación, uno de madera blanca de inspiración francesa, Marcela se deleitó en el recuerdo, aunque su padre de cabello oscuro y ojos color chocolate, estaba ya difuso en su memoria. Aquella noche, un par de meses antes de su muerte, el marqués de San León las había llevado hasta una montaña y había armado un campamento y fogatas. Marcela había hecho las chispitas con piedra y sus hermanas lo habían intentado con trozos de madera. Se habían ocupado en eso mientras él cazaba con su escopeta, él decía que en El Caribe no podía cazar como en La Península, pero le entretenía intentarlo, aunque las piezas de caza no fueran tan gloriosas. Aquel día él intentó enseñar a Isobel a disparar, pero ella se frustró y se sentó a llorar en el suelo.

—Está bien, mi niña, no debes ser buena en todo, pero no vuelvas a decir que no eres buena en nada porque Dios me ha bendecido con las niñas más fantásticas e inteligentes que he conocido en mi vida.

—Yo no soy la más inteligente —se había quejado María cruzada de brazos.

—¿No somos bonitas? —había preguntado ella, su madre era de las que decían que las mujeres solo necesitaban ser bonitas.

—A mis ojos son, sin duda, las más hermosas. Y sí, cada una de ustedes es inteligente y puede conseguir todo lo que quiera si se esfuerza en ello, pueden conseguir incluso lo que ningún hombre haya conseguido nunca. Y si no quieren conseguir nada, también está bien.

—¿Entonces puedo ser doctora? —preguntó Isobel.

—¿O astrónoma? —le preguntó María.

Él había cargado a Marcela sonriendo, ella recordaba que en sus brazos se sentía segura, pero muy lejos del suelo, y también recordaba que su padre olía a hoja de tabaco y a café.

—Médico, abogada, escritora, pintora… ustedes pueden ser lo que quieran, no he trabajado toda mi vida como para que mis hijas listas no puedan ser lo que deseen.

Y luego, interrumpidos por el sonido de un jaguar, su padre las había hecho esconderse y observar, en la memoria de Marcela el felino era enorme, y su padre más confiable que las murallas de su ciudad.

—¿En qué piensas? —preguntó su hermana entrando en la habitación.

—Solo recordaba que cuando éramos pequeñas nuestro padre nos llevó a la montaña.

—Creo que ahí te conocí.

—Creo que me conocías de antes, quizás simplemente no notaste que era hija de tu padre.

—Es posible, solo sé que ese día estuve muy asustada, no sé cómo se le ocurrió llevarnos a donde sabía que había jaguares.

—No entiendo por qué nunca nos habló de Mercedes.

—Ah, hablas de nuestra hermana perdida —murmuró ella sentándose en el sillón idéntico que quedaba frente al de Marcela—, quizás lo hizo y tampoco me di cuenta. Una vez me preguntó qué pensaría yo si me hicieran dejar mi país y a mi familia para ir con alguien que no conocía, quizás se trataba de ella, pero ahora no quiero hablar de eso.

Marcela casi gritó exasperada.

—¿De qué quieres hablar entonces?

—Solo que estoy enojada con Michael al punto de que lo quiero matar —escupió ella—. O puso una serpiente en la cama, o se convirtió en una durante la noche.

—Vuestra merced debería dejar de ser tan fantasiosa, es imposible que eso ocurra.

Su hermana le describió la sensación, de forma tan detallada que Marcela volvió a recordar a su

padre, una mañana, jugando en el monte, la boa había rodeado su pierna y ella había llorado llamando a sus padres. El marqués, ocupado en ese momento en la reunión con otro terrateniente, había dejado todo para ir en su auxilio, con cuidado le había apartado la boa de la pierna y la había abrazado tranquilizándola. Luego de llevarla con ella a deshacerse de la serpiente echándola al monte, su padre le besó la frente y la tranquilizó.

—Pronto es el aniversario de su muerte —recordó Isobel como leyendo su mente—, ¿estás pensando en nuestro padre?

—Sí, ¿ella no conoció a padre?

—No sé, tal vez cuando fuimos a España la conoció.

El último viaje del marqués a la península había sido cuando Marcela estaba en el vientre de su madre e Isobel tenía cuatro años, habían estado en la península casi un año ¿sería posible que su padre, su buen padre, hubiera ignorado a su hija? ¿Y qué pensaría su padre de ella ahora? Seguro que sus acciones no le parecerían inteligentes.

—¿Ya le entregaste el mapa a tu esposo?

—Aún no.

—¿Qué esperas?

—Se lo entregaré hoy, aunque esté enojada con él, no quiero que lo maten, ni a mi primo o mi cuñado.

La palabra *primo* la devolvió a Jamie y a su realmente patética situación, qué extraño era que fuera justo él quien le impusiera castidad. Por lo que ella tenía entendido eran los hombres quienes mostraban mayor debilidad ante los placeres de la carne, pero Jamie le exigía castidad para hacerla discernir entre el amor y la pasión. Y era amor, ella lo sabía, porque el amor era aquella sensación instantánea que acontece cuando se conocía a alguien y crecía con el contacto de forma involuntaria, pero, también era la decisión de amar cada día, de actuar en consonancia con las palabras que se decían. Aquello era algo que le había enseñado su madre luego de morir, había dejado cartas para ella, cartas en las que contaba una historia de amor mucho más antigua de lo que Marcela y sus hermanas se figuraban, donde hablaba de un amor anterior incluso al nacimiento de sus hermanas que se volvió imposible a causa del error de un hombre que no fue capaz de controlar sus deseos.

Conversó con su hermana durante poco más tiempo, aunque, ya no volvieron a hablar de su padre, de su hermana desconocida y desaparecida, pero tampoco hablaron de sus hombres o de los pesares que su amor les traía.

Isobel se marchó poco después y Marcela se ocupó junto con lady Violette del baño de Daniel, pero no le dijo nada y ella tampoco procuró conversación. A Marcela le parecía que la vizcondesa había estado tanto tiempo en aquella terrible soledad del que tiene física compañía que ya no necesitaba del intercambio comunicativo constante y quizás no considerara importante dar cuenta de sus opiniones, emociones y sentimientos, quizás pensara que a nadie podían resultarles interesantes.

—¿Te preocupa algo, querida? —le preguntó la mujer cuando llevaban, junto con una doncella, al húmedo niño hasta su habitación—. Has estado muy silenciosa hoy.

—Me preocupan muchas cosas.

—No deberías dejar que nada de eso te preocupe, uno demora joven demasiado poco tiempo como para desperdiciarlo estando preocupada.

—A veces pienso que soy una anciana recordando su pasado —le comentó y la mujer le sonrió dando cuenta de su dentadura todavía sana e higienizada, era realmente una mujer preciosa.

—Es posible, supongo que en la vejez es posible rememorar todo lo vivido, aunque qué desperdicio no seguir viviendo plenamente hasta el último de los instantes, a menos de que seas una desdichada que sufre la desgracia de hallarse perdida en su propia memoria.

Marcela le sonrió. La mujer, quien cargaba a su húmedo y somnoliento nieto, le acarició la mejilla.

—Es mi hijo y lo amo más que a mis ganas de vivir, pero, si no lucha por ti, simplemente no te merece, sería un tonto dos veces, pero de los hombres se puede creer todo… Puedes sentir que no existe más hombre en el mundo al que puedas amar de esa manera, pero, no es así, hay muchos más hombres y tú eres muy joven.

—Pero ya no soy virgen —le contestó.

—Pues solo tendrás que asegurarte de no dejar que lo sepa hasta el día de la boda o hasta que estés segura de su amor, porque al hombre correcto eso no le va a importar más que tenerte en su vida.

—Pero, *milady*, el amor no es algo que sea moneda de todos los días.

—No valdría la pena si se encontrara tan fácilmente. ¿Crees realmente que mi esposo sería tan cruel como para encerrarte en un convento contra tu voluntad?

Marcela sonrió y pensó que la mujer tenía razón y que seguro era una afirmación ante la que habría asentido su padre, ella y sus hermanas definitivamente no eran la clase de mujer que vivía su vida en función de un hombre. Así que cuando regresó a su habitación ordenó a su doncella que la ayudara a arreglarse para ir a tomar el té con una de aquellas chicas presumidas, hermana de Alexander, que la había invitado seguro que instigada por su hermano. Marcela había decidido no ir, pero ya sería cosa de Jamie si realmente estaba bien viéndola con otro.

Y suya propia, si Alexander tenía éxito en su empresa.

Isobel, otra vez, había soñado, estaba segura de que era la vida de Michael, quizás porque todavía tenía dudas sobre las cosas que había mencionado su suegra semanas antes, Michael a veces no era Michael, pero siempre era él. ¿Acaso a veces era una gigantesca serpiente blanca? La noche anterior, mientras soñaba, Isobel se había sentido rodeada por el cuero áspero y suave, frío y rugoso de una serpiente. Había sido grande, pesaba sobre su cuerpo, pesaba mucho más que la pitón que él había llevado a su cama en aquella ocasión. Pero, asustada como había estado, Isobel no se atrevió a decir nada y finalmente continuó soñando. Y, como los últimos, estos no eran sueños tan tristes, sin embargo, parecían más irreales que los otros. Como en los otros, en este sueño Isobel se sintió bajo la piel de Michael y era una piel diferente, se sintió reptando por el suelo, entre la alta hierba del monte, huyendo del hostigamiento de otros niños. Isobel sintió la angustia del niño, el miedo que sentía y la forma en que ese miedo se fue acrecentando a medida que la noche caía. Vio al pequeño esconderse tras una piedra y reposar. Y luego vio a la baronesa y a algunos sirvientes buscando a Michael, llamándolo. Vio a la baronesa desprendiéndose del miriñaque, en un acto totalmente indecoroso, para correr llamando a su hijo en medio de montes y trigales. Era una mujer hermosa y joven, sumamente elegante, quien no se preocupaba por la pulcritud de su vestido blanco mientras se agachaba buscando entre la tierra.

—¿Dónde está mi hijo? —La escuchó gritar.

—Ya lo encontraremos, querida, no desesperes —le dijo su suegra, otra mujer muy elegante,

realmente parecida a la tía Violette, quien tampoco se mostraba preocupada por la pulcritud de su vestido azul.

—Podrían matar a mi hijo, suegra —se lamentó ella empezando a llorar, un momento antes de que se encontrara atrapada en los brazos de su esposo, de quien sus dos hijos casi idénticos eran fiel retrato. Minutos después, los hombres avanzaban su búsqueda en busca del niño.

—Podrías simplemente deshacerte del monstruo ahora y decirle que así lo has encontrado —dijo al barón un hombre cuya identidad Isobel desconocía.

—Podría ser —aceptaba el barón con mirada determinada mientras desenfundaba la espada que llevaba en su cinto, a pesar de que no era algo que se habituara llevar encima. Tiempo después encontraba el escondite e Isobel perdía la visión periférica, tan solo veía al hombre aproximarse, al principio no lograba ver más que su silueta de una manera muy extraña, pero poco a poco la visión se tornaba humana.

—Papi —chillaba Michael sin extender los brazos hacia él, solo mirándolo, y el barón soltaba la espada para correr a tomarlo en sus brazos, llorando casi tanto como la baronesa—, ¿te duele mucho, hijo? ¿estás muy lastimado?

—Sí me duele mucho, papi, tengo mucho miedo.

Y la voz del fiero hombre se tornaba un poco aguda y tierna mientras le hablaba al niño al que no dejaba de abrazar.

—Pronto que dejará de doler y nunca más corras al monte, ve a casa, búscame o a tu madre, o tus abuelos.

—Creí que te desharías del monstruo —dijo el hombre riendo e Isobel reconoció a su padre, en brazos tenía a una niña que ella no conocía, aunque se parecía a ella.

—No veo un monstruo, solo veo a mi hijo menor.

—Al único que se parece a su padre hasta en los defectos.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que temes u odias de tu hijo, es lo que temes de ti mismo.

—Ahora no odio ni temo nada, ahora solo amo —contestaba el barón y besaba la coronilla de su hijo antes de levantarse otra vez con él en brazos y emprender el camino de vuelta, la baronesa esperaba en el mismo lugar, ya más a oscuras y rompía de nuevo en llanto al ver a su hijo. El barón los abrazaba a ambos.

—Es mi culpa, querida, no lo he protegido bien ni te he dejado hacerlo.

—¿Puedo ser realmente su madre estos días, hasta que se recupere?

—¿Necesitas mi permiso para hacerlo?

—No.

Los dos besaban al niño llorando y Michael se sentía amado por quienes más deseaba que lo amaran.

También soñó que Michael jugaba en una playa con sus hermanos, sobre los hombros de su hermano mayor, se reía con ellos, se sentía amado y se sentía normal. Pero, por más raros, tristes o alegres que fueran sus sueños que ya no eran propios, no podía dejar de pensar en la textura escamosa de la serpiente sobre su cuerpo. Aun así, la parte misteriosa, oculta y que probablemente no debía descubrirse de la realidad era menos importante que la imperiosa necesidad de salvar la vida de los hombres que ella y sus hermanas amaban. Le costaba imaginarse a sí misma igual que María de la Concepción, Conchita, la madre de Marcela. Ella estaba allí, en la hacienda con su hija cuando Isobel y su hermana habían regresado, las había tratado con amabilidad y cuidado, aunque estaba ya enferma y cada día había suspirado, recostado el asiento a la pared de la

entrada, mientras observaba a los hombres trabajando, y como a Isobel también la asaltaban los recuerdos se daba cuenta de que la mujer pensaba en su padre, lo anhelaba y se moría lentamente a causa de su ausencia. Isobel no se sentía capaz de vivir así y no quería para ella o para sus hermanas similar destino.

—Cuando te enamores, mi niña, procura que sea de un hombre que pueda ser solo tuyo y que no se vaya a morir antes que tú —le había dicho la mujer sentada en su asiento, uno de tantos días, luego de haber manchado sus pañuelos con sangre.

—Los hombres viven vidas más peligrosas —le recordó.

—Solo te pido que hagas el intento, mi niña, mi señora marquesa. No hay nada más horrible que experimentar el tan raro amor en brazos de un hombre y verlo partir con mucha antelación. Si tu padre no nos hubiera dejado la protección del dinero ¿qué sería de nosotras cuatro?

—Haré mi mejor intento por conseguir un hombre que me ame y no se muera antes que yo —le prometió en aquella ocasión y dispuesta a cumplir su promesa, Isobel buscó entre sus cosas el mapa entregado por su cuñada y esperó, sentada en su cama y leyendo otra novela gótica que había encontrado en la biblioteca de su tío, a que regresara su marido.

Había que salvarle el pescuezo y ya luego vería si era un monstruo, un ser humano o las dos cosas.

Michael regresó a casa entrada ya la noche, la notó silenciosa, desprovista de vida y llegó a temer que Isobel ya no estuviera allí, sabía que un día regresaría a casa y no la encontraría, que solo podría volver a verla si la casualidad o el destino les permitía coincidir en alguna costa. Eso, claro, si lograba sobrevivir a su espada de Damocles. Pero, definitivamente no estaba preparado todavía para resignarse a perder realmente a la mujer que quería.

Para su alegría, la encontró en la cama, absorta en la lectura de un libro desconocido por él, la observó por un tiempo, cuando eran niños dedicaba horas solo a contemplarla y seguía siendo una actividad interesante. Cuando Isobel se concentraba en las cosas que le interesaban era como si el resto del mundo dejara de existir para ella y nunca se veía tan hermosa como cuando se acomodaba mechones de pelo tras las orejas y se concentraba en sus labores. La observó pasando las páginas con lentitud y también la vio acostarse para leer con el libro sobre su cabeza, se veía infantil, se veía tierna.

—Buenas noches, querida —dijo al rato—, supongo que el libro es interesantísimo, pero o nos quedaremos sin velas o te podrías quedar ciega.

Ella se sentó en la cama de un solo movimiento y lo miró sonriendo con aspecto cansado.

—Llegas tarde, empezaba a preocuparme —le dijo ella—, hay algo que necesito entregarte.

Ella sacó un papel de debajo de su almohada y se acercó a él caminando con los pies descalzos, arrastrando sobre la fría y pálida madera las faldas de su vestido de muselina marrón.

—Todo el tiempo estuvo en un libro que le regalaste a tu hermana —le dijo entregándole el mapa del que dependía su vida o su muerte.

Michael recordó aquella noche en que su normalmente distante hermana pequeña lo cuidó hasta muy tarde, regresándose a casa durante un lapsus de sueño. Era probable que nunca hubiera estado tan asustado como aquella mañana cuando descubrió que, contrario a lo que pensaba, su hermana no había dormido en su casa, sino que había regresado sola. Quizás había

reducido toda esa experiencia al susto de la mañana que había olvidado haber entregado el libro que contenía el mapa.

—¿Y por qué lo tienes?

—Ella me lo entregó, pero tú no me dejabas regresar a casa —contestó su mujer en un puchero muy infantil de su parte.

—¿Querías regresar a esta casa?

—A esta casa no concretamente, es obvio, es el último lugar en que quisiera estar, simplemente es horrible —contestó ella mirando con desdén la estancia—. Cuando digo casa, hablo de ti y de mí, yo soy tu casa y tú eres mi casa, ¿no crees?

Momentáneamente, Michael se olvidó del mapa y tomó a su mujer por la cintura y por la barbilla.

—A veces, Isobel, casi me haces creer en las palabras que dijiste el otro día.

—¿Que te amo? —preguntó ella rodeándole el cuello con las manos—. Es verdad. ¿tú me amas?

—Por esta noche, querida, me entregaré al idilio de que te amo y tú también me amas —murmuró—, hoy estás especialmente preciosa y yo no puedo ignorarlo.

Ella sonrió, se acercó más a él y se entregó a su beso, y a las caricias decorosas e indecorosas que siguieron a su intercambio de alientos. Michael hundía su rostro entre sus piernas, procurando otro tipo de besos, cuando se dio cuenta de que algo era diferente en él mismo, fue solo un momento, pero sintió su lengua extraña y cuando miró sus manos en los muslos de su mujer también le parecieron distintas, escamosas. Fue tan sorpresivo que no pudo evitar apartarse de ella.

—Isobel ¿está todo bien conmigo? —le preguntó.

—¿Pasa algo malo? —preguntó ella con aspecto inocente.

Él negó con la cabeza y ella lo abrazó para sentarse sobre sus piernas, se entregaron el uno al otro frente a frente, en una posición libre de jerarquías y solo estuvieron mirándose durante varios minutos. Cuando por fin Michael apagó las velas, su esposa se acurrucó contra su pecho.

—Cariño ¿tú qué sueñas? —preguntó ella.

—Cosas diferentes, supongo.

—Yo creo que sueño con tu vida ¿puedes contarme algunas cosas? Es demasiado raro para mí, ya no soy yo en mis sueños.

Michael le acarició el cabello.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Un buen momento de tu infancia.

—Supongo que el día en que mi padre nos enseñó a cazar, ordenó hacer rifles más ligeros para mis hermanos y para mí y nos llevó a cazar, mis hermanas al final se quedaron sentadas porque no querían matar animales, pero, William, James y yo nos divertimos mucho. Cazábamos con nuestro padre al menos cada dos meses, era como nuestro momento solo de hombres… creo que es algo que todavía hace mi familia.

—¿Qué días lo hacen?

—Antes era cada último domingo del mes.

—Mañana es el último domingo del mes ¿por qué no vas?

—No sé si sigo teniendo derecho a asistir.

—No lo sabrás si no vas —su mujer le pasó el brazo por el cuello—, quiero que seas feliz, quiero ser el lugar en que prefieres estar, pero, no el único en el que puedes quedarte. No sé cómo son las cosas con tu familia, pero, creo que pueden intentarlo de nuevo, como decimos en español

mientras hay vida, hay esperanza.

Michael le besó la frente a Isobel y se durmió con ella en sus brazos, tenía el mapa, podía entregarlo o podía buscar el tesoro, primero hablaría al respecto con sus amigos y compañeros de vida, no le parecía una decisión que pudiera tomar realmente solo.

En la mañana, como era de esperarse, no se despertaron abrazados, pero, la contempló por un rato más, incluso enredada entre las sábanas y la almohada, con un poco de saliva escapando de su boca y ronquidos en algunos momentos, le parecía que su mujer era simplemente hermosa. Luego, pensando en su conversación de la noche antes, se levantó de la cama y se decidió a ir a la casa familiar a las afueras de Londres, tal vez, solo tal vez, fuera bienvenido. Él también quería estar seguro de que Isobel era el lugar en que quería estar, no su única opción, aunque nunca había sido una opción, solo ilusión.

Luego de acicalarse preparó el desayuno a su dormida esposa y se lo dejó junto a la cama para luego despedirse de ella besándole la frente.

—*Mucha suerte, mi amor* —le pareció que dijo ella y quiso creer que era amor.

Darien Watson se sentía ansioso como cada ocho domingos, estaba esperando a su hijo, lo había esperado desde que lo había echado de casa, había esperado que regresara suplicando perdón como lo había hecho William y, como no había regresado, Darien había ido a buscarlo, pero nadie había sabido dales señales de su inocente hijo. Como consuelo se había dicho que seguro regresaría para ese domingo, desde que eran pequeños, al quedar claro que era una actividad que solo interesaba a los varones de la familia, les enseñó que ese era su espacio conjunto, que era el momento en que podían hablar de todo, en que incluso podían desahogarse a libertad sobre lo que consideraban aciertos o errores de sus padres o sus propios errores. Darien realmente imaginó el abrazo que le daría a su niño luego de que pidiera perdón por intentar asesinar a su hermano. Seguro que Michael admitiría sus celos y Darien le diría, porque no había odio en ese momento, que lo querían de la misma manera. Pero Michael no apareció.

Aquel primer domingo él casi había llorado delante de su esposa y sus hijos y luego había buscado a su hijito por semanas enteras. Incluso llegó a pegar carteles en distintas ciudades. “Michael Watson, si estás bien, por favor regresa a casa, tu madre y tus hermanos te están esperando”. Y ahora, desde que Michael había regresado a Londres, cada dos meses Darien hacía esperar a sus otros hijos, seguro de que Michael llegaría, pero nunca llegaba, y la escopeta con sus iniciales se iba a dañar por el desuso.

—Hoy sí viene Michael —dijo su hijo James, sentado como estaba en la sala de dibujo de su casa señorial, la casa en que sus hijos habían sido concebidos y habían pasado los primeros años de su vida, la casa que realmente era su casa. Pero la vida y sus negocios los había llevado a la ciudad, también la necesidad de su esposa de estar en un lugar más accesible para sus hijos, donde estuviera más cerca cuando la necesitaran. Sin embargo, cuando el niño en su vientre naciera, si realmente se trataba de un niño, Darien quería que regresaran al campo, también era lo mejor para sus hijas más pequeñas.

Darien dejó de mirar por la ventana y se concentró en los dos jóvenes sentados en el sofá de diseño francés, ambos vestían pantalones de montar color caqui, camisas blancas con chaquetas de cuero marrón, como si estuvieran uniformados, por alguna razón que Darien desconocía, sus

hijos desde niños habían decidido cazar uniformados, eran extrañamente distantes y al mismo tiempo muy cercanos.

—¿Por qué estás tan seguro? —le preguntó al hijo que lo había convertido en hombre, porque antes de tomarlo en sus brazos, Darien no había sido más que un niño que se ufanaba de una virilidad que todavía no alcanzaba. Y, el niño con apariencia de hombre, pero todavía con el espíritu inmaduro de un infante, se encogió de hombros para contestar.

—Porque lo siento ¿tú lo sientes, Will?

William, nacido cuando Darien ya se había vuelto loco por las niñas y se encontraba conforme solo con un hijo varón, le sonrió a su hermano mientras acomodaba su brazo sobre el respaldo de la silla.

—Claro ¿tú no lo sientes, padre?

Darien no contestó, si respondía tendría que admitir que había algo más en él mismo y en cada uno de sus hijos que no poseía el común de la gente, que Michael no era el único extraño, que tal vez el monstruo era él mismo. Pero volviendo a mirar por la ventana, cerró los ojos y pudo sentirlo, pudo percibir sus pasos temerosos, pero seguros; lentos, pero decididos y lo supo en la puerta antes incluso de que tocara.

Minutos después, aquel muchacho al que intentó matar tanto como otras veces se esforzó por salvar, se apareció sonriendo como el niño que fuera la última vez que cazaron juntos, pero con algo distinto en la mirada. Sus ojos estaban menos tristes.

—Buen día, padre, buen día, hermanos —saludó con formalidad, la voz grave del hombre en que se había convertido contrastaba con la dulce voz del niño que acomodaba la pierna y la cabeza en su pecho casi todas las noches, luego de darle un beso en la mejilla y susurrar *te quieros* que casi nunca recibían respuesta.

—Estamos completos, a la próxima no llegues tan tarde —se limitó a decir.

Su hijo menor sonrió y Darien reconoció el brillo entusiasta que lo llevaba a permitirle dormir tarde contando sus infantiles asombros. Darien se dijo que si tuviera derecho lo abrazaría y abandonó el salón de dibujo camino a las caballerizas recordando con cariño al niño que narraba aventuras y las dramatizaba en la cama mientras Darien fingía leer y no prestarle atención. Darien pocas veces le hablaba, siempre se decía a sí mismo y a él que odiaba su presencia, era el hijo de un usurpador que había tomado a su mujer en su ausencia, pero Darien escuchaba y cuando estaba lejos lo extrañaba. Le había costado mucho fingir cuando Michael lloraba, pero lo había hecho. Darien se odió extremadamente al recordarlo. El niño tenía seis años y aquel día no estaba muy feliz porque su potrillo había muerto, Darien había notado que el animal no podría vivir mucho tiempo a los pocos días de entregarlo a Michael, pero no había sabido cómo explicar la situación al niño. Aquella noche el llanto del niño se convirtió en sollozo, en lamento y Darien siguió fingiendo.

—Padre no me quiere, padre no me quiere, padre me dio el caballito enfermo porque no me quiere. Yo los quiero mucho, pero mis padres no me quieren, nunca me escuchan, nunca me miran, y cuando me miran no quieren verme. Quisiera ser como mi caballito y morirme, en el cielo de los niños seguro que a todos los quieren, o tal vez ahí tampoco me quieren.

Pero ahora Michael sonreía y seguía teniendo la sonrisa más hermosa entre sus hijos, aunque no fuera su hijo.

Igual que cuando eran niños sus competitivos hijos dejaron ir muchas piezas en el afán de vencer a sus hermanos, pero hacía el final del día estaban los cuatro preparando la carne de jabalí en la fogata. El bosque era espeso, pero aquel claro siempre les había resultado confortable,

aunque otras personas lo consideraban un lugar oscuro y un poco frío.

—Creo que voy a ser padre —dijo Michael—, ella no me ha dicho nada, pero pienso que es así y supongo que se irá en cuanto tenga al niño e incluso antes.

—Si se va te lleva, aunque tenga que amordazarte —se burló William—, lo que no comprendo es cómo puedes vivir con tu mujer poseyendo un patrimonio superior al tuyo.

—Debería tener un patrimonio para que el de ella pudiera ser superior —se burló también James—. Gracias a Dios o al destino que su hermana no ha aparecido, porque yo ni siquiera tengo una casa en ruinas como él. ¿cómo fue el día de mi nacimiento?

—Un día terrible, tu madre estaba muy asustada —le contestó a su hijo mayor—, ya antes había perdido dos bebés y no quería perderte también, pero luego todos estuvimos muy felices.

—¿Y cuando yo nací? —preguntó también William.

—James estuvo contento porque tenía un hermano, yo quería otra niña y tu madre no estuvo asustada, no hubo sobresalto alguno, pero también fuimos muy felices, aunque yo quería otra niña, de verdad.

Michael no preguntó, pero James lo hizo por él, como si no hubiera estado viendo tras la puerta como en cada nacimiento de sus hermanos, las otras veces, Darien había estado fuera junto a él, pero al nacer Michael había mirado, aunque estaba prohibido, quería ver al hijo de otro, encontrarse con un niño tan diferente a él que podría demostrar a su esposa que estaba mintiendo que no había sido él ni un monstruo parecido a él.

Darien vio la cabecita poblada de cabellos negros, pero también vio al niño retraerse en el interior de su mujer, aumentando su dolor, y vio nacer a la serpiente. Pasmado, igual que la partera, la vio reptar sobre el pecho de su esposa y la vio también convertirse en un bebé y empezar a amamantarse del pecho de su madre, como las parteras no habían dejado hacer a sus otros hijos, y sintió miedo y odio mientras los ojos de su mujer empezaban a brillar de amor. Y quiso matarlo. Recordó a Genevive llorando, arrodillándose a pesar de las protestas de la comadrona, rogándole que no matara a su hijo y llamando a la serpiente para que fuera con mamá, la vio temerosa tomando a la serpiente, acercándola a su pecho y la vio gritar aterrada cuando ante la inesperada transformación casi dejó caer al bebé.

—¿Cómo lo llamaremos?

—Como tú quieras, ese engendro no es hijo mío.

—Claro que es tu hijo, es igual a William.

—Es el hijo de un diablo que te engañó, tú verás qué haces con él.

—Haré lo que toda madre con sus hijos y tú me vas a ayudar, me da miedo y detesto también que al parecer no eres el padre, pero no voy a abandonar y mucho menos a matar a mi hijo, estuvo todo este tiempo en mi vientre y ahora mama de mis pechos, es todo lo que me importa.

—A las serpientes se les corta la cabeza y lo haré.

—Y luego puedes estar seguro de que cortaré la tuya, aunque después me muera de pena.

Darien decidió contar esa parte.

—Fue un día extraño, pero conocí la parte más determinada de su madre ese día, me dejó perplejo, pero me enamoró mucho más, todos tenían algo que decir sobre su hijo, pero ella solo decía «es mi hijo y lo cuidaré y protegeré, aunque me cueste la vida».

—Creo que lo recuerdo —corroboró James—, creo que madre incluso se encerró en su habitación por varios días.

—No entiendo —interrumpió Michael para luego mirarlo, estaba a su lado, como siempre desde su primera cacería, como eran los más pequeños, siempre había tenido a William y a

Michael a su derecha y a su izquierda respectivamente—. ¿Qué pasó cuando nací?, ¿qué soy? ¿Por qué me tratas como si no fuera tu hijo?

—Nada especial, hermano, solo eres igual a tus hermanos y hermanas —contestó James—, probablemente idéntico a tu padre.

—No das muchas luces a mis dudas, hermano —se burló Michael.

—Es mejor no saberlo y ya que es válido hablar, ahora tengo algo que decir a nuestro padre.

—Adelante, hijo —lo animó.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? Has estado reprimiendo tu amor paterno, convirtiéndolo en odio por no aceptar que fuiste tú, siempre fuiste tú. Esa noche pasaste a saludarnos antes de entrar en la habitación de nuestra madre.

Michael no entendía evidentemente y Darien deseó abrazar a su hijo por primera vez a la luz del día y con él completamente consciente, pero no lo hizo. No estaba listo para aceptar lo que aseguraba James, que siempre había sido él.

Pero aquella noche, al despedirse en la entrada de su residencia londinense, fue Michael quien lo abrazó.

—Amar es dar, no recibir, y yo te quiero mucho, padre, hace muchísimo tiempo que no te lo decía.

Darien no contestó, tan solo le puso una mano en la espalda.

—Nos vemos en la próxima cacería, padre ¿estoy invitado?

—Es la primera vez que cazamos juntos en todos estos años, te he esperado cada vez hasta el anochecer.

Michael se apartó del abrazo y sonrió como el niño al que había que cansar con cosquillas o con el pecho para que se durmiera. Aquel día, Michael estaba feliz y quizás era culpa de su estupidez que su hijo no hubiera tenido una vida un poco más agradable.

—¿Cómo están mis hijos? —preguntó su mujer cuando entró en su habitación luego de la medianoche, no era día en que debieran compartirla, pero tampoco tenían una regla que prohibiera cruzar sus puertas de comunicación.

—Nuestros hijos están bien ¿cómo estuvieron mis adoradas hijas hoy?

—Tan solo Margaret no salió de su habitación, pero está bien. Me habría gustado abrazar a mis hijos.

—¿Te parece que sea tarde para pedir perdón?

—Para pedir perdón nunca es tarde, pero sí para sanar las heridas.

—Espero que todavía haya tiempo de sanarlas —susurró y se sentó en la cama sonriéndole a su esposa. Quizás realmente siempre había sido él.



Capítulo XI

Para Jamie, alejarse de Marcela era una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida, el deseo que lo arrastraba a sus brazos era más abrumador que ningún otro que hubiera experimentado antes, era un ansia animal, casi angustiante, excesivamente carnal e, ilógicamente, en muchos modos sublime. Su deseo le demostraba, si acaso le quedaba duda de ello, que Marcela era la única mujer capaz de convertir lo poco de libertino que tenía en el más perfecto de los maridos. Pero estaba prohibida, él no le convenía y si lo miraba bien, aquello que había hecho era de lo peor puesto que la había hecho su esposa en el papel sin que ella siquiera se hubiera enterado. Ni los padres más autoritarios hacían aquello de no informar a una muchacha cuál era su destino.

Y la angustia que generaba la separación en Jamie era mayor porque a sus ojos no existía nada más angustiante que tener al objeto de deseo tan cerca, al alcance de la mano y no poder siquiera tocarlo. Aunque Marcela distaba de ser un objeto.

Pero Marcela al parecer había decidido que perdía su tiempo esperando por él, había ido ya tres veces a tomar el té en la casa de los Windsor, aunque ya no la había oído hablar más de aquel mentecato mejor hombre que él.

Aquella mañana, Daniel propuso en el desayuno que quería ir a alimentar a las palomas en el parque y Jamie pensó en Minerva, era más joven que Marcela ahora, no era buena conversadora, siempre estaba ensimismada y resultaba un poco antipática, no tenía cuidado de reprimir su desagrado. Era una chica consentida, vanidosa, poco profunda o interesante, solo tenía tres pasatiempos, bordar, comprar e ir al parque a alimentar aves.

A los veintiún años a Jamie le había resultado sumamente aburrida y tampoco la había encontrado físicamente interesante, era delgada, con apenas curvas, tan pálida como un fantasma, con el cabello rojo también pálido. Otros decían a Jamie que su prometida era hermosa, pero él no conseguía verla de esa manera, no luego de haberse decepcionado. Quizás simplemente le gustaban mujeres diferentes.

Cuando cumplía con la obligación de visitarla, Minerva le servía el té, le preguntaba cómo estaba y se quedaba callada durante media hora o más hasta que él se iba porque tampoco encontraba nada para preguntarle.

—¿Quieres vivir en el campo en la ciudad? —le preguntó ella una vez.

—En la ciudad ¿y tú?

—En la ciudad —le contestó también sin mirarlo, las conversaciones siempre morían porque Minerva era tan poco profunda que nunca había nada en lo que llevara la contraria. Ni siquiera se enojaba o se mostraba celosa cuando empezó a hablarse del romance de Jamie con otra mujer o sus aventuras con varias.

—Escuché que tienes un romance con lady Suzanne Peterson ¿es verdad?

—Sí.

—Comprendo.

A él le extrañaba que ella no defendiera siquiera su orgullo, no se le ocurrió que pudiera planear una situación para ponerle más pronto la soga al cuello. Sucedió tres meses después de esa conversación, poco después del cumpleaños número dieciséis de Minerva, al cual Jamie no asistió

porque estaba borracho. Una condesa viuda muy conocida ofreció una fiesta para mostrar su mansión y como nunca, Jamie se embriagó con unos pocos tragos y fue a una de las habitaciones de la casa. Había pedido a un sirviente que le llevara a la dama de compañía que había llevado a la fiesta y estuvo seguro todo el tiempo de que se trataba de ella.

Poco deseoso de esforzarse, le exigió una felación y la desnudó fácilmente, la acarició un poco y la acomodó sobre él.

Cuando notó el velo virginal y los cabellos rojos en la espalda de la mujer que obedecía a sus deseos y lo cabalgaba dándole la espalda, ya era demasiado tarde. La condesa abrió la puerta y todos sus invitados pudieron ver la joven desnuda a la que estaba unido. Recordaba vagamente que la habían arrastrado a un rincón y la habían golpeado mientras ella gritaba su nombre. Luego, lord Fulford le había pedido disculpas porque, al parecer, Minerva lo había drogado de alguna manera, según el testimonio de un sirviente, una mujer había entregado personalmente la bebida que debían dar a Jamie y no podía ser otra que Minerva.

Minerva iba todas las mañanas a alimentar a los patos o a las palomas, siempre en un parque diferente, pero Jamie se dijo que las palomas le interesaban más que su hijo y que era poco probable que coincidieran en el mismo parque, si acaso estaba en Londres todavía.

Marcela y el niño salieron poco después del desayuno hacia el parque más cercano y Jamie los siguió poco después, aunque no fuera suya nunca más, quería pasar con ella el mayor tiempo posible.

Se habían sentado en una banca a un lado del camino, Daniel alimentaba las aves, pero también las perseguía dando vueltas y riendo, en uno de esos momentos el niño se cayó y tanto Marcela como la mujer de vestido marrón sentada en la banca de al lado se levantaron de un salto, pero la mujer de marrón volvió a sentarse y hundió su rostro en el brazo de la banca.

Marcela se acercaba a ella justo cuando él reducía la distancia.

—Disculpe que me entrometa ¿se encuentra usted bien?

—No estoy bien, quiero a mi niño —dijo Minerva llorando, aunque Jamie estaba a su espalda. Para ser una joven consentida su traje distaba de parecerse al sencillo traje imperio rosa claro que llevaba Marcela.

—No comprendo ¿por qué no tiene a su niño?

—Porque una mujer no puede tener un hijo sin casarse… pero supongo que un hombre sí puede.

—No comprendo.

—No pido mucho ¿puedo ser su institutriz? Él nunca sabrá quién soy.

—Oh, qué horrible —se espantó Marcela—, ¿quién tiene a su niño?

—¿No necesita una institutriz, una nana… una sirvienta?

—¿Cuál es tu plan, Minerva? —Le preguntó sobresaltándola, ella, quien seguía sentada en la banca, lo miró. Tenía la misma expresión insulsa del pasado, pero lucía triste y era algo que antes de los veintiuno había enloquecido a Jamie.

—Solo eso, puedo ser la sirvienta de tu sirvienta si puedo estar cerca.

—Tengo entendido que jamás te ha interesado.

—Pensé que estaba muerto y mis padres y hermanos no me hablan desde esa noche, no es como si pudiera decir algo. Tampoco me dijiste que lo tenías la última vez que nos vimos y ya estaba contigo.

—Si te interesa ¿por qué pides una posición servil?

—Es igual a ti, no quiero atarlo a una madre insulsa, poco profunda o interesante, sin reputación, sin amistades, sin nada. Ya escogió a alguien por madre y tú también la escogiste, yo

nunca me parecería siquiera un poco a ella.

Fue el día en que ella fue a llevar la invitación a su fiesta de cumpleaños, él no sabía que ella estaba en la sala de dibujo, camino allí, su padre le preguntó por una fecha para la boda y Jamie le contestó que no quería casarse con una mujer así. Vista la mirada de sus padres, Jamie la llevó con él a la biblioteca. Casi le aseguró que era mentira, pero esperó a que rompiera en llanto a ver si aparecía la novia que él había pensado que lo quería.

Ella no actuó como si hubiera escuchado.

—Como mi padre y mis hermanos no están solo puedo bailar con *milord* —fue lo que le dijo y como era costumbre estuvieron media hora sin hablar mientras ella miraba varios libros, pero no escogía ninguno.

Jamie miró a Marcela, tan bella como siempre y luego a Minerva quien seguía sin resultarle atractiva. ¿Había sido esa inútil chica capaz de drogarlo para llevarlo a la cama? Todas las veces que Jamie la había desnudado, ella ni siquiera había sabido que se trataba realmente de un acto de copulación, aunque sí que había intuido después de un tiempo que se trataba de algo muy íntimo.

—No fuiste tú ¿cierto?

—¿Qué cosa?

—No alteraste mi bebida.

—No, yo solo entré al cuarto y pensé que si me besabas serías caballero y pondrías una fecha.

—¿Y cómo hiciste que te besara?

—Me dijiste otro nombre y solo fingí… e hice lo que decías, yo no sabía qué hacía y como se parecía a lo que habíamos hecho otras veces, no tuve miedo.

Jamie miró a Marcela apesadumbrado, presintiendo el fin.

—¿Cuál es la decisión correcta?

—Daniel ¿has comprendido qué sucede? —preguntó Marcela al niño con una sonrisa triste.

—Creo.

—¿Y cuál es la decisión correcta ahora?

—Dijiste que si mi madre verdadera me amaba te casarías con lord Alexander y mi papá con ella.

—Bien, tu madre verdadera te ama y es evidente que ha estado muy triste sin ti. ¿por qué no le das un abrazo muy fuerte?

Jamie sintió su corazón y su orgullo, su deseo de posesión destrozarse en pedazos minúsculos, Marcela renunciaba a él para atarlo a aquella mujer que ni siquiera lograba interesarle en lo más mínimo.

Pero el niño se trepó a la banca y se acercó a la mujer que le había dado la vida. Minerva brilló con su hijo en brazos, no pareció insulsa, se vio más feliz que nunca y el amor en sus ojos no era fingido ni era parte de una artimaña. Le recordó a la inocente jovencita, más bien la niña, de once años a la que Jamie empezó a visitar cuando tenía quince. Jamie había sido realmente el más cruel de los hombres. Estuvieron sentados en la banca por una hora sin decir una palabra y Jamie sintió que Marcela no solo se alejaba de él, sino que se solidarizaba de la otra mujer, una empatía cruel y extraña a sus ojos.

Doña Marcela Alejandra María Saavedra era una mujer extraña, Minerva había espiado la casa por más de un mes y sabía que algo existía entre ella y Jamie, pero Marcela renunciaba en favor suyo al hombre que quería y al niño al que adoraba, porque el amor no podía disimularse. Pero quizás era algo que llevaba un tiempo considerando porque salía con Alexander, quien era uno de

los hombres más buenos a los que Minerva conocía, sin su ayuda ella no habría tenido siquiera donde vivir en los últimos años. Amigo como era de su hermano al verla abandonada a su suerte le había procurado un modesto alojamiento y hacía poco le había dicho que su hijo vivía y dónde estaba. Le contó que cortejaba a una muchacha, pero que no tenía muchas esperanzas y ella tampoco porque la atracción por Jamie parecía ser mutua.

Marcela estaba renunciando. Era una joven fuerte y valiente, además de hermosa, risueña, divertida y diez mil características más que le había dicho Alexander. Pero tenía el corazón de Jamie. También el de Alexander. Minerva lo había sabido meses atrás. Como cada mes, él la había visitado en su apartamento y le había llevado comida, incluso un bonito vestido de muselina blanca.

—Tengo una pregunta un poco absurda para hacer —le dijo mirando sus manos huyendo de su mirada.

—Adelante.

—¿Sería muy malo para *milord* casarse conmigo?

—No sería malo para mí ni para nadie, pero me he enamorado de alguien más, no tengo interés en ti, querida, solo eres como una hermana para mí.

—Pero no soy su hermana, *milord*, y he abusado mucho de su caridad estos años, si usted lo desea podría usarme para su satisfacción.

—Eres como mi hermana, Minerva. Queridas ya he tenido y las he dejado porque esta mujer realmente me interesa. Si te quisiera de otra manera te lo habría dicho hace mucho tiempo. No te preocupes, no necesitas acostarte conmigo, te seguiré ayudando hasta que te cases.

Ella no le había dicho a Alexander que sus palabras la habían lastimado porque realmente había llegado a creer que existía en el mundo un hombre capaz de interesarse en ella. Que había tejido fantasías en que Alexander la tomaba por esposa y ella tenía hijos que no le quitaban, y una vida junto a un hombre que la encontraba interesante. Aunque en esos cinco años también había escuchado a Alexander hablar de sus aventuras, porque lo había escuchado todo y le había preguntado de todo temiendo que se aburriera y también la abandonara.

Como Jamie, como su familia.

—¿Creíste que acostándote con él ibas a atarlo? —le preguntó su madre una mañana interrumpiendo el desayuno que desde la noche en que la encontraron en la cama con Jamie le hacían compartir con los sirvientes, igual que todas las comidas y las habitaciones—. Se le dijo que estás embarazada y tomó el primer barco que encontró.

—¿Estoy embarazada?

—Muy embarazada y sola, porque se ha largado y seguro que no volverá.

—Jamie no me va a abandonar —aseguró.

—No sirves ni para atar a un hombre, realmente, como dice tu padre, no naciste mujer, naciste idiota, si te hubiéramos dejado morir o te hubiéramos dejado en el campo cuando comprobamos que eras tonta no habrías traído tanta vergüenza a esta familia.

La enviaron al campo como sirvienta en casa de un familiar y cuando su hijo tenía dos meses, al comprobar que no regresaba Jaime, se lo quitaron y luego la echaron a la calle, dijeron al mundo que estaba de viaje, siempre en un lugar diferente. Solo a veces, por guardar las apariencias la hacían asistir a algún evento familiar y ella siempre iba esperando que volvieran a recibirla en casa.

—Se ve que está feliz de conocerla, la emoción lo habrá dejado exhausto —le dijo Marcela cuando, como de bebé, su hijo se durmió en sus brazos.

—O quizás está enfermo —menospreció Jamie—, debería llevarlo a casa.

Marcela la ayudó a levantarse, como sabiendo que lo último que ella quería era separarse de su hijo.

Pero era pesado, no el niño pequeñito de la última vez y le costaba cargarlo.

—Dámelo —ordenó Jamie, también él era diferente, lucía menos niño que la última vez que lo tocó, cuando aceptó el susurro de otro nombre y cedió a exigencias que desconocía, cuando desesperada solo quería una fecha que la librara de los comentarios de su familia y un cariño siquiera momentáneo que la hiciera sentir querida, como antes.

—No escaparé con él, Minerva.

Ella se lo entregó como soñó hacerlo cuando lo tuvo en sus brazos por primera vez, imaginó su expresión orgullosa, como había visto en otros padres, pero ella había estado sola. Jamie se adelantó con el niño y la dejó atrás con Marcela.

—¿Realmente piensas eso de ti? ¿Lo que dijiste antes?

—Eso piensa Jamie de mí, por eso nunca me quiso de verdad, aunque fingió hacerlo y le creí —confesó—. Yo estoy bien siendo una sirvienta, no necesitas renunciar a él, te quiere y lo quieres.

—No me gustan los fantasmas y si me caso con Jamie siempre serás uno, creo que fuiste una víctima y yo no voy a lastimarte mucho más.

—Jamie, Alexander y medio Londres ¿cómo haces para ser atractiva?

—¿Conoces a Alexander?

—Me salvó de la calle y de la muerte y me devolvió las ilusiones. Pero eres a quien escogió para darle el corazón, supongo que prefieres a Jamie para compartir la vida, pero Alexander daría su vida por hacerte feliz.

—Bueno, eso si no le importa que no sea el primer hombre en mi vida.

—No le importa, todo el tiempo me dice que al hombre correcto no le importará que incluso tuve un hijo antes.

—Ignorando que soy la mujer a la que él ama ¿estás bien casándote con un hombre que no te quiere?

—No existe el hombre correcto del que Alexander me habla, no hay nada en mí que pueda querer un hombre.

—Qué triste que pienses eso porque las cosas son como tú dejas que sean —le dijo Marcela y ya no dijo nada más el resto del tiempo.

Cuando llegaron a la casa de los Fitz, ella pudo sentir el desprecio de todos allí y quiso convertirse en una pulga.

—Consigue un cura antes de que vuelva a irme en el primer barco que encuentre —dijo Jamie a su padre—, me casaré con Minerva.

—¿Qué hizo ahora para que te decidieras? —preguntó lady Violette contrariada, aunque también había madurado, seguía viéndose elegante, radiante y hermosa a los ojos de Minerva.

—Sí quiere a su hijo, siempre ha querido a su hijo y yo los abandoné.

—Organizaré todo lo más pronto posible —sentenció lord Fitz—, tendrán que mudarse.

Como Minerva no se sintió bienvenida, pronto encontró el momento para escabullirse fuera de la casa, confiaba en que Jamie cumpliera su palabra y no se llevara al niño.

Alexander Windsor era un joven disciplinado y amable, normalmente se portaba bien y se lo podía encontrar los fines de semana haciendo caridad en alguna iglesia, aunque era el heredero del título y las propiedades de su padre, era un muchacho trabajador que nunca había dado dolores de cabeza a su madre. Aunque claro, ni a la iglesia ni a su madre les gustaba que como muchos hombres, él a veces tuviera una querida. Tampoco a su madre le gustaba que él retrasara el momento de escoger una esposa y ahora que había escogido a alguien no le gustaba que fuera justamente una muchacha castiza del virreinato español. Pero a Alexander realmente le gustaba doña Marcela, le parecía una joven inteligente, dulce y hermosa, de corazón realmente amable y valiente. Ella parecía inmune a sus cortejos y se limitaba a ofrecerle su amistad, estaba enamorada de Jamie Welsch y en otro momento o con otra mujer, Alexander se habría dado por vencido, pero no con Marcela, mientras no estuviera casada existía una oportunidad para él. A veces sentía que el interés era mutuo.

Y ya que ella no era quien procuraba sus encuentros a Alexander le resultó realmente extraño que se apareciera en la iglesia donde le había dicho que estaría alimentando a los pobres. Llevaba un vestido rosado, tenía los ojos rojos como si hubiera llorado y no podía mentirse diciendo que se veía tan hermosa como siempre.

—*¿Es posible que hablemos a solas?*

Alexander tardó casi dos minutos traduciendo la oración, al conseguirlo asintió y la llevó hasta la sacristía.

—¿Estás bien, querida?

—No, siento que me voy a morir de tristeza.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Creo que aceptaré tu propuesta de matrimonio, pero antes necesitas saber algunas cosas.

—Lo único que me interesa saber es por qué estás llorando y cómo puedo consolarte.

—Si voy a ser tu esposa te interesa saber qué ha pasado antes de ti.

—No me interesa, ya sabes, me interesa quién eres y que haces desde el momento en que te conviertas en mi prometida, lo anterior no importa, yo también tengo pasado y tú no me pides que te dé cuenta de él ¿o sí?

—Pero yo soy mujer y las mujeres…

—¿Estás embarazada? ¿Es posible que lo estés? Eso no echa para atrás mi propuesta, pero sí sería bueno saberlo.

—No.

—¿Entonces por qué lloras?

—Ya estaba dispuesta a renunciar y por eso empecé a frecuentarte más, pero renunciar me duele más de lo que esperaba, por eso lloro.

Alexander la abrazó, sabía que se trataba de Jamie Welsch, realmente quería golpearlo, por lastimar a dos mujeres tan buenas.

—Llora entonces, llora cuanto necesites, cuando por fin me ames, prometo que intentaré no hacerte llorar, el amor nunca se va por completo, solo deja que pase el tiempo hasta que ya no duela.

—¿De verdad cuáles son tus defectos, Alex? Que no he conocido ninguno. Deben oler muy mal los pies porque no puede ser que todo sea bueno en ti.

Él intentó reír por su propia broma.

—No soy tan guapo como lord Jamie y soy más testarudo para renunciar a lo que quiero, la única forma de que renuncie a ti es que mi amor te haga daño.

Le había costado mucho sacar a Minerva del ostracismo, había incluso recibido gritos y patadas, y dormido a su lado para evitar que se autolesionara y por meses solo había conseguido comunicarse con ella de forma escrita y con señas porque no quería hablar. Y aunque Minerva era un caso bastante extremo, sin mostrar tanto su dolo, una de sus primas se había suicidado sin previo aviso luego de que le rompieran el corazón. Por eso él estaba decidido a ser un hombre que amaba desde la confianza y la libertad. Así había sido con sus queridas y sería con su mujer.

—¿Es mucho si te pido, que al menos por un tiempo, vengas conmigo a Nueva Granada?

—Nada de lo que me pidas es demasiado para mí, mis negocios están aquí, pero si sientes que necesitas ir a tu tierra, cerca de la tumba de tus padres, yo te acompañaré.

—Entonces organiza nuestra boda lo más pronto posible… solo que…

Alexander le puso un dedo en los labios sonriéndole.

—Déjame abrazarte y tomarte de la mano de vez en cuando, los besos, las caricias, las palabras de amor y la intimidad llegarán cuando estés lista.

—Decir que te amo es mentir, pero sí me gustas muchísimo y ya te quiero, Alex, en cuanto nos casemos podemos intentarlo, lo intentamos hasta que consiga ser dichosa en tus brazos, si se siente como tu abrazo seguro que no será tan difícil.

Alexander solo rio y la abrazó más fuerte, no le recordó que no era un monje ni tan buen chico como pensaba su madre, pero seguro que ella ya lo sabía, aun así, era capaz de contenerse cuanto fuera necesario.

Luego de terminar de ayudar con la alimentación de los pobres, Alexander la acompañó a casa y conversó con lord Fitz quien no consideraba buena la idea de enviarla a América sola con el que todavía era un poco desconocido para él, pero accedió a hacerlo para complacer a Marcela.

Luego de despedirse de Marcela fue a contarlo a Minerva, la visitaba todas las tardes para asegurarse de que estaba viva, le había dado mucha pena la forma en que su familia la abandonó y la condición en que la dejaron luego de arrebatarle a su bebé. Nada habían podido hacer los hermanos, sus padres se habían decepcionado al punto de vivir como si estuviera muerta. Aunque siempre la habían tratado mal.

No podía ayudarla de forma muy evidente porque podrían pensar que eran amantes, así que le pagaba una habitación en una pensión de un barrio humilde y le llevaba alimentos y dinero cada día por medio. Era una chica bastante lamentable, la habían enseñado a no contrariar nada nunca, a ceder siempre y jamás decir que no, la habían reprimido tanto que habían anulado su carácter y la habían apartado tanto del mundo que la habían hecho realmente inocente e ingenua.

A veces Alexander temía encontrarla muerta en la habitación, el poco brillo que había en sus ojos había desaparecido poco a poco con la traición de Jamie Fitz, ella nunca decía nada, pero no podía ser feliz mientras él, siendo su prometido, se paseaba de un lado para el otro con otras mujeres.

La encontró sentada junto a la ventana de su oscura habitación, con un bastidor en la mano, mirando a la nada, porque solo había una pared frente a esa ventana.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, *milord*.

—Me voy a casar, Marcela ha aceptado casarse conmigo.

—Lo hace para que yo pueda estar con mi hijo, ambos renunciaron a quienes aman por mí y por mi hijo. Quizás debería morir, ellos podrían estar juntos y mi buen lord no tendría que probar lo que es amar a quien no lo ama.

—Si Jamie Welsch se precia de ser hombre debe hacer lo correcto, lo que no hizo por ti hace seis

años, así que no asumas que es tu culpa. Siempre debiste ser la esposa. Ese es tu lugar. Ella y yo conseguiremos ser felices juntos, de ustedes dos depende si vivirán un infierno.

—No soy nada en comparación con ella.

—No te compares con ella ni con cualquier otra, no vale la pena compararse con otra persona, si vamos a ser mejores que alguien es mejor que la persona que fuimos el día antes. Solo sé mejor que tú misma. Descubre quién eres tú, *milady*. Lo que las hermanas Saavedra tienen de especial es que se aman a sí mismas y confían en sí mismas.

Él sabía que era más fácil decirlo que hacerlo, las Saavedra habían tenido un padre inusual que las alentaba a soñar como muy pocos hombres hacían y Minerva había tenido uno que menospreció todos sus intereses y todo lo que podía haber sido especial en ella. Pero, realmente ya era cosa de los dos si decidían vivir en un infierno.

Michael fue a *White's* luego de despedirse de su padre, estaba pletórico, seguía sin entender muchas cosas, pero le parecía que la bruma en su pasado empezaba a aclararse, surgían poco a poco recuerdos perdidos de momentos en los que se había sentido amado, no eran muchos, pero al menos ya sabía que no era por él mismo, era por algo por lo que sus padres no querían admitir. Por algo que tal vez él mismo no quería admitir, algo que podría explicar los sucesos de aquella noche junto al bar, o la forma en que aparecía desnudo en su cama cuando estaba en otro lugar, o la habilidad para entender el lenguaje de las serpientes.

Jamie estaba en el club, borracho como una cuba y no parecía feliz. Casi que desandaba sus pasos y se iba a casa en pro de los cálidos brazos de su esposa, pero decidió acercarse a su primo y amigo, porque de eso se había enterado, era un familiar en común para él y para su esposa. —¿Estás así por Marcela? ¿Por qué no escapan y ya? —le preguntó sentándose a su lado en la barra del lugar.

—Se va a casar con el mentecato de Alexander Windsor.

—Quizás solo pretende que te decidas antes de que sea tarde.

—Es un buen hombre, no puedo negarlo, cuidará bien de ella y seguro que será un buen padre para sus hijos. Es el mejor hombre del mundo, si yo fuera mujer me enamoraría de él.

Michael rio por la idea y admitió que él también, aunque era algo que jamás le diría a Isobel.

—Yo en cambio…

—¿Qué sucede?

—Cómo me temía he de casarme con Minerva. Lo cierto es que no sé cómo pude creer que ella era capaz de drogarme para llevarme a la cama, era una mojigata que ni siquiera sabía qué era un beso.

—Lo creyó toda Inglaterra.

—Le causé tanto dolor que no merezco perdón alguno. Todo el día he recordado sus gritos cuando su padre la golpeó al descubrirla conmigo, dijo mi nombre hasta que se desmayó, ni siquiera intenté defenderla. No podía moverme, pero ni siquiera intenté defenderla.

Michael lo recordaba, había estado allí, por entonces había vuelto a ver a sus amigos y se daba un descanso de la piratería, por una orden silenciosa de lady Violette él había cubierto con su cuerpo a la chica inconsciente, la había vestido con una sábana y la había cargado lejos de las patadas y los golpes de lord Fulford, luego de que, además, la obligara a bajar desnuda las

escaleras y se desmayara en el antepenúltimo escalón.

Una noche, meses después, lady Minerva se había aparecido en su residencia, no más que una pobre habitación en ese momento y le preguntó si sabía dónde estaba Jamie. Él lo sabía, porque iba a encontrarse con él dos días después, pero no le contestó.

—No nos va a abandonar para siempre ¿verdad? Debe volver para cuando nazca el bebé.

—No puedo asegurarte nada, *milady*, eso solo lo sabe él.

—Yo no hice eso que dicen, yo solo quería que me quisiera un poco, dicen los rumores que sus padres no lo quieren, pero siempre buscan saber de usted, *sir*. A mis padres poco les importa si vivo o muero, me han sugerido incluso formas elegantes de suicidarme para que no les cause vergüenza.

—Lamento escuchar eso.

—Jaime es mi única esperanza, si me deja sola no sé qué será de nosotros.

Michael había relatado la conversación a Jamie al encontrarlo, pero él no había prestado atención, y ahora se lamentaba.

—Bueno, si te vas a casar con ella esfuérzate por hacerla feliz a ella y a tu hijo.

—Si logramos salvar la cabeza.

Michael casi le dijo que tenía él mapa, pero recordó que si lo decía, su amigo se empeñaría en buscar el tesoro y volvería a abandonar a aquella mujer a su suerte y contrario a los rumores, había sido una mala suerte. Una vez se la había encontrado buscando comida en las basuras de una cantina, casi un año después del escándalo, cuando su familia había extendido el rumor de que estaba de viaje. Le dio comida y un poco de dinero y le preguntó por el niño, ella solo se encogió de hombros y luego escapó de él, ni siquiera pronunció una palabra. Jamie ni siquiera permitía que pronunciaran su nombre.

Luego de dejar al borracho Jamie en su casa, Michael fue a la suya. Isobel estaba dormida y él se acicaló para luego acostarse a su lado.

—Quisiera poder hacerte la mujer más feliz de la tierra —le susurró abrazándola.

—*Lo harías si dejaras los eufemismos y simplemente me dijeras que me amas y aceptaras que yo también lo hago* —le dijo ella entre sueños y se dio la vuelta para abrazarlo también, en la mañana le diría que su hermana debía estar muy triste.

Fue una boda doble y extraña, una semana después, Michael se dijo que él, en el lugar de Jamie, se habría vuelto loco en ese momento, imaginaba que ver preciosa, sonriente y vestida de novia a la mujer que amaba caminando hacia el altar en que él se encontraba, pero para tomar la mano de otro hombre debía ser la tortura más grande a la que un hombre podría ser sometido y también debía serlo para ella. Pero no lo pareció para Marcela, sin duda se esforzó mucho por concentrarse solo en Alexander, ignorando al hombre que se encontraba a su izquierda. Michael no podía negar que era una de las novias más hermosas que había visto en su vida, llevaba un hermoso vestido color rosa, a la española, con una crinolina amplía y una chalina también a la española bordada con hilos plateados. Marcela Saavedra caminó al altar con tal seguridad que parecía decir al mundo que iba a ser infinitamente feliz con el hombre que finalmente había escogido por marido, aunque no fuera aquel que hacía desfallecer sus sentidos.

La otra novia, en cambio, aunque llevaba un bonito vestido verde de corte imperio y también una lujosa chalina española, no parecía la mitad de feliz o segura, se parecía más a un acusado que caminaba al patíbulo. Y contrario al novio de Marcela que la recibió rebosante de dicha, el suyo no consiguió disimular la mirada de auténtico desprecio. Aunque ocho o siete años atrás, Jamie

habría llorado de emoción porque decía amar a su novia, aunque a veces solo cruzaran dos o tres palabras cuando estaban juntos y otras hablara de las cosas más inusuales por horas enteras.

Al salir de la iglesia, Alexander besó a Marcela sin pudor y celebró con un grito de júbilo que era suya, pero a Minerva y a Jamie ni siquiera los felicitaron por cortesía, de hecho, ninguno de los dos había invitado a nadie a su boda. Ya en la fiesta fue evidente la ausencia de Minerva e Isobel instó a Michael a que la ayudara a buscarla, Alexander, al parecer, también se había percatado de ello y siguieron sus pasos seguros en una casa que apenas conocía. Les extrañó que se dirigiera al desván, pero observaron desde afuera.

—¿Qué haces aquí?

—Solo arruino el ambiente, si yo no estoy la gente puede ser feliz por *milord* y por doña Marcela.

—Es tu boda también.

—La gente sigue hablando de mí.

—¿Qué tanto pueden decir que pueda afectarte?

—Lady Stephanie y lady Wendolin dijeron que tanto me desprecia Jamie que por eso esa noche me hizo montarlo sin mirar mi rostro. Otros imitaron mis gemidos. Otros se burlaron de las pecas en mi pecho y dijeron que seguro a Jamie no le gustaba verlo.

Ella parecía dispuesta a continuar, pero Alexander la detuvo con una mirada severa.

—Dijeron que le da asco mi cuerpo y por eso me abandonó, así que soy insulsa, poco profunda, poco interesante y tan horrible que doy asco. Y dijeron que olía a basura, que debo quedarme en la basura —dijo ella mientras parecía querer arrancarse la piel de las manos, rascándose furiosamente.

—¿Qué basura, Minerva? —preguntó Alexander sosteniendo sus manos—. Sé que estuviste tan desesperada que buscaste comida en la basura, pero recuerda que jamás llegaste a comerla.

—Sí lo hice una vez, una vez porque antes de la segunda, *sir* Michael Watson me dio comida y dinero y luego mi lord me encontró, pero si no hubiera sido así estaría comiendo de la basura… sí siento que mis manos huelen a basura y mi estómago, y mi boca, y todo mi cuerpo.

Isobel tomó la mano de Michael y se alejaron de allí.

—Michael, cuando te echaron de casa jamás estuviste en una situación similar ¿verdad?

—Nunca estuve tan bajo como para buscar en las basuras, tenía múltiples formas de usar mi cuerpo para ganar dinero y me valí de todas las formas que pude.

—¿Todas?

—Bueno, jamás cedí ante pretensiones sodomitas —se burló tomando la mano de su esposa, cuando regresaron a la fiesta, Marcela y Jamie parecían estar bailando por última vez. Cerca de una hora después, Marcela se sentó en medio de sus hermanas y las abrazó, María y Donald habían ido para la ceremonia.

—*¿Estás bien, Marce?* —preguntó María, igual que Marcela e Isobel, también se había vestido a la española.

—*Estoy bastante bien, triste en parte, pero segura de mi decisión, ya quiero que sea de noche para hacer el amor sin miedos.*

—*Vaya que has crecido, hermanita, casi que no espero escucharte hablar así* —se burló Isobel.

—*Por lo menos voy a intentarlo, ardo en deseos de ver a Alex sin ropa y recorrerlo con mis manos, incluso me lo imaginé algunas veces cuando andaba convencida de que lograría ponerle la soga al cuello a Jamie.*

—*Está comprobadísimo, tenemos lascivia de mulatas* —repitió su broma de siempre doña María.

—*Yo sí que tengo la sangre mezclada y caribeña, hermanita, qué esperabas. Me lo voy a llevar al monte*

y aprenderemos a hacerlo en la hamaca como escuchamos una vez al capataz ¿se acuerdan?

—Claro que recuerdo, si cuando consiga llevar a Donald eso es lo primero que voy a intentar.

—Yo también hablo español, querida, y me tienen escandalizado —se burló Donald imitando a una afectada matrona, aquel día se había puesto el kilt de su familia.

—Si realmente nos seguían cuando viajábamos debían saber que nos llamaban las señoritas escándalo —bromeó también Isobel, mientras Jamie, a lo lejos, poco a poco se ahogaba en alcohol.

Físicamente, Alexander no era muy diferente de Jamie, era alto, de cabello oscuro y ojos marrones, tenía una barba poblada y a sus veintisiete años ya tenía una casa conseguida con su propio esfuerzo, en una de las mejores zonas de Londres. Ella no lo amaba y él lo sabía, pero era verdad que lo deseaba, seguía queriendo y deseando a Jamie, pero ahora era hombre ajeno y su libre moral, influencia de sus hermanas, tenía algunos límites.

Luego de la fiesta fueron en carruaje hasta la casa de él y Alexander la cargó hasta la habitación, pero era evidente que como había prometido no tenía pensado que consumaran su matrimonio tan pronto, pero ella quería. Deseaba que su esposo borrara con sus caricias cualquier rastro de sus noches de pasión con Jamie.

—Te dije que lo intentaríamos, Alex, así que no cruces esa puerta de comunicación y ven a desvestirme —le dijo al notar sus intenciones.

Alexander, sonriendo de forma encantadora, dio media vuelta y caminó otra vez a la cama.

—Lo que su majestad quiera su vasallo lo hace.

Con exquisita lentitud le quitó la ropa, ella tuvo más prisa al desnudarlo a él, le besó el cuello antes de besarle los labios y luego torturó con besos electrizantes cada parte de su cuerpo, cuando se apoderó de sus senos, Marcela gritó de placer, y cuando su rostro bajó a su centro palpitante, Marcela supo que arruinaría su reputación ante los vecinos, pero podía gritar, reír, llorar, ese hombre era su esposo y aquello era tanto su derecho como un deber de los dos.

Al quitarle las calzas, Marcela no se decepcionó lo más mínimo, pero también lo torturó con besos y caricias durante un tiempo y le devolvió el placer que le había dado con su boca antes de que él volviera a prodigárselo dos veces seguidas.

Se miraron durante un tiempo, frente a frente, en silencio, sonriendo, tocando de forma casi infantil e inocente, descubriendo cada marca en sus cuerpos, múltiples cicatrices de juventud en el cuerpo de él, lunares y viejas cicatrices de juegos infantiles en el de ella. Las curvas, los abismos, las planicies, los relieves. Y Marcela anheló y recibió feliz al hombre con el que iba a compartir la vida entera.

Y lo supo, y estuvo segura de que él también lo supo, de una forma que jamás conseguiría explicar, iba a ser madre.

—Espero que esos dos también sean felices, porque, aunque todavía lo tengas en tu corazón y siempre lo vayas a tener, acabo de comprobar que estamos hechos el uno para el otro.

—¿Qué otros dos, Alex? Ahora mismo, para mí, tú y yo somos los únicos que existen en la tierra.

No sabía si era posible enamorarse durante el coito, pero le parecía que acababa de hacerlo, aun así, no se lo dijo. Aunque tal vez ya estaba enamorada desde antes y como Jamie le había dicho, tal vez solo era deseo, tal vez ella quería que fuera amor, o sí era algún tipo de amor, pero no estaba destinado.

—Pero sí, ojalá esos dos también sean felices, merecen serlo.

En la mañana, muy temprano, partieron en el barco mercante de la familia de Alexander hacia

sus amadas tierras americanas, a su tierra caliente que quizás calentara mucho más sus sangres de recién casados.



Capítulo XII

Luego de que los invitados se fueran, Jamie hizo su mejor esfuerzo por recuperar la sobriedad y se bañó con agua fría, necesitaba estar sobrio para poder rendir a Minerva, no quería volver a llamarla por un nombre distinto, como la última vez. Quería, además, aceptar con prontitud que estaba casado con esa mujer.

Cuando por fin entró a la habitación de ella, estaba jugando con Daniel en la cama, vestidos los dos con batas blancas. Al acercarse descubrió que no jugaban, ella le contaba una historia al niño para dormirlo y él se veía feliz junto a su pecho, escuchando el ritmo de su corazón. Ellos dos eran su familia, en su adolescencia lo había imaginado así.

Se sentó en la cama y esperó a que el niño se quedara dormido para tomarlo en sus brazos. Minerva lo siguió hasta la habitación contigua en que el niño dormía, aunque iban a tener que mudarse pronto a la casa a las afueras de la ciudad que Jamie había hecho construir pensando en ella. Por aquel entonces, su padre lo había hecho trabajar para garantizar un patrimonio básico a su futura familia.

No le dijo nada hasta que regresaron a la habitación y él cerró la puerta a su espalda, su padre, por ser cruel tal vez, había instalado a Minerva en la que hasta esa mañana había sido la habitación de Marcela.

—Hagamos que Daniel sea un niño feliz y un adulto exitoso —le dijo—, pero para eso él necesita padres felices, debemos serlo los dos.

Ella bajó la cabeza.

—Puedo fingir serlo.

—No es justo que finjas, debemos, por lo menos, vivir en armonía y que nuestros días tengan más alegrías que pesares ¿no crees que podamos hacerlo?

Ella se sentó en la cama y como parecía tener ahora por costumbre, empezó a llorar.

—Te quería Jamie y ahora te odio, y no consigo recordar sin dolor cómo se sentía quererte cuando creí que me querías.

—A mí también me parece lejano y ficticio el tiempo en que te quería.

Ella levantó el rostro secándose las lágrimas y lo miró.

—¿Me querías, Jamie? ¿Cuándo dejaste de quererme?

Jamie se esforzó por recordar y se sentó también junto a ella en la cama.

—Me destrozó que para ti nuestra unión fuera solo un matrimonio de conveniencia. No tenía nada con lady Suzanne, al menos no al principio, pero a ti no te importó. Era absurdo porque antes habías dicho que me amabas.

—Me moría de celos, Jamie, tenía ganas de matarte, mi corazón se rompió en mil pedazos cuando dijiste que sí estaban juntos. Y luego te veías mucho más aburrido al estar conmigo y dijiste esas cosas horribles y querías abandonarme.

—¿Y por qué fingiste que no te importaba?

—Mi madre dijo que te espantaría si te reclamaba y no quería espantarte. Dijo que yo no era como las otras y si los hombres tenían a otras cuando eran mujeres normales, era mucho más esperable que tú buscaras a otra y debía aceptarlo.

Jamie quiso ahorcar a su suegra porque mientras la quiso, a él no le interesaba nadie más,

amaba todo en ella, hasta las horas de silencio.

—No sé exactamente cuándo cambió mi corazón, me dolió tanto y de repente ya no soporté el tiempo a tu lado, ya no me parecías tímida, me parecías falsa.

—Soy falsa, lord Alex dice que mis padres me reprimieron tanto que no ser yo misma, pero era yo misma cuando estábamos solos, lejos de mis padres y del mundo.

Jamie auguró aquellos momentos, permitidos, pero no aprobados por los padres de los dos. Jamie intentaba llevarla al campo a los mejores parques y jardines, aunque tuvieran que viajar por horas en carruaje o tomar un barco y en aquel entonces se conformaba con verla reír de expectación. Pasadas las horas en soledad, ella empezaba a hablar un poco más, aunque siempre ocultando sus propios pensamientos, aunque a veces demoraba horas hablando de las flores o de las palomas mensajeras. Y lo escuchaba cuando le hablaba de sus aventuras, o inventaban historias en mundos inexistentes.

El Jamie de dieciocho, diecinueve o veinte años jamás habría abandonado a su novia embarazada.

—Espero que un día puedas perdóname por dejarte sola.

—Mi bebé solo tenía dos meses, Jamie —chilló ella y él le puso un dedo en los labios.

—No sucederá nunca más —le prometió besando sus manos, ahora estaban rasposas, prueba de que no había estado viajando y disfrutando como él pensaba—, me aseguraré de que puedas vivir tu maternidad lo mejor posible, nuestros hijos solo te dejarán cuando crezcan, o si Dios tiene a bien quitarnos a alguno antes de eso.

Y antes de seguir hablando de asuntos dolorosos, Jamie satisfizo uno de los mayores deseos del adolescente que había sido. Besó a Minerva. La satisfacción fue básica, como con cualquier otra mujer, incluso lo encontró poco estimulante en comparación con los besos de Marcela, pero se dijo que Minerva no debía saber eso.

Lo supo al mirarla a los ojos, sus labios habían seguido vírgenes, fieles a él. Acarició sus brazos mientras la besaba y al quitarle la bata notó su vergüenza. A él le había incomodado saber que lo había visto desnudo casi toda la nobleza inglesa, no se había puesto a imaginar lo que debía haber sentido ella. Muchos se habían burlado después de Jamie criticando el cuerpo de su prometida y él había estado tan enojado en ese momento que ni siquiera había prestado atención. ¿Acaso habrían dicho esas cosas delante suyo?

—¿Realmente no te gusta verme sin ropa? —le preguntó ella respondiendo a su duda.

—¿No te gusta verte a ti misma? ¿Piensas que estás mal?

Ella bajó la cabeza.

—A mí me gustaba mi cuerpo cuando era más joven.

—Y no es muy diferente de entonces —murmuró tomando un pezón en sus labios, ella era casi plana pero antes a Jamie le gustaba. Era palidísima en comparación con Marcela, pero intentó convencerse de que el sonrojo de su cuerpo también era encantador, antes le encantaba.

Cuando le separó las piernas para hacer su actividad favorita del pasado, Jaime recordó por qué le gustaba tanto. Le encantaban los sonidos de excitación de Minerva, la forma en que se erizaban sus vellos, el sonrojo de su cuerpo entero y las exageradas convulsiones de su cuerpo, y su dulce sabor exquisito. Le encantaba que su flaca tímida era pura energía sexual en contención.

Y los detalles olvidados de esa noche acudieron a su mente, así que también acabó de desnudarse y señaló su propio miembro con la mirada, Minerva se entregó a la felación con picardía.

—Me gustó mucho hacerte esto ese día —murmuró—, y tú dijiste mi nombre.

—¿Dije tu nombre?

Ella lamió un poco y sin apartar sus manos levantó la mirada hacia él, sentado al cabezal de la cama.

—Dijiste «Minerva, mi princesa tímida, eres tan buena como esperaba, me haces el hombre más feliz del mundo».

Se veía lasciva y ardiente con su miembro junto a su rostro, atrapado en su mano. Y debía ser verdad. Con su primera dama de compañía había satisfecho sus deseos reprimidos por su ingrata novia.

Ella continuó y se acomodó luego sobre él, poniéndole las manos en los hombros, mirándolo a los ojos. Pero antes de acomodarse sobre él fue ella quien se dio la vuelta como huyendo de su mirada

—Te miraré a los ojos cuando pueda hacerlo sin odiarte.

Jamie no protestó, no le importaba en ese momento, la habitación todavía olía a Marcela y sería demasiado difícil mirar a otra mujer a la cara. Ni se molestó en lamentarse por soñar con Minerva cuando se despertó a medianoche, qué más daba si invadía sus sueños, ya se había convertido en la única mujer que podría tener en su vida.

Al despertarse vio que Daniel se encontraba en medio de ellos, abrazado a su madre y Jamie decidió abrazarlos a ambos, qué más daba.

Aquella mañana, de repente, Isobel se dio cuenta de que tenía un problema del que no se había preocupado mucho en los últimos días, antes de que se diera cuenta acabaría el año y no tenía listo su artículo para la revista. María había cumplido a la perfección, su artículo sobre las criaturas mágicas había sido casi una disertación, al parecer había contado con la ayuda de Donald para los dibujos y el estilo como siempre, en la lengua que su hermana consideraba más sublime y hermosa que todas las demás, era simplemente muy cuidado, Isobel no había encontrado gran cosa para corregir.

Marcela, antes de irse a Nueva Granada, también le había entregado lo que llamó el borrador de su artículo y, contrario a lo que normalmente ocurría, Isobel había tenido que corregir hasta las tildes; era evidente que en esta ocasión su hermana no se había preocupado mucho por la perfección, había estado más ocupada disfrutando de placeres prohibidos en la cama de su primastro y luego elucubrando planes para hacerse a él, que cuando estaba dedicada a llorar por su decisión de renunciar a tal hombre que su padre no habría querido por yerno, fue cuando recordó, al parecer, que tenía el deber de escribir un artículo. Pero al menos había escrito el artículo. Isobel no tenía nada. En su cuaderno de anotaciones tan solo tenía interrogantes ¿era su marido el asesino? ¿Era Michael una especie de monstruo? Todo indicaba que sí, pero para ella no tenía el mínimo sentido.

Así que ese día decidió ir a investigar otra vez, pero ya no contaba con ninguna de sus hermanas, la habían dejado sola, cosa que nunca se le había ocurrido siquiera pensar. Claro, ellas debían estar sintiendo la misma soledad, no existía amiga, menos en Gran Bretaña, con quien compartieran igual intimidad. Pero había que arreglárselas con lo que tuviera y ya que Madeleine estaba guardando reposo a la espera de su inminente parto, Isobel solo contaba con la tía Violette y con Minerva, que no iba a ir por allí con sus jóvenes cuñadas o a aburrirse con Teodora que no

hacía más que hablar de su boda, aunque era su segunda boda.

Todo eso lo había decidido en la cama, todavía en bata, mientras esperaba que Michael regresara a la habitación con su desayuno, le agradaba ver a ese fornido hombre dedicado por ella a labores tan serviles sin rechistar, claro, si no tenían sirvientes era por culpa de él.

Michael entró solo con las calzas puestas, descalzo, con el torso desnudo e Isobel pensó en el día en que se dio cuenta de que el sexo masculino causaba afección en ella, había sido al mediodía, en la hacienda, ella tenía trece años y un joven mulato se había quitado la camisa para refrescarse, la visión había movido algo en su interior y se había abanicado mientras suspiraba.

—Su padre se habría puesto de todos los colores, mi niña —le había dicho la madre de Marcela —, a alguien ya han empezado a atraerle los varones.

—¡No me atrae nadie! —había gritado.

—Van a atraerte muchos hombres a lo largo de tu vida, incluso cuando estés casada, pero hay hombres prohibidos, incluso aunque ambos sean ricos, especialmente para una mujer de tu posición, así que mira hacia el frente o hacia arriba, pero nunca mires hacia abajo si quieres ser feliz.

—Mi padre decía que no había personas que valieran menos que otras.

—Pero socialmente sí hay personas subordinadas a otras y tú no deberías mirar a tus subordinados, por más apuestos que sean, aunque puedes entretener la mirada.

E Isobel entretenía la mirada con su esposo todas las mañanas. Michael era fuerte y duro en cada parte de su cuerpo, pero también era esbelto y puesto que aún era joven seguía teniendo cierta apariencia de niño.

—Espero que hoy no vomites todo, querida —dijo él poniendo el desayuno en la mesa de la habitación. Isobel se levantó y caminó hasta allí—, ¿no es hora de que me digas la razón de tus malestares?

—Tengo una sospecha muy grande de algo que también sospechas, pero creo que todavía no puedo estar segura, así que no haré ningún anuncio oficial.

Miró el desayuno, tenía huevos cocidos, pan, mantequilla y trozos de manzana. Un menú muy humilde. Isobel lo miró decepcionada. Anhelaba un desayuno de los más humildes, pero no tenía siquiera sentido enunciarlo, para Michael sería imposible satisfacerla. Ella quería yuca con suero, y ñame con suero, y plátano con suero. Quería maíz, sancocho, crema de ajonjolí y agua de panela. Pero no valía la pena siquiera decirlo y aún no se había cansado de su esposo como para irse a su tierra, conforme a sus planes. Contrario a sus expectativas lo quería mucho.

—¿Qué clase de persona es Minerva? —le preguntó.

—Hace unos años tengo entendido que no era más que una mujer para mostrar en sociedad.

—Debo terminar mi artículo y necesito compañía femenina.

—Tienes prohibido volver a esos barrios.

—Intento ser sumisa, Michael, pero no sobrepases mis límites —murmuró en tono de aviso de cantaleta, noble arte aprendida de las madres sudamericanas—, soy tu esposa, no tu hija, así que mide tu vocabulario.

Él entornó los ojos exasperado e Isobel casi rio al frustrarlo.

—Espero que no se te ocurra acercarte a aquellos barrios, aunque pienses que es tu asunto, si algo te sucede es mi asunto.

—Eso está mejor y además suena muy masculino y dramático, lo que hace que se me acelere el corazón —contestó riendo—, ¿ya terminaste de leer mi revista? Porque eras tú ese día ¿no es verdad?

—No —contestó él rascándose la cabeza en gesto tierno—, intentaré hacerlo pronto.

Isobel casi lo abrazó por la ternura que le causó, le había entregado un número cuyo tema principal era la belleza y aunque había reflexiones estéticas, también había instrucciones prácticas sobre peinados, vestidos y maquillaje, la lectura no debía ser muy estimulante para él.

Luego de desayunar, Michael acompañó a Isobel en un carruaje hasta la casa de su tío, pero la dejó al entrar para ir en busca de Jamie.

Su tía y su prima política estaban con Daniel en la sala de dibujo, los tres estaban pintando acuarelas mirando un florero en una mesa, Daniel, evidentemente, tenía un estilo abstracto. La tía Violette era diestra en aquel arte y aunque Minerva no lo hacía mal parecía que le temblaba la mano.

Aquel día la mujer, quien era un año menor que Isobel, llevaba puesto un vestido imperio color azul y el pálido cabello recogido en un moño alto, a Isobel no se le había pasado desapercibido el hecho de que a sus tíos no parecía agradarles su nuera, y que no parecía agradarle a nadie. Sin embargo, en su caso, una mala compañía era mejor que ninguna.

—Mi lady Minerva ¿tiene usted planes para esta mañana? —preguntó sentándose en el sofá de estilo francés en el centro de la habitación, era color gris como las paredes, las cuales tenían florituras pequeñas de color dorado.

—No, doña Isobel ¿por qué lo pregunta?

—¿Querrías salir conmigo?

—Claro, no tengo problema con ello.

La mujer se levantó y luego la siguió hasta donde estaban sus hombres en la biblioteca, Isobel la vio dudar en la entrada y secarse las manos en el vestido varias veces hasta que por fin entró. Jamie y Michael, a tan temprana hora, ya estaban disfrutando de un poco de whisky.

—Esposo necesito pedirte algo —dijo ella bajando la cabeza, sin mirarlo a la cara.

—¿Qué cosa?

—Doña Isobel me ha pedido salir ¿puedes darme un poco de dinero?

Jamie resopló.

—Ahora incluso debo dar dinero que no tengo a una mujer que no me inspira ni un mal pensamiento. Si no fuera por mi hijo le rogaría a Dios que me dejara viudo.

—No seas desgraciado, Jamie, es tu deber, no pretenderás humillarla con eso luego de todo lo que debió atravesar por tu abandono—le hizo ver Michael, sentado frente a él.

—Aunque ella era bastante inocente, sí que me buscó con la intención de amarrarme, así que lo que sucedió sí es su culpa.

—Lo que digas, Jamie, lo que digas, convéncete a ti mismo —murmuró Michael mientras Jamie abría el cajón del escritorio de su padre y sacaba una bolsita de monedas, las contaba y luego las entregaba a su esposa quien seguía con la cabeza gacha. Isobel odió a su primo como cuando la molestaba de niños. Así que agradeció a su padre por asegurarse de que jamás nadie tuviera que humillarlas por dinero, no porque les hubiera dejado mucho, sino porque les había enseñado el trato que merecían recibir, las había tratado bien a ellas, a su madre y a la madre de Marcela, incluso a las sirvientas, una vez había castigado a su capataz por humillar a su mujer que había ido a pedirle dinero para ser atendida por el galeno.

La mujer recibió las monedas y no dijo nada, pero cuando iban en el carruaje, Isobel la vio tirarlas por la ventanilla del coche. Luego miró a Isobel sonriendo, viéndose casi bonita.

—Había dos niños vagabundos —le dijo—, a mí solo me alcanzaría para un sombrero o un par de pañuelos, a ellos los puede alimentar durante una semana.

—Comprendo.

—¿A dónde quiere ir mi señora? —le preguntó.

—Supongo que a comprar un poco —le contestó.

—Sé que la marquesa no tiene una doncella ahora ¿puedo ayudarla cada mañana y cada noche con su arreglo? A mi esposo no le importará y mi hijo no me extrañará unas cuantas horas.

—No podría hacer eso, me sentiría incómoda, ahora eres mi familia también.

—Es muy incómodo pedirle algo a Jamie —dijo ella otra vez bajando la cabeza—, mi padre me humillaba recordando lo mucho que gastaba, pero jamás me hizo pedirle, y lord Alex me hizo olvidar lo humillante que puede ser porque desde que me acogió me dio todo, pero Jamie se reprime de desearme la muerte y como mi padre me quitó el derecho a dote al quedarme embarazada, voy a tener que humillarme siempre ante Jamie.

—¿Entendiste lo que él dijo? —le preguntó incrédula, sintiendo que desearía morirse realmente si escuchaba algo así sobre ella misma.

—Sí, supongo que él ha olvidado que me ayudaba a practicar mi español.

—Es un maldito bastardo —escupió con desprecio—, *¿qué otros idiomas conoces?*

—Francés, italiano y alemán, latín y un poco de griego. Cuando tenía ocho años su padre y lord Fitz visitaron nuestra casa, yo no sabía leer, casi ni hablar, y vuestro padre se enojó y regaló a su futura sobrina política dinero suficiente para ser educada hasta la adultez, así que fui educada.

—En muchos aspectos, mi padre fue un hombre como ninguno, aunque se las haya arreglado para obligarme a casarme incluso estando muerto. ¿Qué tal escribes?

—Según mis maestros muy bien, aunque hace mucho no lo hago ¿por qué?

—Mis hermanas y yo tenemos una revista, se distribuye solo entre mujeres, si haces un buen artículo en menos de un mes y me ayudas con el mío te daré 200 libras esterlinas.

—¿200 libras por un artículo?

—Unas diez páginas, además, ya que sabes varios idiomas puedes ayudarme a traducir y podría darte incluso mil libras, no tendrías que humillarte ante mi primo durante mucho tiempo.

—¿Tiene tanto dinero vuestra merced?

—Es un tercio de mi dote y he cumplido con la orden en el testamento de mi padre, así que tengo derecho a todo lo que dejó a mi nombre, por lo que mil libras no son mucho. Padre dejó estipulado que debía tener un hijo antes de los veinticuatro, pero en una cláusula aclaró que si su hija tenía que pasar por la desdicha de un aborto o de dar a luz un niño muerto de todas formas debía conservar su derecho a la herencia.

Isobel había leído el testamento días antes de la boda de su hermana y su padre incluso había contemplado la posibilidad de un embarazo precoz con abandono del padre, en tal caso, como castigo ellas perderían el resto de la herencia, pero conservarían la dote y un tercio de su herencia pasaría a su hijo o hija al cumplir la mayoría de edad. En caso de un embarazo por abuso su padre había estipulado tajantemente que bajo ningún concepto sus hijas se vieran obligadas a casarse con su abusador y que en tal caso seguirían conservando la herencia y la dote. A ella no le cabían dudas de que el solo testamento de su padre era digno de escándalo, pero le demostraba el amor y la empatía que ese hombre había tenido con ellas.

—¿Y su investigación sobre el asesinato? ¿Descubrió quién pudo ser?

—No.

—Escuché a las prostitutas hablar de su esposo, también lo dicen de sus cuñados y yo… bueno, si lo que creo es cierto Jamie sería realmente hijo de lady Violette.

Confundida, pero queriendo saber más, Isobel se acomodó en su asiento y miró a la pálida pelirroja a su

lado.

—¿Qué quieres decir, milady?

—Vi a Jamie convertirse en serpiente ante mis propios ojos, y en la intimidad, en sus besos íntimos, llegué a sentir algunas veces como si tuviera dos puntas en su lengua. Y aquella vez, cuando fue una serpiente incluso tenía dos miembros masculinos, como las serpientes.

—Por Dios, no, es absurdo, debes haberlo soñado.

—Eso me dijo Jamie, incluso llevó a un médico a verme y me pidió perdón por asustarme con sus avances egoístas, pero no pudo explicar nunca por qué se quedó sin ropa o cómo murieron los asaltantes.

Como Isobel estaba confundida, la mujer le contó la historia completa, odió más a su primo, pero le aterró la idea, ¿sería posible que la familia Watson estuviera conformada por monstruos? O ¿acaso estarían todos malditos? ¿Y el niño que llevaba en su vientre? ¿Qué sería?

—Cuando mi hijo nació era una serpiente —dijo Minerva sonriendo como si le dijera algo tremendamente normal mientras terminaba de trastocar el mundo de Isobel.

—¿Y sueñas con la vida de Jamie? —preguntó volviendo al inglés porque tal vez Minerva no sabía lo que estaba diciendo en español.

—No ¿vuestra merced sí?

—Puedes tutearme y hablemos tu idioma que creo que no te entiendo en el mío —casi le gritó desesperada. Ella solo se rio y aunque estaba anonadada por la información recibida Isobel se alegró de haberla hecho reír. Era bonita, tan solo mostraba en su rostro la evidencia de nunca haber sido realmente amada. Isobel se arrepintió de las quejas y el sentimiento de no haber sido querida que había albergado en su mente y en su corazón muchas veces, porque era y había sido mucho más amada que gran parte de la gente. Quizás su madre no la había querido y su padre no siempre había sido expresivo ni había vivido suficiente, pero Isobel había sido y era amada. A aquella mujer al parecer solo la quería su hijo y todavía no podía quererla tanto.

Fueron entonces al barrio otra vez, allí a donde Michael no quería que fuera y no buscaron a las amantes de Michael, sino que buscaron a las de Jamie, eso las llevó al otro lado de Londres nuevamente, en busca de la más duradera querida de Jamie. No era una mujer elegante, ni siquiera era realmente bonita, pero era voluptuosa y emanaba un aura atrayente y sexual. Lucinda Meyer era una mujer de clase media de veinticinco años, vestía un escotado traje imperio de color verde y las recibió con la pompa de quien pretende comportarse como si fuera de una clase social diferente.

—¿Qué las trae por aquí, mis señoras?

—Queremos preguntarte sobre Jamie Welsch, tenemos información de que fuiste su amante durante un tiempo.

—Sí, claro, le he enseñado todo lo que sabe. Lo he visto amar y sufrir. Lo he esperado y recibido siempre que vuelve. Y lo he consolado cuando ha llorado.

—No nos interesan sus emociones, tan solo queremos saber si alguna vez Jamie pareció no humano cuando estaba con usted —le preguntó también mientras Minerva se limitaba a guardar silencio a su lado observando la humilde residencia de la mujer.

—No, pero es cosa de él y sus amigos, parecen escuchar a la gente antes de que se acerquen, tienen sentidos muy agudos, siempre listos para el ataque o la defensa —dijo la mujer mientras se miraba las uñas, ya un poco indiferente—, varias veces me dio sustos terribles cuando intenté acercarme a su espalda, una vez me rompió la pierna al lanzarme lejos sin siquiera ver, también caminando en la calle. Pero nada más.

—¿Nunca has soñado con él? Como si fueras él —preguntó también.

—No, pero él sí ha tenido sueños con su prometida, se quejaba de soñar con ella, como si fuera ella, decía ya no ser dueño de sus sueños. Aunque claro, la desprecia tanto que yo diría que nunca ha dejado de quererla. Tal vez por eso sueña con ella.

—¿Nada más raro que eso ha sucedido con él?

—Nada más —contestó ella y luego de aceptar el té y las galletas que la mujer les ofreció, Isobel y Minerva decidieron buscar información sobre William y James. Pero tampoco encontraron nada especialmente relevante.

Súbitamente, aunque realmente no le gustaba la moda imperio, Isobel decidió que el artículo de Minerva sería sobre las mejores costureras y estilos de Londres y París, por lo que decidió que esa semana viajarían a la capital francesa y ese día la llevó a comprar infinidad de vestidos y artículos complementarios. Hacia el final del día, Minerva sonreía tanto que sus mejillas parecían a punto de romperse.

Regresaron a la casa hacia la hora de la cena, Michael seguía con Jamie, aunque ahora en la sala de estar y no en la biblioteca, al parecer no habían hecho la gran cosa en todo el día, también estaban allí sus tíos y Daniel, quien parecía estar llorando, pero corrió hacia su madre en cuanto la vio.

—¿Por qué lloras, mi vida, sucedió algo? —preguntó ella dejando las bolsas que cargaba en el suelo para cargar a su niño llorón que seguía con la ropa de la mañana.

—Pensé que te habías ido para siempre.

—Solo estuvimos divirtiéndonos, querido ¿no quieres que tu madre se divierta? —le preguntó Isobel.

—No si me deja solito todo el día.

—No estabas solo, Daniel, ahí está tu padre, también puede cuidarte y jugar contigo todo el día —lo regañó Isobel—. Además, tu madre y yo iremos a París durante una semana o dos, quizás tres.

—No, mami, son muchos días —chilló el niño, y riendo, evidentemente cansada por el peso, Minerva lo puso en el suelo.

—Son unos pocos días, mi amor.

El niño, como un hombre, se cruzó de brazos y las miró serio.

—¿Quién va con ustedes?

—Vamos solas.

—No, solas no van, no lo permitiré. Mi padre y el tío Michael deben ir, para eso son sus esposos.

—En eso tienes razón, querido —interrumpió el vizconde—, si quieren ir a Paris alguien debe acompañarlas.

—He viajado sola muchas veces —sentenció Isobel enojada por la intervención de su tío, llevar a su esposo no le molestaba, pero no quería odiar a su primo viéndolo tratar mal a su mujer.

—Siempre había alguien cuidando a escondidas, eso es lo correcto Isobel y a ninguna de las dos les conviene verse envueltas en otro escándalo, de modo que, si quieren viajar, sus esposos o alguien con respetabilidad debe ir con ustedes.

—Yo puedo acompañar —se ofreció la tía Violette con una sonrisa, evidentemente más que dispuesta.

—No, querida, te llevaré al continente a su regreso, solos tú y yo, no irás con ellas, es bueno que las acompañen sus maridos.

—Tenemos otras cosas que hacer, padre.

—No creo que sus enemigos estén en Francia, así que al menos será una semana en que tendrán

a salvo la cabeza.

—No sabemos quiénes nos quieren matar, así que podrían estar en Francia.

Isobel se miró las uñas.

—Entonces iremos solas, amparadas por el noble título de mujeres casadas podemos disfrutar bastante en esa ciudad. ¿No te emocionaría mucho encontrar un Giacomo Casanova, Minerva?

—Claro que sería emocionante, si ya tengo una mala reputación, simplemente debería disfrutarla —contestó Minerva, levantando la cabeza por primera vez desde que hablaban.

—Iremos con ustedes, tan solo rueguen no quedarse viudas en el camino —sentenció Jamie enojado, mirando a Isobel con mucho más odio que cuando de niños ella se comía sus tortas dulces.

—Bien, partimos esta noche, no llevamos mucha ropa porque compraremos en París —sentenció—. Ahora iremos a cambiarnos, lady Minerva tiene mucha ropa nueva por estrenar.

Retrasando mucho más la hora de la cena, también su tía las acompañó a la habitación para descubrir todo lo comprado, habían comprado para la tía Violette y para Daniel y Michael, pero ella sabía que su esposo no se sentiría cómodo si le daba ropa que él no podía comprarse.

—¿No han traído nada para Jamie?

—No merece nada —farfulló Isobel escogiendo el vestido que se pondría entre los que había acomodado en la cama—, está bien que esté enamorado de mi hermana, pero Minerva no tiene la culpa y no merece ser tratada como lo es.

—¿Tratada cómo?

Isobel explicó a su tía la situación, pero no contó nada de lo que sabía del sufrimiento anterior de Minerva, era algo que ella debía hablar con su familia cuando se sintiera cómoda.

—Bueno, espero que los cuatro disfruten mucho el tiempo en París y regresen con más nietos para darme.

—Michael y yo no podemos encargar más —contestó burlona sonriendo mientras se tocaba el vientre, su tía también se lo tocó—, cierto que no. ¿Ya le has dicho a tu esposo?

—Mejor que espere un poco, no vaya a ser que siendo amigo de Jamie se asuste y escape.

Cuando Minerva dijo eso Isobel vio a su tía cargar a Daniel y besarlo.

—Lord Fulford nos amenazó con tirar al niño a los cerdos si Jamie no regresaba, fueron días angustiantes para nosotros, tuvimos que robar al niño. Tu familia dijo que no lo querías, lo habríamos llevado contigo si hubiéramos sabido.

—Seguro lo habrían tirado a los cerdos, me encerraron con ellos cuando tenía seis, me salvó mi hermano mayor. Así que gracias por salvar a mi hijo.

—Debes hablar con Jamie, querida. Creo que hubo muchos malentendidos entre ustedes. Él te amaba con toda su alma.

—Supongo que se habrá quedado sin alma.

—A veces pienso lo mismo.

Isobel las abrazó a las dos.

Minerva lloró en los brazos de su suegra y a Isobel le tranquilizó ver en los ojos de su tía la dulzura materna. Se dijo que ayudaría a su nueva amiga y prima política a ser feliz, porque su hermana se había llevado a su esposo a Nueva Granada y seguro que se las arreglaría para ser feliz con él. Pero Minerva también merecía ser feliz

Y ella necesitaba hacer su artículo. Y saber con qué o quién se había casado realmente.

La primera vez que Michael fue a París tenía doce años, fue con sus padres y sus hermanas mientras sus dos hermanos se encontraban en el *Eton College*, Michael había acompañado a su padre al inscribir a William y le habían dicho que, aunque era menor, él también podía ser aceptado, pero su padre había dicho que lo pensaría mejor. Y había decidido que Michael no iría a la escuela. Él quería hacerlo y no quería estar solo en medio de niñas, se había quejado y su padre los había llevado a pasear por Europa continental, les aseguró a Teodora, Michael, Margaret y Madeleine que viajar y leer enseñaban mucho más que una escuela, pero los cuatro estaban enojados porque querían estudiar formalmente.

—No podría internar a mis hijas, estaría muy preocupado —había dicho su padre a su madre, embarazada de Mary, mientras enseñaba a Michael a llevar el timón del barco con el que viajaban —, y también me preocuparía mucho enviar a Michael a la escuela, sería mucha responsabilidad para sus hermanos.

—Yo me portaré bien, padre, no daré problemas —le había prometido y él le había despeinado la cabeza.

—Seguro que no dará problemas, tiene buen comportamiento, es obediente e inteligente, seguro que nos daría muchos orgullos en la escuela —había mediado su madre.

—Estoy de acuerdo —había intervenido Teodora—, perdón por opinar.

—No seguiré discutiendo, he tomado una decisión y ni Michael ni las niñas irán a la escuela, pueden seguir aprendiendo en casa.

Aquel primer viaje a París, Michael y sus hermanas lo habían pasado llorando, enojados con su padre, especialmente Michael y Margaret, quienes nunca habían tenido maestros, siempre habían aprendido observando las clases de sus hermanos. Ya luego sí habían disfrutado el recorrido por otras capitales europeas, y cada día su padre les había dado clase, aunque no era el más paciente de los maestros. Ahora Michael se preguntó por qué a su padre le preocupaba enviarlo a la escuela ¿acaso no había sido cosa de su egoísmo, sino que tenía una razón real para preocuparse? ¿Sería que Darien Watson temía que su hijo se convirtiera en otra cosa ante sus maestros y compañeros? ¿Era realmente él algo más que un ser humano?

—¿En qué piensas, Michael? —Le preguntó su esposa abrazándose a su espalda, realmente habían abordado el barco esa misma noche, sin el mayor equipaje, y en ese momento se encontraban camino a Francia.

—Recordaba que vine con mis padres y mis hermanas cuando era niño.

—¿Y por qué no te dejaron en casa?

—Pensé que iban a dejarme y ese día no bajé a la sala a la hora que dijeron, pero mi madre fue a despertarme y bañarme y mi padre regañó a los sirvientes por no preparar mi equipaje, se defendieron diciendo que yo dije que no iba y mi padre me regañó asegurando que me quedaría solo en mis sueños.

Michael sonrió al recordarlo.

—¿Eso dijo?

—Sí, refunfuñó todo el camino al puerto «como que voy a viajar tranquilo dejándolo solo», «como que puede tomar decisiones a su edad», «como que la servidumbre lo va a cuidar mejor que sus padres», le dije que pensé que no debía ir con ellos y fue mi madre quien refunfuñó todo el camino.

—Creo que no comprendo a tus padres, querido.

—Yo tampoco, cariño —murmuró—, nada más sé que solo tengo buenos recuerdos de los seis meses que estuvimos viajando.

Excepto el día en que había una serpiente en el camarote que compartía con Margaret y Madeleine, él y Margaret se habían abrazado en la cama llorando, incapaces de gritar o de moverse y asustados porque no veían a Madeleine, la serpiente se había subido a la cama y ambos se habían desmayado y orinado del susto, puesto que se trataba de una serpiente enorme, con las características de una serpiente venenosa, que en nada se comparaba con las que Michael ya había empezado a criar y había dejado en casa por orden de su madre.

En la mañana le dijeron a su madre, mientras Madeleine parecía como muerta de tan dormida que estaba, ella los abrazó y los consoló.

—Ya ha pasado y todo va a estar bien —aseguró.

Luego su padre, que tan solo se enteró del colchón mojado, los cargó a ambos como sacos de harina bajo cada brazo y los tiró en la tina de madera llena de agua burlándose cariñosamente de los dos. Pero su madre sí pareció preocupada y durmió con ellos las siguientes treinta noches.

—¿Has notado que en español tenemos muchas formas distintas de hablar del pasado y es más difícil, pero el futuro es bastante sencillo?

—¿Insinúas que es mejor vivir en el presente y pensar en el futuro que en el pasado?

—No sé si mejor, pero es más fácil ¿no crees?

—No es más fácil cuando tu pasado ha sido malo y no sabes si la esperanza de tu presente estará en tu futuro.

Isobel se acomodó frente a él y se empinó un poco para besarlo y cruzar los brazos alrededor de su cuello, aunque pudiera ser considerado como un comportamiento indecoroso.

—Si dejas el dolor del pasado que obstruye tu presente, tal vez yo, y el hijo que creo que espero, estemos en tu futuro.

—¿Y qué tendría yo para ofrecerles? —le preguntó acariciando su cintura con los pulgares—, no soportaría estar toda mi vida a expensas de tu dinero, sintiéndome un inútil.

—Y yo tampoco lo soportaría, me crió un hombre que fue trabajador hasta que sus fuerzas cedieron.

—Mi padre no me da dinero, pero ¿crees que pueda darme trabajo si lo pido?

—Tu padre te dijo que te estuvo esperando en la cacería todos estos años, quizás también tenga algo en sus negocios para ti y para tus hermanos, no creo que tu padre haya decidido no enviarte a la escuela sin tener un plan para ti ¿o crees que él deseaba que tuvieras que sufrir por dinero al punto de temer por tu vida?

Quizás no ¿o por qué los había llevado a los tres a observar sus transacciones cuando eran niños? ¿Por qué al enseñarle aritmética le había enseñado también a simular ventas y tratos?

Michael abrazó a su esposa y quiso pensar en el futuro, quizás en el futuro hallara el sentido de la ambigüedad de su pasado. Quizás en el futuro sí hubiera un lugar para ellos como un matrimonio, como una familia. Si él conseguía convertirse en un hombre al que, como a su hermano, ella pudiera querer.



Capítulo XIII

París, agosto 1795

Jamie se sentía incómodo con el repentino viaje organizado por su prima, todo lo que quería era ir tras aquel condenado tesoro y ver si se libraba de la espada de Damocles que le pendía sobre la cabeza. Aunque a decir verdad había empezado a creer que se trataba de algo más, que quizás no querían matarlos por sus deudas o por su posesión del mapa. Pero no lograba precisar por qué.

Aquella mañana, luego de que sus esposas se fueran, Jamie y Michael habían ido hacia la cantina que frecuentaban cuando no se molestaban en ser hombres dignos de ser recibidos en las mesas de sus casas, queriendo conversar sobre el mapa en la intimidad de un sitio en que no escuchaba ninguno de sus padres. Aunque Jamie estaba seguro que a los padres de Michael poco les iba a importar que su hijo decidiera ir en busca de un hipotético tesoro por el que los querían matar, porque si querían matarlos era porque el tesoro existía y solo una pequeña parte de este haría de Jamie un hombre rico.

Se le ocurría que con riquezas podría ofrecer a Minerva una vida cómoda en su casa de campo junto a Daniel y él podría hacerse a una casa en la ciudad, incluso a una empresa mucho más próspera que la de su padre y *sir* Darien Watson. Así, además, su amigo podría vivir junto a una esposa que no sería exageradamente más rica que él, puesto que aspirar a ser más rico que Isobel era quizás pedir demasiado a una sola vida. Ciertamente ella era un caso extraño, en muchos lugares no era común que una mujer heredara un título y era mucho menos común que heredara tanto dinero y tantas propiedades para que fueran administradas por ella misma si así lo quería. Porque aquello rezaba el testamento "si mis hijas han determinado que sí les gustan las matemáticas y deciden administrar por sí mismas sus propiedades, tan solo debe procurarse que cuenten con colaboradores honorables y respetables en los que ellas puedan confiar".

Pero Isobel realmente parecía determinada a seguir siendo la única rica entre sus contemporáneos cercanos.

Jamie observó a su prima y a su amigo conversando tiernamente mientras observaban el obscuro mar, puesto que nada había que ver más que el reflejo de la luna sobre el agua. Se dio cuenta de que no tenía sentido incluirse en la conversación de la pareja y de mala gana decidió volver a la habitación en que se encontraba aquella mujer que lo odiaba y a quien él se sentía incapaz de amar.

Al regresar al camarote la encontró en la cama, acurrucada con el rostro hundido entre sus piernas y brazos, como si estuviera llorando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó porque estaba claro que la sangre era más espesa que el agua y Daniel amaba a su madre con locura, así que Jamie no podía consentir que nada malo le ocurriera, porque él también amaba a ese niño con más amor del que habría podido imaginar.

—No, tengo miedo —contestó ella sin levantar la cabeza, a Jamie le confundió su respuesta, no recordaba que ella tuviera miedo al agua, habían navegado juntos algunas veces, era precavida pero no temerosa al punto de hacerse un ovillo de esa manera.

—Tú no tienes miedo al agua —observó sentándose en la cama junto a ella. Era asombroso el poder que tenía su prima, en la mañana cuando le había pedido dinero y él de mala gana había

entregado todo lo que tenía en su poder, ella todavía era la mujer tímida y hasta amargada que él conocía, pero al regresar su mirada había sido distinta, más fuerte, más parecida a la de la joven que él había querido.

Ella lo abrazó temblorosa cuando él se acomodó a su lado, estaba fría y realmente asustada, pero él no comprendía por qué.

—¿Cómo es posible que ahora tengas miedo?

—Me informaron que estabas camino a Ámsterdam y me dijeron cuál sería tu puerto, junté todo lo que tenía e intenté ir tras de ti, pero era la única mujer y al verme embarazada y sin un esposo creo que pensaron que era una prostituta, intentaron acostarse conmigo y como no quise me tiraron al agua.

Jamie tragó saliva y se preguntó si esa mujer no pararía hasta hacerlo sentir lo más miserable posible, no había parado desde que le había contado su versión de la historia. Incluso habían intentado abusar de ella. Solo le quedaba tragar saliva. Ella era inocente, tímida, dócil ¿cómo alguien había podido tener la osadía de maltratar a una criatura como ella que era como una niña?

Jamie le levantó el rostro y le acarició la mejilla.

—¿Cómo sobreviviste? —le preguntó.

—Creo que solo me asustaron, me desmayé en el agua, cuando desperté estaba en el barco, pero me dejaron en el siguiente puerto, no me llevaron contigo.

Pero era mentira, Jamie lo vio en sus ojos. Y pudo recordarlo, aquello lo hizo sentir mucho más miserable. Había sido en un puerto escocés, su última parada antes de tomar el mar del norte, pasando por Noruega, había recibido la primera carta de su padre pidiéndole que siguiera a sus primas quienes habían empezado a viajar por Europa ese año, abandonado la seguridad de sus propiedades coloniales, puesto que a las criollitas se les había ocurrido que América con todo lo grande que era a norte y sur no era suficiente para ellas.

Borracho en la mañana al salir de una cantina le había parecido ver en el puerto a una mujer parecida a su prometida, había vuelto a estar sobrio de la impresión. En aquel día, Donald le había preguntado si acaso había visto un fantasma y él le respondió que se había imaginado a Minerva y realmente era la última persona a la que deseaba ver en la tierra.

Minerva había estado allí realmente, quizás detrás suyo, escuchando cada cosa horrible y exagerada que él había dicho de ella. Porque a los ojos de sus amigos y compañeros la había convertido en una mujer monstruosa y frígida de modo que ellos aprobaran su abandono.

Jamie le besó la frente sintiéndose culpable, deseando devolver el tiempo y casándose con ella cuando era eso lo que más quería, aunque su honor le decía que ella era todavía muy niña y él no tenía nada para ofrecerle. O siquiera volver a ese momento, abrazarla y pedirle perdón cuando todavía había tiempo. Porque cuando no lo había soportado, y había regresado a buscarla donde le pareció verla, no la encontró.

Ahora seguro que no había tiempo y él tenía mucho menos que antes para ofrecerle, puesto que en el pasado tenía un corazón dispuesto totalmente para ella que ahora palpitaba agonizante por una mujer distinta que se había casado con otro hombre.

Minerva lo abrazó con más fuerza y hundió su rostro en su pecho. Él le acarició el cabello y escasamente consiguió contener las lágrimas que amenazaban con arruinar su imagen dura y fría. Pero eran tan solo lágrimas de culpa, ni siquiera eran de empatía. Aquello era realmente cruel, había sacado de su corazón a la persona que lo había hecho palpitar y había incluso conseguido repudiarla.

—Me gusta leer, Jamie, me gusta muchísimo —le dijo ella de repente algunos minutos después,

todavía abrazada a él y sin mirarle la cara, la verdad, a veces se le había ocurrido, porque cuando hablaba su léxico era correctísimo y conocía muchas palabras complicadas—, cuando nos conocimos, mi padre había destrozado el libro que leía y tú justamente me regalaste aquel título, me emocioné mucho.

Jamie la miró seguro de que su expresión estupefacta debía ser confusa para ella. Lo dicho se parecía realmente a uno de sus sueños, pero aquello no podía ser posible, la gente simplemente no podía soñar por otras personas.

—¿Trabajaste como sirvienta alguna vez, cuando Daniel era un bebé? —Le preguntó para confirmar y fue ella quien lo miró confundida y pronto sus ojos volvieron a humedecerse.

—¿Tanto me odias ahora, Jamie? ¿Sabías por lo que estaba pasando o siquiera lo oíste y no te interesaste en comprobarlo?

—Es algo de lo que me he enterado recientemente —se limitó a decirle sin querer comprobar los otros cientos de sueños tristes que había tenido en los últimos seis años, si todo aquello era cierto iba a tener que matarse por la culpa.

Esperó a que ella se quedara dormida del cansancio y volvió a salir en busca de sus primos. Seguían allí abrazados sin decirse gran cosa al parecer.

A su lado se agarró de la baranda del barco y suspiró mirando también a la nada ante sus ojos.

—Al parecer he soñado con la vida de Minerva —dijo—, y no entiendo cómo es posible.

—¿Tú has soñado con su vida realmente? —preguntó Isobel casi a gritos—. Mis sueños ya no son mis sueños desde que me casé con Michael.

—Mis sueños ya no son mis sueños desde la noche en que fuimos descubiertos por todos. Pensé que solo eran juegos de mi mente para hacerme sentir culpable, mi alma rogándome que fuera a buscarla, pero ilógicamente parece que son ciertos… que ella tal vez realmente pasó por todo eso y es mi culpa, mi maldita culpa.

—Por Dios, primo, no entiendo realmente qué sucedió con ustedes y nadie se ha molestado en explicarme. ¿Podrías hacerlo?

—Siempre se dijo que la inocente y recatada señorita lady Minerva había sido educada para convertirse en una *florero,* que nunca siquiera se la había visto montar como una amazona —empezó a decirle Michael con humor poco disimulado, a la luz de la luna era posible adivinar su sonrisa—, sin embargo, en una importante fiesta muy concurrida toda la alta sociedad londinense pudo comprobar que aquella señorita recatada poseía notables habilidades como jinete y era más bien una amazona experta.

Isobel, a quien el doble sentido tan natural en su lengua nunca le resultaba difícil al parecer, escasamente contuvo las carcajadas.

—Por Dios, si realmente me cuesta imaginarla siquiera besando a un hombre.

—Yo me aproveché de su inocencia como el más cruel de los bastardos.

—A decir verdad, primo, con ella sí que has sido un bastardo —le dijo Isobel a quien normalmente no le faltaban pelos en la lengua—, ¿cómo puedes humillarla como esta mañana? ¿Acaso pretendes que trabaje?

Jamie no dijo nada, tan solo reflexionó sobre eso y esperó a que ellos también se fueran para regresar a su camarote, allí se metió en la cama y abrazó a su esposa.

Minerva se despertó un poco cansada, agotada por el llanto y se dio cuenta de que Jamie la estaba abrazando, aspiró su olor un poco y encontró que igual que antes todavía le gustaba. Era aquel olor solo de Jamie que no tenía ningún otro hombre en el mundo. Un olor que no podría describir a nadie más.

Y no lo odiaba en ese momento. Y no importaba tampoco lo que hubiera llegado a sentir por Lord Alexander. Tan solo quería olvidarse del mundo en los brazos de su esposo, olvidar incluso lo que él pensaba de ella y las múltiples formas en que la había lastimado. Quizás a Minerva sus padres no la habían amado como a Isobel la había amado el suyo. Tal vez ella no había conquistado el corazón de un hombre como su prima política había notablemente conquistado el de su esposo. Tal vez ella nunca podría ser adorada de igual manera. Pero no iba a ser despreciada. Desde ese día Minerva iba a ser quien ella era realmente, aunque ya lo había olvidado a punta de golpes de sus padres y de la vida misma. Y nadie más, tampoco, iba a tener el poder de lastimarla. No podía devolver el tiempo para cambiar el pasado y tampoco estaba enferma como para olvidarlo. Sin embargo, podía cambiar el futuro y no quería que fuera como su presente.

Así que despertó a su esposo poniendo un beso en sus labios y luego en su nuca. Soñoliento, Jamie le devolvió el beso. Pronto se sentaron en la cama, mirándose a los ojos y se quitaron la ropa. Pero Jamie volvió a besarla con ardor, quizás con culpa, hundiendo su lengua en su boca, explorándola y exigiéndole. Mientras tanto, Minerva sentía que su sangre se calentaba poco a poco, que se transformaba en lava ardiente y lo apartó de su boca guiando el rostro de él hasta sus senos. Cuando sintió su lengua en su pezón casi se sintió en la gloria, en ese momento no estaba asustada ni triste como cuando se casaron. Simplemente deseaba, quería perderse en el alterno mundo de los placeres, en que no había cómo sentir dolor, amor, o siquiera pensar.

E imaginó que la llamaba hermosa.

Casi se entristeció al pensar en ello, pero rechazó el pensamiento.

Jamie succionó su pecho y besó también sus pocas carnes, luego cambió de pecho mientras le acariciaba la espalda, pero no le decía nada, ella era pequeña entre sus brazos, aunque él no era tan grande. Ella recorrió su pecho con las manos, adivinándolo en la oscuridad, tambaleándose con los movimientos del barco. Y tan solo pudo suspirar de satisfacción mientras lo imaginaba llamándola hermosa.

Las manos de Jamie pasaron de su espalda a su cintura y luego a sus nalgas mientras volvía a besarle los labios. Minerva sintió las manos recorriendo sus piernas, instándola a arrodillarse y sintió también los dedos elegantes y ágiles perdiéndose en su pubis, surcando el camino hasta su zona más íntima, haciéndola temblar de anticipación.

Las intrusas manos aceptaron la invitación de su punto más sensible, acariciaron hasta hacerla temblar y gritar, como en una noche lejana y triste había gritado de dolor y placer mientras lloraba porque su novio auguraba borracho a otra mujer. Y todos habían visto solo a la jovencita lasciva, nadie se había fijado en las lágrimas contradictorias de su corazón roto.

Luego los dedos se hundieron en su sexo como la lengua del hombre se hundió en su boca, imitando lo que habría de suceder después. Y Minerva se entregó al placer, acariciando el velludo pecho y la espalda del hombre solo para su disfrute.

Y siguió imaginando que la llamaba hermosa.

Buscó su miembro y lo tomó también en sus manos, acarició con lentitud hasta que ya no pudo más por los temblores. Jamie la hizo acostarse y como tanto les gustaba a los dos, hundió el rostro en su sexo y Minerva sintió nuevamente aquella lengua viperina a la que no despreciaba.

Porque a ella no le importaba si era monstruo u hombre.

Cuando él se acomodó sobre ella y ella buscó su cabeza para hundir su mano en sus cabellos, ya no había cabello y la piel era dura, como acanalada, quizás escamosa, reptiliana, pero todavía había brazos, piernas, un solo sexo, mirada humana.

No importaba, para Minerva seguía siendo el mismo joven que había enfrentado a su padre al encontrarla siendo regañada por estar leyendo, aunque jamás supo por qué la castigaban.

—Sigue siendo su hija, pero es mi prometida, y le ruego que se abstenga de volver a lastimarla —había dicho a su padre, luego de quedarse solo con ella la había abrazado prometiéndole que estaría allí para ella el resto de la vida, aunque no había cumplido su promesa.

Minerva sintió la invasión del monstruo y los brazos desaparecieron, y las piernas, y el rostro se transformó en el de una serpiente, pero ella no sintió miedo, lo abrazó, aunque pudiera clavarle su veneno y le besó la frente mientras con dolor sentía la invasión duplicarse en un solo lugar. Pero el dolor se convirtió en placer también. Se esforzó por hacer del dolor placer.

Siguió abrazando a Jamie, hasta que rodeó a la serpiente con sus piernas y ella la rodeó con su cola, era tan grande y tan pesada que bien podría destrozar aquel catre.

Cuando Minerva regresó de la cumbre el rostro humano de Jamie yacía entre sus senos y respiraba alelado.

Minerva lloró.

Aquella noche Jamie había estado enojado, las otras veces que había visto sus ojos transformarse de momento también habían sido durante sus rabias. A Jamie le causaba enojo y no deseo acostarse con ella.

—¿Ya se te ha pasado el odio, querida? —le preguntó Jamie abrazándola—. Me has mirado a los ojos.

—Eso es mentira —lloró hundiendo el rostro en su pecho—, no te odio, si lo hice ya se me olvidó, yo solo sigo triste porque te quiero y tú no a mí.

—Minerva, por favor no llores más, no puedo soportar que te haya causado tanto dolor, siento que acabas llorando cada vez que estamos juntos.

—Los dos hombres que he anhelado y querido aman a la misma mujer y no soy yo, no tengo nada más por hacer que llorar.

—¿Cuáles dos hombres, Minerva? —le preguntó él sentándose y como desperezándose. Él estaba pegado a la pared del barco, Minerva en el otro extremo y casi se cayó por su abrupto movimiento.

—Lord Alexander remendó mi corazón —le dijo—, mi corazón quiso hacerlo su dueño, pero él no quiso ni mi corazón, ni mi cuerpo. Intentó apartar de mi mente tus palabras, pero tampoco me quiso para sí, igual que tú. Igual seguro que cualquier otro hombre sobre el que ponga mis ojos.

—Eres mi mujer, Minerva, no puedes poner tus ojos en otro hombre.

—¡Yo no puedo tener a mi hijo sola porque soy mujer pero tú sí, y no puedo amar o siquiera pensar en otro hombre pero tú sí puedes amar y tocar a todas las mujeres que quieras! —le gritó enojada y se levantó de la cama para volver a vestirse dispuesta a pasar la noche afuera antes que con él a pesar de lo mucho que lo deseaba y lo cómoda que se estaba entre sus brazos—. ¡Estoy harta de este mundo en que ser mujer parece más un castigo que una bendición! Te lo advierto, Jamie, si tú me engañas yo también lo haré, que por más fea que pueda ser si me desnudo ante un hombre seguro que puedo conseguir que me toque.

—¿A dónde vas, Minerva? Vuelve a la cama —le exigió él sentándose, todavía un poco atontado, sus movimientos parecían cansados.

—*Si no fuera por nuestro hijo le pediría a Dios que me dejara viuda, lástima que ni siquiera podrías*

dejarnos fortuna. Aunque no importaría, seguro que doña Isobel tendría trabajo para mí, como ahora, no necesitas preocuparte por las necesidades de una mujer poco interesante a la que desprecias, que no te inspira ni un mal pensamiento.

No había mucha luz en la habitación, pero a ella le resultó evidente que Jamie estaba desconcertado al descubrir que ella había entendido todo perfectamente.

—Olvidé que sabías español — murmuró.

—Olvídate también de tus absurdas e incoherentes exigencias. Nuestras promesas en el altar fueron exactamente las mismas. La fidelidad no discrimina si se es hombre o mujer y solo seré sumisa si soy amada hasta la muerte, cosa que no soy, así que no esperes obediencia de mi parte y como no hay fidelidad de tu parte tampoco la esperes de la mía, porque no soy la mujer tonta que piensas que soy.

El camarote era pequeño, antes de que ella lograra salir Jamie la tomó por la cintura y la metió en la cama, impidiéndole abandonarla con su fuerte y firme agarre que escasamente le permitía respirar.

Minerva se durmió y soñó igual que Isobel. Soñó por Jamie. En el mostrador de un almacén él se veía más joven y más delgado, en sus ojos había un brillo más inocente, acababa de volver a la isla luego de haber estado visitando a sus primas en Nueva Granada, tan solo algunos meses. Estaba ante una tienda de ropa femenina y dudaba sobre entrar, pero al final se decidía.

En la tienda había una mujer hermosa, pero Jamie ni la miraba y se dirigía directamente a la mujer mayor sentada en una esquina del local que él sabía que era la modista.

—Buen día, quiero conocer el valor del vestido de seda decía señalando un hermoso vestido azul en el mostrador, la mujer le decía el valor y Jamie hacía cuentas en su mente, calculando los favores que tendría que hacer a su padre para pagar tanto, pero encargaba el vestido imaginando a Minerva con él puesto, luego entregó a la mujer las medidas de Minerva que había conservado un día en que la acompañó a encargar un traje para un baile.

—Ojalá yo tuviera un caballero que se interesara tanto en mí.

—Estoy profundamente enamorado de mi prometida —contestaba él sonriendo a la preciosa lady que le estaba hablando, era alta, medianamente voluptuosa, de cabello negro largo y ojos muy claros.

Finalmente, acababa asistiendo a la joven lady, siendo un caballero con ella, la ayudó a cargar un poco con sus compras y la escoltó a casa en un coche. Luego regresó a su propia casa queriendo también ver a su madre y se sentía abrumado al verla amargada y sola, sentía el deseo de gritarle que para él no existía más madre que ella, pero se contenía. Jamie contaba los días para que el vestido estuviera listo y pudiera volver a ver a Minerva, puesto que no podía regresar con las manos vacías luego de casi cuatro meses. No obstante, dos días después descubría en los periódicos que se rumoreaba un romance entre él y la mujer que había conocido en la modistería. Su padre lo despertaba enojado y le daba unos cuantos golpes con una fusta antes siquiera de dejarlo hablar.

—Creí que te habías interesado en tu prometida ¿qué significa esto? —le preguntaba lanzando al suelo el periódico.

—Amo a Mini —le decía sobándose la espalda—, nunca le sería infiel a Mini, padre ¿cómo puedes creer eso de mí?

—Pues si tanto la amas y eres inocente deberías ir a hablar con ella.

—No entiendo por qué tenías que pegarme —se quejaba.

Luego se bañó de prisa, preocupado porque Minerva pudiera leer los periódicos y creyera

realmente que él le había sido infiel, Jamie no quería que su novia derramara una sola lágrima, las lágrimas de ella eran una cosa que no podía soportar, como no podía soportar la expresión triste de sus ojos y su mirada anhelante. Y como siempre que Jamie le preguntaba por sus intereses e intimidades, ella miraba y suspiraba de la misma manera, él se abstenía de preguntar, cuando fueran esposos eso iba a ser diferente, solo que él no estaba aún en condiciones de asumir el compromiso de ser un marido.

En vistas de que no contaba con un coche disponible en ese momento, porque su madre se había ido en el de la familia y en la calle no conseguía detener ninguno, Jamie había corrido hasta la residencia londinense de la familia Fulford. La temporada estaba por comenzar y él sabía que ya debían estar en la ciudad. Tan solo pensaba que Minerva debía estar triste o muy enojada por el malentendido o quizás, y eso lo emocionaba mucho, ella solo esperaría una explicación porque confiaba en él.

Al llegar a la casa lo guiaron hasta el salón de visitas y él esperaba a Minerva, ella se aparecía vistiendo un traje color ocre, bastante sencillo, casi imperio, libre de las molestias del miriñaque.

—Buen día, *milord* —lo saludó con formalidad antes de sentarse junto a la mesa a su lado, puesto que había que guardar las distancias, aunque a Jamie no le gustaban para nada.

Él se levantó antes de que ella se sentara.

—Minerva, lo de los periódicos —empezó a decir, pero ella lo interrumpió encogiéndose de hombros.

—No te preocupes, no me importa —le dijo ella y Jamie, contrariado por esa respuesta, intentaba continuar.

—Me alegra que confíes en mí, querida, pero aun así puedo explicarte.

—No has hecho nada que otros hombres no hagan, realmente no me importa —decía ella sentándose con la cabeza gacha.

—No, Mini, es importante que me escuches —decía poniéndose en cuclillas junto a ella y tomando su mano sin guante.

—No somos esposos, no necesitas explicarme.

Contrariado y preocupado, Jamie le besó la mano.

—Pero lo seremos y es importante que sepas qué sucedió realmente.

—Realmente no me importa si *milord* hace cosas escandalosas con todas las damas de Londres —le decía ella posando su mirada en la suya y Jamie la encontró tan sincera que sintió que se hundía en las profundidades de sí mismo, asumiendo que su novia le había mentido, que el amor que experimentaba no era mutuo, que nada era real. Y no explicó nada, tan solo esperó en silencio por una hora a que ella manifestara otra cosa. Y esperó una semana y esperó algunos meses y siguieron surgiendo malentendidos y ella no reaccionaba ante ninguno. Jamie se mentía a sí mismo diciéndose que ella solo se estaba reprimiendo. Pero se destrozaba realmente cuando la escuchaba decir que tan solo iba a casarse por conveniencia y la fidelidad no era importante.

Minerva soñó varias veces esa noche y vio el amor de Jamie mutar en desprecio luego del dolor causado por su indiferencia. Lo vio convertirse en el más agudo desprecio, aunque a veces todavía la anhelaba. Y se despertó en sus brazos, otra vez al borde del llanto, porque habría sido maravilloso que él realmente la quisiera.

París era una ciudad conocida y a decir verdad poco interesante para Isobel, aunque no podía negar que le encantaba Versalles, su padre la había llevado cuando era niña y también había ido allí con su tío cuando ya había heredado el título de marquesa. Pero resultó evidente que para Minerva era la primera vez.

—¿Nunca antes habías venido?

—No —admitió ella, habían ido en coche desde el canal de la mancha hasta allí y ninguno de los cuatro había hablado de gran cosa en todo ese tiempo.

—¿Por qué no?

—Mi padre nunca me tenía en cuenta en esa clase de actividades, cuando viajaba con mi madre y mis hermanos me enviaba a la casa de campo.

—Realmente tuviste un padre terrible, querida —le dijo—, mi padre nunca nos dejaba solas, siempre nos llevaba con él incluso en sus viajes más cortos, decía siempre "caras vemos, corazones no sabemos".

—¿Y por qué no viniste conmigo a París cuando te invité? —le preguntó Jamie.

—Porque tú solo querías quitarle la ropa —se burló Michael quien aquella mañana al parecer se había despertado de buen humor, quizás con el recuerdo de sus buenos tiempos en aquella ciudad.

—Porque olvidaste que a diferencia de ti no podía tomar decisiones por mí misma, y era evidente que no querías realmente que viniera contigo.

—Claro que quería, por Dios, estaba desesperado porque nos quedáramos a solas y me dijeras lo que realmente sentías ante los rumores de que te era infiel.

—No eran rumores —murmuró ella y ya no le prestó atención.

Isobel se rio y suspiró augurando una buena semana en la capital francesa.

Sin embargo, no iba a tratarse solo de comprar, divertirse y escribir. Se hospedaron en la elegante casa que Isobel y sus hermanas tenían en la ciudad, y luego de dormir durante un día empezaron a salir y debieron enfrentarse al primer problema.

Isobel llevó a Minerva a su boutique favorita, estaban ellas midiéndose vestidos mientras sus hombres esperaban aburridos cuando entraron dos mujeres de mediana edad.

—¿Cómo me veo? —preguntó Isobel a Michael luego de probarse un traje de baile color marfil. Pero Michael, quien se veía fantástico con sus ropas nuevas, que había aceptado con una sonrisa, no la estaba viendo. Isobel sintió la enorme boutique pequeña y luego enorme y cutre, no lujosa como era, mientras veía cómo los ojos de su esposo se perdían en la contemplación de una de aquellas dos mujeres de mediana edad.

A decir verdad, la mujer que él miraba era realmente hermosa, a pesar de tener ya como cincuenta años.

—Mi querido Michael, ahora te ves mucho más hombre.

—Tú sigues igual de perfecta, *milady* Jane —contestó él e Isobel estuvo al borde del colapso nervioso, quería ser ella la única en el corazón de Michael y ya que él estaba tan concentrado en aquella mujer simplemente tomó el brazo de Minerva y salió con ella por la parte trasera de la tienda. Jamie y Michael ni siquiera las vieron salir y si lo hicieron poco les habría importado.

—¿La conoces? —le preguntó a Minerva, quien se había puesto un vestido color escarlata y le quedaba precioso, daba la impresión de que poseía atributos que en verdad no.

—Es conocida de mi madre, claro que la conozco.

—Es una vieja, no entiendo cómo puede quererla. Digo, no soy Afrodita en la tierra, pero estoy mucho mejor que esa anciana.

—Pensé que solo yo no era amada por mi marido, no me digas que es tu mismo problema.

—No lo sé, pero esa mujer es un fantasma entre nosotros.

—¿Y qué haremos, querida? ¿Vamos a llorar?

—No podría llamarme Isobel María Saavedra si me pusiera a llorar por eso —contestó altiva—, vamos a disfrutar la vida y a ver si encontramos realmente a nuestro Giacomo Casanova, que sientan ellos igual que nosotras. O al menos busquemos uno para ti.

—*Milady*, ¿cuándo vuelvas a tu país, podrías llevarnos a mí y a mi hijo contigo?

—Claro que sí, no podría dejarte con un hombre que te trata tan horrible.

Minerva no contestó y en el fondo Isobel agradeció que no decidiera dedicarse a criticar a su primo puesto que lo quería y también en el fondo lo entendía.

Hicieron turismo solas durante varias horas y al llegar la noche, ya que había una tribu de gitanos asentada temporalmente a las afueras de la ciudad y tenían puesto un pequeño mercado en el centro de París, ambas decidieron explorarlo. Había una bailarina preciosa, de cabello negro, medianamente alta y sutilmente voluptuosa que actuaba junto con otros gitanos en la plaza. Isobel la observó fascinada, sintió que la conocía, como aquella vez en las calles de San Juan Nepomuceno con aquel muchacho. La muchacha era blanca, a pesar de que tenía la piel bronceada y algo en su rostro, Isobel no sabía bien qué, conseguía recordarle el rostro ya casi totalmente olvidado de su difunto padre. Mientras Isabel elucubraba teorías en torno a aquella mujer, Minerva se unió a la danza, aunque no lo hacía muy bien y no era lo que se esperaba de una baronesa inglesa, aunque su marido fuera el barón menos honorable y de legitimidad más dudosa que conocieran. Pero Minerva parecía contenta.

La gitana se acercó bailando hasta ella, haciendo tintinear las lentejuelas en su traje y los discos de su pandereta.

—*Vamos, Isa, venid a bailar conmigo como la última vez que nos vimos* —le dijo en español con una sonrisa y quizás porque Isobel no contestó enseguida, ella volvió a hablar—, ¿sois Isobel Saavedra?

—*Sí* —contestó—. *¿sois Mercedes? Yo no os recuerdo*.

—*Es triste, hermanita, prometisteis recordarme muy bien, yo me he esforzado por no olvidaros.*

—*Supongo que era muy pequeña cuando fui a España.*

—*Tenían siete años la última vez que os visité en Nueva Granada. ¿Cómo están María y Marcela?*

—*¿Sabíais que Marcela era nuestra hermana? ¿estuvisteis en Nueva Granada?*

—*Sí, estuve tres meses con vosotros en la casa de Cartagena. ¿No recordáis?*

—*¿Y por qué habéis huido? ¿por qué no habéis procurado reuniros con nosotras?*

—*No quería casarme con James Watson, recordaba que los Watson se habían burlado mucho de vuestra merced y de María.*

—*¿Estuvisteis también en Inglaterra?*

—*Tan solo dos semanas, mi madre pidió mi presencia y nuestro padre me llevó con ella, madre no me permitió visitarlo más veces y la odié porque no pude estar con mi padre antes de su muerte.*

Isobel bailó con su hermana, disfrutando el sonido de la música, sintiendo cómo le calentaba la sangre e intentó recordar lo dicho por ella, pero no consiguió hacerlo. Sin embargo, no le importó. Llevaba un traje propio de una mujer de alcurnia, acabado de comprar en la boutique, se veía tan elegante como una de las más despampanantes damas francesas y era una marquesa, pero bailando con su prima política, su hermana perdida y los gitanos, Isobel se sintió más ella misma que en aquellos meses en Londres. Quizá, realmente, su segundo nombre debía ser escándalo.

Fueron a cenar con los gitanos, y durmieron aquella noche en la autocaravana de su hermana, contaron sueños, alegrías y aventuras. Minerva no tenía mucho para contar, pero ya que no

importaba el decoro en la soledad de la autocaravana, ella contó sus aventuras con Jamie cuando la quería e Isobel se preguntó si la mujer tendría oportunidad de reconquistarlo, puesto que huir debía ser la última opción.

Y se durmió abrazada a su hermana un año mayor y se lamentó por el hombre que tenía a otra en su corazón.

Michael y Jamie habían buscado a sus esposas en todos los lugares en que se les ocurrió que podían estar, pero llegada la noche todavía no las encontraban, lo que les demostró que si no tenían talento para encontrar a sus esposas mucho menos podrían encontrar aquel tesoro. Durante la noche pasaron por distintas emociones, estuvieron seguros de que habían ido a buscar otros hombres luego de haber visto a Michael embobado ante la contemplación de la hermosa Jane, después pensaron que se habían perdido y se les ocurrió que incluso podían haberlas secuestrado, violado o asesinado, por lo que no habían pegado el ojo y continuaron buscándolas por las calles incluso a riesgo de sus propias vidas en la soledad de la noche.

Regresaron a casa a la mañana siguiente ya sin muchas esperanzas y las encontraron tranquilas, sentadas a la mesa del comedor, desayunando magdalenas y té. Michael deseó ahorcar a Isobel.

—¿Dónde estaban? —preguntó agarrando el brazo de Jamie quien no parecía capaz de controlar el mismo deseo de ahorcar a su mujer.

—No lo diremos, basta con que sepan que hicimos lo que deseábamos hacer en París —le contestó Isobel riendo.

—Vamos a hablar a solas —ordenó mientras se dirigía a su habitación, ella no pareció dispuesta a obedecerle y Michael no se esforzó por suavizar su tono.

—Vamos a hablar a solas, Isobel, es una orden —sentenció y ella sumisa, cosa rara viniendo de esa mujer, se levantó para seguirlo por las escaleras. Cuando estuvieron solos en la habitación, Michael le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos.

—Lo siento si mi actitud de ayer al ver a lady Jane te hizo sentir incómoda —murmuró.

—Al menos reconoces tus errores —murmuró ella bajando la cabeza—, sí me hizo sentir muy mal.

Él tomó su barbilla en sus manos y la obligó a mirarlo a los ojos, se veía hermosa y un poco cansada, Isobel, aunque diera a entender eso, no le había sido infiel, a fin de que su hermano no estaba en París.

—Eres la única mujer en mi vida y realmente en mi corazón, Isobel.

—Quiero palabras claras, Michael, no quiero adivinar.

—No puedo decir palabras claras, sobre sentimientos que no lo son, no sé si lo que siento es amor o si lo que es amor para ti es amor para mí, y creo que mereces escuchar esas palabras cuando quien lo dice esté totalmente seguro, sin embargo, eres lo más importante de mi vida y he pasado la peor de las noches temiendo que algo malo te hubiera pasado.

—¿Me amas, Michael? —preguntó ella con los ojos brillando.

—Eso pienso yo —murmuró resignado—, pienso que te amo con mi vida entera.

Isobel se tiró a sus brazos y lo besó abrazándolo durante un rato, pero quizás fuera por sostener su reputación libidinosa, porque luego lo llevó a la cama como si el coito fuera el culmen del amor.

Isobel lo desnudó rápidamente, pero se desnudó a sí misma excesivamente lento, pieza a pieza,

que eran muchas puesto que era otro de sus trajes de antiguo régimen, uno blanco, muy bonito, que sin embargo la hacía ver muy pálida. Michael se entregó al deseo y quiso que el momento durara para siempre, realmente en aquella ciudad no parecía haber enemigos y si querían podían ser solo ellos dos. Ojalá pudieran ser solo ellos dos por el resto de la vida. Ellos y el niño en su vientre.

Minerva se veía diferente, parecía feliz esa mañana mientras él no había sido capaz de dormir en toda la noche, las había imaginado lastimadas de las peores maneras y había sido insoportable pensando en su prima, pero también pensando en su mujer, y en su niño que debía estarla esperando con ansias que superaban su tamaño.

—¿Qué hicieron ayer? —le preguntó.

—Lo que sea que se te ocurra, seguro que eso y más —contestó ella sin dejar su desayuno, el vestido que llevaba era rosado, de antiguo régimen y bastante escotado. Jamie no escuchó gritos provenientes del piso de arriba y decidió que él también debía tener una mejor actitud con su esposa, ella merecía saber que había estado muy preocupado por ella.

—¿Estás bien? ¿no te ha ocurrido nada malo? —le preguntó sentándose a su lado en la mesa—, puedes decirme si ha sido así.

—No me ha ocurrido nada malo, estoy perfecta.

—En el altar prometí que daría mi vida por ti —murmuró—, y realmente lo haría, así que no dudes en confiar en mí si algo sucede.

—Tú no quieres que te hable del pasado, pero no puedo confiar en tu promesa luego de que esa noche dejaras que mi padre me golpeara como lo hizo y después me abandonaras mientras estaba esperando a tu hijo.

—Pero no soy ese mismo idiota ahora, no huiré, no te dejaré sola.

—Quiero vivir en el campo y tú quieres vivir en la ciudad ¿me obligarás a vivir en Londres?

Jamie se dio cuenta de que el plan concebido no era tan posible como él pensaba, no si deseaba ser un hombre de palabra.

—Como todos viviremos un tiempo en el campo y un tiempo en la ciudad ¿te parece bien?

—Doña Isobel ha prometido llevarnos a Daniel y a mí con ella cuando vuelva a Nueva Granada, me iré con ella si no llego a sentirme bien contigo, he sufrido mucho toda mi vida y no quiero sufrir por culpa ajena lo que me reste de existencia… no importa si no es común lo que hago, tampoco es común hacer lo que hicimos antes de casarnos y en el hogar ajeno, ni tener un hijo sin casarse, ni trabajar de sirvienta siendo una noble, así que no me importa demasiado. Y si me voy diré que soy viuda, y si encuentro otro hombre capaz de ser una buena compañía para mí me quedaré con él, aunque no me case, doña Isobel me ha dicho que el amancebamiento es bastante común en su tierra.

—Es justo —admitió contra su fuero interno—, debería ser justo.

A los oídos de ambos llegó un poco disimulado gemido de placer proveniente de la garganta de Isobel en el piso de arriba y Jamie vio a Minerva ponerse roja por la vergüenza que eso le causaba.

—Debería dormir un poco, pero ya que no podré dormir, si a mi esposa no le molesta podría ayudarme a mantenerme en vigilia.

—Está bien —contestó ella sonrojada, le tomó la mano y lo guio hasta la habitación.

Estuvieron en París el resto de la semana, pero luego debieron regresar a Inglaterra porque las dos mujeres querían terminar sus artículos e Isobel necesitaba organizar la publicación clandestina de su revista. Pero la mujer que había dejado Inglaterra para conocer la capital francesa era distinta de la mujer que había regresado a ella. A simple vista no se notaba, pues era la misma que aun con trajes bellísimos parecía incómoda e incapaz de soportar la mirada de la gente, pero había algo distinto porque ahora era capaz. Y estaba determinada a abandonarlo, lo cual le molestaba a extremos indecibles aunque seguía extrañando a Marcela, y quizás fuera a extrañarla por muchísimo tiempo más.



Capítulo XIV

Isobel no había contado mucho sobre aquella noche en que desaparecieron en París, y aunque habían hecho el amor con la pasión habitual; días después, al regresar a Inglaterra, todavía en el barco incluso, a Michael le resultó evidente que su mujer estaba resentida con él y la comprendía, porque volver a ver a Jane, la mujer que lo había hecho tocar el cielo y lo había lanzado al infierno, seguía siendo difícil. Como debía de ser difícil para Jamie volver a ver a Marcela. Porque no eran cosas que se olvidaran de la noche a la mañana. En parte le parecía que nunca dejaba de amarse a las personas, que el amor tan solo se transformaba o se encerraba en lo profundo del alma.

Al tocar puerto en Londres, Jamie se ocupó de buscar un carruaje y las dos mujeres se subieron solas, sin aceptar ayuda alguna, una al lado de la otra. Michael había hablado de sus sentimientos a su esposa, pero aquella había sido la actitud de aquellas dos durante el resto de su viaje. Y de nuevo, como habían hecho durante aquellos días, hablaron entre ellas sin incluirlos, ignorándolos notoriamente cuando intentaban hablar.

Finalizado el primer recorrido del carruaje acompañaron a sus parientes hasta la puerta de su casa e Isobel dio un abrazo a Minerva como si fuera su amiga de toda la vida y no la mujer por la cual su hermana había tenido que renunciar al hombre que amaba. Sin embargo, cuando la puerta se cerró, su mujer lo tomó de la mano y le sonrió guiándolo nuevamente hasta el coche.

—Lo siento, querido, todo esto fue una cosa de fidelidad femenina. La situación de Mini y Jamie sigue siendo complicada.

—Creo que deberías dejar de intervenir.

—*No puedo dejar de hacerlo, mi primito necesita una madre que lo haga un hombre fuerte y Minerva es más fuerte de lo que ella misma cree y quiero que lo sepa.*

—Le dijiste que la llevarías con ella cuando te vayas ¿realmente lo harías?

—¿Llevarlos conmigo? Claro que sí, sobran habitaciones en mis casas.

—No, ¿realmente te irás?

—Depende de ti que me quede o me vaya.

—¿De mí? ¿Qué debería hacer para que te quedes?

—Puede ser tan sencillo como ofrecerme un hogar cómodo con los lujos a los que estoy acostumbrada o tan difícil como demostrarme que realmente quieres que me quede.

—¿Y qué sientes tú?

—En esta situación lo que yo siento no es importante, porque, aunque el corazón se incline por una cosa, yo debo pensar con la cabeza.

—¿Qué es lo que sientes? —quiso saber también, pero la única respuesta que recibió durante varios minutos fue ella recostando su cabeza a su pecho.

—Si te digo lo que siento, seguro que no me crees.

Cuando llegaron a la casa, Isobel se desnudó en la habitación y mientras se ponía su bata de dormir lo miró.

—No estaré disponible durante un par de días, querido, no obstante, procura alimentarme e instarme a bañarme, tan solo nos veremos cuando vaya a dormir. Voy a escribir y a organizar la revista, debo editar los demás artículos.

—Procuraré alimentarte, pero creo que por lo menos deberías descansar hoy.

—Lo haré, pero dormiré en la otra habitación, si duermo contigo no creo que descanse.

—¿Por qué no?

Ella sonrió con su picardía habitual y Michael casi suspiró de tranquilidad.

—Te veo, recuerdo lo que dijiste, y solo quiero quitarte la ropa, ¡pero tengo una revista que publicar!

Lo besó y en efecto se encerró en la otra habitación.

Michael bajó al sótano para ver a sus serpientes. Seguían allí, perfectamente, su hermano realmente se había ocupado de cuidarlas. Michael se dijo que las dejaría morir de viejas y no volvería a criarlas, porque estaba determinado a conseguir que su mujer lo fuera hasta su muerte, y sus niños crecerían con él, no había espacio para serpientes, porque ya tendría una familia real con la que podría contar realmente.

Se dirigía nuevamente a su habitación luego de saludarlas y lo vio. Cerca de una de las jaulas, lejos del alcance de su boa más grande, vio el cadáver disecado de una rata bajo la cual había un trozo de papel.

"Se acaba el tiempo, el mapa o la vida" rezaba el mensaje y a él no le cupo duda de que la amenaza iba en serio.

Pero quería el tesoro, el dinero y todo lo que podía conseguir con él.

No volvió a su habitación, fue en busca de Jamie y le escribió a Donald, aunque podía ser que sus noticias llegaran a las *Tierras Altas* cuando ellos estuvieran muy en las *Tierras Bajas.*

Una semana y poco más fue el tiempo que estuvo Isobel ocupada en la edición de su revista, no le generaba ganancia alguna, pero para ella y sus hermanas, así como para las otras mujeres que colaboraban allí, era una actividad realmente estimulante. Mientras estaba ocupada en ello, por las noches Michael se había mostrado obediente a sus instrucciones, pero también había desaparecido durante varias horas en las mañanas, Isobel no tenía una idea clara de qué podía ser lo que lo mantenía ocupado durante tanto tiempo. No obstante, así como Isobel esperaba seguir conservando un poco de su acostumbrada independencia estaba dispuesta a respetar la de Michael, sabía que la quería, él todavía no confiaba en que sus sentimientos eran correspondidos y no tenía certeza sobre los suyos propios, pero Isobel confiaba en su fidelidad, a pesar de que todavía de vez en cuando se le pudieran ir los ojos en Jane, a fin de cuentas, cuando ella salía a la calle también se fijaba en otros hombres jóvenes. Estar casada no tenía nada que ver con su sentido de la vista y la apreciación estética, seguía habiendo hombres guapos en el mundo, incluso más que su marido, aunque se negaba el placer de codiciarlos, atesoraba la posibilidad de contemplarlos.

En cuanto al artículo, Isobel había escrito sobre el misterioso caso del asesino serpiente y, sin decir nombres, había hablado de las pistas encontradas, pero lo había cerrado inconcluso, lo que generaba un mal sabor de boca a su necesidad de terminar las cosas. A ojos de Isobel era bastante claro que su marido era el asesino o estaba relacionado con él por lo que Minerva decía, y la única opción era creerle o pensar que estaba loca, cuando estaban en aquel estado animal, igual que bestias, carecían de moral. Claro que Minerva también decía que ni siquiera en aquel estado Jamie había sido violento con ella, de hecho, afirmaba que era incluso más gentil estando así que cuando estaba en forma humana, a pesar de que la transformación parecía estar relacionada con el enojo. Isobel, en cambio, había visto mutar un poco a Michael en los momentos de placer, pero no había hablado de eso en su artículo, en cambio había profundizado sobre el rol de las serpientes en las mitologías de su conocimiento.

Una vez terminada la revista, teniendo en cuenta que todavía era temprano, Isobel se bañó para sentir que se revestía de un ánimo diferente y se vistió para visitar la casa de sus tíos e incentivar a Minerva a acompañarla a la oficina de correos, así el documento llegaría a manos del editor en España, luego doña Teresa se ocuparía de enviar diez copias de cada revista a las distintas participantes y una copia a cada una de las suscriptoras, también secretas. La revista versaba realmente de las temáticas más dispares posibles, a veces todas hablaban de un mismo tema desde distinta óptica, otras veces, como en esa ocasión, abordaban diferentes temáticas.

Cuando llegó a casa de sus tíos, Minerva y la tía Violette estaban en la biblioteca con Daniel, cada una concentrada en un libro diferente, la tía estaba sentada junto a una venta mientras Minerva estaba despatarrada en un sofá con el niño jugando muy cerca suyo, conforme a las normas de vestimenta su tía estaba usando un vestido imperio color beige, Minerva en cambio usaba uno de antiguo régimen que tenía el color del mar abierto y estaba despeinada.

—Acompáñame a la oficina de correos —le dijo luego de un saludo informal

—¿No puedes enviar a un sirviente? —le preguntó su amiga sin mover un solo dedo.

—Claro que puedo decir a uno de los sirvientes de esta casa, pero es una excusa para airearnos un poco.

—Si ese es tu motivo ¿por qué me excluyes a mí? ¿Acaso porque soy una mujer mayor? —preguntó la tía Violette imprimiendo dramatismo a su voz.

—Claro que tú y Daniel pueden venir, tía.

—Me siento un poco ofendida, ¿sabes? ¿Crees que yo no tengo nada que pueda aportar a tu revista?

Isobel miró a Minerva sintiéndose traicionada pero su tía habló antes de que ella pudiera decir nada.

—Jamie me contó mientras se quejaba de que habías ofrecido a Minerva la posibilidad de llevarlos contigo a América. Pero me habría enterado tarde o temprano, no creas que no encontraba sospechosas sus extrañas investigaciones.

—Si te sientes capaz de escribir un artículo puedes hacerlo para el próximo número.

—no soy mucho de escribir, si soy sincera, pero creo que puedo ser buena recabando y compartiendo información, aunque podría intentarlo, a mi edad debería tener alguna motivación en la vida, especialmente si sucede que tú y tus hermanas acaben volviendo a América con Minerva y mi nieto.

—Si eso te hace feliz, entonces me hace feliz que te unas a nosotras —contestó—, ¿me acompañarán a la oficina de correos?

—No tengo mucho deseo de salir —se lamentó Minerva, pero se sentó y se desperezó, minutos después se encaminaron a su destino.

La oficina de correos se encontraba muy cerca del puerto y por eso mismo a Isobel no le extrañó encontrarse ante la visión de personas de dudosa reputación, pero hubo un rostro, un feo rostro había que decir, que le causó una sensación de *deja vú,* se trataba de un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, de espeso cabello negro y piel ambarina, el hombre fumaba tabaco recostado a una pila de barriles fuera de la oficina postal, vestía una sencilla camisa que alguna vez debía haber sido gris y ahora era casi negra, botas altas y un pantalón negro, le faltaba el ojo tuerto para cumplir con el estereotipo del pirata. Pero eso no era lo raro, a Isobel le parecía que poseía un rostro conocido en sus sueños. O más bien los sueños de Michael. Pero ya había soñado tantas veces con la vida de su esposo que no era capaz de recordar detalladamente cada uno de sus sueños. Pero lo había visto antes, no había duda. Se lo comentó a Minerva.

Su prima política no había estado prestando mucha atención ese día, parecía un poco aturdida con el ruido, incapaz de hablar siquiera un poco, escasamente le prestaba atención al niño. A diferencia de Isobel y sus hermanas, Minerva no estaba acostumbrada a las muchedumbres, al agrio olor a pescado y a hombre trabajador que impregnaba los puertos, le había quedado claro con su reciente viaje.

Sin embargo, en cuanto Minerva siguió la dirección de su mirada, los ojos del hombre se fijaron en las dos mujeres en la entrada de la modesta oficina postal, la tía Violette y Daniel seguían en el interior.

Isobel sintió que perdía todos los colores mientras el hombre se acercaba a ellas, se acercaba a Minerva.

—¿Qué hace por aquí la florecita de Jamie Welsch? —le preguntó mientras tomaba su barbilla en sus manos.

—No soy ninguna florecita —se atrevió a decir ella—, y no le interesa.

—No te preocupes, cielo, tan solo ve y dile a tu hombre que sus días están contados, pero que antes de morir les haré experimentar el mismo dolor.

—¿Cuándo habla en plural a quienes se refiere? —le preguntó Isobel.

—Él sabrá —contestó el hombre—, dile también que no habrá trucos con los que pueda vencerme, por más grande que sea una serpiente, muere si le cortan la cabeza.

Cuando Violette y Daniel salieron por fin del establecimiento en que Daniel se había distraído viendo un cargamento de canarios, el hombre ya se había alejado de ellas. Pero Minerva e Isobel seguían temblando, pálidas como la nieve, al borde del llanto, pensando con seriedad en la vida de sus hombres. Isobel además no estaba segura de si el hombre había usado una metáfora o realmente decía que podía cortar la cabeza de la serpiente porque sabía algo con mayor seguridad que Isobel.

Jamie lo notó en cuanto llegó a su casa, fue capaz de percibir el ambiente tenso a pesar de los gritos entusiastas de su hijo en pijamas corriendo a abrazarlo, aunque ya había pasado la hora de la cena y debía estar durmiendo, sus padres se limitaron a sonreírle desde el comedor.

—¿Sucedió algo, pequeño? —le preguntó a su hijo cargándolo escaleras arriba—, ¿por qué no estás durmiendo?

—No sé —contestó Daniel encogiéndose de hombros—, mi mamá no ha salido de su habitación desde que llegamos.

—¿Fueron a algún lugar?

—Fuimos a acompañar a mi tía Isobel a enviar una carta. Creo que mamá se va a enfermar, estuvo temblando todo el camino, aunque no estaba caliente.

Jamie no contestó y lo llevó hasta su cama, aunque probablemente se uniría a su madre más tarde.

Por un momento se cuestionó la posibilidad de entrar o no en su habitación, pero ya había sido muy malo con ella en el pasado y no quería seguir siendo la causa de su dolor, así que tocó a su puerta y esperó a que ella abriera. Viendo que ella no atendía, Jamie utilizó su llave de la habitación, su padre había dado a Jamie una copia de la llave de Minerva y a ella una copia de la suya.

La encontró acomodada peligrosamente en el marco de la ventana. Se acercó a ella.

—Si estás pensando en hacer algo inmoral, recuerda que Daniel te ama y te necesita, prefiero que te lo lleves al Nuevo Mundo antes de que lo dejes huérfano.

—Tú tampoco lo dejarás huérfano, ¿verdad?

Antes de que pudiera contestar, Minerva estaba llorando.

—¡No quiero que Daniel se quede sin padres nuevamente! Sé que tus padres cuidarían bien de él, pero ¡no quiero que sufra por nuestra ausencia!

Jamie la tomó en sus brazos y la llevó a la cama, seguía siendo muy liviana, ya empezaba a temer que no consiguiera tener un peso más saludable. Sentándose a su lado en la cama le secó las lágrimas con el mayor cuidado que pudo, se dio cuenta que tal vez, poco a poco, las lágrimas de ella volvían a resultarle insoportables.

—No sé si sobreviviré. Ya tenemos el mapa, pero queremos buscar el tesoro, debe existir si tanto nos persiguen.

—¡Jamie! ¿unas cuantas piezas de oro son más importantes que tu familia?

—Claro que no. ¿No quieres que lo haga?

—No es como si fueras a tener en cuenta lo que yo diga.

—Lo haré. ¿Quieres que lo haga o no?

—¡No es eso lo que debe preocuparte! No creo que quieran matarlos por eso. Hoy vi a ese hombre y dijo que tus días estaban contados y sufrirías igual que él.

—¿De qué hombre hablas?

—¿Recuerdas la vez que me dijiste que huiríamos juntos?

Jamie recordó la noche en que la sacó de su casa a hurtadillas y la llevó hasta el barco en que Michael había servido hasta hacía poco, el padre de Minerva había mencionado la posibilidad de comprometerla con otra persona y él había estado asustadísimo. Sin embargo, él había desistido del viaje al encontrarse con Sam Peters.

Comprendiendo, Jamie tragó saliva.

—No debes tener miedo —intentó tranquilizarla mientras le tomaba las manos—, estarás bien, no te tocará un pelo.

Huyendo de su mirada, Minerva apartó sus manos.

—Claro, la vida que corre peligro es la de doña Marcela. He estado tan asustada por horas cuando ni siquiera se trata de mí.

Peters había jurado hacerle llorar por la mujer amada de la misma manera que él lo había hecho.

Jamie la abrazó sin decir palabra y la distrajo del miedo y del dolor haciendo el amor con ella. Jamie realmente le hizo el amor, lloró sus lágrimas y su soledad de años, pero no derramó una sola lágrima, porque sí que debían ser de culpa. Sin embargo, recordaba el atroz miedo experimentado cuando la mirada de Sam Peters había caído sobre su delicada novia, la impotencia provocada por las manos que intentaban tocarla contra su voluntad, la amenaza murmurada en otro idioma para que ella no lo entendiera.

Aquella madrugada, Minerva se había desmayado a causa del miedo. La amenaza había caído sobre ella, era su esposa ahora, a menos que lo hubiera observado muy de cerca, Peters no podía saber que había entregado el corazón a otra mujer. Al pensar en Minerva muerta, Jamie sintió crecer en su interior el mismo terror de aquella madrugada.

Ella se quedó dormida abrazada a él y Jamie la observó hasta que el cansancio pudo con él. Durante tres días más, Jamie no fue capaz de dejar sola a Minerva, se quedó con ella en la cama,

durmiendo, viéndola dormir, jugando con Daniel y haciendo el amor. Como Michael no lo había contactado, supuso que estaría haciendo lo mismo, cuidando de la mujer que amaba.

—Desistamos de esto, al menos por ahora —le dijo Jamie a Michael luego de que este, emocionado, entrara en la biblioteca confirmándole la consecución del barco para hacer el recorrido conforme a la ruta trazada por el mapa el cual daba cuenta del camino a un tesoro enterrado en una costa griega.

—¿Por qué? —le preguntó Michael frustrado, aquel tesoro constituía su mayor esperanza para el futuro, de obtener fortuna y poder desarrollar alguna industria que le permitiera acercarse, al menos un poco, a la posición económica de su mujer. Así tal vez se quedaría. Ella decía que lo quería, pero él no podía creerle.

—Creo que no nos están buscando por eso.

—¿Entonces por qué?

—Minerva e Isobel se encontraron con Sam Peters —le dijo su primo y Michael necesitó sentarse por el dolor de cabeza que lo invadió.

Diez años atrás apenas eran más que niños, Jamie y Donald habían conseguido contactar con él y se habían unido a su tripulación por algunos meses, escapando de la escuela y sus obligaciones. La esposa de Sam Peters, quien había reemplazado al capitán del Galeón Fantasma a su muerte, estaba embarazada por quinta vez, luego de haber enfrentado tres abortos, visto que ese embarazo había avanzado bien y queriendo pasar el puerperio con su madre, la mujer había pedido a su esposo volver a Inglaterra, así que al regreso de Jamie y Donald al reino, la mujer se les había unido para viajar por tierra con ellos hasta Bristol, donde se reuniría con Sam quien procuraría evitar a la armada británica. El camino desde Rochester hasta Bristol había sido fácil, ellos se llevaban bien con la mujer quien, igual que su esposo carecía de mayor educación y clase, pero tenía buen corazón a pesar de dedicarse al pillaje. Sin embargo, antes de llegar a la ciudad, un grupo de bandidos los interceptó, atacaron a Donald y a Jamie y cortaron la cabeza a dos serpientes de Michael. En la mañana, cuando los muchachos despertaron, Donald tenía una expresión de terror en su rostro y había sido incapaz de hablar por casi dos semanas. Jamie y Michael estaban desnudos, las serpientes estaban muertas, igual que los bandidos, el resto de sus acompañantes y la mujer de Sam Peters.

Cerca del cuerpo de una de las víctimas, Michael había encontrado el reloj de su hermano mayor.

Sam Peters los había encontrado allí, destrozado de dolor los culpó de su muerte y no los volvió a aceptar en su tripulación. Michael pensaba que nunca se los cobraría, porque, aunque sabía que había amenazado a Jamie al encontrárselo una vez, no había actuado.

—El cadáver de su mujer era el de una persona muerta por envenenamiento —murmuró Jamie lo que nadie se había atrevido a decir.

—¿Me estás culpando? —cuestionó, cuando las dos serpientes que llevaba con él ya habían muerto, Helen Peters estaba viva.

—¡No, maldición, no! —aclaró Jamie pasándose la mano por la cara—, pero me preocupa que le haga daño a Minerva.

—No creo que te preocupe, si muriera sería mejor para ti —lo provocó, tan solo no se esperó

que como cuando era un adolescente Jamie se abalanzara sobre él con el fin de molerlo a golpes. Michael se dejó sin luchar hasta que empezaron a dolerle las costillas y Jamie se apartó por su propio pie.

—¡No vuelvas a decir algo así ni en broma!

Michael rodó hasta los pies del sillón en el que había estado sentado.

—No finjas ahora que te importa, y no seas hipócrita diciendo que te importa por tu hijo.

—¡No sé si tú lo viste bien, pero Helen Peters fue cruelmente asesinada y Minerva ya ha sufrido mucho por mi culpa como para que además deba pasar por algo así! ¡Peters piensa que le hicimos eso a su esposa! Ella fue violada, torturada y envenenada. Si realmente quiere hacernos sufrir igual pensará hacerles lo mismo, no puedo permitir que eso le suceda a mi esposa o a mis primas.

—No dijo nada a Isobel, tan solo se dirigió a Minerva.

—Tal vez sea porque fui yo quien prometió protegerla con su vida —se lamentó Jamie.

—Mientras ella no salga de casa todo estará bien, no te preocupes —intentó animarlo, pero Jamie estaba realmente asustado, Michael se negaba a estarlo, así que dejó a su amigo y fue en busca de James, su hermano, para que saciara una duda antigua.

Lo encontró en la casa que compartía con su querida un poco borracho ya a las tres de la tarde, adormilado junto a su escritorio, aunque aquello distaba de ser un despacho presentable, carecía de lujos y era tan lúgubre como la casa de Michael, pero ni siquiera era su casa, su querida la había heredado de su esposo.

No obstante, apenas escuchó su voz y levantó el rostro, James pareció recuperar la sobriedad.

—¿Sucede algo, hermano?

—Puede que me persigan por poseer un mapa o un tesoro, o que me persigan por dos razones diferentes o solo una.

—¿Cuál sería la otra razón? Si acaso he entendido algo de lo que has dicho.

—La venganza de Sam Peters por la muerte de su mujer.

—¿Y ese quién es? ¿qué tienes que ver?

—¿Qué hacías cerca de Bristol esa noche hace diez años?

James se levantó y fue hasta él, le acarició la barbilla como cuando era pequeño e intentaba consolarlo, algunas veces James había sido realmente como un buen hermano mayor.

—Cuidarte.

—¿Cuidarme?

—Jamie envió una carta a su madre informándole que iría a Bristol y que estaba contigo y con Donald, estaba con madre visitándola cuando recibió la carta y ella nos dijo. Así que quise ir por ti, era la primera vez que tenía noticias tuyas en casi tres años. Y logré alcanzarlos, pero tuve miedo de acercarme, así que decidí esperar a que dejaran a la mujer en su casa.

—¿Por qué tuviste miedo?

—Porque no hice nada cuando padre te echó de casa.

—Eras muy joven también, no había nada que pudieras hacer.

—Hablar, al menos —se encogió de hombros—, el hecho es que los seguí y entonces los atacaron, vi cómo mataban a tus serpientes y herían a tu amigo… y cómo intentaban matarte a ti… pero no recuerdo mucho más, tan solo que me quité la ropa para…

—¿Para qué?

—Para transformarme.

—¿Transformarte?

—Te observé toda tu infancia, te transformabas de forma automática, cuando estabas asustado,

cuando estabas enojado, cuando estabas triste… y yo era débil, pero no podía dejar que mataran a mi hermano, entonces quise confiar en que también yo podía, como tú, Maggie y Maddy, y rogué al cielo que yo pudiera, no entendía por qué tú no te convertías… y creo que lo logré, pero no recuerdo mucho.

—¿Convertirse en qué? —preguntó sintiendo que temblaba.

Su hermano lo abrazó unos segundos y luego sonrió.

—es un poco ilógico, Serpiente Negra, que te conviertas en una serpiente blanca.

Michael casi sintió que caería al piso, pero se esforzó por mantenerse en pie, aquello iba contra toda lógica, pero era mentirse a sí mismo si negaba que en el fondo siempre lo había sabido, que sí que era un monstruo, las señales siempre habían estado allí. Sin embargo, confirmarlo era otra cosa, se sentía como subir y caer, como poder liberar el aire contenido en los pulmones al confirmar una sospecha, pero también era como asfixiarse, como sentir que algo oprimía los pulmones, por las implicaciones. Era ambigua esa tranquilidad ante la confirmación de la sospecha y la zozobra ante el futuro luego de confirmarla. Realmente era un monstruo. Realmente había una razón para que fuera despreciado. De verdad no era como sus hermanos, como las otras personas, y nunca podría serlo. La espada de Damocles no era una amenaza sobre su cabeza, ya le había atravesado el pecho antes de nacer, pero él seguía viviendo, agonizando con ella, sangrando por siempre.

—¿Por eso mamá y papá siempre me han rechazado?

—Mamá tenía miedo del daño que podrías hacer, pero no de ti, serpiente o niño te tomaba en sus brazos, confiada, incluso en tu forma de serpiente, todas las noches te desnudaba el pecho para que te amamantaras y tú siempre volvías a ser niño en sus brazos. Y padre… supongo que realmente al principio pensaba que eras hijo de otro, de un intruso sobrenatural, pero luego tuvo miedo de sí mismo, de lo que tu naturaleza decía de él mismo. Y claro, mamá también tenía miedo de decepcionar a nuestro padre. Pero, aunque se equivocaron mucho e incluso fueron muy crueles, siempre te han amado.

—Pero estás diciendo que realmente soy un monstruo.

—¿Y? También Margaret y Madeleine se convierten en serpientes. Casi mueres por una mordedura de niño y tu única compañía era Margaret, y tú mismo me contaste de la serpiente en el barco. Creo que todos podemos hacerlo. Así que, si eres un monstruo, todos los demás también lo somos. De modo que no sufras, al menos no solo.

Michael no pudo reprimir un suspiro profundo.

—¿Entonces tú mataste a Helen?

—No lo sé, no recuerdo nada. En la mañana estabas vivo y poco me importó el río de sangre que nos rodeaba, a mí solo me importaban tú y Jamie.

—Para digerir esto creo que necesito un abrazo de mi esposa, mientras la tenga, con lo que odia a las serpientes se morirá si sabe que duerme con una.

—Pero te ama ¿no es así?

—Dijo que me quiere, pero siempre le ha gustado William.

—Es raro lo mucho que te pareces a William, pero ¿sabes? Si dejaras de compararte con William te darías cuenta de que eres amado por ti mismo. Que siempre lo has sido. No compares la forma en que nuestros padres demostraron el amor al resto de sus hijos, ten en cuenta las formas en que te lo demostraron a ti. Y perdónalos, tan solo no se lo digas hasta que te pidan perdón directamente.

—Es fácil para ti pedirme eso.

—No es fácil, hermanito, yo te he querido muchísimo desde antes de que nacieras y sufrí mucho porque no me dejaban acercarme a ti. Y odié a nuestros padres por hacerte sufrir, pero también los vi velando tus fiebres, arrullándote en las noches, vi a papá abriendo el libro en la misma página todas las noches mientras tú le contabas tus historias, fingiendo leer, pero alegrándose con tus travesuras, escuchando tus quejas. Vi llorar a papá cada noche desde que te echó de casa, vi los carteles, las recompensas, lo vi ir a un lugar y a otro en busca de noticias tuyas mientras fingía que no le importabas. Lo odié por su pretensión absurda, pero pude perdonarlo porque entendí que, a su manera, te adoraba con el alma igual que a los demás.

—¿Y mamá? —le preguntó incapaz de creer todo lo que él decía.

—Fue un fantasma por tres años hasta que tía Violette recibió esa carta, ese día cuando regresó a casa abrazó a nuestro padre y le dijo que estabas vivo, él fingió que no le importaba, claro.

—Realmente creo que necesito ir a casa.

Su hermano lo abrazó y aunque olía bastante a whisky, en el fondo, Michael fue capaz de apreciar el olor a familia, el olor de las tardes junto a la chimenea en que James y Teodora contaban historias a sus hermanos pequeños o todos cantaban canciones divertidas.

En el carruaje, Michael meditó las palabras de su hermano respecto al amor de sus padres y su mente se inundó de recuerdos, muchos de ellos en la cocina de su madre en la casa de campo, Michael siempre sentado en alguna mesa hasta los siete años, cuando empezó a enseñarle a cocinar. Una vez, cuando tenía cinco años estaba en la cocina con su madre, Madeleine y Margaret, los tres muy entretenidos con la harina, jugando, en un momento de distracción de su madre, Margaret había tomado el cuchillo y lo había acercado a Madeleine, como él sabía que podía hacer daño a su hermanita, había intentado quitárselo, pero en la pelea con su hermana, él se había cortado la mano y sus gritos y su llanto habían aumentado al ver más y más sangre, sus hermanas lloraron al verlo y su madre se desesperó intentando detener la sangre mientras le rogaba que estuviera tranquilo. Los gritos llamaron a su padre quien lo tomó en sus brazos y gritó a su madre hasta hacerla llorar, aunque luego la había tranquilizado. Michael siempre había pensado que el enojo de su padre era por el riesgo que habían corrido sus hermanas, pero ahora veía que sus padres habían estado preocupados por él.

Michael suspiró cuando el carruaje llegó a su casa, había descartado por poco tiempo las emociones asociadas a la revelación de su hermano, tan solo podía pensar que sus padres realmente lo amaban.

Cuando entró en su casa le extrañó el silencio, Isobel no estaba cantando sus canciones, la encontró en su habitación, con su hermano.

Ella estaba en camisón y él la ayudaba a ponerse el corsé, las sábanas estaban revueltas y William no tenía camisa. En sus rostros había una expresión indescifrable cuando lo vieron.

—¿Qué sucede aquí? —se limitó a preguntar.

—No es lo que parece —murmuró su esposa dirigiéndose a él, la transparencia del camisón hacía poco por su pudor.

—Es exactamente lo que parece —aseguró su hermano metiéndose las manos en los bolsillos.

—¿Cómo puedes decir eso, William? Él está bromeando, Michael, no creas lo que dice —trató de convencerlo Isobel mientras le tocaba el hombro.

—No soy tonto, Isobel, has querido a William desde que éramos niños.

—¡Pero ahora te quiero a ti!

—Tanto me quieres que te acuestas con mi hermano en mi propia cama.

—No me he acostado con tu hermano ¿cómo puedes creer eso de mí?

—Entonces dime ¿por qué estás desnuda? ¿por qué la ropa de él está desordenada? ¿por qué la cama está así?

—¿Acaso huele a que hemos sucumbido al coito, Michael?, sé sincero

No olía, pero seguía sin entender y no podía dejar toda su confianza al olfato, aunque lo había hecho en muchos momentos de su vida, confiando en su percepción del espacio, en lo que sentía a través de la piel, en sus oídos, en los olores.

—Me encontró desmayada en la cocina… y sucia.

—¿Estás bien? —preguntó cediendo, ella le sonrió al ver que confiaba en ella, Michael vio sus ojos brillantes ¿decía la verdad cuando afirmaba que lo quería a él?

—Ya estoy bien, solo fue la impresión.

—¿La impresión de qué? —le preguntaron los dos al tiempo.

—Ya que lo hablamos ¿por qué dejaste abiertas las puertas estando sola? —cuestionó su hermano, para luego sonreírle como demostrando que realmente bromeaba, casi arruinando su matrimonio.

—Creo que no le va a gustar esto a ninguno de los dos, pero… en el sótano… las serpientes.

—¿Qué sucede con las serpientes?

Isobel claramente lo intentó, pero no consiguió decir nada que Michael o su hermano consiguieran entender, así que los dos se encaminaron al sótano, eran las serpientes de Michael, pero también eran apreciadas por William, también él las cuidaba en ocasiones.

Al bajar las escaleras al primer piso, los dos sacaron las lenguas, como las serpientes, y la guardaron para percibir a plenitud los olores del ambiente. ¿Cómo no había notado Michael que hacía esa clase de cosas? Él ya había aprendido que las serpientes olían con la lengua y gran parte de su propio sentido del olfato dependía de su lengua. Pero eso no era importante en ese momento. Olía a sangre, a la sangre que no le corría por las venas de la única familia que había tenido en mucho tiempo.

Ya en el sótano Michael pudo escuchar las furiosas palpitaciones del corazón de su hermano y las suyas propias, fuera de sus jaulas, con las cabezas separadas de sus cuerpos en un enjambre de cuerpos y manchas de sangre, yacían sus serpientes. William las nombró a todas, Michael jamás les daba nombre porque ninguno le parecía digno, pero tenía apodos para ellas y conocía a la perfección los hábitos de cada una.

Pensó que había sido Isobel, ella las odiaba, pero era absurdo pensar que con el temor que les tenía ella pudiera hacer eso. Fuera como fuese, algo se había roto dentro suyo. Michael sintió la ira fluir, sintió el dolor, el dolor por la muerte de quienes habían consolado su soledad, el dolor por el amor no recibido con claridad, el dolor por el descubrimiento, la rabia por la confirmación, el miedo por el futuro. Lo sintió, pudo percibirlo, le resultaba evidente que en gran medida emociones similares invadían a su hermano, pero las suyas eran mucho más intensas.

—Michael, debes tranquilizarte, Isobel está aquí —dijo su hermano aún así mientras sus propios ojos, por un momento, resultaban aterradoramente reptilianos.

Michael se puso a separar los cuerpos, William se unió a él, en la entrada del sótano pudo sentir a Isobel, su respiración, sus suspiros compasivos, no por las serpientes, sino por él.

—Estaré bien, cariño, ve arriba e intenta descansar, Will y yo nos ocuparemos —le dijo sin verla.

—¿Seguro de que estás bien?

—Escuchamos tus náuseas desde aquí, cuñada, ve a tu habitación.

Bajo las treinta serpientes, manchada con sus sangres, se encontraba una nota escrita con una

caligrafía mediocre.

"Ojo por ojo, diente por diente. Espero que tu mujer no sea inmune al veneno de la Taipan australiana"

—¿Taipan australiana? ¿esa cuál es?

—No la conozco, pero recuerdo que una vez un pirata de origen nativo me dijo que conocía una serpiente mucho más venenosa que cualquiera que yo hubiera conocido.

—¿Quién te amenaza de esta manera?

Michael no consiguió contestar. Ambos percibieron el intruso al mismo tiempo y corrieron hacia la habitación en que se encontraba Isobel, todavía solo con su camisón y su corsé. Cuando llegaron a la habitación, ya no estaba allí. Vieron el carruaje alejarse. Michael sintió la marea en su interior haciendo prolapsar las represas rotas. Lo último que escuchó fue a su hermano pidiéndole que se calmara mientras sentía con cierto dolor como se unían los huesos de su cuerpo y se reacomodaban sus órganos internos, como su piel se hacía distinta y se llenaba de escamas.

Sacó su lengua bicéfala para rastrear el dulce aroma de su esposa, prestó atención al ambiente para ubicarla.

Pero ya no podía sentirla. Estaba lejos y su hermano lo retenía.

Michael se vio en el espejo de su esposa, pero ya no se veía como un ser humano. Sin embargo, pudo reconocer su forma alargada, carente de brazos y piernas, no humana.

Una forma bastante olvidada, relegada a momentos de inconsciencia una vez superada la más tierna etapa de la infancia.

—La vamos a encontrar, Michael, pero debes volver a tu forma humana, no puedes salir así a las calles de Londres.

Michael intentó tranquilizarse, pero no podía, tal vez nunca pudiera volver a ser un hombre.



Capítulo XV

Isobel se odiaba un poco a sí misma, cuando el hombre había aparecido en su habitación y la había amenazado con su cuchillo, Isobel no había puesto resistencia, aunque su olfato sí que se había resistido al hombre con aspecto de mendigo, era evidente que aquel hombre no se había bañado en varios meses. Ante el cuchillo Isobel no tenía nada que hacer, hacía mucho tiempo que no utilizaba sus habilidades de defensa y, sobre todo, no quería poner en riesgo a su bebé.

Ni siquiera fue capaz de gritar cuando el hombre la tomó en sus brazos y la lanzó por la ventana a los brazos de otro hombre con similar aspecto y hediondez. Rápidamente la metieron en un carruaje y se alejaron de la casa, si alguien lo vio, no le importó.

—Despídete de tu dignidad y de tu cuello, mujer, el viejo Sam te hará lo mismo que le hicieron a su esposa —dijo el primer hombre mientras tomándola por el mentón la forzaba a mirarlo. Bajo la mugre debía ser un hombre blanco, pelirrojo, tenía algunos dientes podridos y le faltaban otros tantos. El otro hombre, de similar aspecto, pero moreno, también la obligó a mirarlo. En silencio, Isobel lo observó mientras su mano bajaba de su mentón a su cuello y de su cuello a sus pechos visibles bajo el camisón. Al tiempo el otro hombre empezó a desatar los lazos de su corsé. Isobel tan solo rogó al cielo que su esposo pudiera rescatarla antes de que ocurriera lo peor.

Cuando apartaron el corsé los dos hombres empezaron a lamer sus pechos al mismo tiempo, Isobel lo intentó, pero no pudo contener las arcadas y acabó vomitando sobre la espalda del hombre moreno. Cuando el hombre le dio un puño en el rostro, el carruaje se tambaleó.

Alrededor de una hora después la hicieron abordar un barco, aquello sí asustó a Isobel, si se la llevaban a otro lugar ¿cómo haría Michael para rescatarla? La llevaron hasta el que debía ser el camarote del capitán pues tenía una buena cama y varias piezas de oro. Allí encontró a Minerva desnuda, acurrucada en un rincón. Luego las dejaron solas y cerraron la puerta.

—¿Qué haces aquí, Minerva? —preguntó acercándose—, ¿por qué estás desnuda?

Ella no contestó, no pareció capaz de articular palabra.

—Vamos a estar bien, Michael y Jamie nos rescatarán.

Minerva no parecía creerlo, pero Isobel se negó a caer en la misma desesperanza, se acurrucó a su lado y la abrazó queriendo darle tranquilidad.

El barco zarpó minutos después e Isobel tragó saliva conteniendo las lágrimas. Minutos u horas después la puerta se abrió y Sam Peters, mucho más limpio que sus secuaces, entró en la habitación.

—Levántense las dos —ordenó él.

Pensando solamente en el bienestar de su bebé, Isobel obedeció, aunque hacerlo iba contra su fuero interno. Minerva también lo hizo cuando Isobel la tomó por el brazo, pero ni siquiera se esforzó por cubrirse.

—Hacerles lo mismo que le fue hecho a mi dulce Helen será un placer, señoras —murmuró mientras recorría con sus manos el cuerpo desnudo de Minerva. Luego la desnudó a ella, mientras Isobel se mordía el labio para contener su lengua y su mano se posó en su vientre ya notorio desde hacía casi una semana.

—Mi Helen pronto iba a dar a luz —se lamentó el hombre.

—¿Al menos puede tener la piedad de explicarnos por qué nos tiene aquí? ¿Qué hicieron

nuestros esposos?

El hombre tuvo la piedad de explicarles mientras sus manos seguían explorando sus cuerpos, cuando el hombre les dijo que su esposa parecía envenenada y había sido violada, Isobel entendió lo que quería hacerles.

—Pero tranquilas, señoras, todavía hace falta una de ustedes.

—¿Quién? —se atrevió a preguntar.

—La esposa de Donald.

—Hágame a mí todo lo que quiera, pero deje a María en paz —le rogó—, Donald no la quiere, no le importará nada… y… Jamie tampoco quiere ya a Minerva.

—Entonces Jamie Welsch no tiene alma, parecía sentir por ella lo que yo por mi Helen, eso no desaparece.

El hombre abandonó la habitación luego de esas palabras, Isobel volvió a ponerse el camisón y Minerva volvió al rincón

Genevive estaba tomando el té con sus hijas cuando entró William sudando y visiblemente estresado.

—Por Dios, hijo ¿acaso alguien te persigue?

—Se trata de Michael, mamá… alguien ha raptado a Isobel y él… no puede volver a su forma humana, creo que te necesita.

—¿Cómo así que no puede volver a su forma humana? —preguntó alterada, levantándose de un tirón.

—Sí, lleva horas en ese estado, no puede volver.

—¿Dónde está?

—En su casa, creo que solo tú puedes ayudarlo.

Genevive se volvió hacia sus hijas.

—Kathleen, ve a llamar a tu padre, vamos todos, su hermano nos necesita.

Kathleen desapareció corriendo hacia el despacho de su padre, Margaret se sobó el vientre.

—¿Qué le ha pasado a Michael? —preguntó—, ¿cómo así que no puede volver a su forma humana?

—Michael es una serpiente —declaró Teodora terminando su té—, tú también ¿no? He escuchado el siseo de una serpiente en tu habitación y la otra vez te encontré desnuda en el jardín.

Para Genevive fue asombroso escuchar eso y muchos más deseos de llorar tuvo al pensar en su hijo. Fue evidente para ella que sus hijas menores no entendían nada, pero sin hacer preguntas todos se dirigieron a la casa de Michael.

También estaban frente a la casa, James y Madeleine cuando William se dirigió a la puerta para abrirla, Darien parecía desesperado, pero no decía nada.

—Lo he metido en una jaula —explicó William—, temí que se escapara.

William los llevó hasta el sótano, había cuerpos de serpientes descabezadas en un balde, sangre en el suelo, y una enorme serpiente blanca en una jaula grande. Era una serpiente que parecía capaz de tragarse a una persona.

William abrió la jaula en silencio y lo sacó con delicadeza. Como nunca, la serpiente no se agitó, tan solo se quedó tendida en el suelo, como muerta. Cuando Michael se convertía en serpiente

siempre se estaba moviendo, ni siquiera cuando se convertía estando dormido de bebé, Genevive lo había visto así.

Dejando de lado a la noble remilgada, Genevive se sentó en el suelo junto a él y le acomodó la cabeza en su regazo.

—Mamá está aquí, hijito, todo está bien, no tengas miedo.

—No tiene miedo, simplemente no sabe cómo hacerlo —justificó James mientras empezaba a quitarse la ropa, ni siquiera dio importancia al sonrojo de sus hermanas al verlo desnudo. Luego lo vio respirar varias veces.

—Deberías ser más experto que yo, Michael, lo has hecho por veintiséis años y yo solo por diez, pero préstame atención, te ayudaré a volver a la normalidad. Vamos, Will, ayúdame.

William también se quitó la ropa y empezó a respirar, Genevive estaba cada vez más confundida. Asombrada vio la transformación, James se convirtió también en una serpiente blanca y fue evidente que el proceso le resultaba doloroso, Genevive escuchaba a sus hijas menores gritar mientras observaban, siguió acariciando y besando la cabeza de su hijo.

William, en cambio, apenas llegó a un estado medio, entre hombre y serpiente, con la piel llena de escamas, los ojos no humanos y la lengua reptiliana, sin cabello en su cabeza y en el resto de su cuerpo, como su marido en algún momento de aquella noche lejana.

—¡Mierda! —maldijo William con una voz no humana, como traída de tiempos antiguos, desde antes de que el hombre caminara sobre la tierra, como debía haber sonado la voz de la serpiente en el Edén.

Darien cayó de rodillas al ver a sus hijos convertidos en la misma clase de monstruo por la que había rechazado a su hijo toda la vida.

—Entonces sí fui yo esa noche, Genevive —se lamentó—, siempre fui yo. Realmente soy un monstruo.

—Eso no importa ahora —murmuró—, cuando mis caricias no bastaban, Michael volvía a la normalidad contigo, ayúdalo.

Darien se acercó también a ella y acarició a su hijo, arrastrando a la laxa serpiente hasta su propio cuerpo. Por un momento, Genevive pensó que, igual que en el pasado se apartaría con él a otro lugar, pero no lo hizo.

Abrazó a la serpiente besando su cabeza.

—*Ya no eres más un niño, Michael. Pero siempre serás mi niño* —empezó a decirle en español—, *mi niñito, mi bebé consentido. Tú papá está aquí y serpiente u hombre dará la vida por ti, pero me gusta más tu hermoso rostro ¿me dejas ver tu hermoso rostro? ¿me ofreces los huequitos hermosos de tus mejillas cuando te ríes? Esta noche iremos a casa y veremos las estrellas. El mejor momento de mi día siempre fue cuando mi hijito menor se reía junto a mí y el más triste cuando te veía llorar, cuando era por mi culpa, cuando tenía que convencerme de que te odiaba. No te odio, Michael, te amo infinitamente, igual que a tus hermanos, lamento no aceptarlo hasta ahora.*

—¿Eso era lo que le decías cuando era pequeño? —le preguntó.

—A veces, otras veces no sé, entraba en la habitación con él y cuando me daba cuenta estábamos los dos desnudos y abrazados.

—Entonces tal vez te convertías también y lo ayudabas a volver a ser humano —sugirió Mary.

—¡Yo también puedo! —dijo Anastasia mostrando los dientes, le faltaban los incisivos delanteros y un colmillo de arriba. Se quitó la ropa y dio varios giros mientras se convertía también en una serpiente blanca muy parecida a su hermano a su edad, ni siquiera mostró dolor.

—Vaya, lo domina más que yo —se lamentó William.

Genevive vio a Darien cerrar los ojos mientras acariciaba a Michael, luego Teodora, Margaret, Madeleine, Mary y Kathleen también cerraron sus ojos, como escuchando algo que Genevive no podía escuchar. Lo que sea que hablaran también podía ser entendido por el niño en su interior, el movimiento se lo confirmó, pues ni siquiera había creído en el abultamiento de su vientre.

Anonadada, Genevive vio surgir escamas y lenguas viperinas en su esposo y sus cinco hijas.

Luego vio agitarse el cuerpo de Michael mientras junto con sus hermanos empezaba a volver a la normalidad, aunque para Genevive la normalidad de Michael siempre había sido su doble naturaleza.

Volvió a ser hombre desnudo en el regazo de su padre, como se había vuelto niño en sus brazos el día de su nacimiento.

—Ya está, hijo, de nuevo eres tú.

—En cierto momento recordé que lo había hecho antes, tú me decías qué hacer en esa ocasión.

—Supongo, hijo. Supongo que debo aprender a hacerme consciente de esa parte de mí.

Genevive no consiguió abrazar a su hijo porque Anastasia se desmayó frente a ella. Asustada por su hijita, Genevive no pudo evitar gritar, Michael nunca se había desmayado luego de una transformación.

—No te preocupes, mamá, tal vez para las niñas es más difícil —la tranquilizó James—, Kathleen y Margaret también se desmayan cuando lo hacen, algunas veces también nos pasa.

Michael se sentó y acarició el rostro de su hermanita, no la había tocado nunca desde su nacimiento, pero igual que hacía con todas sus hermanas, aunque él no tenía muchos recursos, siempre enviaba un regalo en sus cumpleaños.

—¿De verdad me quieres, mamá?

—Siempre te he querido, Michael, y muchas veces te lo dije.

Michael no parecía recordarlo y a Genevive le dolió, ciertamente no se lo decía desde que tenía la edad de Anastasia. Genevive recordó un día, cuando tenía cuatro años y ella lo estaba amamantando directamente porque Darien no estaba y no quería extraerse la leche.

—*Te quiero, mami* —le dijo él en español, lo que fue raro para ella porque como Darien no solía hablarle al niño, aunque dormía con él la mayoría de las noches, y por eso no estaba aprendiendo español.

—¿Quién te enseñó esa palabra, amor?

—Papi, ¿qué significa?

—Si la dices es porque ya sabes lo que significa, yo también te quiero, bebé.

Michael había sonreído antes de volver a tomar su pezón en su boca.

—Te lo decía en español, por mucho tiempo fue la única palabra que supiste, tu papá te la enseñó.

La mirada de Michael recayó en su padre y la de Genevive también.

—Por mucho tiempo tampoco supo el significado —se sonrojó Darien.

—Pero me dijo que tú se la enseñaste.

—No se la enseñé, solo se la decía todo el tiempo, cuando me preguntó solo le dije que era una palabra bonita que a la gente le gustaba escuchar y que a ti te encantaría.

Michael sonrió un momento hasta que su mirada se ensombreció.

—Tengo que salvar a Isobel —dijo levantándose.

—Primero debemos saber dónde está —recordó William mientras se ponía los pantalones.

—Tal vez Jamie sepa algo.

Genevive suspiró y aceptó que el momento de la plena reconciliación llegaría después. Sin

embargo, todos acompañaron a su hijo a casa de Violette.

Michael estaba confundido por todo lo acontecido ese día, aunque estaba preocupado por Isobel. Realmente su familia lo quería y todos eran igual a él, además. Había sido muy extraño comunicarse mentalmente con ellos, había sido incluso abrumador porque todos se habían ocupado de darle recuerdos o palabras hermosas que poco a poco calmaron el dolor, el miedo, la ira en su interior. También le instruyeron, le ayudaron a encontrar el punto de retorno en su mente, al tiempo era una cosa instintiva que le resultaba imposible explicar en palabras humanas.

Cuando llegó a casa de Jamie le extrañó que la puerta fuera abierta por su padre.

—No creo que sea buen momento —les dijo—, estamos sin servidumbre el día de hoy.

A nadie le importó, sus padres entraron, él y sus hermanos también. Lord Fitz cerró la puerta con seguro, las ventanas también estaban cerradas.

—¿Dónde está Jamie?

Lord Fitz no respondió, en cambio los guio en silencio hasta el salón de dibujo de Violette. No necesitó hablar. Había una serpiente blanca enorme rodeando a Daniel quien lloraba en silencio en la esquina en la que estaba. Violette los observaba sentada en el suelo.

—Lleva horas así, luego de que Minerva desapareciera tomó a Daniel y no lo deja libre. Es Jamie ¿no? Mi hijo también es un monstruo.

Michael vio a su padre sonriendo nervioso.

—Yo también, todos mis hijos.

—¿Y cómo vuelve a ser normal? ¿al menos pueden conseguir que deje al niño? Ha llorado por horas, le dará algo.

Michael, su padre y sus hermanos intentaron hacer lo mismo, enseñarle a Jamie a volver a ser hombre, pero no podían acceder a los pensamientos de Jamie, aunque pudieron llegar a los de Daniel y tranquilizarlo.

Michael vio a su padre sentándose junto a Violette, quien lloraba en silencio. Todos se sentaron donde pudieron y observaron, para Michael era evidente que Jamie sabía dónde estaban sus mujeres.

Sus abuelas llegaron dos horas después, ya había anochecido y al regresar a casa se encontraron con que nadie estaba allí.

Su abuela materna no hizo preguntas, mientras que la paterna se acercó a sus hijos y les puso las manos en los hombros.

—¿Por qué lloras, Violette? Cuando se tranquilice volverá a ser el Jamie que conoces.

—Soy un monstruo, madre. Realmente fui el peor de los padres porque mi hijo era como yo y no quería aceptarlo.

—Es cosa de familia.

—Evidentemente —murmuró Violette amargada—, Jamie lo heredó de esa mujer.

—No es posible —dijo su abuela—, antes de concebir a Darien viajamos a China y a otros lugares de Asía, su padre estaba muy interesado en la botánica y en la medicina tradicional china… el veneno también puede servir como cura, así que él fue al bosque a buscar el veneno de una serpiente, no fue solo, pero en un descuido una serpiente lo mordió. Sin embargo, sobrevivió. La primera vez que vi una serpiente blanca enorme fue en el barco, el día en que concebí a Darien. Siempre pensé que fue un sueño, hasta que Genevive me describió la concepción de Michael. Y tú naciste después de Darien, hija, viendo a Jamie ahora pienso que realmente sí escuchaste llorar a tu bebé hasta el último momento, porque tu bebé siempre estuvo vivo. En su crueldad te hicieron

llorarlo mientras realmente lo tenías en tus brazos.

Habiendo escuchado eso, se les ocurrió otra estrategia, que la tía Violette intentara llegar a la mente de su hijo para tranquilizarlo. No se convirtió en serpiente pero fue evidente que surgieron escamas en su piel, que su lengua y sus ojos cambiaron despojándola de la sobria belleza que su esposo admiraba.

Cuando Jamie volvió a su apariencia humana, abrazó nuevamente a su hijo y siguió llorando en el rincón.

—Vamos, Jamie, déjalo ir, está cansado —lo persuadió su madre.

—No pude defenderla, mamá, se la llevaron y no pude defenderla.

—Eres más hombre que esto, Jamie, Daniel está cansado y debes pensar más bien en qué puedes hacer para rescatar a Isobel y a Minerva.

— ¿Isobel? ¿también a ella? —preguntó su primo buscando su mirada.

Michael asintió apesadumbrado.

—¿Sabes a dónde las llevaron?

—No lo sé. Pero sé que también quieren a María.

—Lo más sensato entonces es ir hacia Donald y detenerlos antes de que tengan a las tres —planteó Margaret.

Michael miró a Jamie y se resignó a que esa era tal vez la única opción que tenían.

Jamie soltó al niño quien corrió a los brazos de su abuela y Michael ayudó a Jamie a levantarse. Michael pensó que por lo menos ese día, los vínculos familiares habían quedado claros. Los hermanos de Michael se ocuparon de conseguir comida para todos en restaurantes cercanos y cenaron en silencio, no había nada más para hablar ese día.

—Siempre sueño con Minerva, espero que esta vez los sueños sean del presente y yo pueda saber dónde está.

—Espero lo mismo —murmuró Michael al despedirse. No volvió solo a la casa en que ya no estaban sus serpientes y tampoco su mujer. No se le había ocurrido que pudiera enfrentarse a tal situación temiendo por la seguridad de ella, siempre pensó que Isobel simplemente se iría a Jamaica o a el Nuevo Reino de Granada.

Minerva tenía frío y tenía miedo, pero no era capaz de hablar y tampoco quería hacerlo. Luego de hablar con Michael, Jamie había entrado a su recamara y había cerrado la puerta con una sonrisa pícara, Minerva, que no había estado hablando mucho en los últimos días, le devolvió la sonrisa y se desvistió para él. Él tenía miedo, pero la estaba cuidando tanto que de alguna manera ella conseguía sentirse amada, como en el pasado.

—¿Estarías enojado si tuviéramos otro hijo?

—¿Por qué me enojaría? Me encantaría tener otro hijo.

—¿Conmigo?

—Solo tendré hijos contigo, Minerva. Si te vas a América y te amancebas con otro, yo me quedaré solo.

—¿Y si doña Marcela enviuda y vuelve a Inglaterra?

—Mientras tú estés viva, no habrá otra mujer, lo prometo.

—¿Solo por honor?

—No, no por honor. Por mi palabra de hombre enamorado. Porque hace años te juré que mi cuerpo y mi alma siempre serían tuyos y rompí esa promesa muchas veces, pero no volveré a hacerlo.

—Creo que podría estar embarazada —le dijo.

—Ahora tengo más miedo, con Sam Peters y su deseo de venganza me aterra que estés embarazada.

—Pero todo Londres sabe que no me quieres, él también debe saberlo.

—Él sabe que eras la luz de mis ojos, Minerva… y que cuando se ama así, en el fondo, jamás se deja de amar.

Y para Minerva aquello había sido suficiente. Jamie estaba en ella, atontado un poco por su inminente transformación, a Minerva la atontaba el placer. Minerva cabalgaba a Jamie mirándolo a los ojos y Jamie murmuraba su nombre como ella quería, todavía no le decía que era hermosa, quizás nunca le dijera aquella mentira, pero la miraba a ella y parecía estar bien, aunque se convertía en serpiente, le sonreía como cuando eran más jóvenes. Abrumada por las sensaciones, Minerva tardó en notar el cuchillo en su garganta. Y al hombre con la pistola que esperaba junto a la ventana.

Las manos de Jamie la soltaron y él se convirtió en una masa confusa, incluso asquerosa, de hombre que se intentaba metamorfosear y no lo lograba. Él intentó tomar su propia arma en la mesa junto a la cama, pero caía cuando intentaba moverse. Para ella era evidente que su propia incapacidad lo confundía más.

Cuando la tiraron por la ventana, ni siquiera escuchó el siseo de la serpiente. El cuerpo de Jamie no había estado preparado para la transformación y sus emociones tampoco. Minerva temió que se quedara para siempre en aquel limbo extraño.

Ahora estaba en el barco, Isobel intentaba darle calor con su propio cuerpo y por momentos hablaba para distraer el miedo y la soledad.

En la mañana, Sam Peters le dio una de sus camisas a Minerva y también les dio un poco de comida. Pero cada mañana también, y algunas de las noches, Sam Peters las hizo desnudarse y violentó su intimidad.

Minerva deseó mucho más ser como Isobel, ella no se resistía porque no quería que su bebé corriera riesgo, pero tampoco se mostraba humillada, actuaba como si nada le importara, aunque vomitara o cayera al suelo cuando Sam Peters las dejaba solas. Minerva en cambio siempre temblaba y lloraba cuando el hombre la tocaba y cuando la hacía tocarlo.

Habían pasado ya unos seis días cuando el capitán entró al camarote y no las tocó, simplemente se sentó junto a su escritorio confiando en que ni siquiera se atreverían a levantar la voz.

—Las forzaré, no hay duda. Pero no soy un violador, así que no lo haré antes de matarlas. Luego de que yo las tenga, las utilizarán todos en mi tripulación. Luego las mataré y sus maridos las encontrarán en el mismo lugar en que yo encontré a mi Helen.

—¿Cuándo? —quiso saber Isobel.

—Mañana.

El hombre se levantó riendo, cerró la puerta tras de sí y tan solo la abrió horas después cuando entró con María. Las dos hermanas se abrazaron y a la mujer del escocés pareció importarle poco que su hermana no se hubiera bañado en casi una semana. María también la abrazó.

—Tranquilas, mañana estaremos a salvo —dijo, pero no les explicó nada. Por primera vez en varios días, Minerva se permitió dormir, aunque no tenía la misma confianza de que la rescataran.

Advertido por la carta de sus amigos, Donald había diseñado un plan con María, mientras esperaban ser alcanzados por Michael y Jamie. María se negaba a dejar sola a su hermana así que descartó cualquier plan de huida, en cambio le propuso a su esposo que fingiera defenderla y

luego los siguieran, así que algunos sirvientes habían estado apostados en el bosque atentos al momento en que el rapto ocurriera. Fiel a la pantomima, Donald había luchado con sus secuestradores, casi los había vencido, pero se había dejado herir. A María le parecía que la herida se veía muy realista y sangrienta, incluso peligrosa, y por eso mismo su reacción fue igual de convincente.

Al principio le había parecido que nadie los seguía, pero Donald había enviado señales como los indios, que le dieron a entender que realmente los seguía. Así que cuando la llevaron al barco, luego de dos días de camino por tierra, en los que María había fingido intentos de escape, no se asustó. Sin embargo, una cosa era que Donald pudiera seguir su rastro por tierra, otra cosa era el mar, ella no sabía a dónde iban, pero sabía que las rescatarían. Estaba determinada a confiar en sus hombres, si no en su amor, al menos en su honor. Porque conquistar al highlander era más difícil de lo que ella esperaba que fuera.

Jamie había alcanzado a Donald a las afueras de Liverpool en compañía de sus primos, pues su padre y su tío habían permanecido en Londres para proteger a las mujeres, en caso de que realmente hubiera más enemigos tras ellos, a fin de que sí que habían recibido amenazas a causa del mapa.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—No pude saberlo —contestó su amigo sin más, antes de maldecir copiosamente—, María está embarazada, lo descubrimos justo antes de recibir su carta… no podría perdonarme si otra vez muere un hijo mío sin que yo haga nada.

—Pues sí que Peters escogió el mejor momento para su venganza —escupió Jamie—, puede que Minerva también lo esté.

—Vamos a encontrarlas, no desesperen —intentó tranquilizarlos William. Jamie no habló más, pero tampoco les prestó atención, no eran sus mujeres las que estaban en peligro.

Aquella noche durmieron a la intemperie, como habían hecho por varios días y Jamie realmente procuró dormir, rogando para que Minerva apareciera en sus sueños, pero aquello no había sucedido.

Esa noche, sin embargo, ocurrió.

Jamie se vio a sí mismo en el sueño de Minerva, pero era un sueño, no era un recuerdo. Jamie se sintió en la piel de Minerva mientras él le hacía el amor, sintió su incomodidad ante ciertas caricias que él pensaba que le agradaban, su insatisfacción cuando él abandonaba las que a ella le gustaban, su inseguridad, su certeza de que otra mujer merecería más devoción de él, su felicidad cuando él la miraba a los ojos, su deseo de decir que lo amaba y el odio que sentía hacia sí misma por seguirlo queriendo. También sintió por ella mientras se escabullía de la cama y volvía a ponerse el camisón pensando que debía cubrir su fealdad. La sentía tocándose tímidamente a su lado, oculta por la oscuridad mientras fantaseaba con él. Jamie casi se despertó cuando notó que ella fantaseaba que era Marcela, pero luego fantaseaba que era alguien diferente y Jamie susurraba palabras hermosas, la llamaba hermosa. Jamie la sentía sucumbir al placer otorgado por sus propias manos y luego sentía la impotencia provocada por sus propias lágrimas y todos los pensamientos que le impedían dormir. Sentía cómo él la abrazaba y como ella se mordía los labios para no sollozar.

Jamie se despertó odiándose a sí mismo, llorando por ella, pero volvió a dormirse porque tal vez así lograra ver dónde estaba.

Se dio cuenta de que Minerva estaba soñando. En el sueño ella estaba observándolo jugar con Daniel desde un cenador en una casa campestre, se escuchaban sus risas y las del niño, un bebé lloraba, una niña y ella la tomaba en sus brazos de un moisés a su lado y la acercaba a su pecho para que se amamantara.

—¿Necesitas ayuda, amor?

—No, cuando quiera entrar te avisaré, no me trates como si fuera de porcelana, la bebé está bien y yo también.

—Es solo que nuestra princesa casi te manda al otro mundo y no quiero que te pase nada.

Él se inclinaba para darle un beso a su hijita y luego a ella.

—Te amo mucho, Minerva ¿lo sabes?

—Sí lo sé, yo también te amo mucho.

Minerva se despertó del sueño, en el sueño de Jamie, y se lamentó de hacerlo. Jamie se dio cuenta de que por fin estaba viendo dónde estaba. Minerva se apartó del abrazo de María e Isobel y caminó hasta la ventanilla del camarote. Minerva pensó que Isobel y María estarían bien, pero que, si acaso él había logrado volver a ser hombre, tal vez habría pensado que era mejor dejarla morir. Minerva daba un golpe a la ventana y la rompía, luego miraba que sus compañeras no se habían despertado y pensaba en cortarse el cuello.

—¿Qué pretendes hacer con eso, querida? —le preguntó María acercándose.

—Nos va a violar mañana, dijo que nos entregará a todos los hombres del barco y que nuestros esposos nos encontrarán en el mismo lugar igual a como él encontró a su esposa. Jamie me dijo que había sido violada y envenenada.

—Ellos nos salvarán antes de eso.

—Puede que aparezcan antes de que nos maten, pero pronto será de día, pronto seguro que nos violarán.

—si lo hacen, resistimos, un montón de estúpidos no podrán con nosotras, podrán usar el cuerpo, pero no lograrán acercarse al espíritu.

—No sé si solo es palabrería o realmente creen que son tan fuertes, pero yo no soy tan fuerte.

—Nuestros esposos no nos abandonarán si algo nos sucede.

—Jamie sí.

—Vale ¿y eso qué importa? ¿vas a renunciar a tu hijo?

—Estará triste un tiempo, pero… pero estará bien.

—Minerva, no hagas esto.

—¡Que violen mi cadáver! ¡no podré soportar que me toque otra vez!

Jamie pudo sentir el trozo de vidrio atravesando la piel del cuello. Pero se despertó. Con su grito, Jamie despertó a todos.

Minerva estaba muerta.

—¿Soñaste con ella, sabes a dónde van?

—Piensa dejarlas mañana en el mismo lugar en que halló a Helen —le informó a Michael.

—No conseguiremos llegar —se lamentó su amigo.

—Tal vez lo hagamos, como serpientes —sugirió James—, podemos intentarlo.

Jamie decidió intentarlo, pero ya ni siquiera tenía deseos de vivir. Si acaso Minerva estaba viva, Jamie decidió hacer sus sueños realidad, la haría feliz, la haría la mujer más feliz del mundo. Rogó al cielo que estuviera viva, a quien fuera que hubiera creado la tierra y la vida, que le dieran una

última oportunidad.

Isobel ya no podía sostener mucho más su imagen de mujer fuerte, vio entrar en el camarote la luz del amanecer y estuvo a punto de romper en llanto, pero insistió en mantenerse fuerte y aparentar estar confiada, aunque estaba segura de que moriría ese día, sin estar segura de que Michael la elegía porque la amaba y no porque no tenía otros amores en su vida, sin ver el rostro de su hijo, sin encontrar a su hermano perdido. Pero María parecía segura e Isobel no quería hacerla sentir tan tonta como en ese momento pensaba que era, aunque la entendía, ella tampoco las habría dejado solas a ella o a Marcela, tampoco a Mercedes, aunque apenas la había conocido. La luz hizo más claras las manchas de sangre en las ropas de su hermana y de Minerva, María tenía un corte profundo en la mano, Minerva tenía heridas su mano derecha y parte de su cuello, María había sido veloz, evitando que cortara su yugular apenas por un centímetro o menos. La sangre, aun así, había brotado del cuello por mucho tiempo, ahora se había detenido, pero Minerva estaba más pálida que antes.

María había tirado al mar todos los trozos de vidrio, Isobel lo lamentó en silencio, también prefería que violaran su cadáver, no estaba segura de que no consiguieran tocarle el espíritu, porque tocando su cuerpo aterrado sin permiso, Sam Peters había llegado a donde Devon no consiguió llegar, a la parte más cobarde y débil de sí misma, a la parte que lloraba al escuchar el rugido del jaguar, que se orinaba ante las ventiscas en mar abierto, que se asustaba y se encerraba en sí misma cuando tenía gripa por miedo a la tuberculosis. A la parte vulnerable a la que no dejaba salir.

—No sé qué han tenido que vivir en estos días, Isa, pero no te rindas. De un modo u otro, todo terminará hoy.

—Estoy bien —le aseguró a su hermana.

—No, no estás bien. Puedo verlo en tus ojos.

—Tengo miedo —aceptó.

—Está bien sentir miedo, pero no te rindas, la frente en alto hasta el final, Isobel, recuerda quién eres.

Isobel lo intentó, pero el nombre de doña Isobel María Fernanda Saavedra Welsch, Marquesa de León, no le decía nada para ser fuerte, mucho menos lo hacía su nuevo nombre inglés Isobel María Watson. Pero si ella no resistía, tampoco Minerva lo haría.

—¿Te sientes bien, Minerva?

—Sigo sintiendo miedo, pero al menos en este momento, no quiero morir.

—Al menos estás hablando, grita, llora, quéjate, pero no te lo guardes todo —le rogó—, si te lo guardas te mata por dentro, no quieres morir, solo estás cansada.

—Supongo que sí, estoy cansada y tengo miedo.

Isobel volvió a quedarse dormida por el hambre y el cansancio, tal vez por la necesidad de huir de la realidad que estaba viviendo. Y soñó que rodaba por el momento, que se movía rápidamente sobre su vientre, que otras tres serpientes blancas se movían cerca.

«¿Estás en mi mente, Isobel? Si estás en mi mente, vamos en camino, resiste».

Se despertó confundida y se lo contó a las otras, pero volvió a dormirse. Y, por primera vez en meses, era ella la protagonista de sus sueños. Tal vez porque podía ser que muriera ese día, Isobel

soñó un viejo, muy viejo recuerdo. En el sueño estaban María, Marcela, Mercedes, su padre y la madre de su hermana; caminaban juntos por las calles de Cartagena, salían de la iglesia. Su padre y su esposa iban tomados del brazo mientras las cuatro niñas caminaban dando saltitos delante de ellos.

—La gente nos mira, Gonzalo.

—No importa que nos miren. Todo va a estar bien, desde hoy somos oficialmente una familia todos y sé que nos harás felices a mis hijas y a mí, nosotros haremos lo posible porque tú también lo seas.

—Muchos dicen que la felicidad no existe.

—Yo confirmo que sí en este momento, lo confirmo siempre que te miro a los ojos y te tomo de la mano. Lo confirmo ahora con las sonrisas de mis hijas. La felicidad existe y para mí tiene tu nombre.

En el recuerdo su padre las hacía detenerse y se fundían los seis en un abrazo lleno de lágrimas felices.

Isobel volvió a despertarse y le pidió a su padre, a su madrastra, e incluso a su madre siempre triste y por eso incapaz de amarla, que las protegieran, que intervinieran ante Dios para que pudieran sobrevivir a eso como mejor fuera posible.

Aunque la transformación les resultó conveniente para aumentar la velocidad, aun así alcanzaron el puerto de Bristol al atardecer del día siguiente, si ellas estaban vivas, seguramente ya era demasiado tarde para evitarles el dolor de la violación.

Las sacaron del barco y las subieron en una diligencia, Minerva estaba viva y Michael supuso que aquello tranquilizaba mucho a Jamie, porque lo tranquilizaba mucho a él. Se concentraron todos e intentaron conseguir la transformación media, la forma humanoide con las características de la serpiente, que era la forma en que William se transformaba casi todas las veces, decía que le fallaba la concentración.

Siguieron la caravana hasta el bosque y allí los alcanzó Donald. Los demás piratas los habían seguido a caballo.

Tiraron a las tres mujeres en el suelo, en el mismo lugar en que murió Helen Peters y Sam Peters se bajó los pantalones. No era el mejor momento para actuar y Michael intentó contenerse, lo importante era que sobrevivieran.

Pero Isobel gritó, lloró, pataleó e intentó escapar. Sam Peters le disparó y Michael no pudo permanecer oculto, si se convertía en serpiente sabía que un espadachín tan bueno como Peters de una forma u otra lograría cortarle la cabeza, pero en la forma humanoide lo superaba en tamaño, fuerza y destreza, eran oponentes formidables.

Durante la pelea en aquel mismo lugar, Michael recordó cómo intentó proteger a Helen, él y Jamie eran reducidos rápidamente y aparecía la serpiente blanca que los defendía, mientras James luchaba solo contra los bandidos, unos tomaban a Helen, Jamie y Michael atravesaban los primeros estados de la transformación, pero no conseguían salvarla. James intentaba morder a los atacantes de la mujer y por un movimiento accidental le clavaba los colmillos a ella en la espalda. James huyó y Michael y Jamie se desmayaron. Los bandidos sobrevivientes seguían violando a Helen incluso después de morir.

Michael casi le dijo a Sam Peters que no habían sido ellos, pero en la lucha cuerpo a cuerpo con Donald, el escocés lo atravesó con su espada. Murió rápido. Michael esperó que se reuniera con su esposa en la otra vida, siempre y cuando no hubiera lastimado de forma irreversible a la suya.

Michael dejó la pelea a los demás y corrió hacia Isobel, la llevó lejos de allí y la acomodó en su regazo mientras intentaba contener la hemorragia, con la urgencia se olvidó del aspecto que tenía.

—*Viniste, Michael.*

—¿Cómo sabes quién soy?

—*Yo también correría hacia ti* —susurró ella—, *¿me voy a morir?*

—No si logro detener la sangre ¿duele mucho?

—*Duele demencialmente, pero soy una dama, no voy a gritar.*

—*Te amo, Isobel, estoy seguro.*

—*Yo también te amo, Michel, gracias por no darte por vencido y venir por mí.*

—*Nunca me daré por vencido mientras se trate de ti.*

Las serpientes una vez habían dicho a Michael que su veneno servía para detener las hemorragias, él había experimentado con eso en distintos momentos y en el pasado cargaba con un poco mezclado con grasa para untar en las heridas. En ese momento no llevaba consigo, pero debía hacer algo para detener la sangre.

Con sus uñas, que ahora eran más bien como garras, largas y ganchudas como las de una iguana, sacó la bala de su omóplato de la forma más delicada que pudo e intentó extraer su propio veneno.

—Isobel, a veces el veneno detiene el sangrado, pero no puedo extraer mi propio veneno, no se si puedo esperar a que todo termine y William o James lo intenten.

—¿Me voy a morir?

—No, creo que hay algo que puedo hacer.

—¿Qué?

—Morderte.

—Entonces hazlo, Michael, quiero que mi hijo nazca.

—Es probable que si te muerdo te conviertas en lo que sea que soy, por lo que mi abuela explicó, parece que así le sucedió a mi abuelo, parece funcionar similar que los vampiros.

—Oh.

—Odias las serpientes, si te muerdo, podrías terminar convirtiéndote en una.

—Hazlo.

Michael clavó sus colmillos junto a la herida, sintió el sabor de la sangre en su lengua, llegó a resultar delicioso. Esperó que su veneno detuviera el sangrado. No pareció que funcionara al principio, pero ella se mostró más relajada, como si por lo menos redujera el dolor.

—*Te amo, Michael, serpiente u hombre, te amo. Aunque prefiero al hombre.*

—¿seguro? ¿Sabes que las serpientes tienen dos…?

Isobel río con su intento de broma y el resto del mundo dejó de existir para Michael, no supo si la pelea terminó, si ganaron o perdieron, pero dejó de escuchar cualquier otro sonido, solo eran él e Isobel en ese momento absurdamente íntimo. Igual que sus padres, Isobel lo amaba. La vida tenía muchas cosas para ofrecerle, a pesar de la extraña condición con que había nacido.

—¿Te violó, Isobel?

—Lo hizo en muchos sentidos —aceptó ella con tristeza—, pero dijo que prefería violarme justo antes de matarme, igual que a su esposa. Pero…

Isobel no le dijo, Michael supuso que tendría que pasar un tiempo para que pudiera hablar de lo

ocurrido durante aquellos días. Michael nunca se perdonaría el haberla puesto en peligro, aunque tampoco era su culpa lo que había ocurrido esa noche, ojalá el veneno también sanara los recuerdos de su secuestro y los borrara para siempre de su memoria.

A diferencia de su primo, Jamie no se acercó a su esposa hasta que todos sus captores habían muerto o huido, una asustada María la había arrastrado lejos de la pelea, gritando al ver reptiles con apariencia humana. María tenía el vestido beige manchado de sangre, no tanta para pensar que había tenido un aborto, pero suficiente para deducir lo que había podido ocurrirle. Cuando todo terminó, todos fueron en su busca. Las encontraron ocultas en la copa de un árbol. Ambas bajaron sumisamente cuando Donald aseguró que todo estaba bien y tiró al suelo la bolsa con sus ropas para que humanos otra vez, se vistieran. Jamie ya tenía puesto su pantalón porque había pensado en correr hacia su esposa en cuanto todo terminara, sin perder tiempo en cambiarse, pero temiendo asustarla.

María corrió a los brazos de Donald, pero Jamie sabía que Minerva no correría a los suyos, así que él caminó hacia ella con pasos tímidos y culpables. La abrazó mientras los sollozos de su prima llenaban el aire.

—Me odio a mí misma, Jamie, mientras él lastimaba a doña María yo solo observé. No hice nada… ella salvó mi vida, pero yo no hice nada por ella —susurró empezando a llorar.

Jamie miró hacia donde estaba su prima y tragó saliva.

—Un día volverá a estar bien, te lo aseguro.

Minerva sonrió y ya no dijo nada más, Jamie observó la herida en su cuello, terminaba a pocos centímetros de la arteria cuyo corte era mortal. Las lágrimas mojaron la mano de Jamie mientras él la tocaba. Jamie se dio cuenta de que no se había transformado todavía, le resultaba condenadamente difícil, pero se esforzó en hacerlo porque quería sentir su calor y darle calor humano. No dejó de verla ni un momento y ella pareció estar acostumbrada.

—¿Ya lo sabías?

—Te dije que esa vez te convertiste y me salvaste.

—Y no te creí.

—Yo tampoco te creí cuando dijiste que no tenías una aventura.

—Supongo que te resultaba igual de absurdo. Pero realmente no tenía ninguna. Después sí, como te dije estaba enojado y dolido porque yo pensaba que nuestro amor era un sentimiento mutuo y tú afirmabas que no. El mal de amor no me permitía encontrarle sentido a la vida.

—Una parte de mí no creía que vendrías por mí.

—Lo sé, te vi en mis sueños, he visto tus sueños por cinco años, desde la noche siguiente a nuestro escándalo. Sueños de tu infancia, de antes de conocerme, sueños de nosotros juntos, de tus sufrimientos con Daniel, de tus trabajos, de tu soledad, tu dolor y tus miedos… y he confirmado la certeza de algunos, todos estos días rogué soñar contigo, no ver tu pasado sino dónde estabas, pero no podía hacerlo.

—A Isobel le pasa lo mismo con Michael.

—Pude soñarte, en el barco, sentí contigo mientras te cortabas —Jamie no sabía cómo expresarse, aunque en ese momento, con sus antecedentes, no esperaba que le creyera—, pensé que habías muerto, vine hasta aquí con muy poca esperanza, sintiendo que si estabas muerta… la vida no me importaba. A lo que voy, cariño, es que creo que realmente jamás dejé de amarte, espero que algún día me perdones por todo el daño que te hice y que algún día también me creas, que te amo, como cuando te conocí de verdad.

—Si es una mentira ¿prometes decir esta mentira hasta el último día de mi vida? Le pediré a Dios que te permita que yo muera joven para que no mientas toda tu vida.

—No es mentira, y te lo voy a decir hasta el último día de tu vida o de mi vida, espero que sea hasta que tengas el pelo blanco como la nieve y estés arrugada como una pasa.

Minerva lo abrazó. Jamie no dijo más palabras por un tiempo.



Capítulo XVI

No queriendo arriesgar más el cuello, Michael, Donald y Jamie habían buscado a los dueños del mapa por mar y tierra y lo devolvieron, Lord Watson y Lord Fitz pagaron sus deudas, aunque los hicieron firmar un acuerdo de pagos. Lord Darien, además, dio trabajo a su hijo en su empresa y lo inscribió en la universidad. Sin embargo, Isobel quería tener a su hijo en su casa, lejos de todo, así que Michael pospuso su ingreso a la carrera de medicina para su regreso del Nuevo Reino de Granada, mientras tanto, intentaría restablecer la red comercial de su padre en el virreinato español, un poco más activa mientras el padre de Isobel vivía.

Isobel no se engañaba porque sabía que eran tiempos delicados, por el cansancio causado por las injusticias, el deseo de libertad y equidad, así como las influencias de Napoleón en las dinámicas del gobierno español, junto con las ideas que se movían entre un continente y otro. Sabía que tarde o temprano, le gustara o no, empezarían los gritos de independencia, que la identidad hispanoamericana, india, blanca, negra, mezclada; que ella había aprendido a amar se convertiría en otra cosa. Pero mientras tanto, mientras el mundo siguiera siendo como ella conocía, mientras la guerra independentista se veía venir, pero todavía no llegaba, ella quería disfrutar de su tierra. Sabía también que podía suceder que llegado el momento de tomar partido sus decisiones la obligaran a dejar su tierra, para siempre, o por mucho tiempo. Porque Isobel podía usar el traje imperio, pero era fiel al antiguo régimen, porque criticaba a los malos monarcas, pero no a la monarquía, porque podía hacer más por la libertad y la igualdad desde su posición, que desde las opciones que ese nuevo mundo le ofrecía. Porque en sus tierras *esclavitud* era una palabra que no enunciaba una realidad, en sus tierras los negros cantaban libremente a sus *orishas*, poseían parcelas de tierra y casas propias y no necesitaban pagar por su libertad. En las tierras de Isobel había escuelas para los niños indios y negros, para las mujeres y para los hombres. Así que quería disfrutar de ese mundo un poco más, antes de que desapareciera convirtiéndose en otra cosa.

Aun así, antes de partir hacia América, Isobel recibió las copias de la revista a la que llamaban "Mujer" y decidió entregar a Minerva las suyas en sus propias manos, aunque era tan solo una excusa para visitarla antes de irse y comprobar que no era necesario llevarla consigo a Sudamérica.

Jamie la había llevado a vivir a la casa de campo que había construido para ella cuando estaban prometidos y aunque Isobel había recibido algunas cartas donde decía que estaba bien, Isobel no la había visto en persona desde que regresaron a casa tras el secuestro, pues Jamie había organizado la mudanza en cuanto puso el pie en Londres. A Jamie sí lo había visto y él decía que todo estaba bien, pero Isobel necesitaba estar segura.

Su primo los recibió esa mañana con una sonrisa y los llevó hasta la sala de dibujo de Minerva, que era también como una biblioteca. Ordenó a una sirvienta que les llevara té y fue en busca de Minerva, con delicadeza la ayudó a bajar las escaleras y a sentarse a su lado en el elegante sofá. Aunque tenía menos tiempo que Isobel, el vientre de Minerva estaba mucho más abultado y tenía solo unos tres meses.

Minerva se veía diferente, había subido varios kilos y tenía mucha más vitalidad en su rostro, también su cabello lucía más brillante. Igual que Isabel estaba vistiendo un traje imperio pálido,

color celeste, pues parecía gustarle mucho el azul.

—Te ves muy bien, Minerva, me alegra que el campo te esté haciendo bien.

—Será el aire, porque casi ni puedo salir de la cama.

—¿Es probable que vayas a tener gemelos?

—Yo siento que tengo un ejército de serpientes en el interior.

—No sería posible, a menos que también fueras una serpiente —pareció querer tranquilizarla Michael—, en ese caso podrías ser una serpiente vivípara, ya que no pones huevo… también tienen varios hijos. Pero Jamie no te ha mordido, ¿cierto?

—Puede que la haya mordido en alguna ocasión —murmuró Jamie mirando hacia otra parte mientras ponía el brazo sobre los hombros de su esposa—, ahora que soy capaz de recordar gran parte de mis transformaciones, en una ocasión mientras le daba placer le clavé los colmillos, tiene las cicatrices en las inglés.

—Eso ha sido demasiada información, primo —comentó fingiendo afectación.

—Entonces puede que tengas como veinticinco hijos en un solo parto, no sé si felicitarte o condolerme de ti —se burló Michael.

—Espero que no sean tantos, Minerva se cansaría mucho al parirlos.

Isobel lo interrumpió mientras le ofrecía las revistas a Minerva.

—La verdad estoy aquí para recordarte que sigue en pie la opción de llevarte conmigo a Sudamérica ¿realmente estás bien aquí con Jamie?

Isobel pudo ver el miedo de su primo cuando su esposa lo miró como preguntándoselo.

—No sé si es un buen mentiroso o si realmente me ama, pero yo lo amo mucho y por ahora soy feliz con él, te avisaré si decido ir contigo. Últimamente he tenido sueños de él, y he sentido cómo me amaba —Minerva se sonrojó anunciando que diría algo escandaloso para ella—, anoche soñé con la última vez que tuvimos intimidad, hace dos días, sentí lo que él sentía al mirarme y me di cuenta de que ya no me miente cuando me dice que soy hermosa, que soy inteligente y que me admira. Y sentí que es verdad cuando dice que me ama.

—Yo jamás he soñado con la vida de Isobel, pero ella tiene más recuerdos de mi infancia que yo mismo.

—Creo que es una conexión que se establece con la persona amada, o al menos la persona destinada, para hacer la relación más estrecha —empezó a decir Minerva.

—Las serpientes no son exactamente monógamas, como para decir que es para hacer la relación más cercana —puntualizó Michael.

—Los sueños de Jamie empezaron luego de que tuvimos un acto sexual completo, los de Isobel también. Así que creo que tiene que ver. Las otras mujeres no han tenido sueños.

—Habría que confirmar con Marcela.

—Estoy segura de que no los tuvo, porque Jamie es mío.

—Al menos eso parece por ahora, no dejes de vigilarlo.

Minerva rio y besó los labios de su esposo.

—Él sabe que a la primera lágrima me voy a América. A menos que sea de felicidad.

Satisfecha, luego de observarlos por dos días y conversar mucho con ambos, Isobel y Michael volvieron a Londres para abordar el barco. María, quien presuntamente había perdido a su bebé, iba con ellos, Donald se quedaba en las *Tierras Altas.*

—¿Realmente es necesario que volvamos ahora? —le preguntó Michael abrazándola y acariciándole el vientre antes de que el barco zarpara—, tengo miedo de que te pongas de parto antes de llegar.

—Es necesario ahora, María necesita recuperarse… y tenemos que aprovechar el tiempo en que todavía poseemos tierras en Nueva Granada y en Jamaica.

—¿Quieres hacerte mucho más rica?

—Quiero construir muchas casas en mis tierras, liberar a más esclavos, subsidiar la educación de más niños.

—¿No puede hacer eso doña Marcela?

—Ya lo han estado haciendo, pero juntas trabajamos mejor.

—Si donas tus tierras y gastas el dinero en esclavos ¿no te quedarás pobre?

—Siempre tendré las propiedades originales del marquesado en España, en todo caso, no tengo miedo, por algo tengo un esposo, tú no dejarás que me muera de hambre o me falten lujos.

—Me aseguraré de que no.

Porque claro, Michael ya no era el hijo echado a menos, ya era tratado como merecía por su familia y sus padres se esforzaban por enmendar los errores cometidos en su crianza y saciar en lo posible su falta de amor. Aunque lo único de lo que Isobel estaba segura, en ese contexto tan inestable, era que, a Michael, a ella, a los hijos que tuvieran, no les iba a faltar amor. En monarquía, burguesía o democracia, con propiedades o sin ellas, sin duda alguna lejos de los epicentros de la guerra, ellos tendrían amor, también confianza y lealtad cuando el amor no bastara. Y también era obvio para ella que no les iba a faltar magia, ahora los dos lo llevaban en las venas y se notaba en las noches de luna nueva.

Agradecimientos

Dios, por el don de la escritura, aunque me haya inspirado una leyenda china entre un espíritu o demonio y un ser humano.

A mis padres y a mis tíos por su confianza en mí.

A mi prima Ede, por leer y retroalimentar con cariño.

A mi hermana María Alejandra, por insistir en que diera mis primeros pasos en este camino.

A mis amigos María Bernarda, Kevin, Gerald, Paula y Carlos, por creer en mí, a veces más que yo misma.

A mi prima Carolina, por escucharme hablar de mis historias hasta el cansancio y siempre con una sonrisa.

A mi amiga Jane, por compartir conmigo la adoración por las novelas románticas, sin dejarme hacerlo sola.

A Esteban, por siempre satisfacer mis dudas históricas.

A mis queridos estudiantes del Instituto Educativo El Paraíso, por hacerme sentir como la mejor escritora del mundo con su fe en mí.

A mis estudiantes actuales y a los estudiantes extranjeros que han mostrado su apoyo de diversas maneras, especialmente a Rianne, de Holanda, quien compró ese libro en el que mi cuento ocupa solo dos páginas.

A Isa Quintín, por convertir mi manuscrito en un libro y entender mis dibujos abstractos sobre la portada que soñaba.

Y, finalmente, a ti, querido lector o lectora, por darle una oportunidad a esta autora desconocida y hacer realidad este sueño con tu apoyo.

Sobre la autora



Ámbar Montenegro es profesional en lingüística y literatura por la Universidad de Cartagena, Colombia. Formada en animación y promoción de lectura, se dedica a la corrección de textos desde 2017. Ha sido profesora de primaria y de español como lengua extranjera, y actualmente trabaja en la Universidad del Sinú - Seccional Cartagena, donde fortalece la comprensión lectora y la producción escrita de los estudiantes.

Le apasionan las novelas románticas, la literatura infantil y juvenil, y el suspenso romántico. Siempre está escribiendo, y Serpiente Negra es su primera novela publicada, con otras en camino.

Instagram: @ambarmontenegro_escritora

Tik tok: @montenegroambar

YouTube: Escritora Ámbar Montenegro

Créditos

SERPIENTE NEGRA
©2024, Ámbar Montenegro
©2024 de la presente edición en castellano para todo el mundo.
Registro de la obra: 10-1089-306
Edición, diseño de portada y dirección de arte: ©Tulipán Studio
http://www.tulipanstudio.com/
Primera edición: Junio de 2024
Sello: Independently Published

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.
Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial, adaptación, distribución, en cualquier medio impreso y/o digital, de las obras en este perfil compartidas por cualquier medio o procedimiento. Historia original, no es adaptación, ni traducción.